

Nostalgia sin ti

ESTER
ISEL



se

¿Qué ocurre con una gimnasta después de su retirada? ¿Cómo se vuelve a una realidad en la que nadie corea tu nombre, no te despiertas a diario con un objetivo y tu entorno ha seguido con sus vidas pero la tuya, la paralela al deporte, continúa estancada en esa joven de dieciséis años que deseaba competir en unos Juegos Olímpicos?

Lilia regresa a Kinsale arrastrando una maleta llena de sueños rotos. Y ahí está Troye, el chico de ojos celestes, con sus retratos sin color y el recuerdo de las madrugadas que pasaron juntos en el faro, para demostrarle lo que es que alguien te regale un lienzo en blanco sobre el que dibujar ese futuro que quieres protagonizar.

A veces es preciso enfrentarse al pasado para reconciliarse con el presente. Porque no resulta fácil renunciar a aquello por lo que llevas más de una década sacrificándote. Porque la perfección que exige la élite deja secuelas. Porque para Lilia, la gimnasia rítmica fue su primer amor.

OceanofPDF.com



Ester Isel

Nostalgia sin ti

ePub r1.0

Titivillus 25.11.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Nostalgia sin ti*
Ester Isel, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

*A mis tíos, Leli y Marcelino,
gracias por estar siempre a mi lado*

OceanofPDF.com

¿Acaso existía un anhelo humano más triste o más intenso que desear una segunda oportunidad en algo?

HARUKI MURAKAMI, *1Q84*

OceanofPDF.com

NOTA DE LA AUTORA

La historia que tienes en tus manos no es una biografía, sino una obra de ficción que pretende reflejar la dureza de la élite y ese vacío que embarga a todo deportista tras su retirada.

Pese a que muchas gimnastas puedan sentirse identificadas al leer los obstáculos a los que se enfrenta la protagonista de *Nostalgia sin ti*, los acontecimientos retratados en estas páginas no se basan en experiencias reales ni buscan esbozar el camino de ninguna atleta en concreto. De igual modo, las vivencias de Lilia Girard tampoco guardan relación con la Federación Irlandesa ni ninguna otra institución o club. La elección de Dublín y Kinsale como escenarios para la ambientación de la novela no fue casual y nació de mi pretensión por alejar a los personajes de aquellos países punteros en gimnasia rítmica para que cada lector cree en su mente el rostro de los protagonistas, sin compararlos o asociarlos a las estrellas mundiales de gimnasia.

Lilia y Troye solo existen sobre el papel, pero espero que podáis hacerles un sitio en vuestros corazones.

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

GIMNASTAS, SIEMPRE

Querida Lilia:

Si hay un momento que tememos las gimnastas, es la retirada. Dulce y amarga, la señal que te obliga a detenerte y tomar una nueva dirección. Termina una etapa en la que eras la mejor en algo, en la que admiraban tu trabajo, coreaban tu nombre y celebraban tus victorias como si fueran éxitos colectivos. A su vez, se inicia un camino lleno de descubrimientos, oportunidades y en el que todo parece posible.

Colgar las punteras da vértigo.

Las más afortunadas se despiden desde lo más alto, besando el tapiz o grabando en su retina la marea de banderas y pancartas de los aficionados que bañan el pabellón. Otras, en cambio, se alejan de la rítmica entre sombras, a causa de una decisión técnica, una lesión o cuando el peso de la balanza se decanta por esa vida que dejaron atrás sin disfrutarla lo suficiente. Y es que la élite aporta muchas cosas, pero también te priva de aquello que el resto denomina normalidad. Cumpleaños, tardes jugando bajo los rayos del sol, viajes escolares, fines de semana con tus amigos.

Respiras y te alimentas de la gimnasia las veinticuatro horas, y todas tus energías se focalizan en esa pasión que, sin percatarte de ello, se transforma en una utopía tangible.

¿Quieres saber un secreto? Una gimnasta nunca deja de serlo, por muchos años que lleve sin competir en los tapices,

no haga molinos con las mazas o no posea la flexibilidad de espalda de un alevín. El concepto que emplean los medios de comunicación —ese prefijo «ex» que nos exilia— se me antoja ofensivo. Como si pudieran jubilar tu tenacidad, esfuerzo y cada batalla que libraste en nombre de un sueño. Como si al devolver tu puesto representando a un país para que alguien más sano, joven y ávido de superar tu palmarés borrara los recuerdos y hábitos que han forjado tu personalidad durante años.

Se es gimnasta toda la vida y en todos los ámbitos: al estudiar, al cuidarte y al repetir las cosas hasta rozar la perfección, como hacías con tus ejercicios. Tantas horas entrenando, pegando cristales, decorando aparatos y viendo vídeos de tus ejemplos a seguir moldean a la persona en la que acabas convirtiéndote. El ADN de una gimnasta está en su carácter y en la manera de afrontar el día a día, en cómo logra reinventarse cuando el cuerpo dice basta.

En definitiva, retirarse implica un proceso complejo. Te arrancan la piel y te obligan a sobrevivir bajo el agua; nosotras, que emprendíamos el vuelo gracias a saltos en los que pellizcábamos el cielo, debemos adaptarnos a coger aire en las profundidades del subsuelo.

Cambiamos unas experiencias por otras, y hoy estoy convencida de que no modificaría nada de lo sucedido. Somos afortunadas, hemos experimentado una historia de amor increíble: ese cuento de hadas entre una niña y el deporte más sacrificado y bonito del universo, la gimnasia rítmica.

¿Recuerdas cuándo te enamoraste de ella?

Apenas eras una cría que veía unos Juegos Olímpicos a través de la pantalla de televisión del salón e ignoraba el esfuerzo que se requiere para llegar hasta ahí. Te quedabas solo en la belleza superficial de una cinta dibujando espirales, una chica esbelta moviéndose al ritmo de una melodía de piano y un maillot que resplandecía igual que los

ojos de la deportista al concluir su ejercicio sin fallos. Y lo supiste: justo en ese segundo, empezaste a ser gimnasta.

Lo fuiste cuando entraste por primera vez en un tapiz que se vistió de hogar, la superficie que te observó ser tu mejor y peor versión, donde saboreaste lágrimas de abatimiento, júbilo y decepción, donde creíste que era el final antes de que surgiera un nuevo comienzo.

Fuiste gimnasta en los trayectos de cuarenta minutos en coche rumbo al pabellón junto a tu hermana, terminando de noche ejercicios del colegio o memorizando para ese examen que no te aplazaron pese a coincidir con la semana de una competición importante.

Fuiste gimnasta cuando sustituiste tu habitación de la infancia por la de una residencia en un Centro de Alto Rendimiento, cerca de los mejores especialistas, fisioterapeutas, nutricionistas y coreógrafos. Sin titubeos ni pasos atrás para tomar impulso; los sueños son un salto al vacío para el que no necesitas garantías o promesas, solo alas.

Fuiste gimnasta cuando pasaste ocho horas diarias durante seis días a la semana entre las paredes de la sala de entrenamiento y seguiste haciendo enteros con los ojos cerrados al llegar a la cama. Fuiste gimnasta cuando tuviste seguidores y detractores, cuando juzgaron tu trabajo sin conocer el proceso, cuando combatiste contra ti misma, confiaste y esperaste resultados. Hasta que llegó esa cita deportiva en la que los astros se alinearon a tu favor, nadie explotó tu burbuja y resurgiste. La incertidumbre se diluyó y te embargó la certeza de que habías nacido para eso.

Fuiste gimnasta durante aquellas malas semanas en las que quisiste llamar a tus padres para que fueran a buscarte: los obstáculos en la senda olímpica eran más duros de lo que imaginabas y las palabras de la seleccionadora, lejos de motivarte, te hacían diminuta. Sin embargo, apretaste la

mandíbula, alzaste la barbilla y aguardaste hasta que, a la mañana siguiente, todo se te antojó distinto.

Lo que no sabías entonces es que seguías siendo gimnasta por encima de las dudas, los fallos y las derrotas. Que lo eres después de retirarte porque los valores aprendidos permanecen contigo. Porque cada hora de sudor y lágrimas te ha curtido. Porque lo que has experimentado con el deporte es una historia de amor, y el corazón es el órgano con más memoria. Cada latido conlleva una regresión al ayer: el olor a la laca del moño, el sabor a merienda de chocolate para celebrar una victoria, la textura lisa de la cinta que cuelga de tu cuello, el peso del metal, el alivio que transmite el abrazo de tu entrenadora, los atisbos de orgullo en los rostros de tu familia. La sonrisa que trazan tus labios al sentir que cada pieza del rompecabezas encaja.

La misma sonrisa que se borra cuando tu cuerpo grita basta y la década dedicándote a entrenar te sobrepasa. Llega ese instante, el que temías. Ese para el que nadie te preparó; la autómatas programada para cumplir sus metas se da de bruces con la realidad. En la élite se envejece pronto y, una vez que el robot no cosecha medallas y hay promesas pisándole los talones, el Estado no está dispuesto a invertir más en su formación.

Pero, aun así, cuando te reiteran que ya no eres nadie, sigues siendo gimnasta, aunque te hayas subido a un avión de vuelta a un sitio que ya no denominas casa, con maletas llenas de sueños rotos, aparatos que guardarás en el fondo del armario para no lidiar con la vorágine de emociones y recuerdos de una vida que acaban de arrebatarte.

No obstante, la experiencia te demuestra que hay algo que jamás podrán quitarte. El pasado, lo vivido, cada experiencia, todo eso que construye quienes somos. Gimnastas, siempre.

Te quiere,

Eva

OceanofPDF.com

PARTE I

ENAMORARSE DE UN SUEÑO

No puedes ponerle un límite a nada. Cuanto más sueñas, más lejos llegas.

MICHAEL PHELPS,
nadador y el deportista olímpico
más condecorado de todos los tiempos.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Era la última semana de mayo. Un atardecer de tonos anaranjados se colaba por la cristalera del pabellón en el que pulía fragmentos de mis ejercicios antes del Estatal. Solo faltaban unos días para la gran cita en la que las mejores gimnastas del país competiríamos por más que una medalla. Estaban en juego las plazas para el equipo nacional, por eso habíamos sumado un par de horas a la jornada de entrenamientos de los fines de semana y salía antes de clase, además de rascar minutos de sueño priorizando el descanso a estudiar para los parciales del instituto. Gianna insistía en que reposar y mantener la mente fresca era la terapia más efectiva contra las lesiones, así que hacía caso a las directrices de mi entrenadora.

Mi música de pelota se detuvo y el sonido metálico de la puerta abriéndose captó mi atención. Por ella desfiló Violet, enfundada en un vestido veraniego de flores y sandalias, con los bucles rubios cubriéndole la espalda. Ella, que ya había finalizado la temporada al no clasificarse para el evento del domingo, lucía un bronceado fruto de las tardes en el césped del jardín.

Me hizo señas para que me acercase, y yo miré a Gianna en busca de su aprobación antes de tomarme unos minutos de descanso.

—Hasta y media —matizó, escrutando el reloj de su muñeca.

Me puse de pie, me sequé el sudor de la frente con la toalla malva que me acompañaba en las sesiones de repeticiones hasta la saciedad y me aproximé a mi hermana.

—Hoy te recojo yo. —Violet sonrió, jugueteando con las llaves del Range Rover.

—¿Mamá te ha dejado el coche? —pregunté dubitativa.

Violet era dos años mayor que yo, pero mis padres la consideraban la pequeña. Que suspendiera un curso, se hubiera sacado el permiso de conducir a la tercera o incluso eligiera mal las tallas de ropa en compras *online* suponían premisas más que suficientes para que nuestros progenitores cuestionasen su criterio constantemente. Yo, sin embargo, opinaba que mi hermana era la chica con el corazón más grande de la galaxia. Se equivocaba, tropezaba varias veces con la misma piedra, pero jamás se excusaba y de su boca brotaba un perdón sincero tras cada error.

—¿Tan extraño te parece? —Se ofendió.

—¿Seguro que ya manejas bien el embrague? —Me mordí la parte interior del carrillo para contener la risa.

—A la perfección, enana. —Me revolvió el pelo sin importarle que mi coleta medio deshecha estuviera empapada de sudor. Sacó del bolso uno de los batidos de frutas caseros que preparaba mamá y me lo ofreció—. ¿Te queda mucho?

—Tres enteros sin caídas. —Sorbí el líquido dulce de plátano, sandía y melón.

—Ven, quiero darte una cosa —cuchicheó, tirando de mi brazo hacia los bancos de madera de la esquina.

Me senté a regañadientes bajo la atenta mirada de Gianna en la distancia, y continué sorbiendo mientras Violet colocaba en mi regazo un paquete fino, coronado por un lazo rojo aplastado.

—Ábrelo. —Posó sus ojos avellana en los míos.

Con los dedos aún temblorosos por el esfuerzo de aquella tarde, rasgué el papel y descubrí un regalo que sigue dibujándome sonrisas. Una cinta Chacott pintada de azul cielo, fucsia y blanco, los cuales se difuminaban a lo largo de los seis metros de tela. Era el diseño que llevaba meses admirando por Instagram, en la cuenta de una tienda de gimnasia especializada en decoración de aparatos.

—Es preciosa, Violet.

Y cara, por eso no se lo había mencionado a mis padres. En casa nunca dijeron «no» y el entusiasmo de mi madre se traducían en maillots nuevos cada temporada y pelotas que se reemplazaban al perder su brillo. Precisamente porque no necesitaba encender la cerilla cuando tenía ante mí una hoguera, me callé. En los últimos meses había roto tres pares de mazas durante los entrenamientos, me conformaba con seguir usando el aro del año anterior y coser la cola de la cinta deshilachada formaba parte de mi rutina.

—Recién salida del horno, acabo de recogerla ahora —explicó Violet—. Para que te dé suerte la semana que viene.

La observé alejarse, me guiñó un ojo desde la puerta y desapareció. Al contrario que mamá, mi hermana comprendía lo incómodo que resultaba entrenar con la familia escrutando cada uno de tus movimientos. Por eso me esperó en el coche, paciente, hasta que salí pasadas las nueve.

Ella no solo me daba espacio, sino oxígeno, una mano amiga, palabras de confianza cuando me hacía diminuta. Donde otros veían a una chica indecisa y dispersa, yo vislumbraba a mi guía, a esa estrella polar que centellea mientras tengas un destino al que ir.

LILIA

Presente

—¡Bienvenida a casa! —Violet se salta el cordón rojo de seguridad para darme un abrazo. Hundo el rostro en su melena y trato de mantener la compostura.

«A casa, no», rectifico mentalmente. Regresar a un lugar en el que no hay cabida para tus sueños puede denominarse de muchas maneras, pero «casa» no es una de ellas. Ya no pertenezco a ninguna parte, y debería aterrarme la sensación de ser una flor sin raíces que el viento mece a su antojo. Debería y no lo hace. Porque mi corazón no se ancla en el presente; sigue atrás, antes de que todo se desmoronase, antes de que supiera que estaba siendo feliz.

No me sorprende que la terminal del aeropuerto de Cork se halle semivacía. He dejado pasar a los pasajeros de mi vuelo y he permanecido en mi sitio hasta que la azafata me ha invitado a salir del avión.

—¿Cómo has conseguido librarte de papá y mamá? —Fuerzo una sonrisa.

Ha sido idea mía que Violet me recoja, solo ella, y así disponer del trayecto en coche para serenarme antes de la debacle que me espera cuando me enfrente a la realidad.

—Papá se ha quedado preparándote una *crostata* de Nutella, tu preferida —explica mi hermana. Se carga mi mochila a la espalda y yo arrastro la maleta hasta el aparcamiento—. Y mamá... Digamos que sigue asimilándolo.

—He roto sus esquemas, ¿no? —ironizo. Mientras yo me enamoraba del deporte, ella se embelesaba con los brillantes, las medallas y las

entrevistas.

—No has roto nada. Tienes diecinueve años, puedes hacer lo que quieras con tu vida —reprende Violet. Coloco el equipaje en el maletero y ella mete la llave en el contacto para que la música de la radio inunde el interior del todoterreno. Se gira hacia mí cuando ocupo el asiento del copiloto y prosigue—: Lilia, descansarás unos meses y luego ya se verá. No hay nada decidido.

Pero sí lo hay. Esta lesión no se cura con rehabilitación y un pulso psicológico. Mi rodilla está destrozada, los médicos ni siquiera entienden cómo pude entrenar durante meses cuando una persona normal no lograría caminar en las condiciones en las que me encontraba. Supongo que la ilusión sirve a modo de anestésico una vez el cuerpo falla.

—No voy a volver a competir. —Empaño el cristal de la ventanilla con mi aliento, y esas seis palabras duelen tanto como si las estuviera gritando.

—Eh, fantasmas fuera —me anima Violet al percatarse de mi mirada perdida en las copas de los árboles difuminadas por la velocidad—. Yo salí del infierno y tú harás lo mismo.

Pie derecho y espalda. Lo de mi hermana fue un drama de los grandes. Un año parada, de fisio en fisio, dos operaciones con el mejor equipo de traumatólogos deportivos y la promesa de que volvería a pisar un tapiz para no alejarse con un regusto amargo de lo que más amaba. Y lo consiguió, porque Violet es así, testaruda y obstinada, pero sus tres tardes semanales en el pabellón no pueden equipararse a mis jornadas de sol a sol entrenando hasta la extenuación. Para ella la gimnasia equivalía a un juego; para mí, representa la definición de quién soy. O era. Qué más da.

Llegamos a Kinsale en cuarenta minutos. Emplazada en la costa al sur de Cork, mi ciudad natal es el pedacito más colorido de Irlanda, al menos eso me parecía a los cinco años, cuando recorría las callejuelas del pueblo de la mano de mi hermana, bordeaba el río Brandon cada verano en bicicleta e incluso tallaba mis iniciales en la corteza de un árbol, anhelando dejar mi huella en cada rincón de la zona. Antes de recluirme en el polideportivo Didier, la stampa pintoresca de Kinsale fue mi lugar favorito.

No obstante, lo que entonces me resultó una explosión apoteósica de tonalidades vibrantes, ahora se reduce a un arcoíris monótono y desgastado sobre las fachadas de sus edificios. Es como si alguien hubiera pintado de blanco el paisaje para después restaurarlo con una acuarela aguada que no se adhiere a ninguna superficie. Nada brilla, nada estremece, la vitalidad que desprendían las paredes se ha mitigado. Me pregunto si la culpa radica en mi daltonismo emocional y mi apego a los imposibles.

Las calles siguen adornadas con los semblantes amables de esos vecinos que hace tres años me dijeron adiós y hoy me tienden sus brazos de nuevo. Y al bajar del coche, por mucho que me esfuerce en contener la respiración, la brisa impregnada de sal se cuela por mis fosas nasales y me produce cosquillas en la tripa.

—Todo sigue igual —comenta Violet, atravesando el césped hacia el porche.

—¿Qué tal el viaje, pequeña? —saluda papá, asomando por la puerta.

Da un par de zancadas en mi dirección y sus brazos me rodean con efusividad. Mis dedos se tornan lánguidos y suelto la maleta que aferraba con vigor.

—Bien, salvo algunas turbulencias —resumo.

—¿Te apetece comer algo? —Sus comisuras se alzan bajo el bigote entrecano, y la mirada zafiro se le rasga. Lleva el pelo más corto y en su piel son visibles alguna que otra arruga y manchas propias de la edad—. He preparado una sorpresa.

—Más tarde, me gustaría descansar. ¿Dónde está mamá?

—Bajará a la hora de cenar, tiene dolor de cabeza —la excusa mi padre—. Ve a descansar, os avisaremos a las siete.

Subo las escaleras hasta la segunda planta y entro en la estancia de la derecha. Mi habitación sigue intacta, igual que la dejé: fotografías de mis competiciones visten las estanterías y de la pared cuelgan varios percheros de madera con medallas.

Me agacho para sacar cada prenda de la maleta antes de guardarla en el armario o el canapé bajo el colchón. Compruebo que no tengo más que chándales, punteras, zapatillas, rodilleras y calentadores. No dispongo de ropa de calle, la reagué a ese ayer al que no esperaba volver. Los

triunfadores no echan la vista atrás con nostalgia. Por el contrario, aquí estoy, avanzando a tientas, engañando a mi cerebro para que no me espete las verdades que sé y no me atrevo a afrontar: mi fábula se ha acabado, no hay más oportunidades para mí, el nombre de Lilia Girard está condenado a caer en el olvido.

Froto los tobillos para quitarme las deportivas y me tumbo sobre el edredón, sin deshacer la cama. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y observo las notificaciones emergentes. Varios mensajes de Stella, dos perdidas de Sawyer y los wasaps del grupo de rítmica del club. Amigos que se preocupan por mí, sienten curiosidad por mi retorno o solo buscan cotilleos con los que rellenar el mes de enero.

Lanzo el teléfono a una esquina y doy media vuelta en la cama, cubriéndome la cara con las manos, como si la presión que aplico impidiese que los pensamientos me murmurasen cosas. Sin poder evitarlo, su rostro se dibuja en mi mente: Troye. Su pelo castaño oscilando libre con las ráfagas nocturnas que arrastraban aroma a prohibido. Un mapa de pecas adornando su nariz como besos del sol sobre su tez blanca. El ceño desafiante que protegía los ojos más expresivos que he visto jamás: celeste alturas y locuras, celeste determinación, un vuelo rumbo a cualquier utopía y la certeza de que juntos la haríamos realidad.

Después estaba su sonrisa, menuda sonrisa. Genuina, sincera, la expresión del niño que no había crecido, sufrido injusticias y continuaba escondido entre las sombras, cobijando un corazón que amenazaba con romperse en mil pedazos. Cuando Troye sonreía, mi pecho se encogía y se saltaba un latido que le mostraba elevando las comisuras e imitándole mientras un aleteo agradable agitaba mi interior. Adoraba esa forma tan peculiar que tenía de ver el universo, al principio con cautela, convertido en un muro inquebrantable de espaldas anchas, labios sellados y una armadura que le duró poco conmigo, porque él no era una escultura de mármol, solo la intención de parecer de piedra para que nadie contaminase su organismo con falsas promesas.

El chico del lápiz —las madrugadas entre sus brazos y el azul que su mirada le robó al mar—, ya no existe en mi presente. Él es el único del que me gustaría tener noticias, el único que opta por regalarme su silencio. Y

quiero reír por cada momento que pasamos juntos, pero recordarnos solo me invita a llorar.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Recuerdo con una exactitud apabullante lo que sentí al detenerme frente al hogar de los Adler, tres años atrás.

Blanco, cada centímetro de aquella casa irradiaba un blanco impoluto que me animaba a retroceder por el camino de piedra del jardín hasta alejarme del número 4 de Butchers Row. Yo era un lienzo en el que los colores se mezclaban hasta que ninguno de ellos se reconocía más allá de un borrón gris, me incomodaba la perfección y, por alguna extraña razón, aquella estructura de dos alturas y líneas rectas adornada con enredaderas con flores me sacaba de mis casillas.

—Las cosas que asustan son las que merecen la pena —susurré, haciéndome el valiente.

Subí los escalones de madera del porche y me quedé plantado en la entrada sin atreverme a llamar, calibrando cuánto duraría aquella tentativa de irrumpir en una familia ajena y obligarme a pertenecer a ella.

Conté los minutos con suspiros y me sequé las palmas de las manos contra la tela del vaquero. Estaba nervioso, lo admito, empezar de nuevo se me antojaba un hecho improbable cuando ya has puesto el cronómetro a cero en tantas ocasiones. Supongo que los recelos se leían en mi semblante; pliegues en el entrecejo, mandíbula apretada, hombros curvados hacia delante y músculos contraídos en una barrera invisible de tensión. Vestía, literalmente, una coraza de reticencia y cautela.

Me recosté en la barandilla y presioné un interruptor sin darme cuenta. El farolillo que colgaba del techo se encendió y alumbró la alfombrilla de bienvenida con un fulgor tenue y apenas perceptible bajo la claridad del

atardecer. Alertados por la tímida luz exterior o la magnitud de mis recelos, los habitantes de aquella vivienda idílica acudieron a mi encuentro con una estampida de pasos. En cuestión de segundos, Jacqueline asomó por la puerta luciendo una sonrisa que le rellenó los carrillos.

No sé si fue la sinceridad que destilaba aquel gesto, si me agradó que oliera a dulce o si lo que me conmovió fue descubrir que había pasado media mañana cocinando empanada casera, pavo relleno y una tarta de manzana. O si fue el color de su mirada, de un azul mar similar al mío, lo que me convenció para darle una oportunidad a aquella idea descabellada. Esa mujer no era mi madre, pero quise creer la mentira. Si lograba caerles bien a los Adler, tendría un lugar en el universo al que denominar casa, refugio, felicidad.

—Bienvenido. —Me envolvió en un abrazo.

Permanecí inmóvil, con los brazos pegados a los costados, rígido y contrariado. No estaba habituado al contacto físico, así que me sorprendió la oleada cálida que nació en mi estómago. ¿Cómo era posible que aquella mujer minúscula, de melena castaña y expresión amable se colase bajo mi piel para sacudirme el corazón? ¿Quién le había dado el poder de despertar emociones que creía exánimes? ¿Por qué no lograba alzar con ella los muros protectores que construía frente al resto? Supongo que mi subconsciente estaba al corriente: Jacqueline no me haría daño o, al menos, no a propósito. Mi instinto, la brújula que jamás me fallaba respecto a las personas, acertó con ella desde esa primera vez en la que nos observamos muertos de miedo, temiendo estar haciéndolo todo mal.

—Te ayudo, chico —se ofreció su esposo, Dustin, que rescató mi maleta del suelo tras darme una palmadita amistosa en la espalda.

Estudié sus facciones redondeadas, la punta de su nariz elevada como un girasol apuntando al cielo, la oscuridad de sus ojos en contraste con la barba entrecana, y el único adjetivo que acudió a mi mente para definirle fue entrañable.

—Vamos, ven al salón —me animó Jacqueline—. Declan te está esperando.

No era cierto: el único hijo de los Adler no apartó la vista de la televisión cuando entré en la estancia. Ni siquiera modificó su postura

relajada de piernas abiertas y brazos estirados sobre el regazo del sofá. Dustin frunció el ceño sin atreverse a abrir la boca, y su esposa se disculpó para ir a preparar un café que no llegamos a tomar.

Firme entre esas cuatro paredes, todavía hoy dudo acerca de las sensaciones que me avasallaron. Me sentí analizado, ignorado, rechazado, fuera de contexto. Y, pese a ello, me esforcé por actuar como lo haría un invitado que pretende adular a los anfitriones.

—Hola —musité, tratando de captar su atención.

Declan emitió un gruñido y subió el volumen de los anuncios. La publicidad de perfumes, productos de limpieza y seguros de coches resonó en mi cabeza. Asumiendo mi derrota, arrastré los pies durante el *tour* improvisado que Dustin me hizo por la planta baja. Señaló mi silla en la mesa de la cocina, me indicó dónde estaba el baño y ascendimos por la escalera de caracol hasta el segundo piso, en el que se hallaban los dormitorios y otro aseo.

Me instalé en el cuarto que compartiría con Declan. O, más bien, invadí su espacio. Pelotas de baloncesto, pósteres de pilotos de Fórmula 1, estanterías colmadas con figuritas de acción, DVD de *Star Wars*, animes... No había nada allí que me representase, aunque tampoco tenía muy claro qué objeto material reflejaba quién era. Un pequeño lápiz cuando fantaseaba con pinceles, un cuaderno de hojas arrugadas a falta de lienzos.

Guardé la ropa en los cajones que habían vaciado para mí y me desplomé en la litera superior al intuir que las sábanas revueltas de la de abajo no se debían a la dejadez de no hacer la cama, sino a una declaración de intenciones en toda regla. Declan podía cederme unos metros, pero cada cosa que contemplaba había sido suya antes de que yo aterrizase en su rutina. Y, lo más importante, lo seguiría siendo una vez que me marchara de ella.

Sin embargo, nada de aquello me turbó o me pareció de mal gusto. A mis dieciséis años era un experto en despedidas. Lo había sido sin tener conciencia de ello, criándome en un orfanato en el que quise a cada compañero como a un hermano, yendo de familia en familia sin encontrar el hogar que se ajustase a mis necesidades.

Algunos me consideraban demasiado mayor, otros tenían hijos que no encajaban con mi carácter y temían que mis traumas se contagiaran a sus retoños. Otros trataban de moldearme hasta encarnar la imagen del heredero pródigo que nunca tuvieron, o me tildaban de bromista, despreocupado, de risa fácil, parco en palabras, introvertido, ingenioso, dócil... Cambié, me convertí en un material dúctil para contentar a desconocidos, tratando de ser actor hasta que mis cualidades guionizadas gustasen y no devolvieran al juguete roto a su jaula de cristal. Para mi asombro, nada funcionó y al final no quedó más que un chico perdido que no recordaba lo sincero, intrínseco y real de sí mismo.

—Ojalá poder ser yo. Ojalá las circunstancias fueran distintas. — Suspiré al recostarme sobre la almohada, y maldije a la nada al comprobar que era suave, mullida y jodidamente cómoda.

«No te acostumbres, Troye, ni siquiera a esta sensación de paz al bajar los párpados. Todo es provisional, efímero, accidental».

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

—¿Qué haces en pijama? —Declan me tira un cojín de su cama y lo impacta en mi frente.

—Es mi día libre. —Me encojo de hombros.

—Lilia ha vuelto.

—Ya.

La noticia sigue invadiendo la prensa escrita, los informativos y las redes sociales.

—¿No vas a hacer nada? —Declan arquea una ceja.

—Nada en absoluto.

—¿Eres idiota o te he dado muy fuerte? —Coge otro cojín y prueba suerte. Esta vez me da directo en la nariz.

—Puedo contigo, flacucho —le reto, señalando la ropa holgada que solo esconde un cuerpo largo y delgado.

—Lilia Girard, la gimnasta más prometedora de Irlanda, está en Kinsale. —Agita las manos en el aire con efusividad.

—Exacto. La gimnasta, no la chica que conocí.

—Hazme un sitio, idiota. —Sube hasta mi litera y se acomoda a mi izquierda—. Troye, te enamoraste de ella con sus sueños y sus aspiraciones. Puede que por eso te fijases en Lilia, porque te veías reflejado en su carácter. Ambos teníais...

—Muchos pájaros en la cabeza —lo interrumpo.

—Ambiciones —rectifica.

—Escucha, Declan... Hay personas que saben gestionar sus deseos y otras que se consumen por ellos. No necesito lidiar con divas y aires de

grandeza.

—Lo que pasó la última vez... —empieza, pero se detiene a meditar antes de hablar por inercia. Se despeina las ondulaciones azabaches que le caen por la frente antes de continuar—. No sé, no voy a meterme en vuestros líos. Solo digo que lo lamentarás.

—No lo haré. Lilia forma parte del pasado.

—¿Vas a quedarte aquí sin más?

—Ese es el plan —afirmo.

—No te creo. —Su mirada chocolate me observa incrédula—. El Troye que conozco se lanza al agua sin calibrar la profundidad, lucha con uñas y dientes hasta conseguir lo que se propone y tiene el corazón más grande que he visto porque sabe regenerarlo después de cada golpe. Tú no eres de los que contemplan algo en la distancia, pasivos, no eres de los que dejan pasar oportunidades sin ir antes tras ellas.

—Lo hice una vez, puedo volver a hacerlo.

—Y te arrepentiste. —Me da una palmada en el hombro para que reaccione—. Tío, ha vuelto. Levanta el jodido culo de la cama, métete en la ducha y báñate en colonia para estar presentable. Te pasas por el restaurante, coges unas *pizzas* para llevar y organizas una cena romántica en algún parque discreto antes de montároslo a lo grande, para hacer honor al tiempo que habéis estado separados. ¿Qué tal te suena eso? —Declan me guiña un ojo y se me escapa una risa sarcástica.

—Mal. Fatal. Es una idea pésima. —Le dedico una sonrisa ladeada—. Agradezco tu esfuerzo, pero hay historias que es mejor no releer. Ella y yo tenemos muchos capítulos malos. —Evito decir su nombre.

—Y capítulos incompletos. —Lo fulmino con una expresión tajante y Declan se rinde, bufando sonoramente—. Vale, ya me marchó. Que disfrutes de tus horas de retiro espiritual con ese nubarrón negro que te sigue a todas partes.

Se desliza hacia abajo y se gira con intención de arrojarme algo más, pero se contiene. Antes de salir, me hace un gesto con la mano para indicar que estará en el salón si quiero compañía. Sin embargo, ambos sabemos que lo que preciso es salir a hurtadillas, sumar kilómetros corriendo y restárselos al miedo que me da enfrentarme al pasado.

—Lilia —susurro cuando estoy a solas.

Trago saliva al notar cómo las consonantes resultan ácido contra el paladar y las vocales danzan activando un hormigueo en mis labios. Pronunciar su nombre es extraño; las ocasiones en las que la evoqué fue con un lápiz, un pincel o los dedos bañados en pintura. Y le hablaba de ella a cada superficie que encontraba, ya fueran folios, servilletas, cartones o paredes. Sin proponérmelo, hice de su sueño también el mío. Por eso oía su risa al otear las estrellas y sentía sus abrazos al sumergirme en la costa. Por eso hay una opresión arraigada en mi pecho y noto las heridas que no cicatrizaron. Por eso, en mi diccionario, Lilia es sinónimo de añoranza.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

No recuerdo haber estado tan nerviosa en mi vida como aquel domingo.

Las gradas del polideportivo de Belfast, donde se celebraba el Estatal, eran un mosaico de pancartas con los nombres de las gimnastas que se jugaban la plaza en el equipo nacional. No estaba escrito en ninguna parte, pero todos sabíamos que iba a ocurrir. Prueba de ello era el asiento que había ocupado Daria Golkova, la seleccionadora de la Federación, junto a los jueces. Enfundada en un traje de chaqueta, con la melena rubia y corta delineándole el rostro redondo, se puso las gafas de montura negra y pasó gran parte de la mañana anotando nombres de alevines.

Me obligué a no pensar en que analizaría cada segundo de mis ejercicios durante la jornada de la tarde, y fui a calentar en la parte trasera.

—Póntelos mientras estiras. —Gianna me ofreció los auriculares con el iPod—. Te aviso en un rato para empezar con el aro.

Me perdí en su mirada aguamarina antes de asentir.

Gianna siempre me tranquilizaba con esa serenidad que irradiaba incluso en los momentos de máxima tensión. Ella y yo sencillamente conectábamos. A sus veinticuatro, mi entrenadora se diferenciaba de las demás por acudir a los eventos ataviada con el chándal púrpura del club, unas Converse plateadas de lentejuelas y su melena oscura recogida en una goma de cable de teléfono. Era estricta y disciplinada, pero también sabía diferenciar cuándo necesitabas recibir un sermón que te hiciera reaccionar o cuándo te convenía una charla en la que fueras tú la que le contase los escollos que te bloqueaban. Su humanidad había fortalecido nuestro vínculo a lo largo de los años, por eso se distanció de mí, para permitirme respirar

durante el calentamiento, confiando en que me resultaría más fácil recuperar la concentración por mi cuenta.

Y es que ese día nada me salía bien. La pelota se me escapaba de las manos, el aro rebotó en la moqueta antes de impactar en mi frente, las mazas iban demasiado largas y se me hizo un nudo en la cola de la cinta minutos antes de salir a pista. Sin embargo, todo fue sobre ruedas en el tapiz. Al escuchar mi nombre por megafonía, soltaba todo el aire con el abrazo de Gianna y dibujaba una sonrisa en el rostro.

Los ejercicios me arropaban, la música sonaba acompañada a mis movimientos y los aparatos se deslizaban por mi cuerpo con armonía. Iban a fijarse en mí. Golkova anotaría mi nombre en mayúsculas, sin titubear.

Hasta que mi sueño se rompió en la última rotación, en el minuto cincuenta y tres, desequilibrándome en el giro en *penché*, cuando lancé la varilla de la cinta para sujetarme con las manos y no caerme en la moqueta. «No puede estar pasando», pensé. No escuché el «oh» generalizado del público, el aplauso animándome a continuar o los últimos acordes del violonchelo que narraba la historia de mi coreografía.

Seguí como Gianna me había enseñado: no pierde quien se equivoca, sino quien no lucha hasta el final. Y yo lo hice apretando los dientes, a sabiendas de que mis anhelos eran arena en mitad del desierto.

Sonreí al acabar el ejercicio, me despedí tirando un beso al aire y me tragué el dolor en silencio, incapaz de enfocar la imagen de los asientos a mi derecha. No quería ver a mi madre llorar, tampoco a Violet cubrirse la boca con la mano o a mi padre bajar la cámara de fotos porque no había nada que inmortalizar ese día. Solo angustia, esfuerzos malgastados y un corazón que quiso dejar de latir.

Acababa de cumplir dieciséis y sentía que mi universo se apagaba.

TROYE

Pasado

Oí cómo Declan se daba la vuelta en la cama hasta que, pasadas las siete, optó por levantarse y desaparecer. Yo había estado en vela hasta la madrugada, así que decidí quedarme un rato más tumbado, lo justo para que los Adler desayunasen sin mí.

Una semana con ellos había sido suficiente para advertir que eran una familia de costumbres. Desayunaban huevos revueltos con beicon y café antes de que Dustin se marchase a trabajar al restaurante, del cual no regresaba hasta las siete. Las horas libres del almuerzo las pasaba junto a Jacqueline y su hijo, aprovechando las vacaciones de verano de Declan para improvisar cestas de pícnic que desplegaban en las explanadas frente al río.

La vida en el entrañable pueblo de Kinsale se desarrollaba con sencillez: las tiendas del centro eran el punto de encuentro de los más jóvenes, los bares promocionaban sus ofertas durante los días en los que los eventos deportivos reunían a los vecinos, y la piscina municipal o el cine de cuatro salas marcaban el inicio del fin de semana. Yo, que huía de Declan y tampoco conocía a nadie aparte de los Adler, metía mi cuaderno, lápices y algún *snack* en la mochila, y recorría las afueras sin tregua hasta que los rayos de sol se consumían.

—¿Vienes con nosotros al mediodía? —me preguntó Jacqueline, sirviéndome un cuenco de cereales cuando bajé a la cocina.

Tomé asiento y rumié su oferta.

—Claro —asentí, aunque fuera el plan que menos me apetecía en el mundo.

Me había acostumbrado a la independencia, a estar solo y respetar el silencio. No me importaba perderme por los rincones más remotos de la zona, al contrario, disfrutaba en el acto masoquista de deambular entre mis propios pensamientos. Pero me sentía mal. Por no desayunar lo mismo que ellos, por sufrir insomnio bajo un techo en el que me ofrecían todo tipo de comodidades, por gastar agua templada al ducharme, por querer repetir de cada delicioso plato casero y robarle intimidad a Declan al ocupar su dormitorio.

Guiado por la gratitud, acepté inmiscuirme en la comida familiar de aquel domingo. Así fue como lo inevitable sucedió.

Cada habitante del pueblo clavó su mirada en mí durante los dos kilómetros a pie desde el hogar de los Adler hasta el Adler's Place, el restaurante que Dustin dirigía. No les culpo, en los sitios pequeños la curiosidad funciona como único incentivo para proporcionar novedades a una cotidianidad anodina. Sé que no tenían malas intenciones, sé que aquella era su peculiar forma de darme la bienvenida, pero también sé que me hicieron sentir cohibido, un chico acobardado al que le colgaron la etiqueta de forastero.

No soy bueno fingiendo y mi rostro se convirtió en un libro abierto que destilaba pánico. Quizá por eso las preguntas no fueron dirigidas a mí, sino a Jacqueline, y decidí tomármelo a modo de ofensa. «Nadie me ve, necesito una intérprete, dan por hecho que soy estúpido por no tener padres».

—¿Cuándo ha llegado?

—¿Qué edad tiene?

—¿Irás al instituto?

—¿No es muy mayor para ir de familia en familia?

Cada interrogante se clavó en mi piel hasta producir una herida. Corte a corte, el dolor se propagó por mis extremidades hasta privarme de aire. Di un paso atrás, bajé la vista a los adoquines y eché a correr. Mejor eso que clamar la verdad para disipar las dudas de quienes solo pretendían juzgarme. En las anteriores casas de acogida había aprendido que el silencio abogaba más a mi favor que las palabras. Los chicos problemáticos, mordaces y honestos no duran mucho en la vida real; los que no se muerden

la lengua y se niegan a interpretar un papel sumiso vagan de un lado a otro como una pelota pinchada con la que nadie, excepto el viento, desea jugar.

Me largué sin vacilar para proteger ese presente que simbolizaba una nueva oportunidad junto a los Adler. No sabía qué dirección tomar, pero deduje que cualquier opción sería mejor que quedarme plantado frente a extraños que me observaban como a un animal encerrado en una jaula.

Atravesé la avenida principal para internarme en un laberinto de callejuelas estrechas y empinadas, las más solitarias. Sin dudar, avancé hacia las afueras, donde el camino se bifurcaba en una plaza sin salida y la entrada a la carretera. Me decanté por la segunda opción y seguí por el arcén hasta que el cansancio hizo mella en mí. Con las manos apoyadas en las rodillas y el pulso bombeando en mis oídos, me detuve a recuperar el aliento.

La brisa veraniega me activó y entonces lo vi: un faro abandonado se esbozaba ante mí, de un blanco roto que quiso contarme miles de historias en pretérito imperfecto. Discreto pero imponente. Aislado. En pie pese a las grietas. Su silueta se alzaba con intención de hacerle cosquillas al cielo mientras su sombra se alargaba entre la explanada de maleza salpicada por flores coral y escarlata. Con la intriga bailando por mis venas, subí de dos en dos los escalones hasta alcanzar el punto más elevado y avistar el vaivén de las olas a través de la ventana sin cristales. Permanecí allí durante horas, embelesado por las esquirlas del firmamento que se mecían sobre la superficie del agua, hasta que mis latidos se acompasaron al rumor del mar y discerní nuevas tonalidades en la línea del horizonte.

Dicen que los faros simbolizan una promesa, ese lugar seguro al que regresar, la luz que te guía, algo certero. Para mí los faros —o ese faro que solo Lilia y yo visitamos y en ocasiones dudo si no lo llegamos a inventar— son sinónimo de libertad, amor, saborear una pizca de felicidad.

LILIA

Pasado

Aquel verano, mi sonrisa desapareció al leer la lista de gimnastas convocadas para formar parte de la selección nacional la siguiente temporada.

El error garrafal en el Nacional, competición a la que la seleccionadora y los técnicos de la Federación acudieron para hacer seguimiento de las jóvenes promesas que representarían al país, me privó de coser la bandera irlandesa a mis maillots. En cuestión de un minuto y treinta segundos, había tirado a la basura meses de preparación. La penalización del error ensució mi ejercicio y le sumó segundos perdidos, titubeos y una mueca de disgusto que había tratado de disimular con poco éxito.

Tras recibir la noticia, bajé la pantalla del portátil con las manos trémulas, me sequé los ojos con la manga de la camiseta y salí al jardín a por la bicicleta amarilla con la intención de que la velocidad y la distancia difuminasen mi frustración.

Adiós al Centro de Alto Rendimiento de Dublín.

Adiós a los montajes que coreógrafos de renombre podrían haber ideado para mí.

Adiós a perseguir el sueño de unas Olimpiadas.

Si a los dieciséis no me habían llamado para entrar en la selección, mis deseos no serían más que motas de polvo en un *Big Bang* fallido.

Sin parar de pedalear, mi cerebro tomó las riendas y puso el piloto automático para conducirme al faro Hyland, el destino predilecto de mi padre cuando Violet y yo éramos dos crías hiperactivas que amenazaban con acabar con figuras, muebles y la paciencia de mi madre. Papá solía

llevarnos a ese emblema del pasado para que nuestra energía desorbitada se diluyese subiendo y bajando escaleras, mientras él ejercía de árbitro entusiasta y nos premiaba con meriendas poco saludables. Aquel era nuestro secreto, una vieja costumbre que me reconfortaba, una vía de escape a través de la cual poder refugiarme si mis cimientos se desmoronaban.

Hasta ese momento, me había escabullido al faro en solo dos ocasiones: después de pelearme con Sawyer por pedirle a Gianna usar la misma música que yo en la rutina de mazas, y aquel domingo en el que me estiré sobre la moqueta del salón para pegar cristales de Swarovski en mi nuevo maillot y mi hermana irrumpió en la estancia descalza, pisando los montoncitos de diferentes tamaños y colores que había tardado horas en separar y que terminaron siendo una montaña indivisible.

Lo que no imaginaba al recostar la bicicleta en la fachada del faro era que muy pronto hallaría en él a un chico que se creía oscuridad, pero irradiaba luz, que escondía esperanza en una mirada triste y se vestía de melancolía, aunque era capaz de espantar a la aflicción con su risa.

Por aquel entonces, Troye Barlow no era nadie. Ni sonrisas honestas, ni una lista de canciones, ni confidencias a media voz. Tampoco la promesa de cumplir un sueño, ni siquiera mariposas revoloteando en mi tripa. Aún no. Hoy, al echar la vista atrás, quizá todavía.

TROYE

Pasado

Mis escapadas al faro se convirtieron en un hábito, oxígeno, necesidad. Allí, moldeando las nubes con la punta de los dedos, el tiempo se detenía y podía dibujar paisajes, cielos y flores que coloreaban el campo de tonalidades pasteles, aunque mis reproducciones sobre el papel fueran del gris plomizo de la mina de un viejo lápiz.

Mientras el calendario se tornaba una sucesión de días idénticos para mí, Lilia los contaba uno a uno hasta que la esperanza se desvaneció y solo le quedó un «adiós» agrio en la boca.

Desconozco el minuto exacto en el que nuestros destinos colisionaron, solo sé que el atardecer se extinguía, las horas de calor habían trazado cercos de sudor en mi camiseta negra y estaba a punto de descubrir que existe un tipo de soledad que puede compartirse, y que Lilia y yo nos haríamos expertos en degustarla. El viento mecía las copas de los árboles e invitaba a bailar al mar. Desde lo más alto del faro, recostado en el alféizar con la mirada fija en el manto estrellado que comenzaba a encenderse, lo único que oía era el incesante silbido del viento, la caricia de las olas en la zona rocosa de la costa y el ulular de las aves nocturnas.

A diferencia de las madrugadas interminables sin dormir que pasaba en la litera de los Adler, aquella quietud no me atormentaba. Ascender uno a uno los peldaños del faro me sosegaba, al igual que el aroma a sal limpiando mis pulmones o la libertad de poder expresarme sin tapujos, sin que nadie presenciase los picos más elevados y bajos de mi montaña rusa.

Me senté frente a la ventana y saqué una chocolatina del bolsillo. Abrí cuidadosamente el envoltorio y partí una onza que deshice despacio en la

boca, saboreándola contra el paladar. Durante una milésima de segundo, me alegré de ser un forastero en esa pequeña ciudad. Ni Jacqueline ni Dustin estaban al corriente de mis salidas, y Declan no iba a delatarme. Alguien que decide no verte se transforma más en aliado que en antagonista.

Aquella noche iba a ser como otra cualquiera. Un par de vueltas al reloj, tumbado sobre el polvoriento suelo de piedra, acostumbrándome a ver en la oscuridad, acompasando mis latidos al rugido del oleaje y desgastando deseos con astros que no los cumplirían jamás. Hasta que una joven me arrebató la intimidad.

Sus pasos veloces resonaron por las escaleras. Apoyé las palmas para ponerme en pie, pero, cuando alcé la mirada, Lilia ya estaba frente a mí. La melena color caramelo se derramaba por su espalda, y sus ojos castaños, con una constelación avellana bordeando sus pupilas, me observaban incrédulos. Sus mejillas se habían sonrojado por el ejercicio y en su semblante se perfilaba un gesto severo.

—¿Qué haces aquí? —No lo preguntó, escupió la recriminación con rabia.

«Esconderme», pensé. Pero guardé silencio, no le debía explicaciones a nadie.

—Disfruto de las vistas —mentí, porque una parte de mí quiere creer que no estaba allí por casualidad, que mi cometido esa velada era esperarla.

—Tienes que irte —sentenció con voz grave.

Cerró las manos alrededor de los bolsillos del *short* deshilachado que llevaba.

—¿Por qué? —la reté.

—Este sitio es mío.

—¿Tuyo? —Enarqué una ceja y esperé a que mi tono mordaz provocase algún efecto en ella.

—Mío, desde siempre. Y quiero estar sola. —La desesperación que destiló hizo que me apiadase de Lilia, aunque no lo suficiente.

—Pues no voy a marcharme, lo siento —mascullé, seguro de que aquella chica no iba a renunciar a su lugar en el faro.

—No lo entiendes, tienes que irte.

—Eres tú la que no lo entiende —rebatí con calma—. ¿Crees que he venido a un sitio abandonado en busca de compañía? No voy a marcharme, así que puedes sentarte en la otra esquina y llorar, gritar, tirarle cosas a la pared o lo que sea que vengas a hacer aquí. No voy a molestarte, pero tampoco pienso irme.

Mi discurso la enmudeció. Entró en razón, asintió y caminó hasta el otro extremo de la estancia, donde se sentó y su máscara de fortaleza se hizo añicos. Los gimoteos iniciales dieron paso a una cascada que arrasó con todo; poco después, su apariencia insolente se evaporó y advertí retales de vulnerabilidad.

Esa fue la primera vez que Lilia me partió el corazón. Sin embargo, tal y como le había prometido, no hice nada. Me mantuve en mi lateral frente a la ventana, oteando el cielo mientras la oía deshacerse en tormenta.

—No estoy loca —se excusó más tarde, secándose las lágrimas con torpeza.

Se mordió el labio inferior y trató de dibujar una sonrisa triste. Pensé en el abrazo que Jacqueline me había dado al llegar a Kinsale y, de haber sido una de esas personas que irradia serenidad, la hubiera acogido entre mis brazos para transmitirle la paz que le faltaba.

—Sé que no lo estás —le seguí la corriente.

—¿Cómo te llamas?

—Troye.

—Troye. —Acunó cada sílaba y me hizo pensar en el repiqueteo relajante de las gotas de lluvia al derramarse sobre el asfalto.

Fue indescriptible, no sé por qué me gustó. Quizá era agradable oírme en boca de quien no me conocía y no podía añadir connotaciones subjetivas ni juicios de valor a mi persona. O quizá lo que opinase de mí aquella chica se me antojaba irrelevante, quizá fue su dolor lo que me conmovió, y esa presentación improvisada era la única vía que tenía para llegar hasta ella.

—Soy Lilia. ¿Vives por la zona?

—Llevo poco aquí.

—¿Aquí en el faro o aquí en el pueblo? —se esforzó por bromear mi chica valiente, la que trataba de flotar sobre una tabla mientras su trasatlántico se hundía.

—En el pueblo. Me hospedo con los Adler.

—Perdona, salgo poco. —Se mordió una uña—. Suelo... solía pasar las tardes entrenando en el pabellón.

—Qué deporte.

—Gimnasia rítmica.

—¿La de las asimétricas y la barra?

—No, esa es artística. En mi disciplina usamos aro, pelota, mazas, cinta y cuerda. Aunque casi han suprimido la cuerda, la consideran poco vistosa en televisión...

—Me suena —fingí, perdido en el brillo de sus ojos, un resplandor que nada tenía que ver con el llanto.

Le pregunté a qué edad había empezado, cuántas horas dedicaba a la semana, si no le dolía la espalda al doblarse en dos. Reticente al principio, terminó por encender el móvil y mostrarme un par de vídeos cortos de su cuenta de Instagram.

—¿A cuántos metros lanzas el aro? —exclamé sin pestañear, esperando discernir un hilo invisible que hiciera posible que algo que sale de tu campo visual vaya a parar a tu mano tras dar varias volteretas—. Es una pasada.

—Cuanto más alto, más tiempo tienes para realizar dificultades antes de recogerlo.

—Eres buena, ¿verdad? No creo que mucha gente pueda hacer lo que me has enseñado.

—Llevo muchos años dedicándome a la gimnasia.

Por el modo en el que describió la dureza de los entrenamientos, comprendí que no se trataba de una afición sin pretensiones. Mencionó una competición en la que había fallado a lo grande e intuí que su disgusto se debía a ese error. Entonces reparé en que hablaba en pasado.

—Voy a dejarlo —confesó Lilia.

—¿Por la opinión de otros?

—Porque no me hace feliz. En Kinsale los recursos son limitados, no tengo opciones de mejorar si no entro en la selección.

—Creo que te equivocas.

—¿Qué sabrás tú?

—Llevas adorando ese deporte desde los cinco, ¿vas a decirme que solo era para que te llamaran del equipo nacional? ¿Que no te ha hecho feliz? ¿Vas a permitir que el criterio de gente a la que no conoces te arrebate eso?

—No lo entiendes, no lo dejo por ellos.

—Sí lo haces —arremetí sin morderme la lengua. Fui sincero con ella sin temer que mi opinión tuviera consecuencias—. Y es triste, Lilia, es muy triste que otros tengan el poder de quitarte la ilusión. Algún día te darás cuenta de lo absurda que es tu decisión.

—¿Posees la verdad absoluta?

—Ni por asomo, pero se te ilumina la cara cada vez que mencionas la gimnasia. Si los ojos son el espejo del alma, llevas el deporte ahí dentro, es lo que te hace palpar.

—¿Qué es lo que llevas dentro tú, Troye?

—Cosas feas —musité.

—Discrepo.

—¿Tú también posees la verdad absoluta?

—Por supuesto. —Se rio—. No me expliques nada si no quieres, pero resulta más fácil abrirse a un extraño.

La conversación se convirtió en susurros y recostamos la espalda en el suelo. Charlamos, casi discutimos por la propiedad del faro y continué interrogándola sobre ese deporte que tanto adoraba Lilia. A medida que fui recabando información, una sensación inusitada fue naciendo en mi interior. Me pregunté cómo sería disponer de ese regalo que se me había negado en tantas ocasiones: tener la posibilidad de conocer a alguien en profundidad, de no preocuparte por si no volverás a verlo en unos días, una semana o unos meses. Me descubrí anhelando más tiempo para compartir anécdotas o simplemente la quietud de la noche con aquella muchacha.

Convencido de que el destino que nos hizo coincidir confabularía a favor de un nuevo encuentro, puse de mi parte.

—La próxima vez que coincidamos en este faro, te contaré algo de mí —propuse tras un rato largo, al bajar las escaleras para volver a casa.

—Vendré a diario —dictaminó ella.

—En ese caso, me mantendré alejado del dichoso faro, para evitar confidencias innecesarias —me mofé.

Salimos al exterior y el aire revolvió su cabello e impregnó mis fosas nasales de perfume suave de frutas. Lilia se montó en su bicicleta y yo me quedé firme, con los brazos en jarra, esperando a que se marchara para ponerme a correr.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —inquirió.

—A pie.

—Sube —me invitó.

—Se te pinchará una rueda. Peso mucho.

—Vamos, sube.

Rechisté y, después de varios minutos, me subí a la bicicleta con un mohín. Lilia me llevó a casa, me regaló un «Buenas noches, Troye» que sigue aleteando en mi pecho e insistió en que volvería para averiguar más de mí. Con el juramento de vernos y hablarle de mis dibujos, mis anhelos frustrados y mi adicción por ser autosuficiente, me desplomé en la cama antes de rendirme al sueño más reparador en mucho tiempo.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

La alarma del móvil suena a las seis, la misma hora a la que solía salir de la cama en la residencia Laurden para darme una ducha rápida antes de bajar a entrenar. Pero en Kinsale no hay nada que hacer al amanecer, así que me incorporo recostando la espalda contra el cabezal y dejo que mis pensamientos revoloteen en la oscuridad hasta que oigo el pestillo del baño.

Pasan de las ocho cuando entro en la cocina y el aroma a tostadas activa mi estómago.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, pequeña —contesta papá, ataviado con un delantal sobre el conjunto de camisa y pantalón de pinzas que emplea como uniforme en la ferretería.

—Huele bien. —Ocupo la silla de la derecha, bajo la ventana, la que en otra vida fue mía.

—¿Quieres un poco? —Señala la cafetera.

Asiento y sirve dos tazas. Me ofrece un plato con rebanadas de pan y yo lo alejo tras coger una y darle pellizcos a la corteza.

—Si le untas Nutella, sabrá mejor —opina Violet a mi espalda.

Se inclina para darme un beso en la mejilla y saca la caja de cereales del armario que hay sobre la vitrocerámica. Viste un peto vaquero sobre una camisa de amapolas y canturrea melodías inventadas mientras escruta las redes sociales con agilidad. Solo yo sigo en pijama.

—Mierda, la *crostata* —suelta papá. Rescata de la encimera una fuente circular con el pastel cubierto por papel de aluminio y lo acerca a la mesa.

—No suelo desayunar mucho —me excuso, y, al ver su expresión palidecer, añado—: La probaré al mediodía.

—Bien, pequeña. —Se bebe la taza de café de pie y, sin detenerse a respirar, echa un vistazo al reloj de la pared antes de fruncir el ceño.

—Llegas tarde, no te hagas el sorprendido —dice Violet, y se ríe al ver cómo papá se quita el delantal a toda prisa, pero solo consigue enredarse más con el lazo de la espalda.

—Nos vemos luego, chicas. —Me acaricia el pelo a modo de despedida y le guiña un ojo a mi hermana—. Ni una palabra a vuestra madre.

—En fin, las cosas no han cambiado mucho en tu ausencia —comenta Violet, metiéndose un puñado descomunal de cereales en la boca.

La única que lo ha hecho he sido yo, por eso no encajo.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Mi agenda está en blanco —admito.

—Genial, te vienes conmigo a clase —sugiere entusiasmada—. Te enseñaré el campus, los martes solo tengo Traducción Editorial y Mediación Lingüística para la Accesibilidad.

—Violet, tu hermana estará ocupada —anuncia mi madre uniéndose a nosotras.

Se ha enfundado uno de sus vestidos de tubo con los que impresionaba al resto de madres en las competiciones, y por su espalda caen tirabuzones dorados. El maquillaje le cubre las heridas de guerra que anoche reposó contra la almohada.

—Cariño, perdona que ayer no estuviera en condiciones. —Tatúa un rastro de pintalabios borgoña en mi mejilla—. ¿Qué tal el vuelo? ¿Qué haces aún en pijama?

—Yo...

—Lo sé. —No permite que me exprese, se coloca a mi lado y acuna mis manos entre las suyas—. Si te soy sincera, al principio lo veía todo tan gris y sin salida... No obstante, la negatividad solo sirve para bloquearnos, y las Girard somos mujeres tenaces, no hay nada que se nos resista. Puede que nos cueste un poco ajustarnos a esta dinámica, pero saldremos adelante —augura—. Lo conseguiremos, cariño. Hemos trabajado muy duro, encontraremos la manera de que tu carrera siga adelante.

En el pasado me molestaba que emplease el plural, como si viviese sus sueños frustrados a través de mí. Me hacía cuestionar si yo solo era un plan para ella, el medio para alcanzar su objetivo final: el triunfo, la atención mediática, ser eterna. Ahora no me importa, nada me importa, salvo el hecho de que estoy rota.

—¿Podemos hablar más tarde? —Su discurso me provoca náuseas. Me siento débil y lo que me apetece es convertirme en un ovillo de autocompasión.

—No hay un más tarde. Vístete, vamos a comprar un detalle para Gianna por su generosidad.

—¿Para Gianna?

—He hablado con ella, puedes empezar esta misma tarde.

—¿Empezar qué?

—Tu trabajo como entrenadora.

Sus ojos son idénticos a los míos, pero miran tan diferente que en ocasiones me asusta. Hoy destilan un centelleo sombrío y afilado.

—¡No tienes derecho a decidir por mí! —bramo.

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Qué insinúas?

—¿Sigues teniendo sangre en las venas, Lilia? Las semanas pasan, vas a perder un año.

—¿Un año? ¡He perdido toda mi vida! ¿Acaso crees que tengo ganas de hacer algo que no sea encerrarme en mi habitación y llorar? —Expulso una bocanada larga mientras ella permanece expectante—. ¿Piensas que puedo ponerme a entrenar a niñas cuando lo único que deseo en el mundo es volver a pisar un tapiz? ¡No soy de hielo!

—Algo tendrás que hacer con tu futuro. —Sus rasgos se endurecen y en ellos advierto cada trayecto en coche rumbo al pabellón, las noches visionando olimpiadas en YouTube, el coste de los hoteles en competiciones lejos de casa.

—Necesito tiempo, mamá. Necesito que mi vida sea mía, y no tuya.

Subo las escaleras y me encierro en mi habitación, dispuesta a tumbarme sobre el colchón y llorar. Un pensamiento fugaz ilumina mi mente: las cartas de Eva. Pero niego y me desplomo sobre la cama, incapaz

de leer lo que esconden los consejos de mi mejor amiga. Aceptar sus palabras implicaría asumir la situación, y yo todavía quiero combatir contra molinos de viento.

—¿Puedo pasar? —pide Violet desde el umbral.

—Adelante —respondo con un hilo de voz.

—No te agobies, acabas de llegar. —Se pone en cuclillas frente a mí y me levanta el mentón con el índice—. Eres la persona más fuerte que conozco, Lilia.

—¿Y si me he quedado vacía? —Suspiro, muy suave, pero a mi alrededor acecha un huracán de incertidumbre—. ¿Y si no existe nada que pueda hacerme feliz otra vez?

Trago saliva y Violet medita una réplica, consciente de que somos dos polos opuestos. Para ella, el deporte había sido la guinda del pastel, un añadido, diversión, el punto donde focalizar su energía. Sin embargo, para mí simbolizaba impulso. Y no sabía, ni sé, emocionarme, palpar o expresarme de otra forma.

Acuna mi rostro con ambas manos y me invita a tomar aire lentamente, despojándome de dilemas e incógnitas venideras. Esa es su respuesta, ofrecerme cobijo, dejar que lllore contra su pecho y decirme sin palabras que estar mal es una opción.

—Ignora a mamá, excepto en eso de vestirme —recalca minutos después—. Mi propuesta de enseñarte el campus sigue en pie.

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

—Nos vemos en el restaurante —se despide Declan, cogiendo el abrigo del colgador de detrás de la puerta.

—Eh, ¿otra vez me dejas plantado? —refunfuño. Hasta hace un par de semanas solíamos desayunar té y *muffins* de arándanos antes de partir hacia nuestras obligaciones.

—Dallas me está esperando. —Sonríe como un gilipollas pillado por la chica que recorre doce kilómetros en moto para cenar en Kinsale solo por verlo—. El turno matinal es tuyo —puntualiza—, yo no entro a trabajar hasta las tres y media.

—Claro, porque se supone que dedicas las mañanas a estudiar. Si tu madre se entera de que te lías con las clientas en lugar de hincar los codos en el curso de hostelería...

—No me lío con las clientas, solo con Dallas. Y practico mucha repostería para impresionarla, te lo aseguro. Además, al que van a matar es a ti si no mueves el culo. Te toca darle un buen repaso al comedor antes de llamar a los proveedores para hacer el pedido semanal.

—¡La limpieza antes de cerrar te corresponde a ti! —le recrimino.

—Estaba ocupado. —Una mueca pícara se apodera de sus facciones—. Lo haré la semana que viene, te lo prometo. —Ríe antes de calarse la capucha para salir al frío exterior.

Tras una ducha breve, rescato del armario el uniforme que Jacqueline planchó ayer intuyendo que volvería a quedarme hasta tarde pintando. Me pongo el polar encima de la chaquetilla negra y cierro con llave antes de

enfilarse la calle rumbo al centro, sin deducir que unos metros más allá me espera un pasado en el que sigo presente.

Mi piel se eriza en anticipación.

Los bombeos de mi pecho estallan.

Y mis ojos la distinguen en la intersección de Plás Emmet con Main St, caminando al lado de su hermana. No necesito que se gire para reconocer esa melena lisa sobre la trenca beis que le cubre hasta las rodillas. Sus movimientos son más pausados, contenidos, similares a los de aquel verano en el que quiso demoler sus ambiciones guiándose por un arrebato. Y solo deseo acercarme, aniquilar cada centímetro que nos separa y preguntarle si aún sonríe al montar en bicicleta, si las margaritas siguen sabiéndole a mis labios, si en ocasiones cierra los ojos y se transporta a aquellas veladas en las que su pelo se derramaba sobre mi vientre mientras las conversaciones llenaban el vacío de esos sueños que no habíamos cumplido.

Ha vuelto, y con ella el álbum de recuerdos que he tratado de arrinconar para continuar besando, riendo y respirando sin que mis latidos le pertenecieran. Su presencia en el pueblo equivale a morirme por emplear un tiempo verbal en desuso, tragar vértigo y exhalar cinco letras que en el orden correcto simbolizan mi universo.

—Lilia —musito.

Las casas, la carretera de doble sentido y los vehículos aparcados en línea se difuminan, guardan silencio. Cada maldito árbol, buzón y señal de tráfico desaparece en ese remolino que arrasa lo irrelevante para colocarla a ella en el centro.

Mi garganta se seca cuando Lilia me encara, tan despacio, casi a cámara lenta, que hago acopio de toda mi paciencia para apaciguar la frustración que chisporrotea en mi sangre. «¿Qué son tres segundos después de tres años, idiota?», me recrimino.

Un gorro de lana le cubre el inicio de las cejas, bajo las cuales hallo su mirada avellana. Melancólica, lánguida, como si los extremos estuvieran deritiéndose. Me preocupa lo que refleja: desidia, oscuridad, el humo de una mecha consumida que había iluminado con brillos artificiales sus pupilas tiempo atrás. Pero no ahora, cuando Lilia regresa al pueblo solo físicamente. Sus sueños se han quedado en Dublín, en un tapiz que —según

los especialistas en medicina deportiva que conceden declaraciones a los medios— no volverá a pisar nunca.

Me pregunto cómo una disciplina tan bonita, que le ha aportado tantas cosas y la ha hecho crecer, puede apagarla de esa manera. Sin previo aviso, desnudándola ante situaciones que no sabe afrontar. Pese a sus diecinueve años y las experiencias frenéticas que ha atesorado gracias a la gimnasia, Lilia no cuenta con práctica en esto de vivir. Me pregunto si para cada deportista será distinto o la transición de atleta a alguien mundano dolerá tanto como desgarrarse la piel. Al fin y al cabo, retirarse no es más que negar quién eres, quedarte sin identidad, romper tu historia de amor cuando sigues jodidamente hipnotizado.

Quizá esa combinación de lástima y fragilidad que desprende sea la culpable de que me acerque a ella con un ruego:

—Eh, no huyas de mí.

—No lo hago —miento, las dudas enturbian su semblante.

—¿Cómo estás? —inquiero, aunque en mi cabeza solo ansío descubrir si sigue añadiendo canciones de The 1975 a sus listas de reproducción.

—Ni lo sueñes, Troye. —Su cara se crispa en un mohín de disgusto—. No vamos a jugar a eso.

—Lilia, después de lo que pasamos juntos...

—¿Qué? ¿Te crees con derecho a tener la exclusiva, a que te cuente mis problemas sin filtro?

—Sé que cuesta, pero resulta más fácil abrirse a un extraño —la cito.

—No podemos normalizar la situación —expone, rotunda.

—¿Quiere eso decir que no somos dos extraños?

—Dos extraños que se leen el pensamiento mirándose a los ojos —matiza, y su labio inferior tiembla.

—¿Aún tienes ese poder? Vamos, dime qué pienso. —Clavo mis pupilas en las suyas.

—Tengo prisa. —Rompe el contacto y me da la espalda para andar hacia el punto en el que Violet aguarda.

—Eh, Lilia... —Hago ademán de alargar un brazo para entrelazar nuestras manos, luego me arrepiento y doy un paso atrás—. Nos vemos.

Pero no contesta. El crepitar de sus zapatillas es el único sonido que oigo mientras su silueta mengua, alejándose más y más de mí.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

—Cuéntame algo de ti, Troye —le pedí en nuestro segundo encuentro en el faro.

Él chasqueó la lengua y me dedicó una media sonrisa chulesca para neutralizar mis ansias mientras buscaba una ruta alternativa con la que distraerme.

—Mi grupo favorito es The 1975, ¿lo conoces? —Apoyado en el alféizar, su flequillo castaño se revolvía con el viento y yo, quince o veinte centímetros más baja que él, lo contemplaba templando la curiosidad de sentir su tacto entre mis dedos.

—No —admití ilusionada ante aquel dato irrelevante—. ¿Tienes alguna canción en el móvil?

—Yo... No tengo móvil.

Sus pómulos se ruborizaron y palpó la tela de los vaqueros con los dedos en un gesto que me alertó de su incomodidad. No intuí que trataba de desviar mi atención al pantalón para que no reparase en los agujeros de su camiseta de algodón.

—Debes ser el único adolescente del planeta que sobrevive sin tecnología —añadí para restar importancia al asunto. Quería información, pero no a costa de que nuestra confianza se quebrase. Saqué mi teléfono del bolsillo y entré en YouTube—. Dime algún *single* que te guste de ese grupo.

—Vas a gastar los datos.

—Valdrá la pena si son tan buenos como dices.

Nos sentamos a escasos centímetros con mi móvil entre los dos, impidiendo que nuestras rodillas se rozasen y, con la espalda recostada en la

pared, nos entregamos a las notas que vibraban a través del altavoz. Empezamos por la más conocida, *Somebody Else*, y recorrimos el sendero hacia la depresión de la mano de *My Medicine* y *Fallingforyou* antes de remontar con los temas más bailables, *The Sound*, *Chocolate* y *It's Not Living (If It's Not With You)*.

«Un grupo de música no es nada», me había dicho minutos antes. Pero, tras ver la reacción que generaba en él la voz de Matt Healy llenando compases electrónicos, cambié de parecer. Siguió el ritmo del bajo con un pie, inclinó la cabeza hacia delante y su celeste se aclaró hasta adquirir la tonalidad exacta de un firmamento despejado. Su rostro no era el de un gladiador que arrastra desconfianza y violencia, sino el de un Peter Pan sobrevolando Nunca Jamás.

«Voy a llenar el móvil con estas maravillas», le di la razón, y reímos por encima de los acordes que nos envolvían cuando le invité a bailar. «No tengo tanta coordinación como tú», denegó mi oferta. De ahí pasamos a diseccionar mis listas de reproducción, la mayoría de ellas cortes de un minuto y treinta segundos de duración que yo misma había hecho con el propósito de adaptar mis canciones preferidas a ejercicios de gimnasia.

—El nuevo código nos permite llevar música con letra —le expliqué.

—¿Y alguien las usa?

—Pues claro, cualquier novedad es bienvenida. Las rusas y ucranianas han puesto de moda a Muse, Queen o Lady Gaga, pero las más repetidas son *Run Boy Run*, de Woodkid, y clásicos como el *Bolero* de Ravel, *El lago de los cisnes* o el *Canon* de Pachelbel.

—¿Por qué no las borras? Esas canciones ocupan espacio y van a servirte de poco —me picó.

—Debería —asentí, deslizando un dedo por la pantalla.

—¿Ya te has retirado oficialmente?

—Casi.

—¿Qué te falta?

—Hablar con mi familia y mi entrenadora.

—¿A qué esperas?

—No lo sé. —Agallas, seguridad, una afición a la que entregarme para olvidar que fui gimnasta—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro. Déjame adivinar, vas a hacerme un interrogatorio.

—Punto para ti.

—Una tregua, necesito azúcar para enfrentarme a mi oponente. —Sacó una barrita Twix y la partió por la mitad. Me ofreció el trozo más grande y le dio un mordisco al suyo—. Estoy listo. Dispara —dijo, lamiéndose los restos de caramelo del labio inferior.

Mastiqué la galleta despacio, con la vista fija en mis manos manchadas de la cobertura de chocolate que se derretía. No tenía pañuelos con los que limpiarme, así que imité a Troye y me chupé los dedos.

—Sigo esperando —me animó él.

—¿De qué huyes tú, Troye? —El interrogante salió antes de que pudiera extinguirlo en la mente. No buscaba equiparar la balanza, que lo que le había explicado con anterioridad se viera recompensado con datos personales para comparar nuestro grado de daño y vulnerabilidad. No, lo que pretendía era construir un puente hacia él, coincidir a mitad del camino y tenderle mi mano para acompañarle y que Troye me acompañase a mí—. ¿De qué te escondes en este faro?

Me observó de soslayo y entendí que iba a esquivarme por enésima vez. Después su mandíbula se relajó, entrecerró los ojos tratando de enfocar entre las sombras y habló en un susurro:

—Huyo del tiempo y del apego. Nunca he tenido un «dónde estoy» duradero como para poder plantearme un «hacia dónde voy». Y aquí, en este faro, no existen relojes ni el presente, solo las olas rompiéndose, un cielo al que contarle mis secretos y una chica con tantos sueños como miedos. —Sonrió, tensando la boca en una línea tímida, pero sincera—. Aquí puedo escuchar canciones sin atribuírselas a personas, ordenar mis pensamientos y expresar cada segundo dibujando cosas que jamás le enseñaré a nadie.

Con el transcurso de los meses descubriría que Troye solo era un tipo duro cuando vestía esa coraza de hierro, la que empleaba para esconderse, protegerse, mantener de una pieza al niño asustado que sobrevivía detrás. Le costaba admitirlo, pero se moría por querer a los demás: a quienes había perdido, a quienes no llegó a tener, a quienes entraban en su vida y no sabía

si tenía permiso para cogerles cariño por miedo a que se marchasen. Sin embargo, no hablamos de eso aquella noche.

Se me ocurrió hacer una ronda relámpago de preguntas para romper un hielo que se reducía a vapor. Troye no captó mi referencia a *Friends*, por lo que descarté mi primer interrogante y ordené los siguientes. «Responde con lo primero que te venga a la cabeza, sin pensar», le pedí. «Nos arrepentiremos de esto», vaticinó él.

Entre sus gruñidos y mis carcajadas, Troye reveló que le había dado la primera calada a un cigarrillo a los doce, y admitió con las orejas rojas que la tos que le provocó casi termina haciéndole vomitar. Su primer beso le produjo un efecto similar, y fue unos meses después. Me instó a ver *Westworld* y *Breaking Bad*. Eligió gofres antes que tortitas, bocadillo de atún como cena especial. Aseguró con tono solemne que su personaje literario preferido era Sirius Black, y me ofreció la mitad de un segundo Twix. «Si vas a preguntarme por qué no te lo he dado antes en lugar de dividir uno para los dos, déjame advertirte que no estás lista para mi honestidad», replicó, haciéndose el seductor. Y, lo confieso, liberarse de las cadenas, guiñarme un ojo y regalarme una sonrisa ladeada le sentaron bien.

Hablamos de todo y nada, pisamos de puntillas por temas poco trascendentales y ahondamos en lo mucho que le costaba adaptarse a los Adler.

—Negaré haber dicho esto, pero a veces me da miedo que sean demasiado buenos. Por si los pierdo.

—¿Por qué piensas así? ¿Ha pasado algo?

—No. —Se encogió de hombros y contrajo los músculos hasta ocupar menos espacio—. Pero si cambian de opinión sobre mí... Si no encajo en lo que quieren que sea...

—Quieren que seas Troye, nada más.

—Todos tenemos expectativas. Yo, por ejemplo, me empeño en anular mi personalidad para que cualquiera me indique cómo actuar. Me contengo, selecciono muy bien qué exteriorizo. Tú, en cambio, tomas las riendas sin cuestionar quién eres. Esperabas que me marchara del faro cuando nos conocimos y crees que llevas siempre la razón. Al menos respecto a tu carrera deportiva.

—No es verdad, no siempre llevo la razón —rebatí, pero las anécdotas junto a Violet y mis compañeros del Didier que acababa de contarle avalaban su sentencia.

—Lilia, ¿convencer a las gimnastas para que montases una coreografía de Navidad a los nueve no denota dotes de mando? —Reí y acaté a regañadientes—. Eres una líder nata. Una líder un pelín autoritaria que tuvo suerte de que su entrenadora no la sancionara —añadió, sacando la lengua—. La cuestión es que resulta inevitable no esperar algo de los demás, somos humanos, queremos controlar nuestro entorno y confiar en nuestros instintos. Los Adler tienen un hijo de mi edad y llevan veinte años casados, cuesta ajustar una pieza a un puzle completado.

—¿Y si lo hablas con ellos? Para que entiendan tu punto de vista.

—Las cosas dan menos miedo cuando no se pronuncian en alto —musitó, y me percaté de que esa frase resumía el limbo en el que me hallaba con la gimnasia.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

A Lilia le gustaba respirar hondo mientras masticaba chicles de menta, calentaba con canciones de Chvrches retumbando en los auriculares y hacía capturas de pantalla de cachorritos adorables que guardaba en la carpeta de favoritos de su teléfono. Sus mejores amigos, Stella y Sawyer, pertenecían al club en el que entrenaba desde que era una mocosa. Y acudía al pabellón a perfeccionar sus ejercicios semanales de septiembre a julio. Conservaba todos sus maillots de competición, e incluso había encargado una osita de peluche —una Osinova de la bloguera Esteruss— vestida con una réplica de su diseño más especial, un mono índigo con el que ganó su primera medalla. En diciembre pedía biografías de atletas a los que admiraba; sus últimas adquisiciones bajo el árbol fueron las de Shawn Johnson, Michael Phelps y Nastia Liukin.

No me costó deducir que toda su vida giraba en torno al deporte. Me prometí callar cuando lo que más anhelaba era repetirle cosas que ella no quería escuchar: que estaba cometiendo un error alejándose de su pasión, que resulta complicado encontrar algo que te remueva por dentro, y mucho más remoto era que ese algo se te diera bien.

Nos tumbamos en el suelo, con las comisuras de los labios llenas de chocolate, y Lilia se quejó de lo que iba a dolerle la espalda al día siguiente. Me convertí en caballero y le ofrecí mis rodillas.

—He dicho rodillas —protesté cuando se acomodó sobre mi barriga.

—Tranquilo, no esperaba que tuvieras abdominales —se mofó.

Su melena alborotada me hacía cosquillas en la frente cada vez que la brisa se colaba por la ventana y la sacaba a danzar, y sus brazos extendidos,

como si quisiera crear un ángel en la nieve, me costaron más de un golpe en la nariz. Pese a las colisiones accidentales, allí estirado junto a ella, oliendo su perfume de coco y grabando la sintonía de su risa en mi memoria, supe que había hallado más que un lugar para aislarme si el aire se volvía tóxico. Kinsale se estaba transformando en mi refugio, pero esa chica iría más allá. Lilia trazaba poco a poco cada letra del término «hogar», aunque en esa época no entendiese que hogar no es solo confort, seguridad y calidez, aunque no imaginase que los hogares también se desplazan y, en consecuencia, te desgarran. Porque añorar tu sitio preferido implica dolor, te obliga a decirte adiós a ti mismo.

Ella no volvió a mencionar la gimnasia y yo enterré la congoja del pasado entre las sombras. El cansancio y la complicidad hicieron su trabajo, y se quedó dormida contra mi pecho. La examiné de reojo, con los párpados bajados, la expresión tranquila y la boca ligeramente entreabierta. El impulso aniquiló mi cordura y, con cuidado para no despertarla, la acomodé sobre el suelo de piedra.

Rescaté el cuaderno y el trance me obligó a esbozar las primeras líneas de la imagen que tenía ante mí: rostro ovalado, cejas rectas, nariz chata, barbilla redondeada. Y me relajé con la cadencia de su respiración mientras reproducía instantes fugaces junto a Lilia en el papel. Tiempo después, al pasar la vista por esas páginas, comprendería que allí atesoramos más que horas perdidas en las alturas de un faro. Fuimos latidos, susurros, sueños.

Estaba aplicándole sombras a su mentón cuando Lilia se removió murmurando oraciones ininteligibles y me miró con curiosidad, todavía somnolienta.

—¿Qué haces? —Se incorporó apoyando su peso en un codo.

—Ya casi está —anuncié—, solo un minuto.

Continué dando los últimos detalles, difuminé líneas caóticas y me acerqué la hoja para corregir las imperfecciones. Me sequé el sudor de la frente, hecho un manojo de nervios, y le mostré el resultado final con la inquietud enquistada en la garganta.

—¿Por qué me has pintado? —Acortó la distancia hasta que su aliento se entremezcló con el mío.

—Porque, en mi humilde opinión, has perdido la perspectiva y eres incapaz de verte a ti misma. —Le mostré un intento de retrato en blanco y negro.

—¿Eso crees?

—Eso creo.

Lilia guardó silencio antes de verbalizar su dictamen.

—Me gusta así, sencillo.

«Sin adornos, real», añadí en mi fuero interno. Ella era movimiento y yo, trazos. No sabía hacer nada más, solo llenar folios con imágenes que se grababan en mi retina. Dibujando me sentía libre y de mis dedos brotaban pensamientos que mis cuerdas vocales no sonorizaban.

—Te faltan un par de rasguños. —Acaricié mi cuaderno con los dedos. Me mostró una herida minúscula en la línea de la mandíbula y dos marcas prácticamente invisibles en el mentón—. También me partí un diente con las mazas, pero era de leche.

—Los héroes no llevan capa, Lilia, pero sí cicatrices.

Y allí, apoyando una mejilla en su hombro y contemplando las estrellas titilar al compás de un reloj que se detuvo para ser nuestro aliado, vestimos la noche de madrugada frente a unas horas robadas en forma de dibujo. Regresamos a Kinsale montados en su bicicleta, ella sonriéndole a los colores anaranjados del amanecer y yo sujetándola de la cintura, aferrándome a cada segundo a su lado.

Joder, daría cualquier cosa por volver a sostenerla entre mis brazos.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

—Me retiro —dije, y la cocina se quedó en silencio mientras mis palabras resonaban una y otra vez, haciéndose infinitas.

La charla con Troye la noche anterior me había ayudado a recuperar la perspectiva. Desde entonces mi cabeza era un hervidero de argumentos, y todos ellos estaban de acuerdo en que la gimnasia ya no me hacía feliz.

—¿Cómo dices? —preguntó mamá, arrugando la nariz.

Papá trató de calmarla poniéndole una mano en la rodilla, pero ella se zafó del contacto e impactó la taza de café contra la mesa, produciendo un estruendo seco. A su izquierda, Violet dio un respingo.

—Me has oído, dejo la gimnasia —enfaticé cada sílaba.

—Esa es una decisión que tenemos que tomar con sentido común, analizándola fríamente, no como respuesta a un error de la selección. —Se dio golpecitos en el labio, rumiando una estrategia—. Les llamaré para exigir explicaciones, quedaste primera en tres aparatos. Juzgarte con tanta dureza por un desliz no les beneficia, te necesitan tanto como tú a ellos.

—Mamá, olvídale. El error lo cometí yo con el desastre de cinta que hice. Las plazas se ganan en el tapiz, no con cheques ni llamadas de teléfono.

—Si eso fuera verdad, cariño, la mitad de esas niñas becasadas no habrían salido de sus pueblos —masculló con desdén.

—Adelyn, por favor —le pidió mi padre.

Ella asintió y suavizó el tono, aunque su alegato sonó igual de rotundo.

—Somos un equipo, Lilia. No eres la única que se ha sacrificado para que puedas competir por todo el país con maillots de quinientos euros. Sé

que es una decepción y que merecías entrar en la selección, pero no vas a tirar la toalla. No lo permitiré.

—Y ¿qué vas a hacer? —la provoqué.

—Cariño, no pienso mover un dedo —constató con una risa seca—. Estás enamorada de la gimnasia, volverás a ella.

Tenía razón y no la tenía en absoluto. Porque mi madre no podía anticipar lo que sucedería si mi interior lo habitaba una vorágine de confusión y anarquía.

—No hagas caso de lo que dice mamá —me aconsejó Violet cuando estuvimos a solas—. Ya sabes lo intensa que se pone con el deporte.

Si había alguien que me comprendía, esa era mi hermana mayor, el conejillo de Indias que probó patinaje artístico, tenis, natación sincronizada y *ballet* antes de apuntarse a la extraescolar de rítmica. Violet solía bromear —y aún lo hace— diciendo que se alegraba de que hubiera nacido, de que se me diera bien la gimnasia, para que mamá estuviera contenta y borrara el rostro de decepción al ver que su primogénita nunca se clasificaba entre las diez primeras.

—No lo entiendes, Violet —me obcequé—. Esta vez iba a ser «la definitiva». Llevo meses soñando con la plaza en el equipo. Me la había ganado a base de esfuerzo. Me pasaba horas extras en el Didier y los entrenamientos iban bien. Estaba en mi mejor pico de forma, hacía enteros con los ojos cerrados... —Se me quebró la voz.

—Tenemos que asumir que hay cosas en la vida que se tuercen, Lilia. Quizá tu destino sea otro —cercioró con dulzura.

Violet era generosa, amable y comprensiva, sabía escuchar y siempre me dedicaba palabras de aliento; no obstante, su conformismo, su manía de achacar a un plan del universo las cosas que sucedían y las que no, me ponía nerviosa. Detestaba el azar y creía que, si te entregas a algo en cuerpo y alma, tiene que ocurrir. No por las energías cósmicas o casualidades aleatorias, sino porque la dedicación conduce al éxito.

Pero, si no era capaz de vivir, con la gimnasia ni sin ella, ¿qué podía saber yo de éxito?

LILIA

Presente

Los primeros rayos de sol iluminan el cielo encapotado mientras Violet pisa el acelerador y nos despedimos de Kinsale. Las canciones de la radio llenan el silencio del trayecto en coche, pero yo no las oigo; cada sonido queda amortiguado por el roce de los neumáticos contra el asfalto de la carretera, algún claxon esporádico de conductores con prisa y las ráfagas de viento que desafían a las ramas de los árboles.

Pese a las gélidas temperaturas de febrero, bajo la ventanilla para que la asfixia no pueda conmigo y permanezco impasible a las caricias heladas de la brisa sobre mi piel. Nada me activa.

Quiero regresar a Dublín. Quiero llevar una maleta cargada de maillots, punteras, aparatos, gomas elásticas y rodilleras. Quiero degustar las emociones. Quiero volver a creer en los sueños.

Tardamos treinta minutos en llegar a la University College de Cork, compuesta por varias facultades repartidas por la ciudad. Algunas emanan un ambiente mágico, con sus edificaciones de piedra gris rodeadas de explanadas verdes de hierba; otras son bloques de nueva construcción.

Sigo a Violet por los pasillos de Traducción y permanezco en segundo plano cuando sus compañeros se acercan a saludar o intercambian dudas sobre las entregas del semestre. Asistimos a la primera clase y nos saltamos la segunda. «Hoy es una excepción», ríe mi hermana, aunque la invitación que rechaza de un grupo que planea pasar la mañana en la cafetería me hace creer lo contrario.

—Ven, voy a enseñarte mis sitios preferidos —explica, tirando suavemente de mi muñeca.

Paseamos hasta el aula magna, hacemos una parada en su máquina expendedora habitual para sacar dos cafés y salimos al exterior con el vaso caliente entre las manos, dispuestas a desafiar al temporal desde un banco resguardado. Se la ve desenvuelta, más serena y segura, lejos del cataclismo que encarnaba años atrás. Ha madurado, ambas lo hemos hecho, pero ella demuestra aplomo y yo incertidumbre.

—¿Mejor? —pregunta tras hacerme un *tour* por la biblioteca y varias aulas vacías.

—Sí. —Finjo que la vida universitaria despierta algo en mí, pero lo cierto es que recorrer cada lugar que a ella le enciende la mirada solo consigue que yo recuerde la ausencia que vibra en mi pecho.

—Se ha hecho tarde. ¿Comemos?

—Claro.

Nos decantamos por un bar del centro que sirve platos combinados a buen precio y ocupamos una mesa del fondo. Violet pide una hamburguesa con queso, beicon y ensalada de col; yo repaso la carta, indecisa, y termino eligiendo un sándwich de pavo acompañado de patatas fritas para no hacer esperar al camarero que anota nuestro pedido con desgana.

—¿Vas a hablar con Troye? —inquire Violet cuando cuelgo el abrigo de la silla y saco el móvil del bolsillo.

—No tengo nada que hablar con él. —Fijo la vista en las paredes crema cubiertas por imitaciones de láminas pop art—. Es pasado.

—Lilia, he visto cómo te miraba.

—Como hacéis todos, con pena.

—Está enamorado.

Se me retuerce el estómago. Enciendo la pantalla del teléfono y entro en el chat de WhatsApp de Stella y Sawyer. Subo y bajo por los mensajes sin leer ninguno.

—Puede tragarse su amor y guardar las distancias —digo entre dientes.

—Te vendría bien salir, ocupar la mente en algo que no sea el círculo destructivo de la lesión y las ocurrencias de mamá.

—¿Y tiene que ser con él? —Alzo una ceja con escepticismo.

—Se preocupa por ti.

—Llega años tarde —sentencio, antes de que el camarero sirva las bebidas.

Comemos arropadas por el sonido de la campanilla de la puerta anunciando la entrada de nuevos comensales y el susurro de las charlas de mesas vecinas. Violet me observa indecisa, sin atreverse a reanudar la conversación.

—No es mi intención amargarte el día, Lilia, pero veo tu cara y no puedo tragarme las palabras. —Coge una patata de mi plato y le da pequeños mordiscos—. Me cuesta ponerme en tu situación porque no la he vivido y solo consigo imaginar una décima parte de lo que estás pasando, pero te aseguro que se me parte el corazón. Si está en mi mano hacerte desconectar, evadirte saliendo de tiendas, apuntarnos a cualquier curso... Lo que sea, solo tienes que decírmelo.

—Me gustaría salir a correr contigo como hicimos aquel verano en que dejé la rítmica.

—Cualquier cosa que no afecte a tu lesión, Lilia. Los médicos fueron estrictos respecto a eso.

—Pero ¿qué ocurre con mi cerebro? Me pide actividad, liberar endorfinas. No es sano pasar de ocho horas diarias a cero.

—Más adelante, ¿vale? Ahora céntrate en buscar actividades que te distraigan, algo sencillo que te haga feliz.

El problema es que ya lo había encontrado. Años atrás, en un tapiz, haciendo gimnasia o dejando que ella me hiciera. Más fuerte, valiente, centrada, a veces una niña confusa entre brillos, a veces una adulta que maduraba demasiado rápido. Pero siempre feliz, porque la rítmica simbolizaba lo conocido y exorbitante, una constelación de sueños que me acompañaban a diario. Hasta que se acabó y me arrebataron la luz.

TROYE

Presente

Llego a la escuela a las cuatro y media, con el tiempo justo para quitarme el polar, sacar las pinturas de la mochila y enfrentarme al lienzo.

Mis compañeros humedecen el pincel creando formas abstractas, delineando perfiles o mezclando óleos para transmitir un mensaje a través de contrastes cromáticos. Yo, sin embargo, no me atrevo a empezar.

—¿Falta de inspiración? —comenta la profesora Clement al aproximarse a mi sitio, un extremo de la tercera fila.

—Más bien lo contrario —murmuro, aunque en mi caso la abundancia de ideas genere un desorden caótico que merma mi concentración.

—Elige algo, un elemento que despierte tu interés.

Y eso hago. Selecciono tonalidades tierra; marrón pardo, chocolate, café, y trazo líneas de cada una de ellas en el dorso de mi mano antes de decantarme por canela moteado con gotas bronce.

Esbozo sus párpados, decorados con pestañas infinitas que enmarcan su dolor, y me recreo hasta conseguir el color exacto de sus iris, aunque eso no sea ni de lejos lo más importante. Lilia me dijo una vez que el éxito en el deporte carecía de sentido para ella si no iba ligado a las emociones: un palmarés se olvida, lo que transmites y es capaz de erizar la piel perdura para siempre.

Algo similar me ocurre cuando pinto. Puedo aprender diferentes técnicas, mejorar a base de repeticiones o imitar a artistas consagrados hasta hallar mi propio estilo, pero jamás estaré satisfecho si la imagen que plasmo no expresa lo que hormiguea en las yemas de mis dedos. Así que me

entrego a la lámina y replico la misma mirada hasta llenar el rectángulo de melancolía. Y entre los más de quince intentos, creo reconocerla.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

Me arrepiento al verlos llegar a la cafetería, pero es demasiado tarde.

Stella y Sawyer avanzan hacia mi mesa —nuestra mesa—, la que atestiguó las agujetas en septiembre, los restos de purpurina con los que nos bañábamos en los festivales de fin de temporada en junio, medallas que nos hicieron sudar, derrotas que nos unieron más, primeros besos, *crushes* a los que no llegamos a hablar y la promesa de hacernos juntos un *piercing*, un tatuaje o unas mechas, poco importaba el qué siempre que fuera juntos. Con mi dúo favorito cada acontecimiento, bueno o malo, se celebraba engullendo un yogur helado repleto de Chips Ahoy y ese batido de mango con tres cañitas en el que tragarse las babas del otro era sinónimo de amistad.

Ellos protagonizaron mi infancia: horas en el pabellón bajo las directrices de Gianna, viajes en autobús para disputar amistosos con clubes de la zona, colaboraciones innovadoras para la temporada de conjuntos y fines de semana practicando el maquillaje de las competiciones con tutoriales de YouTube. Se rieron al cortarme el flequillo, aunque las carcajadas incontrolables llegaron al verme entrenar con veinte horquillas que no conseguían sostener semejante irregularidad capilar; fueron los primeros a los que les dije que me había bajado la regla y falsificaron la firma de mi madre al suspender matemáticas en el instituto para que me dejasen ir al campus deportivo de agosto.

Por eso se me antoja tan raro que no me salgan las palabras ahora.

—¡Lils, estás guapísima! —me halaga Stella, depositando el bolso y la carpeta de la universidad en un asiento para abrazarme. Ha crecido un

palmo y el vestido ceñido evidencia que su cuerpo ya no es el de aquella cría de piernas finas y torso de bailarina. Su media melena pelirroja acentúa los rasgos dulces de su cara.

—Tanto que das rabia, tía. —Sawyer hace pucheros.

Sonríó sin ganas y le bajo la capucha de la sudadera para revolverle los rizos castaños igual que hacía para que se relajase antes de salir al tapiz.

—¿Lo de siempre? —proponen al unísono, y no soy nadie para llevarles la contraria.

—¿Qué tal la rodilla? —pregunta Stella—. ¿Es tan malo como dicen?

—Peor. —Me encojo de hombros.

—Bueno, no tenemos que hablar de eso —interviene Sawyer, como si planeásemos quedar cada semana y esta cita solo fuera una prueba de adaptación.

—Ya... Perdón, he metido la pata —lamenta Stella visiblemente nerviosa, no se parece en nada a la amiga sin pelos en la lengua que se encargaba de poner en su sitio a cada componente del trío.

—Para nada —me apresuro a objetar—. Es el tema que sacan todos, y lo comprendo.

—Querida Lils, estoy hartó de oír en los medios lo famosa y brillante que eres. ¿Por qué no nos ilustras con los trapos sucios? —Sawyer apoya los codos en la mesa y coloca el mentón sobre las manos—. Te acompañé a comprar el primer sujetador, merezco algún cotilleo de los que la prensa no se enterará.

—A menos que concedas una exclusiva —bromeo—. Fuiste mi compañero de habitación desde los ocho.

—No creo que los periódicos me paguen mucho por airear que roncas como un fumador de setenta años.

—No te quejes —masculla Stella, dándole el primer sorbo al batido—, al menos vosotros os ibais a la cama pronto. Yo dormía con Gianna y solía hacerme el moño la última.

—Guapa, alguna ventaja debía tener ser un niño inmiscuyéndome en el deporte femenino por antonomasia. No todo iban a ser críticas y acoso escolar.

Sawyer fue un pionero, el primer chico en el Didier, y su incursión en la rítmica le costó más de un disgusto en el colegio. Las risas de los alumnos de su clase eran la banda sonora que le acompañaba en los recreos, solo, marginado por una sociedad que juzga antes de empatizar. No obstante, para él abandonar la gimnasia nunca fue una opción.

Sawyer no le propinaba patadas al balón para marcar un gol en la portería, él lo lanzaba al techo y hacía una rueda para después recogerlo con suma facilidad. Antes de reunir el valor para pedirle a sus padres que lo llevaran a entrenar junto a su hermana, se confeccionó una cinta con un lazo y un lápiz. Y fue feliz cada tarde bailando en su cuarto hasta que el dormitorio se le quedó pequeño. Eligió ser valiente, abanderar su pasión; la capacidad de aniquilar los miedos es la cualidad que destacaría de él, por encima de su carisma innato, su manejo virtuoso del aparato o la creatividad con la que nos sorprendía inventando maestrías imposibles.

—No remuevas el pasado —reprende Stella, acariciándole un brazo—. ¿No os resulta extraño que seamos adultos y que caernos en un giro, perder elasticidad o llevar la misma música que otra gimnasta ya no suponga el fin del mundo?

Lo que para ellos son anécdotas arcaicas, para mí reflejan un ayer que sigue ensombreciendo el presente.

Entre cucharadas de yogur me cuentan sus rutinas diarias: Stella vive de alquiler frente a la facultad de Económicas y Sawyer entrena a benjamines, aunque aspira a montar su propio club. Mencionan sus amores truncados, los trabajos temporales que tuvieron en verano y protestan por cosas que yo jamás he hecho: «Detesto hacer la compra», «En el piso me espera una colada que no va a tenderse sola», «No sé qué cocinaré mañana, tengo la nevera vacía». «¿Tú qué tal lo llevas, Lils?», se interesan. Y mi contestación real sería que en Laurden solo teníamos que preocuparnos por entrenar bien y competir mejor, que la limpieza y la nutrición no entraban en mi lista de problemas que me quitaban el sueño. Pero expuesto así, fuera de contexto, sería admitir que he pasado los últimos tres años en un complejo de vacaciones en el que mi principal cometido era sonreír sobre el tapiz. Y no sería cierto. Las paredes de aquella residencia guardan sollozos, impotencia y escenas que solo quienes estuvieron allí lograrían comprender.

Pienso en Eva. Ella sí, ella solo necesitaría observarme lanzar un aparato al aire para advertir mi estado de ánimo.

—Lo siento, chicos, pero llego tarde a clase. —Stella saca un billete del bolso y paga su parte antes de ponerse en pie—. Me ha encantado verte, Lilia. Repetiremos, ¿verdad?

—Claro.

—¿FaceTime a las nueve? —exclama Sawyer mientras la pelirroja se dirige hacia la salida—. Tienes que ponerme al día sobre lo que pasó el sábado con cierto guaperas.

Stella le tira un beso al aire y se marcha. El hilo musical es lo único que me salva durante unos segundos.

—Vale, ya estamos solos. Puedes soltarme cualquier mierda que te apetezca, Lils. Te entiendo. Para un deportista resulta complicado hablar de sus debilidades.

Suspiro, y en esta ocasión es de alivio. Ahí está el Sawyer que me obligaba a llorar cuando me pillaba haciéndome la fuerte en el vestuario tras un entrenamiento pésimo.

—¿Cuál es el límite de dramatismo? —pregunto.

—Del uno al diez, tres mil.

—Odio esta vida, la que tenía antes de irme. —Me muerdo el labio inferior, ordenando un discurso que es tan veraz como insoportable—. En Kinsale aseguraban que tenía talento; en Dublín, que debía esforzarme más para alcanzar la excelencia. Sea como fuera, me dejaba la piel en el tapiz. Y me sentía especial, el tiempo se detenía y solo existíamos la rítmica, yo y el calor del público coreando mi nombre. Pero ahora... Los focos no brillan, nada me pellizca el pecho y me levanto pensando en el pasado, contando los días que hace que ya no soy gimnasta. —El nudo en mis cuerdas vocales me roba la voz—. Me he retirado, pero siempre seré esa chica que se prendó del deporte antes de saber lo que significaba sacrificarse. Soy la que ganó títulos y tuvo fallos garrafales, la que se presentó a diario en el Didier para entrenar a los once pese a tener una pierna escayolada. La que se emocionó al mirarse en el espejo con su primer maillot y la que creyó morir el día que los médicos la obligaron a abandonar la élite. Porque me obligaron, si me hubieran dado a elegir..., habría preferido competir

infiltrada unos meses, destrozarme la pierna y no poder volver a caminar antes que demoler mi sueño.

Desde pequeña me han repetido la frase «No abandonas algo porque sea difícil». El problema es que nunca me explicaron cuándo está permitido hacerlo. Rendirte. Renunciar a un sueño. Admitir que no puedes más sin que te tilden de endeble o perezosa.

Quizá por eso me cuesta asimilar que mis aspiraciones como gimnasta han terminado y que debo escuchar a mi cuerpo malherido por encima de las voces mentales que me animan a continuar. Esta vez no. El dolor no se justifica con una carrera de éxitos. Las lesiones han ganado la partida. Soy deportista, pero, por encima de todo, soy humana. Y no merezco este final, aunque tampoco merezco resquebrajarme en los tapices.

Pese a eso, aún no lo comprendo. Sigo presa del hechizo. Puede que en un futuro. No lo sé. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? Qué más da, el tiempo resulta tan relativo... Lo único que importa es avanzar, no estancarme, permanecer receptiva ante los cambios. Abrirme a nuevas experiencias. No contar minutos, sino latidos.

—Lils, esa forma de ver las cosas no es sana.

—Las gimnastas estamos hechas de otra pasta, Sawyer. De un material duro y tenaz; puede que la ilusión se transforme en imprudencia y locura. Lo das todo de ti, traspasas el límite y sabes que es el único modo de grabar tu huella junto a la de los campeones que hacen historia. —Me seco las lágrimas que se acumulan en mis ojos—. Puedo cambiar las punteras por zapatos, vivir bajo otro techo y simular que he pasado página, pero no puedo despojarme del motor que da sentido a mis días. Jamás lograré dar un paso adelante sin recordar de dónde vengo... —Hago una pausa—. Debes de pensar que estoy loca.

—Te envidio, Lils. A ti y a todas las niñas que pudisteis soñar con unos Juegos Olímpicos. —Apura los restos del batido y clava su mirada gris en la servilleta, que arruga de manera distraída—. Creo que, por eso, porque no llegué a volar, puedo seguir manteniendo los pies en el suelo. Mis logros eran simbólicos, medallas en competiciones menores y torneos entre clubes. Nada de pruebas para la selección nacional ni medirme con la élite.

—Lo siento, no es justo que me queje...

—Eh, ni se te ocurra pedir perdón por ser sincera, y menos aún por tener aspiraciones. Ibas a triunfar, Stella y yo lo supimos mucho antes que tú, solo era cuestión de tiempo. El problema es que tocar el cielo no te garantiza que no vayas a caer más tarde.

—No sé cómo gestionarlo.

—Nadie lo sabe. —Esta vez es él quien me revuelve el pelo a mí—. Pero podemos generar una explosión controlada en meriendas dulces o masticar el veneno hasta que nos dañe por dentro y sea demasiado tarde. Solo tienes que llamarme y te escucharé, aunque pertenezca a ese pasado que aborreces.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Mi madre tenía razón, estaba enamorada de la gimnasia rítmica y dejarla era mutilar una parte de mí. Pero ni me atrevía a abandonarla por completo ni me animaba a ir al Didier a matar las horas de aquel verano sin sueños.

Me levantaba temprano y no era capaz de salir del dormitorio hasta haber completado los ejercicios de flexibilidad sobre la alfombra. Después desayunaba y salía con Violet a correr para alejarme de mamá y sus sermones sobre la constancia, aunque lo cierto es que me preocupaba no estar en forma. ¿Y si un día me arrepentía de haberme alejado de la rítmica y deseaba volver? ¿Y si quería sacarme los cursos de entrenadora o juez? ¿Y si regresar al deporte hacía que despertase en mí el afán competitivo?

Comencé con excusas, pequeños pretextos para no cerrar la puerta del todo, y así fui sorteando las horas agridulces del estío. Entre dos aguas, en ese limbo que no osaba afrontar. Mi único contacto directo con el club era a través de Sawyer, Stella y las videollamadas que me hacían para sonsacarme datos que ni yo misma poseía.

—¿Piensas volver al Didier? —inquirió mi amiga, ondulándose el pelo con espuma.

—Tu baño tiene eco, tía —terció Sawyer, tumbado en una hamaca del jardín con un bañador de rayas y los pies estirados como si Gianna estuviera espiándole por una ventana secreta.

—Si vuelves a interrumpirme, te corto esos empeines tan bonitos que tienes —bromeó Stella, adoptando esa expresión severa que siempre nos producía un pelín de miedo—. Lilia, contesta.

—Prefiero no hablar de eso. —Me tumbé en la cama, con las piernas apoyadas en la pared—. No tengo nada decidido.

—Vale, me sirve —asintió ella, sonriendo.

—No la has oído bien con el eco —puntualizó Sawyer—. Te ha dado largas.

—Mientras no me dé un no por respuesta, estaré satisfecha.

De repente me sentí acorralada, al igual que durante esas noches en el faro en las que Troye insistía sobre mi carrera deportiva y yo solo quería gritar. Quizá por eso desvié la conversación. O quizá solo precisaba contarle a alguien lo que ocurría durante mis escapadas, por si, al hacer partícipe a otra persona de mis aventuras prohibidas, las convertía en tan reales como si las viviera a la luz del sol. Así que me atreví a susurrarlo bajito para que nadie de casa se enterase, aquella información estaba a salvo con mis amigos. Al fin y al cabo, entre nosotros no había secretos.

—He conocido a un chico. —Escupí cada palabra con el pulso latiéndome en los oídos.

—¿Por eso no vuelves a entrenar? —Stella tomó asiento en la encimera de mármol del lavabo—. No me digas que vas a seguir el ejemplo de esas gimnastas del Este que se enamoran locamente, se casan jovencísimas y tienen su primer hijo antes de los veinte.

—Sé más romántica. Déjala que viva su historia de amor —masculó Sawyer antes de darse la vuelta para igualar el bronceado de la espalda con el del torso.

—Bájale intensidad, Saw. Tirar a la basura su carrera deportiva por un revolcón no es romántico, sino triste.

—¡Nadie ha mencionado el sexo! —Marqué límites y me cubrí la boca con la mano al percatarme de lo alto que lo había dicho.

—Siempre con condón, y nada de dejar que un tío te lave el cerebro e influya en tus sueños —expuso mi amiga, tajante.

—Stella, no soy idiota.

—Las hormonas nos atontan —bufó ella.

—Habla por ti, pelirroja. —Sawyer se rio—. Eres la única de este trío que ha salido con un chico.

—Con cuatro, para ser exactos —puntualicé.

—Nada de juzgar —repuso Stella—, solo fueron unos besos. Todo con ropa. Además, si fuera un tío, me estaríais felicitando con palmaditas en la espalda.

—*Touché* —reconocimos Sawyer y yo al unísono.

Me incorporé en el colchón y recosté la espalda en el cabezal.

—Cuéntanos más sobre tu historia de amor —pidió Sawyer.

—No hay historia de amor —corregí.

—Solo serotonina y malas decisiones —rechistó Stella.

—Bajadle intensidad los dos. Solo he dicho que he conocido a un chico. Nada más. Ni sentimientos, ni besos, ni tocamientos... Nada. Cero.

—Perdónanos, Lils, es el primer chico del que hablas y la euforia nos ha poseído. ¿Cuándo es la boda? ¿Habrás menú para celíacos? ¿Te acompañamos a las pruebas del vestido?

Mi carcajada traspasó las paredes y Violet, que estaba durmiendo la siesta, dio un golpe a modo de queja. A Stella, sin embargo, no le hizo ni pizca de gracia.

—Cuéntanos cómo es físicamente para que Sawyer pueda alimentar su mente calenturienta y sigamos adelante con temas más interesantes —rogó con un mohín de hastío, y colocó el móvil enfocando al techo mientras se depilaba el bigote.

—Pues es alto, moreno, ojos azules, tiene pecas...

—¿Tiene pecas? —reiteró Sawyer—. ¡Tiene pecas, me muero! Sigue, sigue...

—Le gusta dibujar, es un poco enigmático. O parco en palabras.

—Qué más, qué más...

—No hay mucho más que añadir —zanjé, me apetecía quedarme los detalles para mí.

—¡Jodeeeeer! —gritó Stella—. Maldita cera...

Cuando volvió a enfocarse, tenía los ojos llorosos y la piel que rodeaba el labio superior estaba irritada.

—Y ¿cómo os habéis conocido? —preguntó Sawyer.

—¿Os acordáis del faro Hyland al que solía llevarnos mi padre a Violet y a mí? Salí a correr por las afueras del pueblo y decidí subir. Troye estaba allí.

—Troye... —Mi amigo suspiró—. Voy a mudarme a Kinsale, Lils. Y Stella también, cuando se recupere de su drama facial.

—La depilación no es un drama —dictaminó ella—, más bien una tortura impuesta a la mujer.

—Que tú sigues rigurosamente, pelirroja.

—Quiero pasar a la historia por mis manejos de aparatos, no por tener pelos en las piernas.

La charla halló su nuevo foco de interés: las imposiciones sociales. Y así, de manera dispersa y caótica, pasamos la tarde. Por absurdo que parezca, compartir aquella información con mis mejores amigos me reconfortó. Ese verano no imaginaba que llegaría el día en el que hablar con ellos, lejos de hacerme sentir más ligera, sumaría una opresión asfixiante a mi pecho.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

El 28 de julio, los Adler al completo me recibieron en la cocina. «Menuda puntería han tenido eligiendo la fecha para ponerme de patitas en la calle», pensé. Entonces Dustin rompió mis esquemas.

—Toma. —Me entregó un paquete rectangular.

Rasgué el papel ocre hasta que el logotipo de una marca de tecnología me alertó de su contenido. Un móvil. Ni el último modelo ni el más caro del mercado, pero se me antojó un regalo increíble. Quizá por eso no quise aceptarlo.

—¿Para qué me dais un teléfono?

—Pasas mucho tiempo fuera de casa, nos gustaría que te pudieras comunicar si te ocurre algo.

—Además, hoy es tu cumpleaños —añadió Jacqueline.

—No lo necesito.

Aquel era un préstamo desorbitado. Hacían tantas cosas por mí que no creía estar a la altura. «Se arrepentirán tarde o temprano, se desharán de mí y volveré a ser una brújula sin norte en el maldito sistema», añadí en mi fuero interno.

—En septiembre empezarás las clases en el instituto —prosiguió Jacqueline—, todos los chicos de tu edad llevan uno. Declan lo utiliza con frecuencia para que le acerquemos trabajos o libros. Y no es que te estemos pidiendo que nos uses como recaderos, pero saber que estarás bien nos aporta tranquilidad.

Declan puso los ojos en blanco y subió el volumen de la televisión.

—No lo quiero, de verdad.

—Nosotros sí, Troye —recalcó Dustin.

—Es demasiado.

—¿Preferirías otra cosa?

—Una *tablet* —resopló Declan—, o el portátil que no vais a regalarme nunca porque decís que no me lo merezco. ¿Qué ha hecho él para ganarse las cosas? Aparte de ser un sin techo.

—Hijo, sé más respetuoso —intervino su madre.

—Lo soy dejándole dormir en mi habitación —masculló Declan antes de salir de la cocina blasfemando.

—Somos una familia y tú, Troye, formas parte de ella —sentenció Jacqueline.

—Entrará en razón y se disculpará, no es un mal chico —aseguró Dustin.

Yo asentí y les di las gracias por el teléfono. Esa tarde hubo pastel de merengue, galletitas saladas, Coca-Cola y palomitas de mantequilla. Después de soplar las velas, nos acomodamos en el sofá para iniciar el tradicional maratón audiovisual con el que los Adler celebraban los cumpleaños. Para equilibrar la balanza, dejé que Declan eligiera las películas y me limité a disfrutar de aquella estampa inaudita, la de personas que se preocupaban por mí y estaban dispuestas a brindarme estabilidad emocional sin esperar nada a cambio.

Pasadas las nueve, cuando los Adler creían que dormía plácidamente, salí a hurtadillas y me encontré con Lilia unas calles más arriba. Y sonreí durante todo el camino, agarrado a su cintura, porque íbamos al mismo sitio. O eso creía entonces. Cada hora en el faro nos añadía un capítulo al manuscrito de canciones que bailábamos balanceándonos desde el suelo, barritas de chocolate que desmenuzábamos hablando de cualquier tontería y dibujos que le colaba en el bolsillo del vaquero al final de la noche. Nuestras citas oscilaban entre tres y cuatro por semana, y el riesgo de que los Adler me pillasen subiendo las escaleras a las cinco de la madrugada era un mal menor que no me preocupaba, había memorizado una lista completa de excusas para justificar mis ausencias.

Cualquier cosa por conocer a Lilia, lo más cercano a una amiga que tenía.

Me gustaba, no solo físicamente, sino por su manera de actuar. Alegre, pese a estar atravesando su época más oscura. Metódica y perfeccionista, herencia del deporte, rigiéndose por alarmas y calendarios que programaban cada minuto del día con el afán de exprimirlo al máximo, entrenar, recuperarse y abrazar la almohada con la sensación de haber hecho el trabajo, aunque aquel verano se aficionase a las contradicciones. La más frecuente, cerciorar que no volvería a pisar un tapiz mientras sus ojos me gritaban lo opuesto. Lilia, que alardeaba de su estilo de vida saludable, añadía calorías vacías a su dieta y se acostaba a las tantas.

Risueña. A ratos ingenua. Espontánea. Me ganaba atreviéndose a hacer equilibrios con una botella de agua sobre la suela de su zapatilla, manteniendo la pierna estirada en alto por encima de la cabeza como había hecho en el inicio de su ejercicio de pelota esa temporada. No tenía reparos en ser los coros desafinados durante mi adorada *A Change of Heart*. O en recostar la mejilla contra mi torso mientras mi mano bocetaba el cielo en el cuaderno y su perfume de coco me desconcentraba. Qué mal lo pasaba cuando mis ojos se anclaban accidentalmente en su boca y Lilia se mordía el labio inferior sin desviar la vista, ganándome el pulso.

—Va siendo hora de que formalicemos esta amistad —propuse, subiendo los últimos peldaños del faro—. Voy a darte mi número de teléfono.

—Así que has caído en las redes, ¿eh? Otro adolescente más dispuesto a dormir y comer pegado a una pantalla.

—No por elección propia, ha sido cortesía de los Adler.

—Genial. —Memorizó su número en mi agenda de contactos y se hizo una perdida para guardar el mío antes de devolvérmelo—. Aunque mi regalo palidece frente a un Samsung.

Pensé que habría olvidado la fecha y que aquella desastrosa ronda relámpago de preguntas de antaño caería en el olvido, pero no lo hizo. Lilia me entregó un bulto de tela mal envuelto con papel de periódico y se disculpó reconociendo que no se le daban nada bien las manualidades.

—Felicidades, Troye.

—Gracias.

Era un estuche turquesa repleto de lápices y rotuladores de distintas tonalidades, con punta de grosor diverso.

—Para que añadas colores a la belleza que perciben tus ojos. —Sonrió al recitarlo y quise abrazarla, pero no me atreví.

—Creo que es uno de los regalos más bonitos que me han hecho —confesé emocionado—. Bueno, no lo creo. Lo es. Tú y los Adler sois geniales.

—Vaya, te has puesto sentimental.

—Haz una foto para immortalizarlo. Me permito un minuto de debilidad cada año bisiesto.

Se lo tomó al pie de la letra y yo reí cuando nos encuadró con su móvil para hacernos un selfi que semanas más tarde usaría a modo de salvapantallas.

—¿Algún deseo de cumpleaños más que se te ocurra? —Me mandó la imagen por WhatsApp y yo solo la contemplé a ella. Lucía una amplia sonrisa, llevaba el pelo recogido en una coleta alta y sobre sus hombros se advertían los nudos de los tirantes del vestido camiseró salmón.

—Que dure —le pedí al destino muy bajito.

—¿Nuestra reciente e inaugurada amistad? ¿Acaso lo dudas? No sé tú, pero yo no he ido a muchos cumpleaños. Entrenaba cada tarde. Jugar en el parque, quedar en casa de mis compañeros del colegio para hacer trabajos en grupo o echar a suertes la película de la cartelera que tocaba esa semana no formaban parte de la ecuación. Deberías sentirte afortunado, solo asisto a los cumpleaños de mi hermana Violet.

—Me siento afortunado —confirmé—. No está en mi naturaleza dar algo por sentado... Voy a celebrar este cumpleaños como si fuera el último.

—¿Y si lo celebras como si fuera el primero de muchos que vendrán? —Lilia le dio la vuelta a mi visión pesimista.

—Demasiado utópico para mí.

—Troye, no eres el chico más accesible del planeta. No me malinterpretes, me encanta estar aquí contigo y sé que escondes un corazón enorme debajo de tu armadura, pero cuesta llegar hasta ti. Quizá te sientas solo porque es lo que deseas, apartar a quienes te rodean para que nadie pueda herirte. —Se detuvo, pisándose las puntas de las Converse—. Te

entendería mejor si me explicaras de dónde viene esa manía tuya de ser un derrotista de campeonato.

—Resulta difícil abrir la puerta cuando las personas son temporales. Llegan, les haces un hueco, sacuden tu mundo y te abandonan. —Agité la cabeza hacia los lados, espantando mis temores—. Perdona, no era mi intención ponerme en plan depresivo sentimental. Esto —señalé a mi alrededor— es una fiesta, aunque no lo parezca. Será mejor que te enseñe la artillería pesada.

—Voy a seguirte la corriente porque es tu día, pero en cuanto nos pongamos hasta arriba de glucosa, continuamos con tu terapia.

—Si nadie se duerme —puntualicé con un mohín burlón.

—No te escaquearás.

—Mandona.

Estaba pletórico y las ganas de celebración se leían en mi cara. Nada me apetecía más que recibir los diecisiete a su lado. Hurgué dentro de la mochila hasta dar con un paquete de galletas Cadbury que Jacqueline ya había abierto, dos Snickers y una lata de Nestea.

—Yo también he traído comida. —Lilia sacó una fiambrrera del bolso—. Es una *crostata* de Nutella, la he hecho con mi padre.

No precisamos de globos, música alta o un grupo de gente bailando con vasos de plástico en la mano y conversaciones salidas de películas americanas de adolescentes. En una esquina, nuestra esquina con vistas al mar, hundimos los dedos en el chocolate de su tarta, nos turnamos para beber de la misma lata y estrené los colores de Lilia dibujándola. Ella intentó tocarse la barbilla con la punta de la lengua, muerta de risa cada vez que le repetía que el resto de su cuerpo podía ser de goma, pero que su lengua estaba hecha de hormigón.

—Comienza tu terapia, Troye —sentenció al acabarse la última galleta.

—¿Así, sin más?

—Sin morfina ni remordimientos.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Cómo celebraste tu anterior cumpleaños?

Un interrogante inofensivo que podía contestar salpicándome lo justo al bordear el charco o empapándome por completo.

—No lo celebré. —Me decanté por mostrar la tragedia que todos cargamos a la espalda—. Pero recuerdo que cené lasaña de espinacas y rebañé el plato. No me mires así. Crecí con lo justo, soy fácil de impresionar.

—¿Qué pasó? —preguntó ella. Al instante se arrepintió y rectificó—: Perdona, no tienes que contármelo.

—Quieres saberlo.

—Solo si quieres compartirlo conmigo.

—Todo. Lo bueno y lo malo —prometí con determinación. La amistad es eso, permitir que vean las partes feas para que decidan si huir o quedarse a tu lado—. No sé nada de mi padre, supongo que ni mi madre sabía quién era. Ella... me tuvo muy joven. Le quitaron mi custodia por fumar marihuana durante el embarazo.

—Troye... —Alargó un brazo hasta que nuestras manos se tocaron y entrelacé mis dedos con los suyos. Las caricias de su pulgar me distrajeron de las náuseas.

—Es lo único que sé. Crecí en un orfanato, nadie quería adoptarme por miedo a que tuviera secuelas por las drogas. Los médicos me hacían revisiones, pero las familias eran escépticas. Hasta que cumplí los diez y fui demasiado mayor para que las parejas que buscaban un bebé se fijaran en mí.

—Debió de ser horrible.

—Si te soy sincero, no era muy consciente. Lo que más me dolía era despedirme del resto de chicos. Las situaciones extremas crean un vínculo muy fuerte.

—¿En cuántas casas de acogida has estado?

—Ocho. Nueve si cuentas una en la que duré horas.

—¿Cómo lo soportabas?

—Pintar me calmaba, me ayudaba a guardar momentos, personas, conservar pedacitos que, de otra manera, serían efímeros. —Estiré las piernas y solté una bocanada de aire que sirvió para tranquilizarme—. A los doce me eligieron. Mi primera familia de acogida, estaba pletórico. Hasta que la realidad me despertó de repente. No encajé, los hijos del matrimonio me odiaban, en tres semanas volví al centro de menores. Probé con varias

familias más; unas esperaban que fuera el chico responsable y estudioso que jamás había sido, otros me veían como a la obra de arte que restaurar antes de exhibir en una galería. Me revelé, no quise ser el proyecto de nadie. No vislumbraba un futuro muy esperanzador para mí...

—Y llegaron los Adler —adivinó Lilia.

—Y me dieron un escondite secreto, una ventana desde la que abstraerme con el sonido de las olas y la posibilidad de observar las estrellas junto a mi única amiga.

—Nada de lo que ocurra en este faro saldrá de él, te lo juro. —Reinó el silencio hasta que Lilia se sentó de rodillas y formuló la pregunta que más me intimidó esa noche—. ¿En qué estás pensando, Troye?

—Creo que podrías averiguarlo mirándome a los ojos.

—Vale. Déjame echar un vistazo. —Puso una mano en mi mandíbula para inclinarme hacia ella y tener una panorámica mejor. Sus pupilas brillaban, casi me vi reflejado en ellas—. Tienes hambre, podemos compartir otro trozo de *crostata*.

—Qué más —pedí para que no se alejara.

—Te alegras de haberme contado las partes feas de tu pasado.

—Me alegro. —Se me escapó una sonrisa ladeada.

—Y pretendes ponerme nerviosa con este jueguecito, pero no va a funcionar.

—¿Por qué no? —Mi voz ronca nos sorprendió a ambos.

Se aproximó muy despacio, su aliento hormigueó en mi piel. Bajó los párpados y yo la imité; segundos después, depositó un beso en mi mejilla.

—Pensamos lo mismo, Troye —murmuró en mi oído, y me estremecí.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

Desde mi habitación, oigo a mamá preparando la cena y la euforia de Violet al hablar por Skype con sus amigos traspasa las paredes. Le gusta un tal Joshua, de la universidad, y entonces caigo en la cuenta de que es el moreno altísimo con el que nos cruzamos a la salida del bar de Cork. Papá acaba de volver del trabajo, saluda con un potente «Buenas noches, señoritas» y se mete en el baño para llenar la bañera con sales y relajarse escuchando discos de Phil Collins, como en los viejos tiempos.

No sé qué me impulsa a levantarme de la cama, abrir el baúl en el que guardo mis viejos aparatos de gimnasia y hurgar en él. Saco una cinta roja con la cola cosida para evitar que siguiera deshilachándose y acaricio la varilla con los dedos. Sin demasiado entusiasmo, dibujo círculos concéntricos y observo cómo la tela danza de un modo hipnótico.

Pierdo la noción del tiempo, manteniendo vivo el movimiento de los seis metros de tela hasta que el cansancio se asienta en mi muñeca, en un vago intento de devolverme alguna letra de la palabra gimnasta.

Esa noche, incapaz de dormir, salgo del cobijo de las mantas y rescato del fondo de la maleta una cajita morada. Le quito la tapa con cautela y me acerco las cartas, todavía sin abrir, para que el perfume floral de Eva me lleve de viaje a Dublín.

Bajo los párpados y un suspiro es suficiente para transportarme al pasado. Huelo la moqueta, oigo la música de mi ejercicio de pelota y los rayos de sol me calientan los huesos colándose por los ventanales con vistas a la pista de atletismo. La sala de entrenamiento del Centro de Alto Rendimiento Laurden está vacía a las dos del mediodía y Eva y yo somos

las últimas en recoger para ir a la cafetería antes de que dé comienzo la sesión de la tarde.

Sigo haciendo rodar la pelota sobre el índice, solo por diversión, y mi amiga presume de flexibilidad estirando con la pierna derecha apoyada en el reposabrazos de una silla, la izquierda descansa en una esquina del tapiz. Su cabello rubio, casi blanco, se halla preso en una trenza que ata a su vez con varias gomas elásticas, creando un moño del que, a estas alturas, caen varios mechones alborotados.

—¿Qué haces? —pregunto. En sus manos hay papel y bolígrafo.

—Escribo una carta —revela, clavando en mí sus ojos magnéticos, de un azul congelado que impacta, como si hubiese en ellos miles de estalactitas. Y en mitad de ese hielo arde un fuego producido por la ambición, la determinación de quien decide luchar para mejorarse a sí mismo y no para batir al rival, el ansia por explorar territorios que ningún otro deportista había pisado.

—¿Para quién?

—Para ti —admite, sonriendo—. Para cuando ya no estemos juntas en Dublín.

—No hables de eso. —Mi gesto se tuerce.

—Ese día llegará, Lilia. Nos retiraremos y cada una volverá a su casa, puede que el final de esta historia no sea el que esperamos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasará si una gana la medalla olímpica y la otra no? ¿Qué pasará si solo una se clasifica para los Juegos?

—El final no hará que te quiera menos, Eva.

—No puedes saberlo. A veces las situaciones te sorprenden y aprendes a afrontarlas conforme suceden. Puede que nos enfademos, que termines odiándome y no te apetezca leer ninguna de mis cartas.

—Eso no ocurrirá —cercioro—. Eres mi mejor amiga, casi mi hermana. Sin ti no podría con esta locura.

—Promételo, Lilia. Promete que siempre vas a quererme.

Vuelvo al presente y el juramento que le hice en nuestro primer año entrenando juntas palidece. Noto las mejillas húmedas y es tarde para

contener la cortina de lágrimas que resbala delineando el contorno de mi cara.

¿Puedo quererla odiándome? ¿Acaso Eva no es un elemento más de ese universo del que he sido desterrada? El estoicismo y la desidia que me gobernaban se diluyen; sin anestesia, noto una mano invisible que me estruja las entrañas. No estoy preparada, puede que no lo esté jamás, pero los obstáculos no desaparecen a menos que te enfrentes a ellos.

«Eva te comprende, sabe por lo que estás pasando», me asegura la voz de mi conciencia. Y una parte de mí lo sabe, quizá por eso no cierro la caja y opto por leer sus cartas. Con las manos trémulas, paso los sobres uno a uno hasta que la premisa «Para cuando sientas nostalgia», anotada en uno de ellos, llama mi atención. Saco el folio con cuidado y me sumerjo en las líneas de mi amiga.

Querida Lilia:

Sé que echas de menos la gimnasia. Si te soy sincera, por mucho que llorase durante los entrenamientos, yo también lo hago. Y no importa si me retiré con un palmarés inigualable, si en mi piel llevo grabados los aros olímpicos o si me distancié del deporte porque mi cuerpo dijo basta. Los motivos por los que ya no estamos en un tapiz son irrelevantes, lo único que cuenta es el escozor en la garganta, el hormigueo al caminar en relevé y ese vacío en el pecho. Alejándonos de la rítmica, se nos partió el corazón.

Supongo que un amor así, tan intenso como pirotecnia tiñendo un cielo nocturno, cuesta de superar. Quizá nunca lo hagamos, quizá todo lo que aprendimos sobre esfuerzo, constancia y sacrificio estaba destinado a ayudarnos también en estos momentos, los que suceden a la retirada. Tenemos ante nosotras una nueva vida, la página en blanco con la que soñamos, y no sabemos qué diablos hacer con ella. A qué hora poner el despertador. Cómo llenar los ratos libres sin ballet, cardio, técnica de aparato y repetición de enteros. Ni

siquiera le encuentro la gracia a picar esos dulces prohibidos si no es contigo, la gran amante del chocolate.

Voy a confesarte algo, a riesgo de que me consideres mala persona. No he vuelto a ver una competición desde que colgué las punteras. Por mi salud mental, por envidia, porque no soporto que otras gimnastas avancen, creen nuevas maestrías, estrenen maillots y se cuelguen medallas por las que yo no volveré a luchar. Una parte de mí siente que debía continuar, que me rendí pronto y soy débil por detestar a quienes siguen en la élite, como si haber ganado una plata olímpica fuera razón de peso para concluir mi carrera.

En ocasiones creo que gasté la felicidad de toda una vida en el deporte. También creo que viví más de ocho años dedicada a la gimnasia y que soy un barco a la deriva fuera del tapiz. ¿A ti te ocurre? ¿Te embarga la nostalgia al mirar atrás? ¿Te despiertas imaginando que estás en la residencia?

Te juro que, si pudiera, si existiera una máquina del tiempo, regresaría al pasado y reiría a carcajadas por encima de mi música de aro, llenaría de besos cada maza al terminar un pase sin caídas y no daría nada por sentado. Eso era la felicidad, Lilia, confiar en que lo que teníamos duraría eternamente y no preocuparnos por su final. ¿Y si no se trataba de alcanzar un sueño, sino de tener uno y desvivirnos por él hasta que la llama se apagase?

Te quiere,

Eva

El dolor también tiene memoria, por eso las viejas heridas escuecen más que las recientes. Y se me ocurren dos maneras de aliviar la aflicción, pero esta vez no puedo salir de mi cama y meterme en la de Eva para que sus abrazos me calmen. Tampoco puedo subirme a la bicicleta y recorrer el único camino que me resulta familiar en mitad del caos. Así que me seco las lágrimas y releo la tinta encharcada hasta que el cansancio me vence.

LILIA

Pasado

Aquel agosto fue el más caluroso de todos los que recuerdo en Kinsale.

Me acostaba de madrugada tras regresar del faro junto a Troye, ignoraba las llamadas de Gianna y salía a correr a media tarde para mantenerme en forma y borrar la culpabilidad que me causaba el pensar que nunca había pasado tanto tiempo alejada de la gimnasia. A ratos me convencía de que merecía un verano normal, sin organizar cada segundo del día en torno al deporte, pero lo cierto era que no estaba haciendo nada especial, salvo por mis escapadas nocturnas.

Troye y yo le sumábamos horas a un reloj infinito escondiéndonos en el punto más solitario de las afueras, pero comenzaba a preguntarme cómo sería abandonar allí los reveses y explorar nuevos espacios a su lado. Sentía que ambos lo necesitábamos. Evadirnos, soltarnos la melena y cometer una pequeña locura sin esa contención de la que ninguno se despojaba.

—¿Qué sitios interesantes hay por el pueblo? —le pedí una mañana a Violet.

No era de extrañar que, pese a las reducidas dimensiones de Kinsale, yo apenas lo conociera debido a mi compromiso con la rítmica. Mi hermana, por el contrario, empezaba antes las vacaciones al no clasificarse para los Nacionales, y exprimía cada jornada al máximo ideando desayunos copiosos tras una sesión de *trekking*, escapadas a la playa con su grupo de amigos y cenas de comida rápida en el coche. Y aunque solía elegir opciones de la carta que le producían dermatitis en las mejillas, perdía estrepitosamente en la bolera o no conseguía disimular los cercos blancos alrededor de los ojos que le dejaban las gafas de sol después de tostarse en

el jardín sin protección, me llevaba ventaja en experiencias atesoradas lejos de las instalaciones deportivas.

—¿Quieres salir? —Violet se incorporó en el sofá—. Iba a ir de tiendas con Jasmine, pero no le importará si te apuntas.

—No, yo...

El «quiero gozar de cierta privacidad con un chico» se extinguió en mi cabeza antes de que mis cuerdas vocales lo verbalizasen. No estaba preparada para confesarle a nadie que las sonrisas que le dedicaba a la pantalla del móvil tenían destinatario.

—¿Estás bien? Te has puesto muy roja.

—Déjalo.

Subí a mi habitación para recurrir a Google y, en última instancia, me decanté por un rincón peculiar del pueblo, uno que había frecuentado los sábados con mi familia antes de que las competiciones y los entrenamientos colmasen el calendario. Uno que se diferenciaba de las demás fachadas de Kinsale y que serviría para mi propósito.

«Esta noche haremos algo distinto, te recojo a las diez», le escribí a Troye. «¿Distinto en qué sentido?», dudó con tres lunas negras y el emoji del alien. «Podemos vernos fuera del faro, para variar», aclaré sin darle más pistas. «¿Vernos es un eufemismo de tener una cita?», lo enfatizó con una cantidad exagerada de tambores y un *gif* de Will Smith alzando los pulgares. Con los ojos en blanco tecleé un escueto «Ni en tus mejores sueños» y me vestí con ropa cómoda para salir a correr, despejarme y comprar una sorpresa para esa noche.

A las ocho me di una ducha, me puse el pijama que más tarde sustituiría por una camiseta de tirantes rosa palo y unos *shorts* claros, y opté por soltarme el pelo, aún mojado, para que se secase al aire. Cené deprisa y aproveché la ausencia de Violet para fingir que me llamaba al móvil y así cambiarme. Cuando oí el sonido de la ducha y estuve segura de que mis padres se habían metido en la cama, bajé la escalera con sumo cuidado, cargando la mochila del instituto, y salí de casa.

Pedaleé hasta el hogar de los Adler y no necesité hacerle una pérdida a Troye para informarle de que había llegado; ya me esperaba, agazapado en la esquina de su calle.

—Sube —lo invité, echándome hacia delante.

La brisa nos acarició durante el viaje por las cuestas y tuve que aferrarme al manillar con fuerza para que la respiración de Troye contra mi oído no me hiciera flaquear. Me detuve frente a un polígono abandonado, recosté la bicicleta en un seto que ocultaba la persiana de una fábrica que había cerrado años atrás y le rogué a Troye que guardase silencio.

—¿Adónde vamos? —inquirió confuso. Su mirada centelleó en la oscuridad—. Aquí no hay nada, salvo los ingredientes para una película de secuestros y tráfico de órganos.

—Sígueme, te gustará. —Tiré de su muñeca. Él escrutó mi mano rodeándole el brazo unos segundos antes de avanzar—. Hay encanto más allá del faro. Estamos cerca, lo prometo.

Bordeamos el local hasta el patio trasero y saltamos una valla oxidada para entrar.

—Lilia, no te tomaba por alguien capaz de colarse en una propiedad privada —expuso triunfal al verme ascender por una escalera metálica que emitía un ruido estridente a cada peldaño que pisaba.

—Me colé en el faro —puntualicé.

—Pero hablabas de él como si te perteneciera.

—Bueno, me ocurre algo similar con este lugar. —Le alumbré la cara con la linterna del móvil—. No te pares, queda poco.

Una vez en la azotea, el viento se intensificó para darnos la bienvenida. Troye seguía con pliegues en la frente, sin comprender mis intenciones. Ante nosotros se hallaba un muro que en algún momento fue blanco e imponente, ahora reducido a un rectángulo de soledad cubierto de hiedra por los laterales.

—Los metros más tristes de Kinsale. —Señalé la pared sobria y decadente.

—¿Qué tiene de especial esta azotea?

—Jugaba aquí con Violet los jueves por la tarde mientras esperábamos a que papá saliera del trabajo. Antes esto era una ferretería, después la traspasaron y se convirtió en un taller de coches, un local de comida para llevar y una tienda de comida para animales.

—¿Los jueves no entrenabas?

—Era muy pequeña, solo iba al polideportivo tres tardes por semana.

Deambulamos por la azotea inspeccionando las vistas a la carretera principal y a una hilera de casas pareadas. El sonido de las aves nocturnas acompañaba al eco que producían las suelas de las zapatillas contra las baldosas de cerámica.

—¿Me has traído hasta aquí con alguna escena sexual en mente? —expuso con expresión pícaro—. Porque los vecinos podrían oírnos...

—No, imbécil. Te estoy animando a que sustituyas el papel por una estructura de dimensiones mayores. ¿Te apetece darle color? —Saqué dos botes de espray de la mochila. Él me miró con el ceño fruncido y mi maravilloso plan se redujo a un acto patético. Bajé la luz del teléfono y me alegré de que la negrura camuflase cómo mis ilusiones se transformaban en ceniza—. Solo era una opción, también podemos...

Mi voz se apagó al notar el contacto de sus dedos rozando los míos, en busca de un bote de espray.

—Gracias, Lilia.

—No es nada —musité.

—Que alguien piense qué podría gustarte es más que nada.

Hubiera dado lo que fuera por observar su rostro bajo el sol, porque lo poco que advertí me generó una ráfaga cálida que bailó en mi interior. Mordiéndose el labio inferior, comprometido con su tarea de trazar líneas azules que conformaban un laberinto, Troye parecía menos preocupado, más libre. A su lado, prestándole más atención a él que a la superficie que debía colorear de rojo, me encontraba yo, con un «Me gusta este chico» en la punta de la lengua que me obligaba a reír, ruborizarme y tramar la siguiente aventura que le dibujase una sonrisa. Sin estar segura de nada, sin saber si aquella amistad sobreviviría al futuro, si él podría sentir algo similar o si no merecía la pena alimentar un cosquilleo efímero que el tiempo reduciría a unos meses furtivos entre faros y decorados fantasmas.

Consciente de que era lo más sensato, decidí desterrar las dudas y disfrutar de aquellos instantes junto a Troye. Nos batimos en duelo para ver quién aguantaba más haciendo el pino y permití que me ganase pese a apoyar los pies en el muro.

—Ha sido divertido —resumió él, y añadió un «Aquí estuvo Troye Barlow» casi ilegible en la pared.

—Te has manchado. —Contemplé los puntitos azules que flotaban sobre la tela beis de su camiseta, pero no le preocupó.

Nos sentamos en el suelo y compartimos auriculares para escuchar temas de Ezra Furman. Un Twix para dos, el cielo estrellado y nuestros hombros rozándose. Era perfecto. Entonces su interrogante fisuró mi calma.

—¿Cuándo volverás a entrenar, Lilia?

—¿Cuándo dejarás de preguntármelo? —refunfuñé.

—Jamás.

—Pues jamás. —Crucé los brazos, resignada.

—¿Esa es tu respuesta?

—Sí —repliqué de morros.

—¿Y cuándo empieza la temporada?

—En el Didier, donde entrenaba, nunca cierran. En verano hacen intensivos de todos los deportes y la temporada de rítmica va de septiembre a julio —contesté cabreada—, te lo dije. Aunque nada de eso me concierne. Lo he dejado.

—Perdóname por no retener cada dato que sale por tu boca, majestad.

—Imbécil...

—Sigues evadiendo la realidad, Lilia. A principios de septiembre volverás al gimnasio.

—Se llama pabellón —corregí.

—Lo que sea —resopló—. Irás y terminarás dándome la razón.

—¿Qué harás tú en septiembre?

Troye guardó silencio antes de arrastrar las palabras.

—No me queda otra que trabajar.

—¿Dejas los estudios?

—No comencé bachillerato, así que técnicamente no voy a dejarlo. Además, necesito sentirme útil.

—Serías útil en clase, Troye.

—La mediocridad me define. Suspendía lengua, matemáticas y educación física. Ni los notables de dibujo técnico salvaban mi media catastrófica.

—Sacar malas notas no te convierte en mediocre.

—Cambiaba tanto de instituto como de familia, y eso dificultaba las cosas. Pero no soy un empollón y tampoco capto las explicaciones a la primera. Me costaba y...

—Troye, para —lo corté tajante—. Las circunstancias no eran buenas y el entorno en el que vivías lo empeoraba todo. No puedo imaginarme lo que debe sentir alguien sin pertenecer a un lugar, aunque sí creo que ese hecho condiciona la concentración, el humor, la autoestima...

—¿Qué ocurre? —me vaciló con expresión chulesca—. ¿Si no voy al instituto y saco buenas notas, no podremos ser amigos? ¿Se acabarán las citas para nosotros si no cumplo tus expectativas?

Le dediqué una mueca de desprecio. No iba a permitir que su tentativa de cambiar de tema surtiera efecto.

—Punto número uno: esto no es una cita. Solo estamos charlando en un sitio diferente al habitual, para variar un poco. Punto número dos: no tengo expectativas. Y punto número tres: seguirás siendo la misma persona tanto si te encierras en un aula como si buscas empleo, seguirás siendo el chico al que escriba cuando necesite correr hacia el faro. Solo pensaba que... No lo sé, imaginaba que quizá te apetecería cursar Bellas Artes o una carrera artística.

Lo veía perfectamente, las pupilas de ambos se habían acostumbrado a la penumbra, pero me asaltó el impulso de enfocarle con el móvil y crear contrastes de luces y sombras en su cara.

—La universidad no va conmigo, Lilia, pero valoro tu esfuerzo por encarrilar mi vida. Ahora que hemos zanjado el tema y aceptas que tu amigo nocturno vaya a ser el nuevo mozo de almacén de algún supermercado de Kinsale, puedes focalizarte en eso que se te da tan bien: simular que no echas de menos colgarte una medalla al cuello.

—Las medallas son lo de menos.

—¿Qué añoras?

—No lo sé. Intento bloquear la mente, ponerla en blanco para que no me afecte.

—No puedes huir para siempre.

—Ya, pero espero que dentro de unos meses no duela tanto echar la vista atrás.

—Te equivocas, Lilia. Te sientas con las piernas abiertas, tus cortes de música de la temporada siguen entre las canciones que más escuchas en el móvil y he visto tus recomendaciones de YouTube, son vídeos de competiciones o tutoriales para mejorar el empeine y trucos de esos imposibles con los aparatos. No quieres retirarte, solo pretendes borrar un rechazo.

—¿Qué sucedería si fuera así, si estuviera harta de ser el títere de mi madre y de la selección, si hubiera sustituido lo bueno que me daba el deporte por los sentimientos feos que me provocan los factores externos?

—No sucedería nada, nada en absoluto. Pero te debes sinceridad. Somos muy jóvenes para arrepentirnos de lo que podría haber pasado si hubiéramos tomado otra decisión.

—A veces me pregunto cómo sería todo si no hubiese empezado a hacer rítmica. Igual habría llenado ese vacío con otra afición que no requiriese tanto esfuerzo. Me volcaría más en el instituto, saldría con mis compañeros de clase, tendría un menú habitual cuando fuera a alguna de esas hamburgueserías de moda... Cosas cotidianas que no podía permitirme y me harían sentir ligera, aliviada, una adolescente de mi edad —confesé con la voz temblorosa—. Pero no soy esa chica, y mentiría si dijera que no me gusta la Lilia disciplinada y metódica, la que treparía por un rascacielos para cumplir sus objetivos. Supongo que tienes razón, lo que odio de la gimnasia es aquello que no puedo controlar. Los fallos, el criterio de los técnicos nacionales, los castillos de naipes de mi madre...

—No hay nada de eso en el Didier. ¿Qué te impide volver?

—No quiero decepcionar a nadie. Sé que esperan la llamada desde Dublín. Si vuelvo, seré la eterna promesa que se quedó en humo.

—¿Serías feliz pisando un tapiz en este instante?

Medité antes de responder.

—Sí.

—Nadie te impide transformar ese condicional en una realidad. Solo tú.

TROYE

Pasado

—¿Puedo hablar con vosotros?

Las palabras salieron a trompicones tras la cena. La coliflor gratinada se me había cortado en el estómago y, pese al temor a decepcionar a los Adler, retrasar la conversación no serviría de nada. Faltaba poco para el comienzo de las clases y el interrogante «¿En qué modalidad de bachillerato te gustaría matricularte?» salía a colación una y otra vez durante las comidas.

—Claro —respondió Jacqueline.

Dustin colocó el frutero en el centro de la mesa y tomó asiento a mi derecha, ajeno a que su escrutinio me ponía tenso. Hubiera preferido que me ignorase como Declan, el cual se hacía *snapchats* con cada filtro existente y solo mostraba su desacuerdo ante mi presencia mediante gruñidos.

Me aclaré la garganta y mantuve la vista clavada en el mantel mientras las palabras desfilaban por mi boca.

—No quiero ir al instituto. Prefiero trabajar.

Jacqueline y Dustin intercambiaron miradas, sopesando una réplica. El silencio intensificó mi complejo de inferioridad y me hizo querer desaparecer. Fui resbalando por el asiento como un niño que pretende escapar de un castigo.

—¿Estás seguro de que no prefieres probar qué tal te va en bachillerato?
—propuso Jacqueline—. Unos meses, hasta diciembre, y después decides.

—No creo que mi futuro esté en las aulas.

Omití las inseguridades. Los «Soy estúpido, no hay nada que puedan enseñarme», «Un futuro trabajando es suficiente para alguien que no sabe

dónde acabará» o «La única manera de compensaros lo que hacéis por mí es devolviéndoos mi gratitud en forma de dinero». Si además conseguía ahorrar una cantidad decente al mes, lograría hacerme con un bote salvavidas por si mi porvenir con los Adler se truncaba.

—Está bien, chico —afirmó Dustin—. Pero tendrás que conformarte con lo que encuentres. Y, si no tienes suerte, me ayudarás en el restaurante.

—Por supuesto —asentí.

El único que parecía dispuesto a cuestionar mi criterio y retarme era Declan, que me encaró a solas, cuando trepaba por las escaleras rumbo a la litera de arriba.

—¿Qué es lo próximo que vas a exigir, intruso? ¿Acaso crees que mis padres son los genios de la lámpara?

—No sé a qué te refieres —me hice el iluso para no propiciar una disputa.

—Se pasan de permisivos solo porque les das pena. Y tú lo sabes y aprovechas esa ventaja para hacer lo que quieras.

—Te equi...

—No te molestes —me cortó—. De todos modos, prefiero que no vayas al instituto y montes un circo también allí.

Sus palabras no me dolieron, aunque noté un escozor inusitado en el esófago. Si alguna vez deseé ser de los que airean sus temores a los cuatro vientos, fue esa noche, con él, contando mentalmente los segundos de un cronómetro que iba hacia atrás. Pero el momento en el que Declan y yo rasgaríamos las capas del otro no había llegado todavía. Qué extraño resulta que quienes más se asemejan a nosotros pueden ser quienes menos nos comprenden, como si el ser humano fuera un espejo que se torna opaco al toparse frente a un igual.

Dustin me ayudó a redactar mi currículum, en el que solo salían una fotografía hecha con el móvil, mi nombre, fecha y lugar de nacimiento, dirección y teléfono de contacto. Nada de experiencia, idiomas o habilidades útiles. Quizá por eso optó por acompañarme a entregarlo por el

pueblo, para asegurarse de que su tutela servía como carta de recomendación ante los más reticentes.

La dueña de la farmacia Cony Health prometió llamarme; el colmado de Regina Potter me registró en su base de datos; y los hermanos Flavid, propietarios del taller de reparación más antiguo de Kinsale, se mostraron efusivos al recibirme y rememorar fechorías con su colega de la infancia. Sin embargo, mi primera oportunidad laboral no llegó de la mano de ninguno de ellos. El señor Randy, pescador hasta que una operación desafortunada de espalda a los cincuenta le obligó a adoptar un estilo de vida más pausado, me ofreció atender en su negocio de artesanía y cerámica.

—Jornada completa. Por las mañanas estarás conmigo aprendiendo, pero más te vale ser rápido, porque los días encerrado entre cuatro paredes me agrian el humor. Después de la primera semana, espero poder dejarte solo sin que ocurra un desastre.

Así fue como Vintage By Brooks, un local con encanto situado en el centro del pueblo, de fachada rosa pastel y letrero lima con letras doradas, se convirtió en mi lugar de empleo. Ataviado con una camisa azafrán a modo de uniforme, me encargaba de la caja o atendía a los clientes bajo la supervisión del señor Randy, experto en arcillas, escayolas, moldes, tornos y esmaltes. Mi sección favorita era la humilde librería con ejemplares de segunda mano sobre manualidades, los cuales podía adquirir cualquier persona mediante un sistema de préstamo arcaico basado en la confianza y un bloc donde anotábamos manualmente los datos de quien se los llevaba.

Desde que conseguí empleo, mis horas para escaquearme con Lilia se redujeron. Yo también anhelaba sorprenderla con una «cita» lejos del faro, y me propuse hallar algo original. Una mañana, recogiendo la mesa tras el desayuno, encontré la solución a mi dilema en el periódico local que Jacqueline solía ojear los miércoles. «Primer cine de verano en Kinsale», rezaba el diminuto titular destacado en negrita.

—Felicidades, Troye —me elogió Lilia cuando volvimos a vernos, en el Parque Fitzgerald—. ¿Tu jefe ha vuelto a pillarte jugando al Candy Crush y te ha echado?

—No, y fue al Call of Duty.

—Lo que sea.

Aparcó la bicicleta en la entrada y avanzamos hacia la explanada de césped en la que algunos entusiastas ya habían desplegado sus mantas frente al inmenso proyector para disfrutar de la sesión al atardecer. Lilia parecía más alegre de lo habitual, danzando de un lado a otro con su peto vaquero y una coleta alta que oscilaba de izquierda a derecha a cada paso.

—Elige sitio —le dije mientras iba a la taquilla, que no era más que una mesa improvisada, para pagar las entradas.

Regresé unos minutos más tarde con dos *cocacolas* y palomitas dulces. Lilia se había decantado por un lateral reservado de la izquierda, lejos de las familias con niños, y extendía la manta de cuadros que había embutido en mi mochila. Resultó que, pese a haber sudado cerrando la cremallera, el cuadrado de tela no era muy grande para dos personas.

—Espero que te hayas echado desodorante —recalcó antes de sentarse a mi lado.

—Me he duchado con colonia solo para ti —me burlé, aunque lo cierto era que le había robado a Declan de la suya.

Contuve la risa al percatarme de que Lilia también se había rociado con unos cuantos litros de perfume.

La película empezó y el murmullo del parque se apaciguó para cederle el protagonismo a la escena inicial de *Hasta que logremos volar*, un romance intenso en blanco y negro que a mí me sonaba a comedia por el surrealismo que destilaba la trama. Así que observé a Lilia de soslayo, como uno de esos adolescentes a la caza del instante indicado para rodear a la chica que le gusta pasándole un brazo por los hombros o piropeándola antes de besarla.

No obstante, en mis planes no entraban el coqueteo o las tácticas para que nuestra cita terminase con mi boca explorando la suya. Me apetecía estar a su lado, sin ensuciarlo con el romance, descubriendo por primera vez lo que significaba la amistad. Y allí, más pendiente de la joven acomodada a mi derecha que de la ficción que se desarrollaba en la pantalla, me reproché haber sido tan idiota eligiendo aquel plan. Hacer una actividad al aire libre y bajo la luz del sol estaba bien, pero desperdiciar minutos de charla con Lilia era un sacrilegio. Quizá ella también lo pensó, porque

desvió las pupilas del proyector y las clavó en mí durante una milésima de segundo. Después, sonrojada ligeramente, disimuló cogiendo un puñado de palomitas.

—¿Te gusta la peli? —pregunté al verla bostezar en el minuto treinta.

El taquillazo que anunciaba el periódico estaba siendo un auténtico tostón que, en lugar de mejorar, iba cuesta abajo y sin frenos, sumando clichés.

—Claro —asintió ella sin apartar los ojos de la proyección.

—¿Seguro? —Me aproximé a su oído para susurrarle mi opinión, sin augurar que mi aliento le haría dar un leve respingo—. Porque juraría que la estrenaron veinte años antes de que nacióéramos.

Lilia no consiguió reprimir una carcajada que provocó las quejas de varios asistentes, y a mí se me ocurrió que era una pérdida de tiempo permanecer allí, matando las horas con algo que a ninguno de los dos nos gustaba, pudiendo aprovechar una de las últimas tardes de verano.

Guiado por el impulso, le murmuré un «¿Nos vamos?» que se transformó en el combustible necesario para ponernos en pie y alejarnos de aquella experiencia soporífera. Nos colgamos la manta de la espalda y la ondeamos, causando las protestas de los espectadores situados detrás de nosotros. Lejos de avergonzarnos, los abucheos nos originaron un ataque de risa incontrolable.

Aquella fue la primera vez en Kinsale en la que no me importó ser visible.

Inspeccionamos el parque por nuestra cuenta, destripamos el guion de la película, imitamos a los actores que recitaban frases impostadas y nos aventuramos a adivinar un final predecible. Sorteando los senderos en los que artistas callejeros tocaban y bailaban para entretener a pequeños grupos que immortalizaban su arte a través de los móviles, llegamos al Sky Garden, una plataforma en forma de ojo construida sobre el río Lee.

Lilia fotografió el arcoíris carmín de flores que salpicaba la hierba y yo saqué mi cuaderno para robarle su fulgor al paisaje. Divisamos el Museo Público de Cork en la distancia y recorrimos la zona adaptada para niños, con toboganes, columpios y un barco pirata.

—En ese camino me caí de la bici a los siete y me hice sangre en las rodillas —explicaba Lilia señalando al fondo con entusiasmo—. Y me torcí el tobillo patinando justo delante de la pared de escalada. Recuerdo que había un grupo de mujeres mayores haciendo yoga y vinieron a socorrerme. ¿Conoces a la señora Cricket, la de la peluquería canina? Estuvo a punto de llamar a una ambulancia.

—Grandes momentos —ironicé, añadiendo los últimos toques de amarillo a un boceto rápido.

—Lo eran. Lo siguen siendo.

Nos sentamos en un banco frente al estanque, donde más tarde tallaría: «Troye Barlow estuvo aquí». Retraté la fuente situada justo en el medio y me quedé hipnotizado por las ondas de agua que producía el nado de los patos. Los últimos rayos del atardecer incidían en la superficie generando destellos dorados, los pájaros inventaban melodías desde lo alto de los árboles y Lilia me narraba la historia que escondía cada escultura y busto dedicado a las personalidades relevantes de Irlanda. Hoy sé que en ese instante rocé la felicidad.

Supongo que no mantuve la compostura y mi coraza de acero se desvaneció con las bromas, los comentarios sobre lo mucho que me esforzaba en Vintage By Brooks o lo agradable que estaba siendo la «no cita», porque Lilia detectó mi sonrisa y no desaprovechó la oportunidad de lanzar una de sus preguntas.

—¿En qué piensas, Troye?

—En que esa película horrible ha sido la primera que he visto en mi vida. Y ni siquiera ha sido en un cine.

—Ahora la versión real —insistió, empleando un tono inocente.

—Lilia... —le advertí cuando me cogió de la mano, sin ademán de soltarme. No deseaba acostumbrarme a la caricia de su piel en contacto con la mía y, aun así, resultaba demasiado agradable como para aniquilar la sensación.

—Déjame entrar un poco en tu cabeza. —Su pulgar se aferró al mío.

Expulsé una bocanada de aire y no le dije que su proximidad me erizaba el vello de la nuca, o que su voz me aceleraba el corazón. Eso hubiera sido

real, aunque también demasiado cursi, así que la avisé del punto en el que me hallaba, por si estaba esperando algo que no iba a ocurrir.

—Esto es agradable, pero yo no... —Suspiré—. No soy un experto en relaciones. De hecho, no he tenido ninguna.

—Yo solo una, y se llama gimnasia. —Sonrió—. Declaramos empate técnico y fingimos que no hemos mencionado el tema.

—Vale.

El silencio nocturno nos acunó. La brisa tanteaba las hojas de los árboles y el cielo se vestía de añil, pero yo solo percibía el ritmo frenético al que mis latidos galopaban.

—¿Estás bien? —inquirió Lilia.

—Sí —traté de sonar seguro.

—Te has puesto rígido, creo que has parado de respirar unos segundos.

—De eso nada. —Me marqué un farol y le guiñé un ojo—. ¿No serás tú la que está un pelín afectada por mi carisma innato?

—Me encanta cuando haces eso —reconoció con una sonrisa ladeada—. Se te da bien interpretar el papel de «lo tengo todo bajo control y soy un seductor de los pies a la cabeza», pero no te lo compro. Hoy no. Sé lo que escondes debajo de esa chulería barata, y me gusta un millón de veces más que cualquier armadura. No vivas con miedo a ser tú mismo, Troye.

Sopesé la posibilidad de rebatir aquello con una mofa elocuente. Después me fijé en su semblante sincero, en lo mucho que se esforzaba en conocerme. Y solo pude contestar con vulnerabilidad.

—¿Y si he olvidado cómo era antes de convertirme en lo que esperaban de mí?

—En ese caso —dijo, abriendo mi cuaderno de dibujo—, pasas la página y te enfrentas a un folio en blanco con total libertad. ¿Qué vas a pintar en él?

—A ti.

—No te estarás obsesionando conmigo, ¿verdad?

—Uno, dos, tres, cuatro... —conté las páginas que contenían retratos de Lilia—. Doce. No, creo que no he sobrepasado el límite de la obsesión.

—Y ¿cuál es?

—El que has dicho antes. —Y reí mientras reiteraba—: Un millón de veces.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Nos quedamos escondidos en el parque, compartiendo confidencias y una cena improvisada a base de Twix y Nestea, hasta pasada la medianoche.

Reté a Troye a cerrar los ojos y dibujar lo primero que le viniese a la mente y, tras reírme de su oso panda, me desafió a inventarme una coreografía de rítmica inspirada en la canción que él seleccionara en el móvil. Poco satisfecho con el ridículo al que me sometió con *Whatever It Takes*, de Imagine Dragons, me lo complicó más aún con *Starlight*, de Muse.

Descubrió un paquete de M&M's abandonado a su suerte en el fondo de la mochila y propuso que nos los comiéramos usando la boca del otro como canasta. Para hacerlo casi imposible, impuso la norma de mantenernos a tres metros. A ninguno nos sorprendió que la mayoría de cacahuetes acabasen en el césped, lo cual nos llevó al siguiente reto: buscarlos con la ayuda de la linterna del teléfono.

—Definitivamente, desde que llegué a Kinsale he ido añadiendo muchas primeras veces a mi reducida lista —relató Troye con una sonrisa—. Primer allanamiento a un faro, primer acto vandálico pintando un muro con espray, primera peli y primera escapada de dicha peli...

—No está nada mal, ¿verdad?

—Es genial. Y quiero sumar una primera vez más a la lista esta noche —añadió muy pagado de sí mismo.

—Si te acercas a mí, te noqueo con una patada —vaticiné, aguantando la risa—. Mis piernas de gimnasta pueden con las tuyas.

—Eh, ¿algo en contra de mis gemelos?

—Grasa y más grasa. —Le saqué la lengua.

Troye ignoró mi comentario y se levantó del banco con la mirada fija en el estanque.

—Me apetece nadar.

—No es buena idea meterse ahí.

—¿Acaso temes encontrarte al monstruo del lago Ness? No tiene pinta de ser muy profundo.

—Estás loco.

—No lo sé, puede, y quiero averiguarlo probando cosas. No me mires con esa cara, Lilia, hace un rato me has aconsejado que no viva con miedo a ser yo.

—Y te apoyo, pero... ¿tiene que ser desnudo? —mascullé, tarde. Troye se quitaba las zapatillas frotándose los talones mientras se desabrochaba el vaquero.

—No esperarás que me meta ahí vestido. —Puse los ojos en blanco y él se rio con ganas—. Tranquila, me quedo en ropa interior.

Mis pupilas se clavaron por inercia en su cuerpo. No era atlético ni trabajado; la dureza de sus músculos se debía al vigor de la adolescencia. Hombros generosos. Cintura estrecha. Bíceps y muslos acentuados como si el propio Troye los hubiera resaltado a conciencia con un carboncillo. Su piel, firme y teñida por el reflejo azulado del firmamento, se oscurecía en ese punto superior del torso donde el vello moldeaba sus pectorales.

—Vaya, creo que te gusta lo que ves —puntualizó con una mueca traviesa, aunque el vaivén agitado de su pecho me contaba otra historia: la de un chico nada habituado a la atención de los demás—. Eso, o eres un zombi hambriento camuflado en un metro sesenta de gimnasta mandona.

—Ja ja ja, me parto con tus ocurrencias.

Mordiéndose la réplica, se acercó al estanque y emitió un grito agudo antes de zambullirse. Yo me acuclillé en el borde para mojar una mano y comprobar la temperatura del agua. Cálida. Apetecible. Quizá irresistible cuando Troye asomó la cabeza con el flequillo pegado a la frente y regueros derramándose por su rostro, que brillaba bajo la luna llena.

—Te mueres de ganas por meterte, ¿a que sí? —Se revolvió el pelo con los dedos hasta que varios mechones quedaron levantados.

—Solo voy a remojar me los pies. —Me quité las zapatillas.

—Las cosas no se hacen a medias, Lilia. —Y al leer la reticencia en mis facciones, añadió—: Prometo darme la vuelta y no girarme hasta que te hayas metido entera.

—¿Seguro?

—Seguro. —Y me salpicó con una cortina de gotas que me mojaron las rodillas.

Me despojé de mis prendas con rapidez, fulminando la espalda de Troye para anticiparme a un posible movimiento en falso. En ropa interior y con la melena recogida en un moño improvisado, me zambullí en el estanque.

—Bienvenida, valiente —me recibió él—. ¿Lista para que dé comienzo la competición?

Calentamos con algunas piscinas de crol, y después medimos nuestra capacidad pulmonar aguantando la respiración. Buceamos, imitamos a las nadadoras de sincronizada e incluso nos tocamos sin que supusiera un gran drama. Que Troye me sujetase por la cintura o yo me colgara de su espalda con las piernas enroscadas a su cadera parecía fácil en ese nuevo ecosistema.

—¿Alguna vez te has sentido triste al pensar que el presente es casi perfecto y te da pavor que eso pueda cambiar? —preguntó serio. Una gota se precipitó de la punta de su nariz hasta su labio inferior y continuó resbalando hacia el mentón.

—Entrenando —asentí—, en esos días en los que cada ejercicio salía bien y quería que fuera siempre así, en el gimnasio y en las competiciones.

—Eres una maniática del control. —Me hizo una aguadilla para borrar mi ceño fruncido.

—¿A ti no te gustaría embotellar los momentos en los que las cosas van bien para tirarlos como polvos mágicos sobre las situaciones enrevesadas? —dije al emerger para tomar aire.

—Sabes que sí.

Nadamos un rato más, y yo traté de no imaginar cómo sería unir sus pecas con líneas de agua, empleando solo la yema de un dedo.

Troye cumplió su promesa y permaneció inmóvil, oteando las estrellas mientras me secaba con la manta y me vestía. Desvelados de vuelta a casa,

pedaleamos sin tregua y disfrutamos de la sensación de un hormigueo trenzado en la boca del estómago, dibujando un rastro de risa por el pueblo antes de despedirnos en la esquina de los Adler.

Había sido una noche sublime y única, incomparable para una deportista como yo, que apenas poseía experiencias reales fuera de un tapiz. Y me habría pasado las horas restantes despierta, contándole a la almohada lo mucho que me gustaba Troye y cada una de sus facetas. Prudente. Exaltado. Introvertido. Vulnerable. Seductor. Jovial. Le coloqué adjetivos a su nombre al mismo tiempo que dejaba la bicicleta en el jardín e introducía la llave en la cerradura con sigilo.

Entonces sucedió algo imprevisto. La puerta se abrió sola y detrás de ella, con ojos acusadores y los labios fruncidos en una línea de desprecio, apareció mi madre.

—¿De dónde vienes a estas horas? ¿Por qué estás empapada?

No disponía de una retahíla de excusas decentes con las que persuadir a Adelyn de que no debía preocuparse, así que me amparé en el silencio. Agaché la cabeza, me encogí ante su bronca y acepté que, al igual que en los consejos referentes a la gimnasia, ella siempre llevaba la razón. Papá y Violet se despertaron para ser testigos desde las escaleras de la reprimenda que me cayó esa madrugada. El reloj del vestíbulo marcaba las cuatro, mi corazón bombeaba acelerado ante el inminente castigo y mamá mencionaba la rítmica como si apresarme en un pabellón fuese la solución a mi rebeldía.

—Tú no eres así, Lilia —me acusó.

La prudencia disipó mi respuesta, que escondía tanta rabia como verdad: «Nadie sabe cómo soy cuando no soy gimnasta porque nunca se me ha permitido averiguarlo». Aunque adoraba el deporte, estaba convencida de que Adelyn saboreaba sus sueños a través de los míos y no se rendiría hasta que regresara al Didier, el polideportivo en el que moldear utopías equivalía a seguir viviendo la fantasía del equipo nacional y alcanzar la gloria de unos Juegos Olímpicos. Quizá por eso me resistía a hablar con Gianna; no por falta de ganas o por rencor hacia una disciplina que amaba, sino para poner a prueba a mi madre, para ver hasta dónde sería capaz de llegar si le arrebataban el cuento de hadas.

—Sube a secarte —ordenó, altiva—. Mañana hablaremos largo y tendido sobre esto.

Lo hicimos. Ella nombró conceptos como el compromiso, la constancia y el afán de superación que me había inculcado desde pequeña. Auguró que estaba tirándolo todo por la borda. Que no me reconocía. Me tildó de imprudente, osada, irreflexiva y no sé cuántas cosas más. Mis «Lo siento» palidecieron ante sus «No esperaba un comportamiento así de ti».

Aquella salida nocturna me costó una sanción para la que no estaba preparada: no más aventuras junto a Troye ese verano. Comprendí que lo merecía por mentir y saltarme las normas, pero no acepté que, de todas las preocupaciones que puede generar en unos padres el hecho de encontrar vacía la cama de su hija, ella solo resaltara lo malcriada que era yo por renegar de la gimnasia.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Estaba desayunando tostadas con mermelada de melocotón en la cocina, junto a los Adler, cuando mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón. «Mi madre me pilló anoche entrando en casa. No creo que vuelva a ver la luz del sol en años», decía el mensaje de Lilia. Tecleé un «Mierda» acompañado de varios emojis tristes y seguí masticando por inercia, sin hambre.

A partir de ese momento, nuestras interacciones se produjeron a través de una pantalla, apurando los minutos libres de finales de agosto y haciendo malabarismos con los compromisos de septiembre, que ocuparían la mayor parte del tiempo de ambos.

Mi principal responsabilidad era la tienda del señor Randy. Me esforzaba al máximo; les daba palique a los clientes habituales, atendía con una sonrisa que practicaba frente al espejo y aparecía quince minutos antes para subir la persiana, encender las luces y dibujar a mano los carteles promocionales de los cursos de cerámica de la semana. Aunque no figurase en mi contrato, le quitaba la escoba al jefe cuando se llevaba una mano a la espalda achacando el dolor a la edad, y repasaba cada rincón del local con productos de limpieza.

La rutina convirtió en familiar aquellos rituales y, paulatinamente, me sentí más cómodo en mi papel.

A finales de mes, al llegar a casa, me encerraba en el baño de la primera planta y añadía parte de mi nómina a los billetes que los Adler guardaban en un jarrón turquesa, colocado entre dos fotografías de paisajes. Lo hacía con disimulo y de manera desinteresada, a sabiendas de que jamás aceptarían mi sueldo íntegro. «Por la comida, el agua y la cama», me

repetía. Y por algo tan valioso como depositar su confianza en un desconocido.

Esa tarde de septiembre estaba especialmente agotado. No había parado en toda la mañana y el señor Randy me había pedido que entrase antes, justo después de comer, para preparar unos encargos. Cerca de las cuatro, mientras empaquetaba arcillas y moldes, recibí una notificación de Lilia. Cerré con cinta adhesiva la caja, la guardé a buen recaudo y escondí el teléfono bajo el mostrador para entrar en el chat de WhatsApp:

LILIA

El primer día de instituto ha sido un asco



TROYE

Quiero detalles

Pruebas de nivel que parecen escritas en turco
Profesores que me juzgan por entregarlas en blanco
Y una mesa para mí sola en la cafetería

¿Y tus amigos?

Son del Didier
Y Violet come fuera con su amiga Jasmine, llueva, truene o
caiga granizo
Así que estoy sola...
En el instituto solo tengo compañeros de clase
Y algunas amistades que ya no lo son

¿Por qué?

La gente se cansa de invitarte a cosas si nunca te presentas
Así empezó mi declive social

Yo me habría sentado contigo a comer

¿Cuál era el menú? 

Ensalada y espaguetis a la boloñesa

Suena bien

Y sabría bien si le echaran sal
En fin...
Me alegra que estés amasando una fortuna en la tienda
Pero sería más divertido coincidir en el instituto

Sé a qué te refieres...
Colarnos en la cafetería para sustraer algún postre
Fugarnos por ahí durante los recreos
Provocar explosiones en el laboratorio de química
Hacer cambiazos a los exámenes
Estoy seguro de que tenéis una piscina climatizada en la que
podríamos colarnos
Seríamos los villanos de la típica peli de adolescentes rebeldes

George Keaton se ganó ese título al cogerle el aerosol a la
señora de la limpieza y usarlo como lanzallamas con un
mechero... ¡¡Lo expulsaron dos meses!!
Y tenemos piscina, pero lo más cerca de ser climatizada que ha
estado fue cuando
Eric Winston se hizo pis en ella

Mierda...
¿Y han sobrevivido después de semejantes gamberradas?

Se graduaron el año pasado, si no estarían compartiendo mesa
conmigo

No solíamos abordar temas trascendentales, pero nuestras conversaciones hacían que mis semanas mejorasen. Como esas mañanas en las que recibir un «buenos días» vaticinaba que nada podía salir mal, o las noches en las que ninguno quería despedirse y nos mandábamos canciones para escuchar a través de los auriculares, fantaseando con la privacidad de un faro, cenas azucaradas y un cielo que prolongaba su oscuridad para nosotros.

Con la práctica, conseguí advertir el estado de ánimo de Lilia por la ausencia de emojis o la duración de sus audios. Un par de respuestas breves y me daba por vencido; si mi amiga se empeñaba en enfadarse con el mundo, la opción más inteligente era dejarla sola unas horas y volver a la carga más tarde, enviándole memes absurdos o *gifs* de cachorritos. Ella, exigente incluso en las interacciones digitales, me acribillaba a mensajes si no daba señales de vida en mis veinte minutos de descanso, que, casualmente, coincidían con su hora de la comida en la cafetería. «Lilia, si vuelvo a meterme en el baño, me echan por cagón», bromeaba ante su insistencia.

Las jornadas de trabajo se tornaron más llevaderas con nuestra reciente costumbre de escribirnos, y me di cuenta de que solo me dolían las mejillas de sonreír al leer el nombre de Lilia en las notificaciones emergentes. Cualquier excusa servía para iniciar un intercambio de mensajes. Era adictivo.

De esa forma descubrí que Lilia mantenía su imagen de perfil —una foto de ella y su hermana de pequeñas en el jardín— desde que la rescató de un antiguo álbum en una comida familiar. El primer libro que le caló hondo, sin contar las lecturas obligatorias del colegio, fue Harry Potter. «Durante una época de obsesión, me pintaba cicatrices en la frente», confesaba en el texto de un selfi con el filtro de Ravenclaw. Me habló con tanto fervor del universo de J.K. Rowling que me acerqué a la biblioteca después de salir del trabajo para devorar el primer tomo de la saga y poder decir a ciencia cierta que mi corazón se dividía entre Gryffindor y Slytherin.

Una vez que concluí las andanzas del joven mago, sucumbí a su recomendación de *Los juegos del hambre* y *El corredor del laberinto*. «Sí, tengo predilección por los *best sellers*», declaró mi amiga antes de admitir que primero había visto las películas. De algún modo extraño, sumergirme en historias sugeridas por ella me hizo conectar más con Lilia, como si aquellas horas entre páginas que su mente ya había recorrido sirvieran para acortar la distancia que nos separaba. Sucedió lo mismo cuando le mandaba los atardeceres que dibujaba en mi cuaderno o me escapaba a la azotea en la que habíamos pintado con spray un muro que siempre nos pertenecerá.

No necesitábamos diálogos profundos o abrimos en canal para fortalecer nuestra amistad, tampoco grandes gestos o promesas descomunales para dos críos. Lilia y yo nos encontrábamos en cualquier detalle, en lo sencillo. Y si ocurría algo, por insignificante que fuera, ella era la chica a la que quería contárselo.

Recuerdo el miércoles en el que el señor Randy me pidió que presenciara una de las clases del curso de torno y modelaje para hacer fotos que subiría a las recién abiertas redes sociales de la tienda. «Cualquier idea que se te ocurra para atraer a nuevos clientes será bienvenida, Troye», aseguraba mi jefe.

Entré en la sala situada en la parte trasera de la tienda, ocupada por tres hileras de mesas rectangulares y una circular bajo la ventana con materiales que los alumnos cogían tras consultar con el señor Randy. Aproveché que la atención se centraba en las explicaciones y realicé varios encuadres con el teléfono, tratando de captar la tenue luz y el efecto intimista que ofrecía la estancia. Después, me coloqué en la esquina de la puerta para no molestar y revisé el contenido audiovisual. Para mi desgracia, constaté que, en efecto, aquella habitación tenía poca iluminación.

Resoplé al quinto intento de retocar ese desastre cuando la notificación de WhatsApp que brilló en la pantalla de mi móvil me arrancó una sonrisa.

LILIA

¿Es buen momento o vas a fingir la tercera diarrea de la semana?



TROYE

Puedo hablar sin mencionar mi tránsito intestinal

Genial

Tengo que darte una noticia que te encantará

Déjame adivinar 🧐 🧐

¿Te levantan el castigo y te apetece un chapuzón en el estanque?

Ni en cien años a lo primero
Nunca, ni en un universo paralelo, a lo segundo

Vale
Entonces debe de ser que...
¿Te has inscrito en un taller del
Vintage By Brooks porque me echas de menos?

Frío frío...

¿Los cocineros del instituto han tenido en cuenta tu queja
sobre lo insípida que está la comida?

No me atreví a rellenar el formulario

Mmm

¿Se te ocurre alguna opción más o te lo cuento?

Me rindo
He agotado todas mis opciones
REALISTAS

Esta tarde voy a hablar con Gianna
Me apetece volver a entrenar  



Te diría que tenía razón todo este tiempo...
Pero es un hecho que
LOS DOS SABÍAMOS

Que no se te suba a la cabeza, aunque sí...
Supongo que era cuestión de tiempo que volviera

Me alegro por ti, Lilia
Y sí, se me subirá a la cabeza

Sonreí. Yo la consideraba mi confidente, y ella también a mí.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

El sonido metálico de la puerta del Didier al abrirse me dio la bienvenida y mi corazón aleteó con nostalgia. Ese día mi pecho albergaba esperanzas y sueños, un cuento sin moraleja que me demostró lo cruel que puede ser un segundo frente a años de esfuerzo y disciplina.

Recordé que la última vez que había pisado aquel polideportivo fue a finales de mayo, al salir del entrenamiento cuando en el cielo ya titilaban las estrellas, sin darme una ducha para llegar cuanto antes a casa. Había metido la cinta dentro del enrollador ya en el coche, arropada por las notas desafinadas de mi hermana, al volante, sin vaticinar que sería «la última vez».

Ahora esperaba que no lo fuera.

Con sigilo, di unos pasos pequeños, dudosa de si aquel avance implicaba retroceder a la hecatombe de la que había pasado el verano huyendo. Ya no había sudor en mi frente o una mochila con aparatos y ropa de recambio a mi espalda, pero el aroma de la sala seguía siendo el mismo: el de los anhelos de una niña que se apuntaba a una extraescolar imitando a Violet y correteaba por cada esquina tras Sawyer y Stella.

Podrían pasar décadas y el Didier continuaría erizándome la piel con emociones.

Eran las tres de la tarde y el pabellón estaba aún vacío. Gianna se hallaba descalza en el centro de la pista, desenrollando el tapiz antes de que las gimnastas llegasen, vestida con el chándal púrpura del club y la melena recogida en una coleta. Alzó la vista hacia el punto en el que me encontraba y el aguamarina de su mirada se aclaró.

—Lils, ven a ayudarme —exclamó, agitando una mano.

—Hola —dije a media voz.

Sin responder, Gianna me envolvió entre sus brazos y yo recosté la mejilla en el hueco de su hombro como había hecho en el pasado, durante esos instantes en los que el abatimiento me gobernaba. La tensión de las cervicales se aflojó y el nudo que me atenazaba al coger aire fue evaporándose.

Nos sentamos en el tapiz y rememoramos esa niñez no tan lejana en la que Gianna era solo una ayudante que jugaba con los alevines mientras nos ayudaba a estirar.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Hecha un lío. Por el camino venía convencida de volver a entrenar y al llegar aquí... —Palpé la textura del tapiz con la punta de los dedos—. Estoy asustada.

—Me gustaría ayudarte.

—Y a mí que lo hicieras, pero no se me ocurre cómo.

—Cuéntamelo, ¿qué te preocupa?

—No haber cumplido las expectativas —gimoteé, cubriéndome la cara.

—Lilia, por favor, no llores.

Empleó mi nombre completo, no el apelativo cariñoso con el que me había presentado Adelyn al inscribirme en el club. Y fue esa distancia intencionada la que me invitó a reaccionar; no había acudido al Didier a estallar en un llanto incontenible, sino a recomponerme.

Elevé el mentón y, entre sollozos, enfoqué el rostro de Gianna para hablar.

—Los meses de preparación para el Nacional fueron duros, aunque los aguanté bien sugestionándome con la idea de que merecía la beca. Creía que, si me mantenía positiva, el resultado sería favorable. Soñaba cada noche con marcharme a Dublín a entrenar, Gianna. —Me sequé las lágrimas que anidaban en mis pestañas—. Me había mentalizado para irme de casa, dar el cien por cien a diario en la selección, pelear por estrenarme en alguna competición internacional, demostrar que no importa de dónde vengas si te levantas cada mañana comprometida con tu sueño.

—Todavía puedes luchar, este no es el final.

—¿Y si volver no me conduce a ninguna parte? —Sorbí por la nariz y me sequé las mejillas con las palmas.

—Comprendo tus miedos, aunque yo nunca aspirase a entrar en la selección —me explicó con semblante abstraído—. Pasaba desapercibida, me quedaba como reserva en los conjuntos, reciclaban músicas de temporadas anteriores para mis ejercicios de individual y nadie me prometió jamás que llegaría lejos. Tampoco lo necesitaba. Era consciente de que no poseía las cualidades innatas de otras compañeras. Pero fui feliz viendo a mis amigas por las tardes y destrozándome el cuello al pegar los cristales de mis maillots para abaratar costes... Viví cada torneo escolar como si fueran unas Olimpiadas. Esa libertad que tenía me permitió amar este deporte sin reservas. Ha sido mágico encontrar a alguien con un talento como el tuyo, Lils. Y sé que destacar conlleva la responsabilidad de mantenerte en lo alto, de no defraudar. Tu familia, el resto de padres y el club esperan cosas de ti, objetivos que tú misma te has marcado, pero que, de repente, te dan vértigo. Quiero que sepas que estoy aquí y te apoyaré, sigas en activo u optes por la retirada.

—Después del Nacional me sentí horrible. —Tragué saliva—. Os he decepcionado, Gianna, he tirado por tierra una oportunidad y...

—No has tirado nada por tierra. Fallaste y tienes que sacar un aprendizaje de ello. Dedicamos muchas horas a preparar esa competición, pero no fue en balde. Ambas hemos crecido ante cada obstáculo, y tenemos la mala suerte de que nuestro deporte requiera de mucho esfuerzo diario y solo un minuto y medio para mostrar el trabajo. Es mucha presión.

—En mi cabeza, he fracasado —arrastré las palabras.

—Te equivocas. Fracasar es dejar que otros elijan el camino que recorres, no disfrutar de lo que te llena.

—Pero ¿cuál es el sentido de que siga entrenando si he tocado techo?

—¿Eso crees, que no vas a progresar solo porque hayan elegido a otras chicas antes que a ti? A veces las federaciones no solo buscan talento y técnica; también una tipología concreta, musicalidad, proyección, una mente fría que temple los nervios en cualquier situación, expresión o manejos dependiendo de las exigencias del código. Y aunque opino que tú

tienes muchas de esas características, no ha podido ser. No en esta ocasión. Pero habrá más.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí, Lils. Tendrían que estar ciegos para no ver la luz que irradas.

—No sé, ¿y si he perdido la motivación? ¿Y si vuelvo a entrenar y ya no es como antes?

—No lo será porque has cambiado, los golpes te hacen madurar e imagino que tu madre no te lo estará poniendo fácil —susurró con tono afable—. Pero debes tener presente que el objetivo final no puede ser un resultado. Las notas y las convocatorias nacionales no pueden afectar a tu trabajo, solo así conseguirás sentirte satisfecha. Y confía en mí, mereces que tu trabajo sea gratificante y no dependa de factores externos para que te valga la pena el sacrificio que haces. Las ganas de una medalla te conducirán a la frustración si no alcanzas tus metas, pero las ganas de superarte..., esas solo te harán fuerte, mejor.

—Siempre sabes qué decir, Gianna. Ojalá hubiera hablado antes contigo.

—Comprendo que necesites tu espacio para procesarlo, y no vas a perderme. —Sostuvo mis manos entre las suyas—. Quiero que vuelvas a entrenar porque es tu cosa favorita del mundo, porque se te dibuja una sonrisa sincera en la cara y te brillan los ojos como si la rítmica fuera tu sinónimo de ser feliz. Sin expectativas, sin que otros decidan por ti. Si el Didier sigue siendo tu segunda casa, sus puertas están abiertas.

Me contagié de su sonrisa y asentí. Así fue como volví a calzarme las punteras.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

El veintiocho de febrero, el salón de casa se llena de globos plateados para celebrar el cumpleaños de Violet.

Con el móvil preparado y un «¡Feliz día, cariño!», mamá graba cómo la protagonista baja las escaleras aún en pijama y da un traspié al chocar con la discreta montaña de regalos que aguarda en el vestíbulo. La planta baja huele a bizcocho recién horneado y, al entrar en la cocina, descubrimos una tarta de merengue y chocolate hecha por papá.

—¿Soplamos juntas? Te cedo mi deseo —me propone bajito mi hermana mientras Adelyn enciende las velas.

Asiento y sonrío cuando nuestros alientos hacen tiritar las llamas hasta convertirlas en humo.

Violet desenvuelve los regalos en el sofá antes de responder a las felicitaciones de Jasmine y de su grupo de amigos de la universidad, que la citan esta tarde en el centro comercial para merendar gofres y ver alguna peli de la cartelera. «¿Te apuntas?», me invita mi hermana por cortesía. Miento, le digo que he quedado con Sawyer y Stella para hacer un FaceTime, pero subo a mi habitación y mato las horas tumbada en la cama, con la mirada perdida y la desazón arraigada en el pecho.

Atrás quedaron los cumpleaños que Violet festejó en casa desde que me marché a la selección, esos que solo vi mediante fotografías. Instalaban una mesa circular inmensa y sillas en el jardín, decorado con guirnaldas, preparaban sándwiches de jamón york y queso, llenaban cuencos con patatas fritas y las canciones más animadas de Spotify amenizaban la tarde al aire libre. A juzgar por los *stories* de Instagram en los que los asistentes

bailaban con vasos de plástico en la mano y se manchaban la nariz o el pelo con los restos del pastel, a nadie le importaban las bajas temperaturas del invierno en Kinsale siempre que los abrigos y las risas estuvieran presentes.

Papá se marcha al trabajo y mamá sale a hacer unos recados que le llevarán hasta pasadas las tres, así que me salto la comida y permanezco ahí, atascada, vagando por recuerdos que ni siquiera son míos, hasta que me avisan para cenar.

Por la noche, cuando escucho a Violet subir los peldaños de la escalera con cuidado para no despertar a mis padres, abro mi puerta despacio, tratando de no hacer ruido, y la llamo con susurros.

—¿No puedes dormir? —pregunta al entrar en mi dormitorio.

Enciendo la lamparita y me siento sobre las sábanas desordenadas.

—No paro de pensar.

—En qué. —Mi hermana se acerca y ocupa una esquina de la cama.

—En lo rápido que ha ido todo... En la lesión. Puedo andar y la medicación me ayuda con el dolor. ¿Y si se equivocaron con mi diagnóstico? ¿Y si solo necesitaba descansar unas semanas y estoy lista para volver a Dublín? —Lo expreso con tanta seguridad que mi tono se eleva y me veo obligada a hacer una pausa para cerciorarme de que mi hermana es la única que va a oír esta conversación.

—Lilia, los informes pintaban bastante mal.

—Ya, pero ni tú ni yo tenemos la menor idea de medicina.

—¿Qué quieres hacer? ¿Pedir una segunda opinión?

—No pierdo nada. Por favor, acompáñame.

Lo hace. El lunes siguiente, con el pretexto de asistir a más clases de la universidad junto a Violet, me deslizo en el asiento del copiloto y cruzo los dedos para que esta pesadilla acabe.

«Que haya sido un error», ruego de camino al hospital. Prometo no enfadarme por el mal trago que una negligencia médica me haya podido causar, y me reitero que mi vuelta a Laurden irá bien. Cuanto más alto me colocan los obstáculos, mayor es el impulso que cojo para sortearlos.

No obstante, ni utilizar el deseo de cumpleaños de mi hermana me devuelve la utopía de pisar un tapiz en un futuro próximo. Los traumatólogos de Dublín hicieron bien su trabajo y el especialista que lleva

a cabo mi revisión en Cork coincide punto por punto en la valoración que me apartó del deporte.

—Lilia, dime qué hago para consolarte —implora Violet al verme sollozar casi sin aire en el *parking* del hospital.

—No... Nada... Yo... —balbuceo, incapaz de formular una oración completa.

Al llegar a casa, me doy una ducha para templar la ansiedad. Alzo la cabeza dejando que la lluvia de agua ahogue mis lágrimas y froto con insistencia cada centímetro de piel, tratando de eliminar los vestigios de mi guerra interna. Anhele seguir siendo gimnasta, una máquina perfecta y diseñada para alcanzar la excelencia, pero solo soy humana.

Envuelta con el albornoz, me coloco frente al espejo y paso el dorso de la mano por el cristal empañado para examinar a la chica que muestra mi reflejo. Trata de contener la aflicción, pero sus facciones la traicionan. En sus pestañas quedan restos del llanto, y el rubor de sus mejillas y los ojos hinchados lo evidencian. Está rota por elección propia, tras haber confiado en que unas horas manteniendo la esperanza en un milagro que no iba a suceder le devolviesen las ganas de comerse el universo cada mañana. Pero no es así, nada ha cambiado, y enfrentarse a una realidad que no puedes alterar resulta insoportable.

Deslizo la tela de las mangas hasta que mis hombros quedan al descubierto y recorro las clavículas pronunciadas y la redondez de mis pechos. El albornoz cae al suelo, revelando una cintura que recordaba más estrecha, esa tripa flácida que antes era una tabla de abdominales, las caderas amplias con muslos sin tensión ni músculos.

Al instante decido que detesto mi nueva figura.

No es que no me acepte o haya gastado todo el amor que tenía adorando la gimnasia. No. Es que, sencillamente, ahora soy una persona distinta. Una desconocida. Y nadie posee la capacidad de albergar sentimientos por una imagen superficial que no le provoca apego alguno.

Me subo a la báscula que Adelyn guarda en el cajón bajo el armario de las toallas y suspiro cuando el peso no se detiene en la cifra que debería, la que solía marcar en Laurden. Con una agilidad vertiginosa, mi cerebro

cuenta lo que comí anoche, estima las calorías de cada plato y las suma hasta llegar a la conclusión de que he sobrepasado el promedio permitido.

«La gente admira y respeta a la Lilia gimnasta, a la deportista de élite. Si no puedes ser ella y estás demasiado estropeada para competir, al menos deberías tener la decencia de conservar su físico», me recrimina una voz mental. Y la creo, porque necesito que alguien, aunque no sea yo, me acepte y me considere suficiente.

Desde ese momento, rescato la libreta que empleaba en Dublín para anotar el trabajo diario y la uso a modo de control sobre cada pieza de fruta, vaso de agua y trozo de carne o pescado que ingiero. Compro diuréticos en la farmacia. Intento quemar grasa haciendo flexiones en mi habitación. Y me peso cada mañana, antes de desayunar, descalza y completamente desnuda, y permito que la peligrosa espiral de la obsesión me arrastre: anoto los kilos, prometo bajarlos a toda costa, lloro si no lo consigo. Pero no desisto, al fin he hallado un objetivo en el que centrarme, algo que puede devolverme un pedacito de la muchacha que fui.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

El señor Randy me dio fiesta aquella tarde de octubre. Sin pensármelo, busqué la dirección de mi destino en Google y subí al autobús en el que boceté algunos dibujos en el cuaderno durante las dos horas de viaje hasta las instalaciones del Didier.

Entré al pabellón y pregunté al recepcionista por la sala de rítmica. «Todo recto y a la derecha, la verás enseguida», me indicó y, al avanzar unos metros, supe a qué se refería. Desde las alturas examiné el lugar al que Lilia acudía a diario para moldear su sueño: una sala amplia de paredes grises y un único tapiz cubriendo la pista de baloncesto que albergaba dos canastas en los laterales.

Me apoyé en la barandilla y fijé la vista en la planta de abajo, donde quince gimnastas estiraban ayudándose de cintas elásticas o saltaban en diagonal, una tras otra, con música clásica de fondo. Tomé asiento en una esquina e inspeccioné la pista desde las gradas, a una distancia prudencial para pasar desapercibido.

Después del calentamiento inicial, cada chica ocupó una zona del tapiz y fueron turnándose para practicar lanzamientos y elementos de flexibilidad. Y mientras los aparatos volaban rozando las vigas del techo y la entrenadora se aproximaba para aplicar correcciones, Lilia brillaba. Llevaba la melena recogida en un moño y vestía top, *leggings* y rodilleras de color negro, a conjunto con su semblante concentrado.

Mis ojos seguían su recorrido como si un foco la acompañase a cada paso, y quise saber por qué, cuál era su secreto para atraer la atención de una mirada inexperta. No la observaba extasiado porque el sonido de su risa

me originase un burbujeo en la tripa o porque hubiéramos compartido noches de confidencias, canciones y miedos. Lilia simplemente desprendía esperanza: la de contemplar a alguien hacer lo que más le gusta en el mundo y pensar que tú, algún día, llegarás a experimentar esa pasión en tu propia piel.

Esa tarde, analizando los detalles de su ejercicio de mazas, me percaté del magnetismo que derrochaba en el practicable. Cada movimiento se extendía por sus extremidades prolongándose con intención y elegancia, acompañando las notas del *Claro de Luna* de Beethoven. Lilia se me antojó una profesional en enlazar pasos de danza con un lanzamiento de pelota que rebotaba en su espalda y cogía con una mano sin desplazarse del sitio, transformando lo inverosímil en posible.

Puede que su precisión pasase inadvertida ante mi desconocimiento de las reglas de aquel deporte, pero su capacidad de expresar me cautivó. Lilia narraba una historia a la vez que ejecutaba giros impresionantes, realizaba recogidas del aparato fuera del campo visual y se contorsionaba como si su cuerpo fuera de un material dúctil. Nadie en su sano juicio podría ignorarla. Incluso en los titubeos o errores más evidentes, hallabas algo en ella que te obligaba a admirarla.

Al finalizar el entrenamiento, no se me ocurrió nada mejor para llamarla que meterme índice y pulgar en la boca y emitir un silbido. En consecuencia, mi amiga, su entrenadora y el resto de gimnastas elevaron sus cabezas hacia la grada, fulminándome. «Lo siento», pronuncié sin sonido, solo con los labios, y ella negó divertida antes de pedirme que la esperase fuera.

Nos reunimos en la salida, veinte minutos más tarde. Lilia ya se había duchado y lucía un jersey granate y vaqueros, aunque su cabello seguía preso en el moño del que se desprendían algunos mechones más cortos por encima de las orejas.

—¿Qué haces aquí? —Sonrió.

—Pasar tiempo contigo.

—¿No trabajas?

—Me han dado la tarde libre.

—¿Seguro que no estás escaqueándote de tus obligaciones?

—He ordenado cada maldito cacharro de esa tienda y le he quitado el polvo a todas las estanterías mientras el señor Randy hacía el inventario con la radio a máximo volumen. —Puse los ojos en blanco—. ¿Podemos perdernos por ahí un rato antes de que vengan a recogerte?

—Podemos perdernos una hora —asintió—. Le he pedido a Violet que sea mi coartada, se quedará en el centro comercial hasta las nueve y volverá para recogernos.

—En ese caso, dime qué hay por esta zona o decide qué hacer y te sigo.

—Ven, conozco un sitio.

Se cargó la mochila de deporte al hombro y giró hacia la derecha. Me condujo hasta una cafetería donde ofrecían batidos de fruta para llevar.

—Le falta azúcar —mascullé al sorber por la pajita mi mezcla de mango y uva.

—Solemos celebrar el final de la temporada con uno de estos —se excusó Lilia, agitando su vaso de fresa y nata—. Es saludable.

—¿Como tus agujetas? Parece que te están clavando chinchetas a cada paso que das.

—Pronto estaré en forma, listillo. —Me propinó un codazo en las costillas.

Me contó que su entrenadora le había montado un ejercicio de mazas nuevo y que, por el momento, mantendría el resto de la temporada anterior, para no presionarla. Quedarse hasta tarde acabando los deberes del instituto y rendir en el pabellón no eran compatibles.

—Gianna es un encanto, he tenido tanta suerte con ella... No he conocido a nadie con tanta paciencia. Y me escucha. De hecho, estoy convenciéndola para que me deje usar una canción de The 1975 para la nueva cinta —comentó con orgullo.

—¿Convenciéndola o amenazándola? —Alcé una ceja—. Da igual, prefiero no saber nada de tus técnicas de persuasión. Al fin y al cabo, yo seguiré en el anonimato cuando todos alaben tu buen gusto eligiendo temas.

—Te compensaré invitándote a más batidos insípidos.

Reímos y, casi por accidente, terminé confesándole que había descubierto los grupos de música que me gustaban gracias a Odette, una

limpiadora del orfanato que me prestaba sus discos y me regalaba popurrís que ella misma recopilaba para animarme cuando las familias de acogida se cansaban de mí. Y, en lugar de compadecerme o mirarme con pena, Lilia aferró mi mano y puso mi favorita de Arcade Fire, *Half Light II*.

Pasamos la tarde sentados en el suelo de un callejón solitario con vistas a una carretera desierta que de noche debía de parecer el escenario idóneo para un cortometraje de terror. Le expliqué lo bien que me iba en la tienda. Ella me habló del humor cambiante de su madre, que la había perdonado tras comunicarle que volvía a entrenar. Y refrescó, Lilia tuvo que ponerse una sudadera encima del jersey y dudé de que mi acto espontáneo de subir a un autobús para verla no hubiese sido un error. No había planeado nada especial y no sabía si para ella estar conmigo equivalía a algo tan valioso como para mí.

Entonces percibí un destello en sus ojos. Se arrastró unos centímetros para estar más cerca y nuestros brazos se tocaron. El escalofrío que me recorrió fue agradable. Mucho. Demasiado. Tanto que no se me ocurrió una estupidez más patética que decirle:

—No te has puesto suficiente desodorante. —Mi venganza por su comentario durante la sesión de cine de verano.

—Imbécil —murmuró ruborizada.

—Pero no me importa —aclaré. Ella contestó con una sonrisa y vislumbré el cansancio en su rostro—. Puedes usarme como almohada.

—No voy a dormir. Quiero aprovechar cada segundo contigo.

—No he dicho que tengas que dormir.

—Troye...

Nos encontrábamos a una distancia íntima y me resultaba insuficiente. Deseaba estrecharla entre mis brazos, averiguar el tacto de su pelo contra mis dedos, constatar si la suavidad de sus labios derretía los míos. Repitió una segunda vez mi nombre mirándome a los ojos y una de mis manos se aventuró a acunar su mejilla. Nos hallábamos tan cerca que, de no haber estado recostado en una superficie sólida, habría perdido el equilibrio ante las emociones que me despertaba esa chica.

Lilia era demasiado, y sigue siéndolo, pero el recuerdo de aquel instante en el que imaginé nuestro primer beso... fue mágico.

Hasta que el firmamento confabuló contra lo que debió suceder y arrasó con cada anhelo.

Empezó a tronar, pero yo solo advertí una melodía, la de la risa nerviosa de Lilia que camuflaba un suspiro. Las nubes se vistieron de plateado y el cielo se deshizo en tormenta. Inmóviles, elevamos la vista a las alturas para admirar el espectáculo de relámpagos y llovizna.

—¿Corremos hasta el Didier? —me preguntó, calándose la capucha.
Negué.

—Parecen solos de batería —musité, refiriéndome a los truenos.

No hizo falta más. Lilia presionó un botón del móvil y a través de los altavoces sonaron canciones aleatorias de la lista de reproducción que comenzamos en el faro. Guardó el teléfono en un bolsillo y me invitó a bailar mientras una cortina de agua nos acariciaba.

Al día siguiente recibí tres llamadas perdidas de Lilia y varios mensajes de WhatsApp.

LILIA
No pases de mí
Estoy en la cafetería y no coges el teléfono...

TROYE
El jefe me observaba
Algunos trabajamos, pequeña mandona

Vale
No molesto más

Eh, espera
Me he metido en el baño para disimular

Genial

Bien

Ok

¿Eso es todo lo que ibas a decirme por teléfono?

No...
Me gustó que vinieras a verme ayer
Que visitaras mi segunda casa
Y que te bebieras el batido sin rechistar, que estuviéramos a punto de besarnos y que nos mojáramos, porque lo nuestro es meternos en estanques o bailar bajo la lluvia
No sé
Solo quería decirte que puedes contarme lo que sea
El lugar de donde vienes puede marcarte, pero la dirección de tus pasos dictamina la persona en la que quieres convertirte
Así que no pienses en el orfanato como en algo que te avergüence, sino en el punto de partida para medir lo lejos que vas a llegar

Lilia modo *coaching* motivacional on

Puede

Gracias

Te dejo
Será mejor que salgas del lavabo o tu jefe pensará que te estás haciendo una paja

Espera
A mí también me gustó todo eso
Excepto la lluvia
La odio
Tenía muchas ganas de besarte

LILIA

Pasado

—Lils, cuenta —suplicó Sawyer, abriéndose de piernas con suma facilidad.

Estaba en el Didier con él y Stella, en una esquina apartada del resto para hablar entre cuchicheos por encima de la suave música que Gianna había puesto mientras estirábamos aquella tarde. Ajena a la charla, mi entrenadora pasó por delante de nosotros y le llamó la atención a Stella por llevar el moño deshecho.

—No hay nada que contar —me hice la inocente, ajustándome una rodillera.

—¿Cómo van las cosas con el chico misterioso de las pecas?

—Troye, os hablé de él este verano.

—Sí —asintió Sawyer, casi se le derramaba la baba—, el guaperas del faro, el futuro padre de tus hijos. El primer tío que traes al Didier.

—No exageres y tampoco grites. Como mi hermana te oiga... —Inspeccioné la zona más cercana a la canasta, donde Violet hablaba con dos chicas—. Además, no lo he traído, puede andar solito y se subió a un autobús por voluntad propia.

—Para verte entrenar. Joder, creo que eso es amor.

—Saw, bájale intensidad —intervino Stella con gesto de dolor tras clavarse más de cinco horquillas en la cabeza para que su moño se mantuviera perfecto—. No eres un experto en el amor, precisamente.

—Zorra —replicó él, ofendido—. Que aún no haya encontrado a mi príncipe azul no significa que no vaya a ocurrir pronto.

—Te pasas las tardes y los fines de semana rodeado de gimnastas. Chicas —puntualizó Stella, elevando la voz—. Las probabilidades de que

un macizo se cruce en tu camino son escasas.

—Pero no inexistentes. —Le di una pizca de esperanza.

—Nulas —zanjó mi amiga.

—Bueno, sí... ¿Podemos volver a hablar del novio de Lils? —
recondujo la conversación Sawyer.

—No es mi novio.

—¿Os habéis besado?

—Casi.

—Sí o no —matizó Stella, contorsionando la espalda—. Los *casi* no cuentan.

—Claro que cuentan —protestó Sawyer—. Lils, las miraditas que te echaba desde la grada significan algo.

—Siento estropear tu película de Disney, pero sigo castigada hasta los dieciocho. Y Troye trabaja. Una relación a través de WhatsApp no es una relación.

—Con ese argumento me das la peli de Disney que necesito. Una mezcla entre *Rapunzel* y el amor trágico de *Romeo y Julieta*.

—Saw, vuelve a bajarle intensidad. —Stella entornó los ojos—. La cuestión, Lilia, es si los obstáculos te suponen un problema. Si Troye te gusta y tú le gustas a él, no perdéis nada intentándolo.

—Aleluya, la pelirroja entró en razón. —Sawyer juntó las manos como si le agradeciera el milagro a una divinidad.

—Somos amigos —repuse.

—¿Amigos que se tratan como hermanos o amigos que quieren besarse? —preguntó Stella.

Reflexioné unos segundos. La dinámica que seguíamos Troye y yo era muy diferente a la que teníamos el trío del Didier. Con Sawyer y Stella vomitaba mis cavilaciones sin filtro, actuaba sin meditar y no me importaba mostrar mis debilidades; ellos me habían visto crecer. Con Troye, por el contrario, era yo misma, pero me esforzaba en ir más allá, superarme, ser mejor. Para animarle, darle consejos y no parecerle una cría, dejando que viera mi carácter disciplinado y competitivo, aunque sin ocultarle mis claroscuros.

Y respecto a los besos... Sí, había pensado en ellos. Puede que alguna noche en el faro, despertando en su pecho; espiando su sonrisa radiante mientras pintaba con un bote de espray en un muro clandestino; al bañarnos en el estanque y sentir envidia de cada gota de agua que resbalaba por sus labios; y la tarde de lluvia en la que respiré su aliento y estuve tan cerca de contar las pecas de su rostro que casi perdí el conocimiento.

No sabía cómo había ocurrido ni pretendía hallar una explicación lógica. Pero sí, definitivamente sí. Me había colgado bastante de Troye Barlow, de un modo sorprendente y arrollador que solo logras experimentar en la adolescencia.

—Yo... —titubeé—. Supongo que Troye me...

—¡Lilia! —exclamó Gianna detrás de mí. Di un respingo y Stella y Sawyer se desternillaron de risa—. Menos palique y más estirar los pies, quiero ver esos empeines.

OceanofPDF.com

28

LILIA

Pasado

La burbuja de resignación en la que estaba sumida a raíz de mi castigo explotó con un mensaje inocente.

TROYE

Lilia, necesito verte

Estoy a punto de terminar *Divergente*, y no es justo porque sé que ese no llegaste a leerlo

LILIA

Cierto, vi la peli en casa con mi hermana

Le dijimos a mi madre que era por petición de Gianna para montar un ejercicio...

Todavía no entiendo cómo se lo creyó

Recuerdo la historia

Por eso necesito verte

Creo que nos hemos contado la vida con mensajes y audios

Y echo de menos que tu risa sea un sonido en directo

Sigo sin poder salir

De casa al instituto y del instituto al pabellón

Ya

¿Alguna idea?

Porque yo opino lo mismo



Un corazón. Esa fue su respuesta. Un maldito corazón que reblandeció el mío y me hizo querer saltarme las reglas, escaparme durante unas horas y perderme a su lado. Una imprudencia para la que precisaba de una aliada que me cubriera las espaldas.

—Tienes que hacerme un favor —le pedí a Violet al entrar en su habitación—. Sin preguntas.

No habría recurrido a ella de no estar desesperada, pero necesitaba cerciorarme de que en esa ocasión nadie me estaría esperando tras la puerta cuando regresara a casa.

Mi hermana se irguió, desmerezándose con el portátil sobre las piernas.

—Claro, ¿qué quieres? —accedió sin apartar la vista del capítulo de *The Office*.

—Voy a salir esta noche y me vendría bien tu ayuda.

Sus ojos se iluminaron y no dudó en pausar la serie para proseguir con nuestra maquinación secreta.

—¿Me meto en tu cama y me hago pasar por ti o con una almohada tienes suficiente? —propuso entusiasmada.

—Con que los distraigas para que pueda salir y te metas en mi habitación para simular que vemos una peli...

—Puedes grabarte audios para que los reproduzca y parezca más realista. Por si mamá se pone a escuchar detrás de la puerta.

—Bien pensado —opiné, pese a que cuantos más detalles tuviera el plan, más fácil resultaría que saliera mal.

—¿Quién es el chico? —Bajó la pantalla del ordenador para fulminarme con la mirada.

—¿No he dicho que nada de preguntas?

—Venga, ¿quién es? —insistió.

—Nadie —traté de sonar convincente.

—Pues Jasmine estuvo en la sesión de cine del parque Fitzgerald y me contó que un tal Nadie se sentó a una distancia íntima de ti.

«Maldita Jasmine», maldije en mi fuero interno.

—Era una manta pequeña, Violet.

—Ya... Venga, dime su nombre.

—Troye. —Lo saboreé despacio mientras el rubor teñía mis pómulos.

—Troye... El chico que fue a verte al Didier y prefirió coger el autobús de vuelta a Kinsale antes que subirse a mi coche y conocerme... Volvías de estar con él cuando te pilló mamá, ¿a que sí?

Asentí.

—¿Por qué no podéis quedar a una hora decente como la gente normal?

—Supongo que no somos normales. —Me encogí de hombros.

—Pues más te vale darme su número por si te pasa algo.

—¿En serio?

—Yo te cubro y tú me das un teléfono que pueda rastrear la policía si no vuelves antes de las tres.

—¿Vas a ponerme un toque de queda? Te pareces a mamá...

—No te equivoques, Lilia, mamá te ataría al cabecero de la cama y solo te soltaría para que hicieras ejercicios de flexibilidad y abdominales. Yo te ofrezco una cita efímera a cambio de que a las tres pueda regresar a mi cama y dormir sin miedo a que me deshereden.

—Vale. —Entré en la agenda y le envié el contacto de Troye.

—Estáis liados, ¿verdad? —Me dedicó una media sonrisa.

—¡Claro que no! —Mi gesto de rechazo la ofendió.

—Eh, ¿de qué te sorprendes?

—Solo somos amigos.

—¿Y ninguno de los dos espera algo más? Y antes de que me mientas, las paredes de esta casa son de papel, oigo todas tus conversaciones con Stella y Sawyer.

Fijé la vista en las sábanas de caballitos de mar y recorrí cada contorno con el dedo.

—Me gusta, sí, y no sé qué va a ocurrir —zanjé dubitativa—. ¿Eso es malo, dejarse llevar?

—No hablas con una experta que vaya a darte consejos revolucionarios, pero creo que está bien no tener expectativas. Bastante presión nos echamos encima con la gimnasia como para planear al milímetro lo demás.

—Una de las cosas que me encanta de Troye es que no forma parte del ámbito deportivo. Podemos charlar sobre rítmica, aunque no de un modo obsesivo. —Omití que estar con él era desconectar de lo que dolía y equilibrar la balanza valorando una carcajada, un retrato o una propuesta alocada.

—Y, aun así, fue a verte al Didier —suspiró mi hermana—. Mi instinto me dice que ese chico tiene una lista de cosas tuyas que también le encantan.

Me tragué un «ojalá» que sonaba a incertidumbre y esboqué una sonrisa al pensar que esa noche volvería a pedalear con el chico de mirada celeste enredado a mi cintura.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

El penúltimo jueves de octubre fue el aniversario del restaurante de Dustin, que había pasado de generación en generación por manos de los Adler hasta llegar a las suyas y convertirse en el local más distinguido de Kinsale. En él se celebraban desde reuniones de negocios, cumpleaños o bodas hasta encuentros de antiguos alumnos y comidas familiares los domingos. Su oferta gastronómica tradicional con productos frescos del mercado y los menús de grupo diarios le llevaron a encabezar la lista de mejores opciones de la zona. Además, Jacqueline entregaba el excedente que sobraba al comedor social del condado.

El Adler's Place era referente y apuesta segura, y sus dueños, unos ángeles caídos del cielo. En consecuencia, cuando se aproximaba la fecha señalada, los vecinos les obsequiaban con flores, bombones, botellas de champán o verduras de sus huertos.

La cocina de casa albergaba una docena de jarrones con claveles, rosas, lirios y tulipanes. Sin consultarlo, sonrojándome ante la idea de pedirle a Jacqueline si podía regalarle uno a la chica que me gustaba, cogí el dichoso ramo de margaritas fucsias que llamó mi atención y lo metí en la mochila para dárselo a Lilia ese sábado.

Me esperaba sentada en el bordillo de la acera, con la bicicleta volcada y el móvil en la mano para escribirme un mensaje que recibí cuando ya estaba a escasos metros de ella. Avancé con sigilo y, aprovechando que estaba de espaldas, le di un susto que la hizo desequilibrarse y rodar hacia la carretera desierta.

—Eres imbécil —rugió con una mano sobre el corazón y pliegues en el entrecejo.

La observé unos segundos. El pelo le cubría la cara y fruncía los labios en una mueca que me hizo reír. Parecía un dibujo animado con las piernas abiertas.

—Lo repites mucho, y la verdad es que nunca te he dicho que fuera una eminencia. —Le ofrecí una mano para ayudarla a ponerse en pie.

Lilia me examinó desde el suelo, como si fuera la primera vez que me estaba viendo. Después se levantó de manera apresurada.

—¿Qué pasa?

—Nada —objetó, pero su expresión indescifrable no cambió. Se colocó bien la manga desbocada de la sudadera gris y jugueteó con la costura de los bolsillos del vaquero—. Estoy asimilando mi gran error. He dejado mi coartada en manos de Violet, que, en resumidas cuentas, es la persona con peor suerte de la galaxia. Todas sus tostadas caen al suelo por el lado de la mermelada y ha salido más de una vez al tapiz de competición con las rodilleras puestas. Ah, y si un medicamento produce alergias al uno por ciento de la población, le toca a ella seguro. Creo que esta noche deberíamos hacer algo épico, como celebrar mi funeral y subirlo a YouTube antes de que mi madre me corte el cuello cuando descubra que la que está metida en mi cama es Violet.

Me entró la risa floja al constatar que Lilia estaba nerviosa, hablaba rápido y se trababa en algunas palabras, manteniendo la mirada esquiva si mis pupilas se sumergían en las suyas.

—Me halaga que te arriesgues así por mí y prometo que tu muerte prematura por una barrita de chocolate merecerá la pena.

—No te hagas el listillo, esta escapada no es por ti. Necesitaba aire fresco —puntualizó, agarrando el manillar de la bicicleta.

—¿Adónde quieres ir?

—Echo de menos el faro.

—Al faro pues. —Me acomodé tras ella en el sillín.

No mentiré, llevaba semanas añorando a Lilia. Sujetarme a ella y hundir la nariz en su melena mientras atravesábamos la negrura de Kinsale me resultó tan placentero como escuchar música.

El ambiente seguía raro al llegar al faro. Opté por escupir cada comentario gracioso que se me ocurrió y permití que contraatacase con réplicas irónicas. El humor sería mi aliado para romper aquel muro de hielo que la distancia había interpuesto entre nosotros.

Ascendí por las escaleras a paso lento, contando cada peldaño para que el azar me asesorase. Pares, no sacaba el ramo de la mochila; impares, se lo entregaba y cruzaba los dedos para que no volviera a llamarme imbécil. Ganó la segunda opción. Tragué saliva, me aclaré la garganta, me despeiné el flequillo unas cinco o seis veces y traté de mantener la calma cuando mis piernas quisieron emprender la huida.

—¿A qué debo este honor? —Lilia olió las flores.

No me dedicó un mohín de disgusto ni retrocedió; decidí tomármelo como una señal positiva.

—A nada. —Me encogí de hombros—. Son del restaurante.

—¿Intentas ligar conmigo? Porque regalarme un regalo de otro no suena muy romántico.

—No entiendo mucho de romanticismo, Lilia. Y no creo que para conquistarte sean suficientes unas flores.

Me hubiera gustado rebobinar y mantener aquella declaración de intenciones bajo llave, pero su rostro se iluminó con curiosidad.

—¿Ah, no? —Se sentó.

La imité antes de negar y liberar un tallo del lazo que los unía para arrancarle algunos pétalos a la margarita. En mi cabeza, todos decían: «Cada segundo a su lado es un puñetero tesoro», así que me lancé sin esperar a que Lilia tirase de mí como solía hacer. En esa ocasión deseaba ser yo el valiente.

—No pretendo incomodarte ni nada de eso. —Comencé a hilar mi discurso con una introducción que allanase el terreno—. Y si continúo hablando, la cosa va a ponerse muy cursi. No sé si tú... quieres oírlo realmente.

—Te escucho, Troye.

—No me digas que no te he avisado. —Puse los ojos en blanco y Lilia emitió una carcajada sonora que tiritó en mitad del silencio. Ambos estábamos tensísimos.

Mastiqué la inquietud hasta convencerme de que ser franco con ella era necesario. El miedo jamás es excusa suficiente para no decirle a alguien importante que lo es.

—Volviendo a tu pregunta... —arranqué—. No, no creo que un ramo sea suficiente para Lilia Girard. Te mereces a alguien que opine que eres un jodido sueño porque se despide de ti cada madrugada echándote de menos, ya sea a través de una pantalla o en un faro abandonado. Te mereces a un tío afortunado que, a falta de flores, comparta contigo Twix, Cheetos y también toda su mierda, porque confiar en alguien tiene más valor que solo querer quitarle la ropa cuando estáis a solas. Te mereces a alguien que se presente en tus competencias con una pancarta inmensa que él mismo haya pintado. Que te vea entrenar, se sepa tus ejercicios de memoria y siga buscándote en YouTube. Que no te escriba en Twitter ni Instagram, pero tiemble cuando está a tu lado, en la vida real. Y que sepa callar cuando todo este rollito empalagoso se le esté yendo de las manos...

—¿Tú harías todo eso? —inquirió bajito.

—Eso depende. ¿Tú querrías que lo hiciera?

Me quitó la flor de entre los dedos y siguió deshojándola ella.

—Puede —contestó con un hilo de voz.

—Supongo que ya no hace falta que me preguntes en qué estoy pensando. Acabo de darte algunas pistas más que evidentes.

—Quieres besarme. —Sonrió y se armó de valor—. Y como sé que no vas a preguntarme en qué estoy pensando, te lo pondré fácil. Quiero que me beses. Y besarte. Que nos besemos...

Lilia se enroscó a mi cuello y se quedó allí colgada, esperando a que mi boca tomase la iniciativa. Cogí aire, apoyé mi frente contra la suya y delineé la curva de su nariz con la punta de la mía para llenarme los pulmones con su respiración.

Llevaba tantas semanas fantaseando con el tacto de sus labios que, en ese instante, cuando la estreché entre mis brazos y su risa tímida erizó la piel de mi cuello, me deshice por dentro. Iba a suceder, la utopía de hallar un hogar en otra persona se materializaba. Ese impulso, que había frenado porque precisaba familiarizarme con la cadencia de sus latidos antes que

descubrir los lunares de su cuerpo, era al fin libre. Y allí estábamos. Solos, Lilia y yo. Sin pasado, futuro ni interrupciones.

Mis labios rozaron los suyos y quise retratarnos por si el recuerdo se me escapaba o algo se torcía y no encontrábamos el camino de vuelta. Y debí hacerlo, todavía me arrepiento, porque de todas las cosas que pinté en mis cuadernos, ese beso es la única que jamás supe capturar. Cuando me propuse hacerlo, había olvidado el calor que irradiaba su pecho contra el mío, la mezcla de su perfume de coco y el aroma mentolado de mi champú, el cosquilleo que me mordió las entrañas al poner una mano sobre su corazón y advertir el pulso frenético que la hacía vibrar, la carrera que emprendió el mío hasta acompañarse.

—¿Esto significa que estamos saliendo? —susurró al separarnos.

—No lo sé, ¿tú quieres salir conmigo?

—Troye, responde primero —me pidió con una sonrisa ladeada.

—¿Prefieres la versión larga o la corta?

—Las dos.

—Decide.

—Primero la corta, después la larga con escenas eliminadas, tomas falsas y créditos.

—Un aperitivo: cuando estamos juntos desconecto, cualquier estupidez me parece interesante y los minutos vuelan.

—Vale, ahora la versión extendida —me animó complacida.

—¿Preparada para otro discursito empalagoso?

—Ajá.

—Ya sabes mi teoría sobre la caducidad de las cosas. No creo en los «para siempre» y, sin embargo, me encantaría seguir viniendo al faro, ponernos hasta arriba de comida poco saludable, escucharte hablar del universo de tapices que tanto adoras, besarte, dibujarte mientras duermes, negarme a bailar contigo... Y salir por ahí alguna tarde, acompañarte al instituto, aunque sea a través de un audio de WhatsApp, y pasar tiempo a tu lado.

—¿Nada de meternos en estanques o ponerle música a una tormenta?

—También. Todo eso. —Me incliné para depositar un beso dulce en su boca—. Todo contigo.

LILIA

Pasado

Esa noche fui consciente de que estaba sintiendo algo especial. Caminaba descalza sobre un reguero de sentimientos a los que no me atrevía a poner nombre, pisando fuerte y percibiendo la caricia del suelo contra la planta de los pies, nada de medias tintas o avanzar de puntillas.

Era pronto para percatarme de que la felicidad te alcanza de distintas maneras. A veces mediante momentos como aquel, sencillos y sin adornos añadidos; otras veces, al sostener entre los dedos un anhelo que considerabas remoto y que, de repente, te anima a saborear ese tipo de alegría inusitada, una emoción lacerante que te domina y pinta tu mundo de tonalidades vibrantes.

Pero, por aquel entonces, Troye y yo no éramos más que dos inconscientes jugando a ensayo y error, presionando teclas, conociendo al otro despacio, como si la vida nos reservase un «para siempre». Nos sentíamos preparados para los cambios y qué equivocados estábamos. La adolescencia no es una línea recta, sino un laberinto de obstáculos. Consiste en fallar, caer, levantarte y seguir intentándolo hasta que el bucle se inicia de nuevo y no te crees fuerte para continuar. Con la experiencia asumes que nunca hay que dar nada por sentado ni desmerecer el ahora con condicionales, porque lo cierto es que llegará el día en el que eches la vista atrás y sientas envidia de lo afortunado que eras, cuando tu cuerpo navegaba en un bálsamo de tranquilidad, los besos activaban cada célula de tu cuerpo y los paseos en bicicleta te invitaban a volar.

Ojalá hubiera recibido una carta de Eva en ese instante para advertirme de lo inaudito que resulta encontrar a alguien que agranda tus alas en lugar

de pedirte que le cargues a la espalda. Ojalá hoy, años más tarde, no me muriese por regresar a aquella velada en la que Troye y yo nos besamos entre margaritas mientras las estrellas me concedían un sueño a medias y todo era tan fácil como coger aire y respirar. Ojalá lo que vino después no hubiese marchitado cada pétalo que esa noche significaba un comienzo bonito, natural e inevitable.

Ojalá el pasado siguiera siendo presente.

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

—Intruso, cada día tienes peor cara —me saluda Declan cuando entro en la cocina y busco mi cuenco de los cereales.

—Gracias —gruño desganado, y él me salpica un poco de agua del vaso que está fregando—. He dormido fatal.

—Pues mamá ya está en el restaurante y se ha tomado tres tazas de café antes de salir, así que nos espera un día movidito.

—Genial, servirá para que me despierte antes de que el comedor se llene de comensales exigentes.

Tomo asiento y echo un puñado generoso de cereales en el cuenco antes de verter la leche.

—Estás de suerte, Elijah me ha enviado algo que te hará reaccionar. —Declan se seca las manos con un paño y saca su móvil para mostrarme la pantalla.

—Súbele el brillo, no distingo nada —le pido, y cuando lo hace mi cuerpo experimenta una sacudida eléctrica.

Se trata de una publicación del Instagram de Kinsale comentando el evento que se celebró unos días atrás, un acto discreto al que acudieron las personalidades más relevantes de la ciudad para hacerse fotos frente a una placa dorada con el nombre de Lilia en la fachada del instituto. Ella, visiblemente incómoda, posaba con un vestido de gasa, una sonrisa forzada y la mirada más inexpresiva que le he visto.

«Lilia Girard, que inició su carrera como gimnasta en Cork y posteriormente fue llamada para formar parte de la selección nacional, cosechó numerosos éxitos deportivos y se midió con rivales internacionales

en la modalidad individual de gimnasia rítmica. El pasado martes, las autoridades locales descubrieron la placa que conmemora su trayectoria, un discreto homenaje que contó con la presencia de familiares y vecinos», anuncia el texto del *post*.

—Me duele el brazo de sujetar el teléfono, ¿vas a seguir contemplándola mucho rato más? —Declan se desternilla—. Puedo enmarcarla para que le hables cada noche y le des un beso cada mañana.

—No estoy de humor para discutir contigo, flacucho.

—Pero sí más despierto que hace cinco minutos, lo cual se considera una victoria.

Pongo los ojos en blanco y él hace una captura de pantalla para mandármela antes de darse cuenta de la hora que es y desaparecer para que Dallas no cancele su revolcón matutino.

Engullo los cereales que me quedan con la mente en otra parte y me sirvo los restos de la cafetera.

¿En el instituto? ¿En serio? ¿Frente a esas clases a las que Lilia asistía mientras pensaba en la gimnasia? ¿Cerca de la cafetería en la que se sentía sola rodeada de compañeros con los que no llegó a conectar? Sé que se han equivocado al emplazar su placa allí porque, cuando voy a examinarla en directo antes de empezar mi turno en el Adler's Place, se me ocurren al menos tres lugares más significativos para Lilia y tengo que contener las ganas de volver a casa a por pintura y dibujar yo mismo una placa en cada uno de ellos.

En vez de eso, entro en el grupo de WhatsApp «Un millón de veces» y tecleo una felicitación absurda que Lilia jamás llegará a leer. Y le hablo de quiénes éramos años atrás, de las canciones que nos pusieron banda sonora, de ese faro que sigue siendo guía, aunque ella solo dé vueltas en círculo.

LILIA

Pasado

Hay sucesos que cambian el transcurso de tu vida y, por mucho que los hayas anticipado, soñado o diseñado cada noche sobre la almohada, siguen quebrando tus esquemas al irrumpir en tu rutina.

En mi caso fueron los segundos durante los que sonó la vibración del teléfono hasta que salí de la ducha, dos minutos de conversación con monosílabos y el llanto desconsolado que le siguió al colgar. No supe expresarlo con palabras cuando mi madre me preguntó a qué se debían mis lágrimas. La abracé balbuceando oraciones inconexas y me desplomé en el sofá con el albornoz acumulando las gotas de agua que resbalaban por mi cabello mojado.

La seleccionadora nacional acababa de llamarme.

Una gimnasta había renunciado a su plaza en el Centro de Alto Rendimiento Laurden de Dublín.

Quedaba una vacante y, en consecuencia, disponían de una beca y alojamiento para el resto de la temporada.

Me correspondía a mí decidir si iba a aceptarla o no.

—Cariño, ¿cuándo te marchas? —Adelyn se acomodó a mi lado y lució un semblante triunfador.

Violet entró en el salón y me dio un pequeño margen para procesar una respuesta que debía ser clara. Llevaba años soñando con formar parte del equipo nacional, que me hubieran rechazado meses atrás no significaba que tuviera que recibir la noticia con mayor cautela. Se habían fijado en mí, querían trabajar conmigo y veían potencial. Hay trenes que pasan una vez en la vida, y podía sentirme afortunada si el de la selección se detenía en mi

estación. Pese al parón de ese verano, a las dudas o a esa venda de ilusiones que me había quitado para disfrutar del deporte aunque fuera en Kinsale, merecía flotar con aquella propuesta. Merecía considerarme digna del privilegio que me ofrecían.

—¿Qué pasa? —inquirió mi hermana un tanto desubicada.

Mamá se secaba el rabillo de los ojos y yo acorazaba las emociones para pensar con claridad.

—Creo que me mudo a Dublín en una semana —expliqué, asimilando la realidad conforme la verbalizaba—. Acabo de hablar con la seleccionadora...

—¡Lilia! —exclamó Violet antes de tirarse sobre mí para darme un abrazo.

Nos deshicimos en lágrimas, reímos y rodamos sobre los cojines como dos niñas pequeñas. Adelyn llamó a papá y le resumí la noticia balbuceando. «Esta noche lo celebramos con platos preparados del Adler's Place», prometió a través del altavoz.

«Troye —pensé yo—, tengo que contárselo».

Tras comunicar las novedades en el grupo de WhatsApp del Didier, le mandé un audio a mi novio para que se reuniese conmigo en el faro y cogí la bicicleta en cuanto tranquilicé a mi madre, que tuvo que contenerse para no publicar nada en redes sociales.

—He quedado con Sawyer y Stella —mentí, aunque no era necesario. La noticia había anestesiado cualquier aspereza en Adelyn.

—No tardes mucho —se despidió sin levantar la vista de la *tablet*, desde la que estaba haciendo varios pedidos *online* de ropa deportiva para que «Cause buena impresión en Laurden».

No recuerdo haber pedaleado tan rápido como aquella tarde. Los destellos del sol de finales de octubre me cegaban y no alcancé a ver los tonos dorados del atardecer que se recogían en el horizonte. Notaba las manos sudorosas y apretaba el manillar con fervor, solo tenía ojos para lo invisible; ilusiones martilleando en mi pecho, la sensación de que si soltaba los pies de los pedales y desplegaba los brazos, lograría volar.

Las fotografías que había buscado en internet en mayo sobre la residencia a la que denominaría «hogar» se sucedieron una a una,

incrementando mi excitación. Espacios amplios, techos infinitos, entrenadoras prestigiosas que habían moldeado leyendas, coreógrafos de gran talento y el mejor equipo médico. ¿De verdad iba a ver recompensada mi dedicación? ¿Podía hacer de aquella quimera toda mi vida?

La emoción trepaba por mi garganta cuando recosté la bicicleta en la fachada del faro Hyland y subí de dos en dos los escalones. Troye me esperaba con un aperitivo a partir de ositos de gominola y Pringles. Su sonrisa se ensanchó al avanzar en mi dirección.

—Te echaba de menos —murmuró antes de aplastar su boca contra la mía—. Mucho, muchísimo —concretó entre besos. Atrapó mi labio inferior con los dientes y tiró de él hasta que jadeé.

—Tengo una noticia que darte. —Cogí aire, pero Troye no parecía tan interesado en hablar esa tarde y sus dedos no se despegaban de mi piel, acunándome a la altura de la cadera. Trazó un reguero de besos desde mi lóbulo hasta la clavícula, y las palabras se desordenaron para dar paso a suspiros que llevaban su nombre.

—¿Una noticia buena? —Ascendió rumbo a mi boca, y se detuvo lo justo para darme un mordisco suave en el mentón.

—Muy buena. —Hundí los dedos en su pelo y lo aparté un poco para ver su reacción al relatarle la primicia—. Me han llamado de la selección, hay una plaza para mí.

—¡Eso es genial, Lilia! —Me dio un pico y masajeó mis mejillas con los pulgares—. Joder, sabía que lo conseguirías...

—Me ofrecen una beca con alojamiento pagado en las mejores instalaciones del país.

—¿Te marchas? —Su interrogante destiló fragilidad.

Escuché el «crac» y quise sanar las heridas que yo misma estaba infectando, pero la emoción me lo impidió. El chute de adrenalina me subía hasta las nubes, y desde allí no advertía el juego de claroscuros tiñendo las facciones de Troye.

—A Dublín. La semana que viene. Suena precipitado, pero es lo que llevo queriendo desde que tengo uso de razón —expuse en una retahíla de exaltación, obnubilada por mi cuento de hadas—. He entrenado tantas horas para optar a una oportunidad así... No termino de creérmelo.

—Te lo mereces, por supuesto que tienes que creértelo. —Se repuso, pero su voz me sonó distante, lejana.

—No pareces contento.

—¿Por qué dices eso? Claro que estoy contento.

—No es cierto.

—Lilia, me alegro por ti, de verdad —insistió antes de abrazarme y hundir su rostro en mi pelo.

Al percibir los bombeos agitados de su pecho, la semilla de la culpa se extendió por mis extremidades.

Hoy sé que la noticia le hizo daño, bastaba con mirar los ojos de Troye para leer sus pensamientos, aunque la euforia no me permitió discernirlo. El celeste despejado dio paso a un firmamento dubitativo, con nubes plumizas y un manto de niebla. Sentí un golpe en el estómago al descubrir que mi felicidad le hacía desgraciado, y tardé varios días en comprender que no se trataba exactamente de eso, sino de los fantasmas del pasado susurrándole una vez más la premisa que regía su vida: «Todo es efímero, vas a perderla, su sueño le cambiará las prioridades y visitar un faro abandonado pertenecerá al ayer».

Allí comenzó nuestro descenso. No fue producto del destino ni de la casualidad, sino la consecuencia directa de mi decisión. La que tomé marchándome de Kinsale. La que volvería a elegir si rebobinase unos años y regresara a ese otoño. La que para mí significó que me aceptaran en ese universo que tanto ansiaba y que para Troye fue el destierro total del paraíso microscópico al que al fin creía pertenecer.

LILIA

Pasado

Mi último entrenamiento en el Didier resultó agridulce, casi artificial. Padres y compañeros me halagaban pese a haber pasado toda la tarde con la cabeza en otra parte, lanzando largo, fuera de música o resoplando sin motivo alguno. La debilidad mental provocada por las dudas afectaba a mi cuerpo sin que pudiera hallar la estabilidad.

Esa última semana en Kinsale se me había hecho cuesta arriba por la montaña rusa de emociones que atravesaba. Júbilo. Excitación. Perplejidad. Aprensión ante lo desconocido. Orgullo. Pero no alcanzaba la satisfacción de controlar cada una de las piezas y estar segura al cien por cien de que iba a emprender el camino preparada. Supongo que nunca lo estás y lo que diferencia a los vencedores de los demás no es la pasta de la que están hechos ni las adversidades que han superado, sino el coraje que tuvieron para dar ese primer paso sin disponer de certezas ni garantías.

En casa no se hablaba de nada que no orbitase en torno a la gimnasia, Troye evadía mis mensajes con vagos «Estoy trabajando», y las videollamadas de Sawyer y Stella analizando mi competencia en Laurden eran una constante. Quería que todo fuera perfecto, recuperar el tiempo perdido en verano y sumar unas semanas más junto a Gianna para llegar en plena forma a Dublín. Y resolver los problemas con mi novio, gritarle que luchar por mi sueño no era abandonarle, y entender por qué tiraba la toalla antes de constatar cómo funcionaba nuestra relación con la distancia como tercera en discordia. Mi lista de tareas pendientes aumentaba y, por consiguiente, acudir a la fiesta de despedida que los miembros del Didier

habían preparado para mí al concluir el entreno me apetecía tanto como tragar arena.

—¿Le damos un toque de humor a esa cara de rancia que llevas puesta? —me aconsejó Sawyer tirando de las comisuras de mis labios para obligarme a sonreír.

—Préstame la tuya —contesté, analizando la camiseta rosa con el *hashtag* #YoEscuchéRoncarALilia que llevaba puesta y que él mismo había diseñado.

Me arrastró hacia la marabunta de personas que esperaba a que saliera del vestuario para felicitar me, y fingí una sonrisa hasta que me salió la de verdad.

Fue más fácil de lo que pensaba porque percibí la sinceridad en cada enhorabuena; lo bueno que le ocurría a uno, le ocurría también al resto. El Didier era una familia que remaba en la misma dirección, sin envidias ni disputas internas por ser la figura más conocida del polideportivo, un ambiente sano en el que alcanzar tus objetivos, madurar con las enseñanzas del deporte y crear vínculos afectivos junto a esos compañeros que no eliges y terminan siendo hermanos. Por desgracia, en torneos amistosos con otros clubes y competiciones federadas se me había caído la venda: las familias enemistadas y las entrenadoras con favoritismos a menudo afectaban al estado anímico de jóvenes que se distraían de sus objetivos por culpa de agentes externos a la rítmica. Supongo que advertir las sombras me hacía valorar aún más ese equipo humano liderado por Gianna.

Nos sentamos frente al tapiz y disfrutamos de una exhibición que abrieron las más pequeñas, niñas de goma que no conocían los nervios ni las lesiones, para seguir con una improvisación emotiva de mi hermana. Stella y Sawyer escenificaron una coreografía infantil que reconocí al instante, la dichosa gala de Navidad que me inventé años atrás y que me hizo reír hasta que me dolió el vientre. Después llegó el turno de mi entrenadora, que me regaló una versión de mi ejercicio de aro con la canción *Can't Stop Loving You* interpretada por Taylor Swift.

Una vez que lloramos lo inimaginable y que cada gimnasta del Didier hubo rendido su particular homenaje a los momentos que pasamos juntos en

ese pabellón, bailamos hasta quedarnos sin aliento, bebimos Coca-Cola y comimos un trozo del pastel de chocolate blanco que llevaba mi nombre.

—Vas a conseguir lo que te propongas, Lils. —Gianna me abrazó.

—Gracias a ti por cada cosa que me has enseñado.

—Y a ti por ser una esponja que no quiere dejar de aprender.

Stella fue la siguiente en besuquearme la cara y enlazar sus dedos con los míos.

—Puede que no seas consciente, Lils, pero te has convertido en el ejemplo de muchas gimnastas. Aunque para mí lo hayas sido siempre.

—Os odio —se quejó Sawyer—. Ni una lágrima más o saldremos fatal en las fotos.

—Saw, este día se merece toda la intensidad que podamos darle —replicó mi amiga.

—Vale, pues sin filtros —anunció él—. Eres la mejor gimnasta del mundo, vas a llegar a unos Juegos y ojalá puedas colarme en la villa olímpica para conocer a algún nadador cachas.

—Trato hecho.

Jamás olvidaré esa tarde en la que estaba ansiosa por empezar una nueva etapa, pero, a su vez, sabía que siempre habría un club que consideraría mi hogar. Y, con un millón de interrogantes revoloteando a mi alrededor, no podía hacer otra cosa que quedarme con lo bueno y esperar a que el futuro me sorprendiera.

El trayecto de vuelta junto a Violet me pareció muy corto. Mi hermana aparcó unas calles antes de llegar a casa y me propuso una alternativa para prolongar la jornada.

—¿Nos escapamos a la playa o te apetece más una partida en la bolera? O sesión de cine. Es sábado, podemos hacer lo que te apetezca y convencer a mamá de que la fiesta en el Didier se ha alargado.

—¿Sabes qué? Creo que prefiero algo sencillo, como coger una *pizza* y tumbarnos en el sofá con cualquier serie o concurso de la tele.

—Genial, vamos a por esa *pizza*.

No me di cuenta de que, al igual que a mí, a ella también le costaba despedirse, y esa noche lo haría de dos de las cosas que más amaba. Comenzó con un «Llevo meses dándole vueltas a un asunto», susurrando,

depositando el cartón con las sobras de *pizza* en el suelo, y cobró fuerza al expresar ese inesperado «Voy a dejar la gimnasia». Me giré para mirarla a los ojos por encima del cojín en el que reposaba la barbilla. De todo lo que pude decirle, se me ocurrió seleccionar la única pregunta errónea en esa situación.

—¿Por qué?

Violet no tardó en responder, lo tenía más que asumido.

—Para mí nunca ha habido grandes planes en el horizonte, Lilia. Me duelen las rodillas, la espalda, los pies... Estoy cansada y me apetece estudiar, salir más a menudo con Jasmine, hacer amigos nuevos y no tener la gimnasia en la mente las veinticuatro horas. Los meses que paso sin entrenar vuelan. Y me gustaba compartir esta experiencia contigo, pero no encontraría una motivación para las horas al volante si no es con mi hermana pequeña de copiloto. —Mi labio inferior tembló compungido. Demasiados cambios, demasiadas puertas cerrándose. Violet se percató de ello y aportó un toque de humor—. Lilia, tú y yo somos el yin y el yang. Tú eres luz y yo, oscuridad; tú, buena suerte y yo, cada catástrofe elevada a la máxima potencia. Seamos realistas, me moriría en un gimnasio sin ti. Sufriría una contusión en la cabeza con las mazas, o me entraría un ataque de pánico antes de competir y ¡zas!, parada cardíaca.

—Estás loca. —Reí—. Mamá se llevará un disgusto cuando se lo digas.

—Ya, pero tú vas a hacerlo muy bien en Dublín para que tus éxitos valgan por las dos.

—Cuenta con ello —prometí, chocando su mano.

—Te quiero mucho, Lilia.

—Y yo a ti, Violet.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Lo que sentí después de recibir la noticia de Lilia fue egoísta porque, por mucho que me alegrase ver la felicidad pintada en sus rasgos, pensé que la persecución de su sueño implicaba abandonarme.

«Alégrate por ella, capullo egocéntrico, alégrate de que esta chica tan maravillosa vaya a tocar las estrellas que tanto habéis memorizado durante estos meses», me dije. Quizá en ese momento ya lo sabía o mi intuición me lo advirtió, aquella noticia desharía para siempre el bonito nudo en el que convergían nuestros caminos. Íbamos a separarnos, ella rumbo al firmamento, yo hacia las tinieblas del subsuelo, y no habría escalera lo suficientemente larga para conectar ambos mundos. El del triunfo y la decadencia. Lilia era una pluma liviana y yo, un cúmulo de piedras ejerciendo la fuerza de la gravedad.

Mi estúpido plan durante aquellos días consistió en anticiparme a lo que sucedería para que mi cerebro lo asumiera de manera madura y racional sin sufrir una caída a varios metros de altura, claro que para eso debería haber sido maduro y racional en lugar de un gilipollas. Me vestí de cobardía y usé una pantalla a modo de escudo protector, convencido de que, si no volvía a verla y no escuchaba su risa cantarina ni olía de nuevo su colonia y no me llevaba el aroma impregnado en la ropa, podría seguir adelante como si no nos hubiéramos conocido. Creía que podría continuar sin Lilia si no le concedía una despedida, extendiendo el periodo de negación tanto como hiciera falta. Pero mi tentativa de salir ileso se fue al traste en cuestión de horas.

Necesité sentir que la perdía para percatarme de que nuestro final no podía llegar así, comportándome como un idiota, apartándola de mí con inseguridades antes de que la gimnasia lo hiciera. Si íbamos a terminar, debía ser mirándonos a los ojos, haciendo honor a cada instante que habíamos pasado juntos en Kinsale. Nada de ensuciar la despedida con chulería para que los cortes cicatrizaran antes ni insultar a aquellos recuerdos que nos quedaríamos mucho después de que ella se marchara. La honestidad era la única opción viable.

Faltaba un día para que Lilia cogiera el avión cuando la cité en el polígono en el que saltamos una valla y subimos para colorear un muro en blanco semanas atrás.

La vi llegar con la bicicleta y permanecí en la azotea, muy quieto, imaginando la cara que pondría al ver el despliegue que había organizado en la escalera de incendios. En cada peldaño había dispuesto un pósito turquesa sujeto con pequeñas piedras para que el viento no los moviera. Los papeles formaban parte de un mensaje global que cobraría sentido según ascendiese. Todos ellos recogían motivos por los que había comprendido que debía irse a Dublín. Y aunque para Lilia solo fueran evidencias, consideraba que era importante despojarme de la coraza y enseñarle mis cavilaciones. Quizá no era tan relevante el contenido de aquellas notas como la razón por la que las había escrito. Porque estaba arrepentido, me daba pavor perderla, pero sabía que su talento se desperdiciaría en el pueblo. Y si aquella chica me gustaba, la admiraba y cada vez que le había reiterado que persiguiera sus sueños era con la mano en el corazón, entonces debía seguir apoyándola.

Lilia se coló en el patio trasero del local, trepó la valla y se detuvo ante la escalera con curiosidad. Giró la cabeza en todas las direcciones, buscándome, pero no me distinguió en las alturas, camuflado con ropa oscura. Se sacó el teléfono del bolsillo del chándal granate para llamarme y debió cambiar de opinión, porque volvió a guardarlo y se encorvó para leer la caligrafía manuscrita de los pósitos.

«Hola, Lilia», rezaba la primera nota.

«Esto es una disculpa», proseguía la segunda.

«A menudo el miedo a perder a alguien nos paraliza. En mi caso, entender que ibas a marcharte sacó a pasear a esos fantasmas que llevo conmigo desde que tengo uso de razón».

«Por eso no he respondido a tus llamadas ni mensajes».

«Intentaba acostumbrarme a tu ausencia, recuperar mi vida sin formar parte de la tuya».

«Pero no me apetece pasar página ni apartarte. Comprendo que te vas persiguiendo un sueño, y no huyendo de mí».

«Voy a hacerte una promesa, Lilia, una que cumpliré pase lo que pase».

«Siempre estaré ahí. En lo bueno, en lo malo, en las entregas de medallas o en esos eventos en los que no haya trofeos ni celebraciones».

«Quiero que sepas que te admiro y te respeto. Que aplaudiré todos tus logros para que te sirvan como impulso. Que jamás frenaré tu vuelo porque tu talento es magia y con él invitarás a soñar a muchas otras gimnastas».

—Y el día que vuelvas siendo una estrella —recité de memoria el último pósit—, te estaré esperando justo aquí.

Me aparté del muro para que observara la parte restante: la silueta de una gimnasta saltando, pintada con espray negro sobre el laberinto de trazos en rojo y azul. Había tomado como referencia una de las imágenes con las que Lilia actualizaba su estado de WhatsApp. La fotografía original tenía como telón de fondo la entrada del Didier, y ella se elevaba abriéndose de piernas en lo que denominaba zancada, con la espalda flexionada y la cabeza tocando el gemelo izquierdo.

Esperé a que su reacción se reflejase en sus facciones, pero no ocurrió nada. Sobrevivimos en aquella quietud electrizante y añadimos una vuelta más a ese reloj que contabilizaba nuestro tiempo perdido.

La brisa del atardecer balanceó los mechones cortos que se desprendían de la coleta de Lilia y su mirada avellana se clavó en mí. Desafiante, con expresión ceñuda e inquisitiva, se mantuvo firme hasta que de sus labios brotó un solo adjetivo.

—Imbécil.

Tropecé con un saliente del suelo y estoy seguro de que ella achacó mi torpeza al karma.

—Me he ganado ese apelativo con creces. —Suavicé la voz, manteniendo la calma.

—Estoy de acuerdo. —Expulsó una bocanada de aire y prosiguió con rabia—: Ni te imaginas las ganas que tengo de gritarte por ser un cobarde que no da la cara, Troye. ¿En qué mundo vives?

—En uno mucho menos coherente que el tuyo.

—Y no se te ocurre otra cosa para redimirte que escribir mensajitos en pósits del Vintage By Brooks. ¡Superromántico! —Gesticuló en exceso con las manos.

—Eh, me los han descontado del sueldo —reprendí, sin creermelo que la tienda entrase en nuestra discusión.

—Tienes una letra horrible, ¿lo sabías?

—Uno de los motivos por los que ya no voy al instituto.

—¿Eres bipolar o solo te gusta tomarme el pelo? Te digo que me marché y actúas como si hubiera dejado de existir —masculló más decepcionada que molesta—. Estos días han sido complicados, y no solo por ti, Troye. Mi vida va a dar un giro de ciento ochenta grados y cada persona de mi entorno lo remarca, pero me habría encantado saber qué opinabas tú. Sin filtros ni clichés edulcorados, sin un jodido «Me alegro por ti» antes de desaparecer. —Apretó la mandíbula y se detuvo para pausar la retahíla de recriminaciones—. Necesitaba la visión de ese amigo que se atrevió a contradecirme cuando llegué al faro llorando, dispuesta a permitir que otros acabasen con mi carrera. —Vi el ejercicio de contención que hacía para no herirme, eligiendo con sumo cuidado las frases—. He querido plantarme en el porche de los Adler cada noche para descargar mi ira. Por suerte, entraba en razón antes de subirme a la bici.

—Ojalá hubieras venido.

—Sí, claro, es fácil que hagan el esfuerzo por ti, ¿verdad? —Se masajeó las sienes—. Ojalá hubieras tenido tú el coraje de ser sincero. Cuando pasan de mí, Troye, no voy detrás recogiendo las migajas. He aprendido la lección.

—Te habría escrito tarde o temprano, Lilia. Yo solo...

—Mira, sé que funcionas a otro ritmo y precisas de un periodo más largo para abrirte o adaptarte a las circunstancias, pero la gente no siempre

está dispuesta a esperar.

—Puede que mi cerebro funcione mal. No lo sé, no me había encontrado en una situación así antes, y tampoco sé de qué modo hubiera actuado mi yo del pasado. Lo que sí sé es que mi primer instinto es anular aquello que pueda hacerme daño, y tú tienes ese poder. No ha estado bien y merezco que me insultes tanto como te apetezca.

—Troye...

—Pero antes —la interrumpí—, me gustaría decirte una cosa. Varias, en realidad. Esta es mi forma de pedirte perdón, Lilia. Soy un desastre. Estoy acostumbrado a despedirme de circunstancias temporales y de personas que no llegan a traspasarme la piel, pero tú... Tú eres diferente. Contigo el tiempo se mide de otra manera. Te conozco de unos meses y me haces tanto bien que me aterra que te alejes. Eres una especie de terapia. Psicóloga, amiga y confidente, novia y chica mandona que me echa una buena bronca cuando lo necesito. Todo en un cuerpo diminuto, pero increíblemente fuerte. —Le sostuve la mirada y bajé las defensas para que me viera sin armadura—. Lo siento. Cuando me contaste lo de la selección me asusté, vi la parte mala, la que afecta a este vínculo que hemos creado, pero no se trata de eso. Se trata de ti, de tu trabajo y tu futuro. De la oportunidad que mereces. No sé cómo he sido tan insensato. La Lilia que pelea por sus sueños me gusta un millón de veces más que la que se lamenta por perder algo que ella misma tira a la basura. Lo siento, lo siento muchísimo. Te dije que quería todo contigo, y todo también incluye apoyarte en la distancia.

—Para de disculparte, Troye.

—Sé que te vas de Kinsale, pero no de aquí. —Señalé el dibujo del muro—. Y lo decía en serio, te mereces a alguien que crea que eres un jodido sueño, y que te apoye mientras cumples el tuyo. Un tío afortunado que, a falta de flores, comparta contigo Twix, Cheetos y también toda su mierda, aunque sea a trescientos kilómetros, a través de un teléfono. Te mereces a alguien que se presente en tus competiciones con una pancarta inmensa que él mismo haya pintado. Que te vea entrenar, se sepa tus ejercicios de memoria y siga buscándote en YouTube. Que no te escriba en Twitter ni Instagram, pero tiemble cuando piense en ti, hable contigo o te vea en una videollamada, que acepte que vuestra vida real va a ser esa

durante algún tiempo. Yo quiero ser ese alguien para ti, Lilia. Voy a serlo si me lo permites.

—Podías habérmelo repetido estos siete días.

—No podía, me daba miedo.

—El qué.

—Darme cuenta de lo mucho que me importas y añadir tu nombre al de las personas que me han dejado cicatrices.

—¿Qué ha cambiado?

—Sigo asustado, pero me da más miedo que te vayas sin saber que me ayudaste y que una parte de ti se queda conmigo. Aunque lo nuestro se acabe.

—No tiene por qué terminar —musitó con los ojos acuosos—. Si nos comprometemos a ser maduros y a comunicarnos, no creo que resulte tan difícil.

—¿Estás dispuesta a darme un voto de confianza? —Sentí un vuelco en el pecho.

—No me queda elección, ¿sabes? —dulcificó el tono—. Entre tu habilidad para besar, tu buen gusto musical o tu destreza dibujando, me quedo con algo tan simple como tener una conversación contigo, con siestas, riñas y abrazos incluidos. —Cruzó los metros que nos separaban hasta que estuvimos a un palmo y me regaló una sonrisa que no merecía—. Y la ventaja principal es que podremos seguir hablando mientras cada uno se encuentra en una punta distinta del país.

—Tengo la impresión de que te has olvidado por completo de lo bueno que soy besando. —Enarqué una ceja.

Lilia se aferró a mi jersey y me derribió con su semblante sosegado en mitad de la vorágine que nos envolvía.

—Ayúdame a refrescar la memoria —susurró.

La acogí entre mis brazos y seleccioné *Driftwood* de entre la música de mi móvil para que esa canción de Travis guardase la suavidad de los labios de Lilia.

Recuerdo aquella tarde a su lado; la más corta que viví, la más larga para mi memoria. Agrdulce. Con aroma a adolescencia. Teñida de un aura

idílica tras la que se escondían imperfecciones. Repleta de suspiros, nuestro propio lenguaje de silencios y miradas cómplices.

Al día siguiente, pedí fiesta en el trabajo y fui a despedirme de ella al aeropuerto. Después deambulé por el pueblo hasta regresar a nuestro muro, acaricié los colores secos con las yemas de mis dedos y no me atreví a pintar nada encima para preservar intacto el único escenario tangible de nuestra separación. A veces aún subo a esa azotea, cierro los ojos y nos veo allí, juntos, desgastándonos los labios, vulnerables e ingenuos. Y quiero salvarnos, pero no sé cómo.

OceanofPDF.com

PARTE II

SACRIFICARSE POR UN SUEÑO

Siempre tengo presente la definición de éxito de John Wooden. No dice nada de ganar torneos. No dice nada de ser el mejor. Dice que es la paz mental de saber que hiciste todo lo que pudiste por ser lo mejor que eras capaz de ser.

JORDYN WIEBER,
oro en la final por equipos de gimnasia artística
en los Juegos Olímpicos de Londres 2012.

LILIA

Pasado

Bajé del avión con una sonrisa pintada en la cara, sin creer lo que estaba sucediendo.

No veía sacrificios ni esfuerzos, porque cuando te dedicas a aquello que amas no eres consciente de los kilómetros que te separan de tus seres queridos, de lo que añorarás tu cama, tu club o a ese chico que llevas como salvapantallas en el móvil. Así que continué sonriéndole a la ventanilla del taxi que me condujo a las afueras de Dublín, donde la seleccionadora, Daria Golkova, me recibió a las puertas del complejo deportivo.

—Bienvenida a Laurden —declaró con acento del Este. Sus ojos pardos me examinaron a través de las gafas.

Yo murmuré un «gracias» y la seguí por las amplias instalaciones hasta los dormitorios de la sexta planta. Coloqué el equipaje a los pies de la cama libre de la acogedora estancia antes de hacer una breve ruta por la cafetería, los vestuarios y una piscina climatizada en la que nadar al terminar la jornada.

—La falta de puntualidad será sancionada. Las normas deben respetarse y los horarios también. —Se pasó una mano por la melena enlacada—. El comedor abre a las siete, solo tendrás que enseñar a los cocineros la tarjeta que abre tu habitación para que te sirvan lo que quieras. El menú está diseñado por nutricionistas, y queda prohibido comprar comida fuera.

—Entendido.

—A las ocho irás al instituto de Laurden y a las once estarás de vuelta para la clase de *ballet* —prosiguió—. Después entrenarás hasta las dos y media. Dispondrás de tres cuartos de hora para comer y descansar antes de

volver para la segunda sesión. Una vez que hayas acabado el trabajo del día, podrás marcharte. Si tienes algún dolor o lesión antigua, puedes comentárselo a Bethany, tu entrenadora, ella hablará con los fisios. Es importante que gastes el tiempo libre. Por la tarde no irás al instituto, pero lo compensarás con estudios a distancia. Los profesores te enviarán ejercicios semanales y harán tutorías *online* para resolver tus dudas. El domingo es el día libre, aunque muchas compañeras lo utilizan para pulir detalles o trabajar en sus debilidades.

Memoricé aquellos datos y anoté mentalmente varias preguntas para hacerle, pero la información se volatilizó cuando Golkova empujó el pórtico de entrada a la inmensa sala de entrenamiento, que albergaba tres tapices. Una de las paredes estaba cubierta por espejos con una barra que se extendía de esquina a esquina; otra era un santuario de fotografías y medallas enmarcadas que servían como homenaje a las generaciones ya retiradas. La luz artificial del techo confluía con los rayos naturales del exterior, que se colaban a través de los grandes ventanales tintados con vistas a la pista de atletismo.

—Ve a cambiarte, Lilia —me indicó la seleccionadora—. Quiero ver cómo te adaptas.

Cinco minutos más tarde estaba preparada con una camiseta negra de tirantes, *leggings* del mismo color y las punteras. Tras pedirme que me arreglase el moño, Golkova me presentó a Bethany Sanders, mi nueva entrenadora.

—Hemos estudiado tus ejercicios del Nacional —anunció Bethany después de abrazarme. Debía de rondar los cincuenta, aunque su cabello negro recogido en trencitas y las pulseras multicolor que adoraban sus muñecas le aportaban un aire juvenil. El uniforme blanco con franjas naranjas y verdes en los laterales le sentaba como un guante—. Tenemos nueva cinta, mazas y pelota, más adelante trabajaremos en un aro diferente. Golkova quiere que nos centremos en tus puntos flojos: los giros y el manejo de aparato.

Bethany era la que nos corregía y observaba la progresión de los ejercicios a diario, pero las decisiones trascendentales corrían a cargo de Golkova. La seleccionadora tenía la última palabra respecto a las titulares

del conjunto, los maillots, elegía músicas para cada gimnasta, marcaba el calendario de competencias a las que asistiríamos y montaba y desmontaba coreografías a su antojo si algo no le emocionaba. «Llevo treinta años produciendo campeonas olímpicas, conozco lo que gusta y lo que no internacionalmente», espetaba sin modestia. Poco importaba que fuera a mitad de temporada o una semana antes de una cita: si algo no removía las entrañas de Golkova, no duraría demasiado en Laurden.

—Que vaya junto a Eva y estire un poco mientras buscamos sus músicas —demandó la seleccionadora.

Localicé a mi nueva compañera en el tercer tapiz haciendo molinos con unas mazas amarillas y, de no haber sido porque los ojos de Golkova taladraban mi nuca, habría corrido en sentido contrario. Tenía ante mí a Eva Ilinykh, la mejor gimnasta que había representado a Irlanda. Me temblaban las rodillas y no estaba segura de poder verbalizar una frase completa sin tartamudear.

—Soy Lilia —saludé con el corazón en la boca.

—Lo sé, Bethany me ha dicho que vamos a compartir habitación —exclamó con jovialidad, dejando las mazas en la moqueta. Le tendí la mano, pero ella me dio un beso en la mejilla—. Te he visto en YouTube, me encanta tu final de aro.

—Gracias.

La vergüenza me sirvió de aliada y no le confesé que me sabía de memoria sus rutinas, que Stella había encargado una réplica de dos maillots suyos o que Gianna solía mandarme sus rodamientos de pelota, fluidos y limpios, para que tratase de imitarla.

Eva Ilinykh pertenecía a la selección desde los once, y cualquier apasionado de la rítmica conocía su nombre. Era un talento innato, un animal de competición que jamás improvisaba. En el Didier todos queríamos ser ella. Pese a haber conseguido la plata olímpica, su reinado durante el ciclo anterior era indiscutible. World Cups, Grand Prix, Europeos, Mundiales, invitaciones a galas y *masterclasses* por cada continente... Los focos de periodistas y campañas publicitarias la acompañaban, además de contar con un séquito de seguidores en redes sociales que la etiquetaban en vídeos de apoyo, *collages* resaltando los

momentos estelares de sus ejercicios y montajes en los que Eva subía al escalón más alto.

Quizá se debía a que por sus venas corría sangre irlandesa y rusa, quizá el funcionamiento de su mente prodigiosa la transformaba en un enigma para los psicólogos deportivos. Sea como fuere, la rubia de hielo no temía a nadie.

Era consciente de que Eva se retiraría después de sumar el oro olímpico a su estratosférico palmarés. Porque nadie lo dudaba, el dorado era su color, el de la joven que había debutado en la categoría sénior a los quince ganándolo todo, la que no se inmutaba si confundían su música con la de otra gimnasta, los lanzamientos iban largos o el aparato se quedaba atrás. Nada hacía que la chica de ojos árticos perdiese la concentración.

Eva era más alta, más esbelta, más técnica que yo, pero también más bondadosa. Ella, que había ganado cada competición a la que se inscribía, decidió no verme como a una rival, sino acogerme con calidez y la sensibilidad de quien te quiere sin conocerte. La imagen fría y distante que reflejaba en el tapiz no era más que la coraza que vestía para aislarse en su burbuja y dejar de ser humana durante minuto y medio. En los pasillos, el vestuario o fuera del pabellón, Eva rezumaba amor y sabiduría. Sin anticiparlo, la rubia de hielo se convertiría en más que una compañera del equipo nacional. Sería pañuelo cuando hubiera lágrimas, una mano que te anima a levantarte, la motivación adecuada en un día en el que tirar la toalla sonara demasiado bien. Mi hermana de pasión, el motor para alimentar mis ambiciones, amiga en la montaña rusa del deporte, en las derrotas, el dolor y la frustración.

TROYE

Pasado

La primera semana en Kinsale sin Lilia fue especialmente dura.

Le ofrecí al señor Randy hacer horas extras y dediqué las tardes libres y los domingos a leer las últimas recomendaciones de mi novia —*Cazadores de sombras*— y a dibujar cielos melancólicos. Pero nada erradicaba esa necesidad de compartir silencios con ella, descubrirle una canción o abrazarla fuerte con los labios hinchados de tanto besarnos.

Me transformé en un autómata que iba al trabajo, comía y aprovechaba cualquier excusa para escabullirse al faro a regalarle unos minutos a la soledad. Hasta que me di cuenta de que lo que buscaba allí no era recomponerme, sino a Lilia.

Aun así, pese a que su ausencia resonase el doble desde nuestra ventana con vistas al firmamento, continué yendo cada noche. Hasta que un día cualquiera, mientras bajaba con parsimonia de la litera y me ponía las deportivas, tropecé con la caja de las Nike verde pistacho increíblemente horteras que Declan había dejado justo delante de la puerta.

—¡Joder! —Se asustó con mi estruendo. Encendió la luz y me pilló en mitad del dormitorio, listo para mi excursión.

—Lo siento. —Apreté los párpados, acababa de cavarme mi propia tumba.

—¿Adónde vas? —gruñó él con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, tratando de acostumbrarse a la claridad.

—No puedo dormir.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Ya... Voy a picar algo —mentí.

—¿Con ropa de calle? —Me escrutó, incrédulo—. Te oigo, aunque me haga el dormido. Sé que sales y no vuelves hasta pasadas las cinco. Aunque no sueles ser tan ruidoso.

—¿Acaso te importa lo que haga?

—Estás raro. Deprimido —matizó Declan, arrugando la nariz—. Más que cuando llegaste.

—Gracias —escupí con desgana.

—¿Te ocurre algo?

—Nada en absoluto.

—¿Te drogas? Hay unos chicos de mi clase que se ponen en la zona más apartada del patio para liarse cigarrillos de maría. Yo nunca lo he probado, ni eso ni el tabaco en realidad, pero siempre he sentido curiosidad.

—¿Me estás pidiendo que te dé un porro?

—Eso depende, ¿tienes uno?

—Esto es surrealista.

—¿Qué quieres que piense? Camello o grafitero, son las dos teorías que barajo. No me mires con esa cara, he visto el bote de espray en tu mochila.

—Genial, me encanta que hurguen en mis cosas.

—Troye... —insistió. Y se me aceleró el pecho en un latido desbocado. Era la primera vez que me llamaba así, como si supiera quién era, como si aceptase mi presencia en su hogar y no fuera un espectro a sus ojos. Para qué negarlo, me gustó.

—Vale, ha pasado algo. Y no guarda relación con ningún estupefaciente. Descarta también las peleas callejeras, el tráfico de órganos, la prostitución y el crimen organizado. Todo va bien, no tienes que interesarte por mí. Podemos seguir respetando el espacio del otro sin cruzar líneas —ofrecí. Me había adaptado a aquella cordialidad gélida.

—No es culpa tuya que me comporte como si tuviera almorranas. —Declan se removió entre las sábanas hasta incorporarse y los rizos despeinados se derramaron por su frente—. Me gustaba ser hijo único. Nunca pedí un hermano, ni un perro, ni siquiera un cactus de esos que absorben la radioactividad del ordenador.

—Yo no pretendía...

—¿Eclipsarme? ¿Ser el hijo que está a la altura? ¿El que cumple con las expectativas de sus padres? Tranquilo, dejé de pensar en esas mierdas hace tiempo. Pero me fastidió que no contasen con mi opinión, que me obligasen a aceptarlo sin hablar conmigo antes.

Rápida, simple, sin morfina. Así fue la confesión del chico con el que llevaba varios meses compartiendo habitación y del que no sabía nada más allá de su adoración hacia el baloncesto, *Star Wars* y las prendas anchas.

—No tenía ni idea —me disculpé, rascándome la nuca.

—Tampoco es que pudieras hacer mucho.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Porque eres distinto a como pensaba. No quieres protagonismo ni compites contra mí para obtener el título del hijo perfecto. Y déjame decirte que lo tendrías muy fácil, no soy precisamente un modelo a seguir. —Se mordió el labio inferior y luego me contempló, casi ruborizado—. Vas a quedarte, Troye, y pareces buen tío. Me gustaría empezar de cero.

Comprendí su perspectiva y, por primera vez desde que llegué a casa de los Adler, fui capaz de ponerme en su lugar y empatizar con sus recelos. Declan no había querido abrirse a mí hasta confirmar que sería una constante en su vida, y ese era el patrón que yo había seguido con cada familia de acogida.

—Ahora te toca a ti, colega —me animó—. ¿Qué pasa?

—Es por... una chica. —Me di toquecitos en el mentón, nervioso.

—Cuéntamelo.

—Preferiría no hacerlo.

—Y yo preferiría no explicarles a mis padres que sales de excursión a hurtadillas.

—Cabrón.

—Intruso —reprendió sonriendo. Ese gesto me recordó a Jacqueline y me ablandé.

Pensé en lo que Lilia me había comentado acerca de los tiempos que necesita cada persona para adaptarse a una situación, y decidí que cerrarme en banda no me ayudaría. Podía confiar en Declan o seguir adelante tan solo como jodido.

—Me encontraba con una chica cada madrugada desde poco después de instalarme aquí.

—Te la tirabas.

—No. Solo... hablábamos.

Y mirábamos el cielo, solucionábamos cada problema con un chute de azúcar y nos desgastábamos la boca cuando no nos quedaba nada que decir.

—Hablar, buen eufemismo.

—No sigas, Spielberg.

—Y ¿qué ha sucedido? —Sus pupilas brillaban con curiosidad.

—Se ha ido —arrastré las palabras—. Es deportista de élite y vive en una residencia a trescientos treinta y ocho kilómetros de aquí, en Dublín.

—Joder, tío, debes estar muy colado por ella para aprenderte lo de los kilómetros.

—Bastante.

—La echas de menos —resumió.

Asentí, notando cómo mis orejas enrojecían.

—Todos perdemos algo, Troye. Te acostumbrarás a vivir sin esa chica. Hay pocas cosas que no se puedan sustituir... Ni te imaginas lo que me dolió cargarme los mandos de la PlayStation 3, pero entonces llegó la Wii y mi perspectiva cambió. Bueno, mi perspectiva y mis ahorros. Pasé un año sin comprarme ropa, mamá se hartó de coserme agujeros en los calcetines...

Me mordí la lengua, no le dije que Lilia era la primera persona con la que había conectado a través del llanto, los sueños imposibles y las canciones prohibidas. No le dije que había tenido muy poco en mis diecisiete años de vida, que ni siquiera la había tenido a ella porque el único modo de respetar a alguien es aceptando que su libertad jamás irá acompañada de un posesivo. No le dije que hay gente irremplazable y emociones que te sacuden hasta despertar partes de ti que no creías que existían. Comprensivas, esperanzadas, pacientes, casi románticas.

—Estoy muy pillado por ella —acorté.

—¿Por eso te fugas, para llorar? Puedes hacerlo aquí. —Lo expuso en serio, sin una pizca de sarcasmo, tan rotundo y convencido que me eché a reír.

—Me fugó porque me cuesta dormir.

—Ven. —Se echó hacia el fondo de la cama para hacerme espacio en su colchón—. Podemos ver algo en Netflix.

Me pidió que le acercase la *tablet*, que reposaba sobre el escritorio, y la encendió.

—¿No tienes sueño? —dudé.

—Mañana es domingo, no pasará nada si nos quedamos hasta tarde. Entre semana puedes usar la *tablet*, pero con auriculares o te degüello cuando suene el despertador para ir a clase.

Me acomodé con su almohada contra la espalda, él puso la primera temporada de *Orphan Black* y nos quedamos dormidos tras un maratón de cinco capítulos.

Así fue como Declan Adler y yo pasamos de ignorarnos a recorrer el primer tramo de ese camino llamado amistad.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

No sentía mi cuerpo de cintura para abajo. Sabía que el parón de ese verano me obligaría a esforzarme el doble para recuperar la forma física, pero no que los primeros quince días en Laurden se me antojarían una pesadilla.

Hundí la cabeza entre los cojines de la cama y me permití reposar unos minutos antes de encender el móvil y escribirle un texto empalagoso a Troye. Lo echaba de menos, a él y las pecas de su nariz, sus ojos celestes, la suavidad de sus labios y la paz que me transmitían sus palabras.

«¿Puedo llamarte?», me pidió. «No estoy sola», le recordé.

Eva y yo todavía no teníamos la confianza suficiente como para pedirle que se encerrase en el lavabo mientras mi novio y yo manteníamos una conversación de besugos. Además, los tabiques eran de papel. Entre aquellas paredes color crema había cabida para un baño, un armario compartido, dos camas individuales y el escritorio bajo la ventana que daba a un patio interior.

Excepto por el lado izquierdo que Eva había customizado en sus años allí, el aspecto que lucía la estancia era el de una habitación de hotel. El corcho con imágenes de los Ilinykh y las acreditaciones de eventos a los que mi compañera había asistido la temporada anterior y que colgaban del cabecero de su cama eran los únicos elementos personales de aquellos metros.

«El faro te echa de menos», tecleó Troye, ilustrándolo con una fotografía suya en nuestro sitio secreto. Mi corazón pegó un brinco al fantasear con una velada más, cómo habría sido caminar hacia el instituto cogidos de la mano o escaparnos durante el recreo para besarnos. Cerré los

ojos y deseé estar allí, entre sus brazos. Enterré aquel anhelo y le envié un selfi con orejitas mientras Eva salía de la ducha y se desenredaba el cabello mojado.

—¿Y esa sonrisa?

—No es nada —disimulé.

—¿Un chico?

—Troye. Llevamos poco saliendo.

—Debe de ser agradable tener a alguien fuera de este mundo de locura.

—La distancia es un fastidio.

—Seguro que va a verte a alguna competición —comentó, y la imagen de Troye sentado en las gradas me calentó por dentro.

Entonces un interrogante hormigueó en la punta de mi lengua.

—Eva, ¿cómo es ir a unos Juegos?

—Raro, adrenalina en estado puro. Intenso y a la vez un suspiro —relató con la mirada perdida—. El año olímpico te vuelves visible. Los medios se interesan por tus progresos, surgen patrocinadores y el público olvida que la gimnasia es un deporte minoritario. Resulta extraño prepararse durante toda la vida para algo que apenas dura una semana.

—¿Estabas nerviosa?

—No más que en otros torneos, a base de rodaje durante la temporada te acostumbras a competir. —Eva se sentó en el borde de mi cama—. Si lo analizas con frialdad, no van a pedirte nada para lo que no te hayas preparado.

—Pero la presión es más fuerte —recalqué.

—Tanto que se me acelera el pulso si lo pienso. —Se llevó una mano al pecho y bajó los párpados para sumirse en ese pasado reciente—. No escuchaba los gritos del público, solo tenía ojos para los aparatos. Guardo grabada la imagen de mis padres al finalizar los ejercicios de la clasificación. Ondeaban una bandera con mi nombre y saltaban abrazados. —Se pasó los dedos por la muñeca, donde los aros olímpicos yacían tatuados para siempre en su piel—. Ese fue mi momento, el que me marcó, el que recuerdo cuando me preguntan por los Juegos. Ver a mi familia orgullosa tras el esfuerzo económico y personal que hicieron para estar allí.

Me explicó que, con tan solo siete años, entrenaba en Moscú varios meses gracias a los contactos de su familia paterna en la capital rusa. Precisamente en uno de esos viajes al Este coincidió con Golkova, la cual se quedó prendada de su carácter. «Nunca le teme a nada, es una luchadora de nacimiento», había dicho la seleccionadora en numerosas entrevistas.

Gracias a los ejercicios que coreógrafas relevantes diseñaban para ella, Eva comenzó a despuntar en los Nacionales y fue convocada para varias concentraciones en Dublín hasta que la admitieron de manera permanente a los once. Nadie dudó que su destino serían los Juegos Olímpicos. Me contó lo bien que se lo pasó en ese primer Grand Prix en el que participó siendo júnior: «Estaba calmada, más que Bethany y Golkova; antes de salir al tapiz les prometí que iría bien. Se miraron entre ellas sin comprender lo que estaba pasando».

Hablamos de lo que había supuesto para ella la plata en unas Olimpiadas, de cómo los reportajes posteriores se centraban en el hecho de haber perdido el oro y no en haber ganado un metal. «El morbo vende más que el orgullo», me aseguró con amargura.

—En mi club te adoran, Eva. Celebramos la entrega de medallas como si fuera nuestra victoria. Porque lo fue, ganaste tú y ganó Irlanda contigo.

—Algunos lo ven así, otros se quedaron con ganas de más. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que nadie llegará a comprender lo que sucedió en esa final individual, solo Golkova y yo. El aro salió genial y la pelota no me preocupaba en exceso. Hasta que rodó en una recogida antes de que pudiera atraparla, y fui consciente de que llevar más dificultad que el resto no iba a servirme de mucho con un error tan evidente.

—Te vi por televisión, estabas hundida...

—Sí, lo estaba. Me tapé la cara con las manos para llorar y le pregunté a Golkova si era posible una remontada. Ella hizo cálculos y me dijo que mi competición por el oro había acabado, así que solo tenía quince minutos para cambiarme el maillot, secarme las lágrimas y terminar de verdad con unas mazas y una cinta brillantes.

—Lo conseguiste, Eva. Estuviste increíble, serena y pausada, marcando cada acento de la música.

—Gracias. Creo que fueron los aparatos que más disfruté. Cuando no tienes nada que perder, resulta fácil estar presente y dar el máximo. Con esos ejercicios me di cuenta de que debía continuar, no podía retirarme sin experimentar más instantes como aquellos.

—Pensaba que lo que te motivaba para aguantar otro ciclo era conseguir el oro.

—Lo hago porque amo la gimnasia. Al echar la vista atrás, no me recreo en lo que salió mal, sino en cada adversidad que superé. Cumplí mi sueño, aunque de un modo distinto al que había imaginado. Pero supongo que esa niña sin miedo que debutó en un Grand Prix no se creía capaz de llegar a unos Juegos. Ella, más que preocuparse por los resultados, ya estaba satisfecha formando parte del evento más importante para un deportista.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Me estaba desabrochando el uniforme del Vintage By Brooks cuando Declan entró en el dormitorio y le silbó a mi torso desnudo.

—¿No sabes llamar a la puerta? —mascullé, pero no me giré.

—¿No sabes usar el baño? Esta es mi habitación —protestó, riendo—. Antes de que se me olvide, tengo una cosa para ti.

Me lanzó un avión de papel cuya punta impactó en mi hombro e hizo dos piruetas hasta descender dramáticamente contra el suelo. Tras ponerme la parte de arriba del pijama, me agaché para desenvolver el folio, se trataba de un díptico con información sobre ciclos formativos y cursillos que ofertaban en el instituto de Declan.

—No lo pillo. —Fruncí el ceño.

—¿De verdad eres tan cortito? Hay algunos módulos interesantes, podrías echarles un vistazo.

—Pensaba que no me querías montando un circo a tu alrededor.

—Ya, bueno, me porté como un idiota. Pero he recapacitado y estoy dispuesto a enterrar el pasado.

—Trabajo a jornada completa —le recordé con desgana.

—Pide una reducción.

—¿Por paternidad o por capricho?

—No sé de esos temas, tío —admitió pensativo—. ¿Y una excedencia?

—Si hago eso, me echan.

—Vale, pues que te echen. No pagas alquiler, no tienes vicios caros y usas mi colonia. ¿Para qué necesitas el dinero?

—Para el futuro.

—No tendrás uno si no estudias algo de provecho —resolvió con una mueca triunfal—. Creo que mis padres te adoptaron para tener más probabilidades de salir de la pobreza, no les defraudes. Conmigo está el ochenta por ciento perdido.

Bajé la vista al folleto y leí en alto algunas de las opciones.

—Conducción de Actividades Deportivas, Producción Agroecológica, Electromecánica de Maquinaria, Soldadura y Calderería, Mantenimiento de Embarcaciones de Recreo... —Torcí la boca en un gesto de desaprobación—. No sé cómo decirte que no soy un cerebritito.

—Ya lo sé. Tú dale la vuelta, el módulo ideal para ti está detrás.

—¿Artes Plásticas y Diseño?

—Perfecto para cabezas huecas con complejo de artista.

—¿Gracias?

—No hay de qué. Habla con tu jefe y dile que de lunes a viernes, de ocho a dos, estás ocupado.

—No me has entendido, el señor Randy me necesita.

—Pues tendrás que hablar con él, porque he usado el dinero que metes en el jarrón del baño para inscribirte.

—¿Que tú qué?

—Empiezas el martes que viene. Si tu jefe se pone cascarrabias, le sueltas que hay asignaturas de cerámica y manualidades para que te convalide horas.

—Me dan ganas de matarte. —Le golpeé con la almohada—. Podrías haberme avisado.

—No hubiera tenido gracia. ¿Vemos un capítulo de *Sense8* o prefieres que nos acerquemos a la papelería a por material para las clases? No tengo la menor idea de lo que vas a hacer en ese módulo, pero es mejor ir preparado.

—¿Vas a ser mi perrito faldero? —le piqué, pese a que no me parecía mal.

—Tu golden retriever con camisetas molonas y estilazo.

—Eres un marginado en el instituto y por eso me has tendido una trampa.

—Eh, intruso, cuidado con tus insinuaciones. Mis amigos son lo más de lo más.

—¿Seguro que no son imaginarios?

—¿Seguro que Lilia no se inventó la beca para librarse de un pelmazo como tú? —Me sacó la lengua.

Con el beneplácito de los Adler y la resignación del señor Randy, el martes siguiente inicié el ciclo formativo de Artes Plásticas y, aunque no me apetecía ampliar mi círculo, Declan me arrastró a su grupo para que no me pasase los recreos solo.

—Bienvenido a la cárcel de los artistas —me saludó Elijah en la cola de la cafetería.

Tenía la piel bronceada, vestía prendas holgadas al igual que Declan y jamás se despojaba de su elemento más característico, un gorro de lana negro que cubría su cabeza rapada. Ese complemento habría quedado ridículo en cualquier otro chico, pero no en él, el rey del «nadie va a imponerme una moda». A Elijah se le daban bien los contrastes y los usaba a su antojo, como marcarse el farol de tipo duro en la vieja cancha del pueblo para conseguir unas canastas en soledad gracias al imponente metro ochenta que medía desde los doce.

—Soy Troye. —Le tendí la mano.

Elijah me dedicó una sonrisa genuina antes de abrazarme con unas palmadas en la espalda. Ahí estaba su dualidad, elevaba las comisuras de los labios y su mirada verde oliva pasaba de la cordialidad al afecto, adquiriendo un destello entrañable.

—Aparta, hermanito —gruñó una chica menuda de pelo afro recogido en un coletero salmón. Además de unos inmensos pendientes de aro que le descansaban en las clavículas, tenía varios *piercings* a lo largo del cartílago. Se coló entre nosotros para depositar unas natillas de chocolate en su bandeja y me dio un repaso minucioso. Sus ojos eran idénticos a los de Elijah—. ¿Es el «intruso»? —le preguntó a Declan.

—En carne y hueso —confirmó él.

—Me llamo Arlet —me saludó la muchacha—. Declan dice que pintas, ¿te va el arte urbano? No tienes aspecto de ser uno de esos pijos estirados que va a museos y se queja al responsable de seguridad si pilla a alguien tocando un lienzo.

—No le hagas caso, está chalada —recalcó Elijah—. Siempre suelta eso de que no hay que juzgar a nadie por la primera impresión, y ella es experta en sacar conclusiones precipitadas.

—Solo intentaba ser amable interesándome por su afición —rebatía Arlet.

—¿Quieres ser amable, sis? Cierra el pico un minuto y escúchale hablar.

—¿Qué te parecen, Troye? —inquirió Declan bajito para que solo yo le escuchase.

—Son entretenidos. —Me serví un plato de estofado.

—Algún día les harán una serie en Netflix o en Amazon Prime —coincidió él, llenándose un cuenco con crema de calabaza y caminando hacia la mesa libre del fondo.

Elijah representaba al primogénito destinado a estudiar Administración y Dirección de Empresas para encargarse de la agencia de turismo de su familia, aunque en su tiempo libre desgastase las ruedas del *skate* por cada rampa de Kinsale o emulase a Michael Jordan colgándose de las canastas. Resultaba fácil confiar en él porque Elijah te sostenía la mirada mientras hablabas, su tono grave irradiaba seguridad y el hecho de que fuera cariñoso te animaba a corresponderle del mismo modo.

Al contrario que su hermano, Arlet era un torbellino. Pura energía. Discursos sin filtro. Amante del *break dance*, los estampados extravagantes y los *leggings* oscuros para ceder el protagonismo a sus zapatillas fosforitas con plataforma. Si su plan como bailarina fracasaba, se marcharía a Estados Unidos para estudiar interpretación y comedia musical. «Aunque para eso tendrás que atracar un banco, prometerles a nuestros padres que te vas con un trabajo estable y estar calladita cuando los policías te interroguen al bajar del avión», remarcaba Elijah.

La disputa de los Rhodes se prolongó hasta que Arlet desvió la conversación hacia un tema que distaba de las canciones comerciales que su hermano entonaba en la ducha o su *crush* inconfesable, Jacob Elordi.

—Declan nos ha soplado que sales con una gimnasta famosa —comentó Arlet con la boca llena de ensalada—. No te enfades, nos conocemos mucho antes de que estos dos —señaló a Elijah y a Declan— dejasen de hacerse pis en la cama. No hay puntos ciegos entre nosotros y tú has sido aceptado en esta secta...

Sus amigos negaron en silencio, poniendo los ojos en blanco.

—No es que las gimnastas sean superestrellas en Irlanda —puntualicé —, pero es buena. Muy buena.

—¿Por eso estás así de deprimido? —Elijah le dio un pisotón por debajo de la mesa y Declan la fulminó desde el asiento de enfrente; sin embargo, Arlet prosiguió—: Venga, chicos, no seáis hipócritas, el chaval tiene unas ojeras de mapache que le llegan hasta los zapatos. Y le van a salir canas antes de los veinte.

—Perdónala —la disculpó Elijah—, se cayó de la cuna al nacer y desde entonces no diferencia el verde del rojo ni lo que puede decir en voz alta de lo que es mejor enterrar en el pensamiento.

—Los amigos se dicen las verdades —refunfuñó ella.

—Sis, Declan y yo estamos habituados a tu franqueza afilada, pero el chico se va a asustar si sacas las garras tan pronto. Sé tú, aunque en una versión más descafeinada.

—Volverá, tío, ten paciencia —me apoyó Declan por encima del diálogo de los hermanos Rhodes.

—Lo sé, pero no quiero que lo haga —rebatí—. Su sitio no está aquí. Lilia tiene talento, lo desperdiciaría si regresara.

—Sé lo que te asusta. —Arlet se encorvó hacia la mesa—. Que cuando regrese ya no sea la misma.

«Que haya sentido tanto siendo la mejor en lo que hace y se dé cuenta de que lo que le despierto yo no es más que un hormigueo vago en la piel».

—¿Crees que será distinta? —le pregunté a Arlet, consciente de que solo ella me contestaría con la honestidad que necesitaba oír.

—Sí. Y tú también, Troye. Nada permanece igual para siempre. Sin cambios y evolución, la vida sería de lo más aburrida.

Taciturno, bajé la cabeza al plato y comí sin hambre. No ansiaba cambiar, pero tampoco era feliz en ese presente desteñido, sin brillos. Lilia

le robó los colores cálidos al otoño y convirtió los atardeceres del faro en una paleta de grises. Desde que se marchó, inventaba su nombre con matices de deseo, a solas, en una nebulosa de añoranza.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Los horarios se convirtieron en nuestro mayor impedimento para hablar, así que nos escribíamos a destiempo y contestábamos a los mensajes del otro en una sesión con el fisio, durante el descanso del almuerzo, al salir del entrenamiento o entre clase y clase.

A Troye le resultaba más fácil volcarlo todo de golpe, como si de un diario se tratara, y a menudo prefería redactar correos electrónicos en los que detallaba lo que le sucedía a lo largo del día. Para él era más orgánico y tolerable de ese modo, sin verter la información con cuentagotas ni contemplar mi foto de perfil a la espera de que las letras «en línea» aparecieran al lado de mi imagen.

Al principio le notaba contenido, midiendo lo que escribía y camuflando su vulnerabilidad con toques de humor, pero, a medida que nos habituamos a comunicarnos en franjas distintas y sin esperar una respuesta instantánea, recuperamos esa sensación familiar de hablar a través de un teléfono. «Si no lo piensas demasiado, es como si estuviera en el instituto y tú trabajando, con el señor Randy recomendándote arroz hervido para reajustar tu tránsito intestinal», le tomaba el pelo a Troye.

No obstante, por más empeño que le pusiera en emplear cualquier pretexto para bromear y así amainar la impotencia de estirar el brazo y hallar un vacío, ese limbo en el que quedaba suspendida nuestra historia dolía. No porque fuéramos dos insensatos pretendiendo dilatar unos meses en el faro hasta la vejez, sino porque comprendíamos que la adolescencia es una transición volátil que acarrea novedades a cada segundo. Ambos

sabíamos que íbamos a perdernos una etapa crucial en la vida del otro y eso, antes de los dieciocho, equivale a abandonar una novela a la mitad.

Dublín se me antojaba un universo aparte; las exigencias de la élite aceleraban mi concepción del tiempo y lo que hubiera aprendido en diez meses en el Didier, allí debía asimilarlo en el transcurso de una semana. Era consciente de que Golkova y Bethany podían echarse atrás respecto a mi beca si no me entregaba en cada sesión, por lo que fui yo la que sacó su libreta de enteros, anotó los lanzamientos y los elementos que debía practicar después de cada turno de tarde, y transcribía textualmente las correcciones que me indicaban para comprobar si mejoraba de lunes a sábado. Golkova insistía en que el trabajo de un entrenador no es darte ánimos, sino motivos para que sigas adelante y rompas tus propios esquemas. Yo asentía a sus discursos, pero cruzaba los dedos a escondidas, deseosa de que las palabras de aliento llegasen algún día.

Por su parte, Troye encontraba su lugar y añadía adjetivos a ese lienzo en blanco que, por primera vez en años, anhelaba concluir. Gradualmente, fue perfilándose más allá de las evidencias. Generoso. Indulgente. Precavido y conformista, con un punto de rebeldía. Pícaro los instantes fugaces en los que abandonaba toda inseguridad y su carácter burlón se manifestaba. Pragmático. Afable. Independiente, hermético y en ocasiones obstinado. El chico introvertido y solitario que llegó a Kinsale se diluía para dar paso a una personalidad compleja, también regida por antítesis, como la de haberme aconsejado con fervor que luchase por mi sueño y necesitar que Declan le insuflase coraje a él para encarrilar los suyos.

Ese miércoles finalicé la sesión de repeticiones de la mañana con el corazón en la boca, pero convencida de haber focalizado las energías en mi principal cometido: avanzar hacia la excelencia. Leí el primer *e-mail* de Troye sentada en la cafetería de la residencia, mientras esperaba a que Eva volviera del masaje que la ayudaría a soportar el entrenamiento de la tarde sin que su gesto se crispase con cada pinchazo en la espalda que sufría a consecuencia de una antigua lesión.

Le di el último mordisco a la manzana antes de entrar en Gmail.

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: Creo que tengo amigos

Sí, el asunto es cierto. Y sí, es la una de la madrugada y sigo sin poder dormir. Mañana me arrepentiré, pero en este momento solo me apetece «hablar» contigo.

Todavía no me he acostumbrado al nuevo horario, pero me gusta llegar agotado a la cama y no disponer ni de un segundo para pensar, aunque a veces implique que me pase la tarde bostezando del cansancio. El señor Randy me va a matar, se ha portado genial conmigo reduciéndome la jornada...

Volviendo al tema de los amigos, todo el mérito es de Declan. Desde que me acusó de consumir drogas (muy surrealista), nos toleramos. Más que eso, diría que comenzamos a llevarnos bien. Se parece más a mí de lo que sospechaba, mecanismos de defensa y ese tipo de cosas. Creo que nos hemos juzgado injustamente y que a ambos nos daba miedo el rechazo del otro, ¿tiene sentido para ti?

Me ha presentado a sus colegas del instituto, un grupo bastante característico que se hace llamar «secta». Declan los compara con las comedias de Netflix, y yo no paro de pensar en lo fácil que resulta encajar con algunas personas y en lo mucho que me habría gustado compartir mesa contigo en la cafetería. Con Elijah y Arlet, por ejemplo, no tengo que hablar demasiado porque ellos se encargan del espectáculo. Llaman la atención, no le temen al ridículo y tienen una personalidad peculiar. Puede que lo hagan adrede, son como música que suena de fondo y me relaja.

No estoy loco, te lo prometo, pero se me hace imposible mandarte este correo. Me tiraría horas añadiendo párrafos solo por la sensación de alivio que me provoca imaginar que vas a recibir este *e-mail* y que, mientras estés leyéndolo, una parte de mí estará contigo. Vale, ya paro, me estoy pasando de cursi y yo no soy así. O lo soy y no lo sabía hasta que te conocí.

Supongo que no descubrimos quiénes somos hasta que nos enfrentamos a determinadas situaciones. Gracias por no darme por perdido, Lilia, gracias por enseñarme que los muros en blanco también merecen ser pintados.

¿Qué tal van las cosas por Dublín?

Te echo de menos,

T

P.D.: He acabado *Cazadores de sombras* y voy a convencer a Declan para que veamos la peli o la serie. ¿Por cuál es mejor empezar? Magnus es SIN DUDA ALGUNA mi personaje favorito.

Troye se explayaba en correos y yo prefería mandarle audios interminables, corriendo por la pista de atletismo de Laurden o sumando kilómetros sobre la cinta del gimnasio.

«Troye, yo también te echo de menos. Me alegra que no estés solo y que empieces a abrirte con otra gente, estoy segura de que cualquiera que tenga la oportunidad de conocerte sabrá valorar lo mucho que te esfuerzas por ser tu mejor versión. Por lo que me explicas de Declan, tengo la impresión de que él se ve reflejado en partes de ti. Todos en realidad, Troye, las inseguridades están ahí... Ah, ¡y cuéntame más sobre Elijah y Arlet! En Dublín no hay tiempo para nada, excepto repetir y repetir los ejercicios. Cada minuto está planificado y, en cierto modo, eso me reconforta. Estoy acostumbrada a que no haya sorpresas y todo esté calculado, es la única manera efectiva de que el trabajo salga bien... Mierda, me ahogo... Sigo baja de forma. Seguro que me estás escuchando asfixiada mientras corro con los auriculares puestos y le grito a la pantalla. Espera, voy a parar para coger aire... Vale, ya está. Respecto a lo de *Cazadores de sombras*, omite que existe una peli y pon la serie. Creo que la autora planeaba publicar libros centrados en Magnus, aunque no estoy segura... Luego hablamos, la seleccionadora me está haciendo gestos desde la cristalera para que entre a la sala».

Al día siguiente recibí su respuesta con una fotografía adjunta en la que salía acompañado de Declan, Elijah y Arlet. Me contagié del aplomo que transmitía al recorrer la curva de sus labios con la punta de los dedos. Troye sonreía sin recelos, de verdad, y sus amigos elevaban la mano dibujando una L con pulgar e índice.

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: Confirmado, tengo amigos

Hoy he salido antes del instituto y tengo treinta minutos libres antes de entrar a trabajar, así que vas a disfrutar de una sesión doble de Troye. Te advierto de que mi concentración es nula si no me encierro en algún sitio sin ruido. Ten paciencia si no comprendes la mitad de lo que voy a mandarte, prometo que esta noche con calma redactaré mejor... En la calle, con distracciones y la alarma de un coche sonando, se me complica la tarea.

Primero que nada, espero que me digas cómo puedo guardar tus audios, porque mis correos no van a desaparecer y a mí también me gustaría conservar algo de ti en el móvil. Dicho lo cual, te cuento qué tal me ha ido hoy.

Las clases bien, intensas, sigo sin habituarme al horario, pero escuchar música con Declan antes de entrar a la primera hora ayuda. Estoy abriéndome a nuevos estilos, aunque, si me preguntas qué es lo que suena por los auriculares gigantes que lleva colgados del cuello, no tengo ni la menor idea. Una mezcla entre rap con estrofas melódicas y base rítmica lenta, como si a The 1975 le hubieran ralentizado las canciones y la voz de Matt Healy sonase robótica y desganada por encima de varios instrumentos. Vale, he vuelto a leer esta última frase y carece de sentido. La cosa es que a Declan solo le van los

músicos desconocidos; cuando un artista o grupo se populariza mucho, lo borra de su existencia.

Hoy he presumido un pelín de novia con mis amigos y hemos querido immortalizarlo con una foto. Salgo fatal, no la mires mucho o verás restos de la lasaña de verduras entre mis dientes. En serio, sé que has parado de leerme para ampliar la imagen y reírte.

¡No seas cruel, Lilia!

Esta noche te escribo más y, sobre todo, MEJOR.

Hoy también te echo de menos,

T

P.D.: Me he informado sobre el libro de Magnus, está publicado y se titula *Las crónicas de Magnus Bane*. No lo he encontrado en la biblioteca, pasaré por la librería a encargarlo. ¿Te confieso una tontería? Estoy ilusionado, ¡¡voy a tener mi primer libro, mío para leerlo cuando me apetezca!! Tomo nota y descarto la peli 🤔

Justo cuando iba a contestarle al salir del vestuario, una notificación emergente de Violet apareció en mi pantalla para informarme de que la Federación había hecho pública mi llegada a Dublín. Pinché en el enlace y leí el comunicado que se había compartido en la web, Facebook, Twitter e Instagram junto a una instantánea tomada en el Nacional de mayo.

Lilia Girard se traslada a entrenar de manera permanente al Centro de Alto Rendimiento Laurden.

A la Federación Irlandesa de Gimnasia le complace anunciar la reciente incorporación al equipo nacional de Lilia Girard, de dieciséis años. Perteneciente al Club Deportivo Didier de Cork, la joven promesa lleva algunas semanas trabajando bajo las directrices de Daria Golkova y se suma a la cantera liderada por Eva Ilinykh rumbo a los próximos Juegos Olímpicos.

Lilia es la actual subcampeona de Irlanda, además de conseguir el oro en la categoría individual alevín, infantil y júnior. Su ejercicio de aro le ha valido cuatro oros consecutivos en las finales por aparatos de las últimas temporadas.

Desde la Federación le damos la bienvenida y le deseamos una trayectoria repleta de éxitos.

El orgullo que sentí al leer la nota de prensa se vio empañado por los comentarios de los aficionados. Había felicitaciones y buenos deseos, pero mi cerebro dio mayor importancia a aquellos destructivos y dañinos.

«Lástima que la lesión de Brielle le impida volver, Lilia no me parece una baza para la selección».

«Vi a niñas con mejores condiciones en el Nacional».

«Hace una gimnasia muy bonita, pero no hay nivel en sus montajes. Veremos cuánto aguanta en la élite».

«Sé de buena tinta que llamaron a gimnastas de otros clubes antes que a ella».

«No quiero decir que esté gorda, pero si la comparamos con la tipología de las internacionales..., es de constitución ancha».

Nadie se detiene a pensar en el efecto de sus palabras en internet. Escudados con avatares sin sus caras y empleando seudónimos, aquellos desconocidos se colaron en mi sistema nervioso, me hicieron temblar de rabia, avergonzarme de mi cuerpo, dudar sobre mi trabajo y sentir que no merecía estar en Laurden. Me arrebataron el instante dulce para el que llevaba años trabajando.

Esa noche en la habitación, cuando Eva me vio salir del baño con los ojos encharcados y las mejillas sonrojadas, me abrazó fuerte. No necesitó preguntar; ella, al igual que el resto de aficionados de la gimnasia, había sido testigo del revuelo causado tras el anuncio de mi incorporación.

—A veces es mejor no saber, Lilia. —Nos sentamos en su cama y, de la impotencia, clavé las uñas en un cojín—. No leer ni lo bueno ni lo malo, porque resulta imposible adivinar cuándo aparecerá un *hater* dispuesto a amargarte el día.

—Yo solo estaba viendo el comunicado en la página oficial... —El nudo en la garganta me obligó a parar y tragar saliva—. De repente empecé a recibir notificaciones en redes.

—Lo sé. —Me acarició el pelo y yo suspiré hondo tratando de expulsar la irritación de mi organismo—. Te etiquetarán para asegurarse de que lees sus opiniones, son así de crueles, pero no merece la pena que respondas ni gastes energías en ellos. Ignora, bloquea o denuncia. Tienes que encontrar el modo de que no te afecten.

—¿La indiferencia es posible cuando hablan de ti? —Yo, al menos, me lo tomaba como un ataque personal de los que te encienden la sangre.

—Cuesta. Al final te acostumbras. Para algunas personas somos sacos de boxeo a los que pueden golpear fuerte porque eso genera debate, les hace aumentar seguidores y expandir el drama. Conmigo ocurrió y, por desgracia, le volverá a suceder a la próxima gimnasta que seleccionen.

—¿Y no podemos hacer nada?

—Golkova y Bethany prefieren que nos mantengamos al margen, digan lo que digan. No nos beneficia entrar en polémicas. Somos profesionales, Lilia, esto no es un *hobby*, sino un trabajo.

—Creía que solo debía preocuparme por rendir bien y obtener resultados.

—La élite es mucho más. Confunden deporte con espectáculo —lamentó con un mohín triste—. Se quedan con lo superficial, Lilia: el saludo inicial que ensayamos frente al espejo para causar buena impresión a los jueces, una sonrisa forzada al despedirnos del tapiz, el esfuerzo para no derrumbarnos mientras esperamos que salga la nota... Ven algo calculado y artificial, la parte que nos permitimos mostrar.

—Imaginaba que... —busqué las palabras— serían amables. Que me recibirían con cariño. Que siempre recordaría este momento con mariposas en el estómago.

—Eso no va a suceder por el simple hecho de que todas quieren lo que tú tienes. —Torció el gesto con pesar—. El ser humano es egoísta y tremendamente holgazán; resulta más sencillo pisotear a los demás que esforzarse o asumir que no estás a la altura. Por eso te atacan, para poder igualarse a ti.

—Pero no lo comprendo... Yo no sería capaz de hacer lo que ellos hacen conmigo.

—Hay gente de moral cuestionable que disfruta gritándole sus opiniones al viento. Aunque sean mezquinas y no aporten nada ni ayuden a mejorar. Algunos aficionados escupen odio sin importarles que seas menor, te estés esforzando o no sientas las piernas al llegar a la cama. No conocen tu entrega, pero se consideran con derecho a poner voz a tu silencio con especulaciones. —Su alegato adquirió un tono más grave—. Opinarán sobre tus coreografías, tus músicas, los maillots que estrenes y el color de tu manicura, así que intenta crear una burbuja que nada ni nadie pueda romper. Tienes que resistir en el gimnasio y en la vida. Esto es un camino de fondo. No te lo pondrán fácil; cuesta subir, que se aprendan tu nombre y te respeten, aunque el mínimo fallo es suficiente para transformarte en carne de cañón. Avanza con la cabeza alta, Lilia, porque podrás hacerlo perfecto y, aun así, tendrás un detractor. Nadie posee la fórmula mágica para protegerte, solo sé que, con el tiempo, tanto las críticas como los halagos se desinflan.

Sin embargo, esa noche la que se hizo diminuta fui yo.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

—Los problemas se quedan fuera de la sala —me advirtió Golkova antes de comenzar el entrenamiento a la mañana siguiente—. Si la rabia te sirve como fuente de motivación para superarte, úsala; si no, déjala y céntrate en el trabajo.

—Vale —contesté en un susurro.

—Lilia, esa gente que se esconde tras fotografías de amaneceres y gatos no te conoce. No han trabajado contigo ni saben lo que es el sacrificio. Mientras tú te mudas, abandonas tu club y a tus amigos y entrenas hasta la extenuación, ellos comen patatas fritas y critican ejercicios que no podrían hacer ni en sueños. Así que deja que esos cobardes sin aspiraciones sigan envidiándote desde el sofá de sus casas, nosotras vamos a sudar por una medalla. —Las comisuras de sus labios se alzaron, desafiantes—. Hay muchas niñas anhelando lo mismo que tú. Y pueden tener más o menos cualidades que pulir, pero lo que diferencia a un campeón de un *amateur* no es el talento, sino el carácter. La capacidad para insistir, no rendirse y continuar, incluso cuando los deseos parecen pesadillas. Demuéstrame que tienes lo necesario, demuéstreme que no nos equivocamos al elegirte. ¿Qué tal te suena eso?

—Bien —le di la razón, ya más segura.

—Fuerte, Lilia, dentro y fuera del tapiz. Ve a estirar, tengo una sorpresa para ti.

Siempre calentaba frente a la cristalera, hipnotizada por los rayos del sol mientras trenzaba mi cabello sentada en *split*.

Golkova ocupaba un lugar al lado del equipo de música, en el extremo opuesto a Bethany, y detenía las melodías para gritarnos correcciones de cualquier tipo. «La expresión de tu cara debería ser más dulce en esta parte», «No te confíes y sigue la trayectoria de la maza hasta que la recojas», «Fija la mirada en un punto cuando hagas los *fouettés*», «Estira las rodillas y los pies». A veces, cuando no aplicábamos sus consejos o el cansancio bloqueaba nuestra mente y no sabíamos reaccionar, Golkova nos retiraba la palabra y se comunicaba con nosotras a través de Bethany.

Pero esa mañana de noviembre estaba de buen humor. Tanto que decidió volcarse por completo en mi ejercicio de pelota.

—He encontrado una música más acorde para ti —me informó, poniendo un CD con *O del Cirque du Soleil*.

Ignoré la mueca de hastío de Bethany y solo pensé en lo afortunada que era mientras las notas lentas de piano inundaban la sala de entrenamiento. Golkova veía algo en mí que despertaba su interés y, si ella consideraba que tenía potencial, había esperanza.

—Pierna en alto, sujeta la pelota sobre el pie y brazos extendidos —demandó—. Veamos cuánto aguantas.

Me cronometré y, tras constatar que el aparato no caía al suelo, anunció que ese sería mi nuevo inicio, homenajeando a la gran Yulia Barsukova.

Invirtió varias horas en mí hasta que cada salto, equilibrio, paso de danza y giro fue de su agrado. Tras modificar una transición, me pidió que le mostrase algún manejo de aparato, una maestría que le otorgase mi sello de identidad a la composición. Hice alarde de flexibilidad de espalda mientras sostenía la pelota con el índice, frunciendo el ceño para expresar la melodía que me acompañaba.

Golkova halagó mi creatividad.

Bethany anotó algo en su agenda.

Eva aplaudió desde el tapiz contiguo.

Y yo sonreí. Haciendo girar mi pelota plateada, sentía el universo en la punta de los dedos. Me creía poderosa, capaz de lo imposible y merecedora de cumplir mi sueño.

TROYE

Pasado

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente y por ella desfiló Declan con aspecto de odiar cada segundo de su existencia. Tiró la mochila al suelo y se quejó de haber pasado la tarde estudiando en la biblioteca con los hermanos Rhodes.

—¿Eso es peor que gritarle a un cliente durante dos horas porque se ha olvidado el sonotone en casa? —competí por el trofeo al más desgraciado.

—No me malinterpretes, Arlet me cae genial, pero su tono de voz se te mete en la mente y empieza a repetirse con eco hasta que quieres darte cabezazos con la bibliografía del curso. Su concepto de silencio solo es viable en situaciones extremas, como entrar en coma o ganar una apuesta de ver quién se come más alitas de pollo en cinco minutos. —Se pasó una mano por la frente emulando un gesto de desfallecimiento—. No exagero, habla incluso en sueños. Tendrías que haberla visto paseando totalmente sonámbula cuando íbamos de campamento, se respondía a sí misma. Pero hoy ha alcanzado otro nivel... Ha recitado cada párrafo del temario de Historia del Arte en alto. Esa es su manera de retener conceptos.

—¿Has probado a utilizar tapones?

—Tapones, auriculares, música clásica... Ojalá tuviera un mando con el que ponerla en *mute*. A ver cómo le explico a mis padres que ni las optativas se me dan bien. ¿Crees que en tu módulo quedará hueco para un cateador de bachillerato?

—No te pongas en lo peor. ¿Y si estudias en casa?

—Troye, la secta se mantiene unida hasta en los peores momentos.

—¿Elijah no le dice nada a Arlet?

—El muy cabrón tiene memoria auditiva. Él solo se sienta a escucharla mientras le cotillea el Instagram a Jack Falahee.

Solté una carcajada y Declan se ofendió.

—Tú lo has querido —replicó amenazante—. Despídete de la tranquilidad leyendo novelas de ciencia ficción en esa azotea tuya a la que te escapabas como un ermitaño. Haré que la próxima sesión de tortura con Arlet se celebre un domingo para que puedas venir.

Lo hice. Y sobreviví a aquella tarde y a las que le siguieron, aunque ni Declan ni yo conseguimos memorizar nada y tuvimos que hincar codos en casa.

En efecto, pronto ratifiqué eso de que «La secta se mantiene unida hasta en los peores momentos». Todo comenzó con un inocente «Tío, vamos a convertirte en un auténtico corquiano» de Elijah, y el listado que su hermana planificó en un calendario con actividades en la ciudad. Sin otra elección que asentir y dejarme arrastrar hacia los puntos más emblemáticos que aún no había visitado, destiné las horas libres de los fines de semana a salir con el grupo.

Acudimos a varios museos y galerías como la Crawford Art Gallery o el Museo Público de Cork, visitamos una feria gastronómica en Dunderrow, paseamos por los jardines del Nano Nagle Place y nos sacamos unas polaroids en la iglesia de Santa Ana, la catedral de Saint Fin Barr y el castillo de Blarney.

Una vez que hube tachado la Cork City Gaol y el Opera House, y cuando no quedó rincón turístico en Kinsale que no hubiese inspeccionado, iniciamos la segunda fase: fortalecer los lazos afectivos con mis amigos e interesarme por sus aficiones. Acompañé a Elijah a un curso de repostería para refinar su casi perfecta tarta de zanahoria, soporté una jornada de compras junto a Declan en tiendas alternativas cuyo hilo musical me descubrió sintonías de *animes* en japonés, y me ofrecí voluntario para ir con Arlet a una convención de danza que nos obligó a coger dos autobuses hasta Wexford.

El tercer sábado de diciembre, para celebrar el fin de los exámenes del primer semestre, Declan y yo nos presentamos en casa de los Rhodes con dos cubos gigantes de palomitas y el pijama en la mochila. Nos instalamos

en la buhardilla, donde hicimos un maratón de *Mr. Robot* enterrados en mantas y almohadas, comiendo regaliz y palomitas de mantequilla bañadas en chocolate caliente.

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, el señor Rhodes nos despertó para arrastrarnos hasta el puerto y ser nuestro instructor y guía en un viaje costero improvisado. Por mucho que tratase de reprimir las náuseas, el vaivén del barco me revolvió el estómago y vomité el desayuno mientras mis amigos retrataban mi semblante blanco y sudoroso, con la fortaleza de Charles Fort como telón de fondo. Más tarde, Declan me explicaría que aquella ruta era una especie de ceremonia de iniciación para mí. «Si consigues la aprobación del patriarca, te dan la bienvenida a sus *brunch* familiares», le escribí a Lilia en un *e-mail*.

Desde ese instante, cuando fijaba la vista en la pared al redactar correos o escuchar los audios de mi novia, mis pupilas buscaban ese pedacito cubierto por fotografías, entradas de museos, la cuenta de esa primera cerveza que bebimos haciéndonos pasar por mayores de edad en un *pub* del centro, notitas que nos tirábamos en la cafetería o el cordel que Arlet me regaló y del que colgaba un frasquito de cristal con agua del puerto que recogió en nuestra excursión marítima. «Para que recuerdes que, incluso con la *pota* cayéndote por la barbilla, estaremos a tu lado», me había cerciorado.

Con el tiempo me percaté de que, en ocasiones, no es necesario empuñar el lápiz para dibujar un decorado que te arranque una sonrisa o grabar tu nombre en un sitio para demostrar que estuviste allí. A veces solo precisas de los cómplices adecuados para descubrir que anhelar algo no equivale a estar a punto de perderlo, que la esperanza jamás se disipa si decides poner el contador a cero al despertar y que, pese a tus idealizaciones, un hogar no es aquel lugar del que no quieres marcharte nunca, sino ese que llevarás anclado al pecho si algún día te vas.

LILIA

Pasado

Empapada de sudor y temblorosa por las cinco horas de entrenamiento de aquella tarde, me acerqué a Golkova para ver con detalle la tela bañada en cristales Swarovski que mecía con satisfacción.

Era un maillot negro de terciopelo elástico y mangas caídas a la altura de los hombros, con la falda emulando los pétalos de una flor. La pedrería aurora boreal nacía en el cuello y se derramaba como una lluvia de estrellas por el pecho y la espalda. Se trataba de un diseño de los caros, confeccionado en uno de los talleres de costura más prestigiosos de Rusia, donde el modelo más sencillo rondaba los ochocientos euros.

Debido a la alta demanda, resultaba imprescindible hacer la reserva con antelación y recurrir a algún contacto si querías un hueco en su apretada agenda. La única exigencia desde Moscú era recibir las medidas de la gimnasta y escuchar la música del ejercicio para dar forma a la idea que las entrenadoras habían concebido.

En el plazo de veinte días, y tras exigir modificaciones en los dos bocetos iniciales que le mostraron, Golkova consiguió que elaborasen una propuesta más personal.

El resultado fue espectacular; un baile de destellos teñiría de arcoíris cada uno de mis movimientos. Sin embargo, de todos los elementos de aquella artesanía, el que me embelesaba era la bandera de Irlanda cosida en la cadera.

—Ve a probártelo —indicó la seleccionadora mientras las cinco integrantes del conjunto seguían practicando lanzamientos en el tapiz contiguo.

Sin perder tiempo, corrí hacia el vestuario y se lo enseñé a Eva. Ella me ayudó a ponérmelo con cuidado; aun así, algunos cristales y perlas se despegaron del tejido. Los guardé en la mochila y derrapé rumbo a la sala para no hacer esperar a Golkova.

—¿Qué opinas, Daria? —preguntó Bethany, alisándome los pliegues de la sisa, buscando su aprobación.

—Me gusta. Estarás deslumbrante, Lilia —aseguró la seleccionadora tras escrutarme desde todos los ángulos a la caza de hilos o restos de pegamento—. El negro estilizará tu figura, aunque con un par de kilos menos te quedaría mejor.

Retorcí unos centímetros del tejido, estirándolo hasta que me quedé sin respiración. Sentí opresión en las costillas y un pellizco en el corazón.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

La nieve se asentaba sobre el jardín y cubría los coches aparcados a ambos lados de la calle para celebrar el 25 de diciembre.

El número 4 de Butchers Row se había transformado en una postal nevada con luces intermitentes bordeando la barandilla del porche y un ramito de muérdago que pendía del farolillo de la entrada. De cada ventana colgaba un Papá Noel trepando por su escalera, y Declan y yo le habíamos dado un toque juvenil al nuestro reemplazando la típica indumentaria roja por unos retales holgados con el estampado de Pac-Man.

Esas iban a ser mis primeras Navidades de verdad, en una familia que me incluía en la tradición de hacer galletas de jengibre, decorar el inmenso abeto natural del vestíbulo y desenvolver paquetes antes de desayunar tortitas con sirope de arce.

—¿Por qué no podemos comer un bocadillo? —Declan irrumpió en la cocina al mediodía, ataviado con un gorro de Santa Claus. Nadie le respondió, por lo que volvió a fijar la vista en la PSP que Dustin le había dado antes de irse a preparar los encargos a domicilio del Adler's Place esa mañana.

—No es día de bocadillos —reprendió su madre.

—Mierda, me he salido de la carretera. —Declan aporreó los botones de la consola y puso los ojos en blanco al escuchar la sintonía que confirmaba el final de la partida—. Eh, Troye, ¿te apuntas a batir mi récord de diez miserables puntos?

—Luego. —Eché un vistazo alrededor.

Jacqueline estaba de los nervios enfrentándose a la única comida del año en la que el plato estrella del menú le correspondía a ella. Dejaba un rastro de cuencos sucios, paños mojados y botes de salsa abiertos que yo me encargaba de limpiar y colocar en su sitio.

—Hijo, no es momento de bromas —increpó Jacqueline. Del moño le salían mechones que se le pegaban a la frente debido al sudor.

—No es ninguna broma, la ropa me explotará si sigo zampando a este nivel. —Declan se levantó la sudadera de ovis para que viéramos los pliegues de grasa que le sobresalían por la cinturilla del pantalón.

—Ve a ponerte una camisa decente.

—¿Por qué? Elijah me ha dado su aprobación —la desafió.

—Un porqué más y te meto en la olla —lo amenazó ella, abriendo mucho los ojos—. Cámbiate ya, antes de que llegue tu padre.

Como por arte de magia, el timbre sonó y Jacqueline perdió la paciencia. Volvió a fregar los cubiertos que estaba secando y estuvo a punto de tirar una copa con el codo.

—Abre la puerta, Declan —pidió, controlando el pavo que se calentaba en el horno.

—¿Me cambio o abro? ¿Por qué no lo hace Troye?

—Porque es el único que está contribuyendo a que mi salud mental no se evapore.

Antes de que alguien saliera de la cocina, Dustin metió la llave en la cerradura y masculló: «Mierda, se han mojado», refiriéndose a las bolsas que acababa de apoyar en el suelo helado.

Llegaba con las sobras del restaurante, bandejas de succulentos entrantes con los que nos alimentaríamos una semana. Coronó la mesa del comedor con un centro del Adler's Place compuesto por velas plateadas alrededor de una flor de Nochebuena, y se dio una ducha antes de sustituir el uniforme por el jersey de renos que le había tejido su madre años atrás.

Comimos en el salón, rodeados de fuentes de salmón ahumado, patatas asadas, pavo relleno y la guarnición de guisantes, zanahorias y brócoli. De postre, pudín con salsa de fresas. No lo verbalicé, pero supongo que lo advirtieron a través de mi lenguaje corporal y la risa contagiosa que se propagaba con breves anécdotas y comentarios chistosos. No recordaba

haberme sentido tan a gusto en una familia de acogida, tanto que le pedí un deseo a los copos que vi caer por la ventana: «Ojalá mi vida a partir de ahora consista en coleccionar instantes junto a ellos».

Más tarde, cuando en el cuenco de *minced pies* de compota de ciruela solo quedaron los restos y la sensación de saciedad dio paso a una pesadez en el vientre, dimos por concluido el festín culinario. Dustin y yo nos ofrecimos para fregar los platos mientras Jacqueline recogía las migas del mantel. Aprovechando que Declan se apoderaba del mando y con el pretexto de estrenar la libreta de dibujo y los óleos que me habían regalado, subí al dormitorio para conectarme a Skype y hablar con Lilia.

Descolgó al tercer tono y la pantalla de mi teléfono se iluminó con su rostro.

—Feliz Navidad, Lilia.

—Feliz Navidad, Troye. —Su preciosa sonrisa se ensanchó—. Estás muy guapo.

Me había arreglado más formal, con una camisa color cobalto y unos vaqueros oscuros para las fotos con los Adler, aunque apenas se notaba la gomina del flequillo que Declan insistió en aplicarme.

—Qué va, tú sí que estás guapa.

—Mentiroso, llevo puesto el pijama. —Bajó la cámara del portátil para enseñarme la parte de arriba de borreguito. Lilia estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y la lámpara de la mesilla de noche encendida—. ¿Qué tal han ido tus primeras fiestas con Dustin y Jacqueline?

—Bien, francamente bien —admití satisfecho—. No sé cómo he tenido tanta suerte. Hay días en los que me acuesto pensando que vivo en un sueño, ¿te ocurre lo mismo?

—En un sueño con mi novio y mi familia muy lejos, pero sí, me ocurre.

Lilia se cubrió la boca para bostezar y se disculpó con un ligero rubor en los pómulos.

—¿Ni siquiera descansáis el 25?

—Sesión matinal obligatoria, la de la tarde ha sido opcional.

—Y has vuelto a entrenar porque eres la persona más perfeccionista que conozco. —Odié la pantalla por no permitirme atravesarla y acunar con las manos la cara de mi novia.

—Todas lo hemos hecho —se restó méritos.

—¿Cómo consigues tener la motivación siempre arriba?

—Resulta fácil cuando paseas por Laurden y ves todos esos pósteres de gimnastas olímpicas. O cuando la seleccionadora se levanta y abandona la sala porque no soporta presenciar ni una caída más. —Puso los ojos en blanco, volvió a bostezar y bajó el mentón, mortificada al escuchar mi risa —. Eh, me he levantado muy temprano.

—Y volverás a madrugar mañana. Así eres tú, Lilia. Disciplinada, incansable, ambiciosa, constante, y me encanta. Animas al resto a que nos esforcemos, a que busquemos maneras de superarnos.

Su semblante se suavizó al oír que, para mí, su sacrificio era un ejemplo y no un castigo.

—Ojalá estuvieras aquí. O yo allí, contigo —musitó.

—¿Eso significa que me echas de menos? —Tensé la cuerda, aunque sabía que las réplicas románticas no iban a suceder mientras Lilia compartiera habitación. La prudencia dominaba sobre los sentimientos, o eso creía yo hasta que se inclinó hacia el portátil y de su garganta brotó una declaración firme.

—No te imaginas cuánto. Echo de menos estar contigo, besarte... —Se mordió el labio y sentí un tirón en la parte baja del vientre—. Todo contigo.

—¿Estás sola? —Fruncí el ceño.

—Eva ha salido un rato. —Más tarde admitiría que le había pedido unos minutos de privacidad.

—Lilia...

Uno. Dos. Tres... Diez segundos interminables de silencio resonaron en mi dormitorio hasta que la escuché responder.

—Troye...

Contentidos, sonrojados y cohibidos, así pasamos varios segundos más observando la imagen del otro, sin atrevernos a añadir nada. Hasta que un «Ahora, así, esto es lo que tenéis por el momento» me empujó a abrazar la incertidumbre.

—Te quiero —pronuncié alto y claro.

Pensé que se enfadaría por decírselo en una videollamada y no en persona. Pensé que las ganas que tendría de besarla después serían horribles

y me arrepentiría de semejante declaración antes incluso de que las palabras salieran de mi boca. Pero entonces llegó su réplica.

—Yo también te quiero.

—Un millón de veces.

—Un millón de veces más —cercioró ella.

Y nadé en un bálsamo de paz antes de que un estallido de pirotecnia me sacudiera el pecho. Experimenté ganas de reír y llorar a la vez. Sentí que estaba lejos, pero su voz me lamía la piel. Entendí que la magnitud de un «te quiero» se refleja en cada mirada, sílaba y gesto tras moldearlo con tu voz.

La conversación se dilató y tuve que recostar el teléfono en la madera del escritorio para camuflar el temblor de mis manos.

Hablamos de la lista de novelas que le prestaría cuando volviera a Kinsale por vacaciones, me contó cómo llevaba los ejercicios y en qué competiciones los mostraría, se disculpó para contestar a las felicitaciones de sus amigos Sawyer y Stella, y retomó la charla con una sonrisa radiante y un nuevo «te quiero». Aun así, la frialdad de internet me supo a poco.

La echaba tanto de menos que solo podía hacer una cosa: cobijarme en nuestro faro. Así que después de tumbarme en la litera a fantasear con el aroma a coco de Lilia, el tacto sedoso de su melena y la cadencia con la que mis labios recorrerían los suyos de tenerla entre mis brazos, me puse la chaqueta, bajé las escaleras con sigilo y me escabullí al exterior por la puerta trasera.

Me creía astuto hasta que oí un «Eh, intruso», y me di por aludido.

—¿Adónde vas, tío? —inquirió Declan.

El cielo había oscurecido y un manto de nubes opacas ocultaba las estrellas. La nieve seguía derramándose bajo el fulgor de las farolas.

—A dar una vuelta. Necesito despejarme.

—Mentiroso —me acusó—. Vas al puñetero faro.

—Vuelve a casa —le advertí.

—Ni de coña, voy contigo. —Dio un paso al frente y yo retrocedí de espaldas.

—Vuelve a casa —repetí.

—¿O qué? No voy a dejarte solo.

—Quiero estar solo, Declan.

—¿En Navidad? Suena deprimente.

—Escucha, me muero por estar con Lilia. La echo de menos y leer sus mensajes o verla a través de una pantalla no me calma. Necesito... pasar unas horas en ese sitio que es solo de los dos. No te ofendas, pero preferiría que siguiera siendo así.

—Estás loco, tío. Como una cabra —sentenció.

—Aparta —gruñí cuando me barró el paso.

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Exagerado, un soplo de aire y estarás retorciéndote en el suelo.

—Mira, Troye, ni comprendo tu patético plan de ir a cascártela a un faro en pleno diciembre ni voy a dejarte que lo hagas solo.

—Declan, hay tantas cosas que puntualizar en la burrada que acabas de decir que no se me ocurre por dónde empezar.

—Cierra el pico. No vas a hundirte, ni esta noche ni ninguna otra. Si quieres ir al faro, cojo unas mantas y te acompaño. Pero nada de buscarla en YouTube y llorar memorizando sus coreografías. Ponemos una peli y fingimos que no estás enfermo de amor, ¿de acuerdo?

—Agradezco tu...

—No me has entendido —me interrumpió—. No estaba proponiéndolo, es lo que vamos a hacer. Lilia se sentiría fatal si supiera que vas lloriqueando por los rincones. Ella se está preparando para ir a unos Juegos Olímpicos, ¿y tú mientras a qué te dedicas? ¿A suspender asignaturas y organizar fiestas pijama en faros? Tío, necesitas un plan, uno de triunfador para contárselo a vuestros hijos. Quiérela, sí, pero guarda un poco de amor para ti también.

Declan me salvó de sufrir una hipotermia esa madrugada. Tiró de mi muñeca y me arrastró de vuelta al sofá para hacer un maratón de Harry Potter engullendo galletas caseras. Me despertó con un codazo en el riñón cuando comencé a roncar en la escena en la que Harry entra en el laberinto del Torneo de los Tres Magos. Y lo más importante, me dio una lección valiosa que me ayudaría a reaccionar: para amar bien, de verdad, hay que empezar por quererse a uno mismo.

LILIA

Presente

El perfume floral de Eva se apodera de mi dormitorio al abrir su cajita morada y sacar de ella una de sus cartas. «Recuerda tu sueño de niña», reza en el sobre.

Afuera, un viento gélido azota las ramas de los árboles y juega a balancear toldos y carteles de las tiendas a su antojo. El cielo, vestido de gris, descarga sobre el pueblo. Ya hace una hora que mi padre se fue al trabajo y Adelyn insiste en acompañar a Violet a la universidad por miedo a que la escasa visibilidad provoque un accidente. «Tienes buenos reflejos, pero no reaccionas rápido», ha afirmado durante el desayuno.

Saco el folio manuscrito de Eva como si librara una batalla épica contra mi propio temporal y me pierdo entre sus párrafos.

Querida Lilia:

Cuando creas que te encuentras en el mismo lugar que ayer y la sensación de no avanzar se convierta en asfixia, recuerda cuál era tu sueño de niña. ¿Ganar medallas, ir a unos Juegos Olímpicos o dibujar tu nombre en el firmamento de los campeones?

Ninguna de las anteriores, ¿estoy en lo cierto? Tú y yo no pedíamos nada extraordinario, solo practicar gimnasia.

Me encantaría poder decirle a mi yo de la infancia que me dediqué a lo que siempre quise. Que lo disfruté, a veces fue duro, pensé en tirar la toalla, pero continué luchando. Y fui la persona más feliz del universo pese a sentirme incomprendida, a ratos estancada en una antítesis. Por

contra, lo logré. Aunque fuera durante un lapso de tiempo limitado. Al fin y al cabo, todo es fugaz, efímero, un pestaño y ya ha pasado.

Lo conseguimos, Lilia. Deberíamos tenerlo presente; viajamos, competimos, entrenamos e hicimos del deporte nuestra profesión. Hemos recorrido un abismo. Tú y yo formamos parte de algo grande cuando la gimnasia nos abrazó, y la memoria que eriza la piel no se queda anclada en el ayer.

Te quiere,

Eva

Mi ventana está repleta de gotas cuando alzo la vista de las palabras de mi amiga. La tormenta no cesa y las nubes se deshilachan en jirones de agua que causan el efecto de una falsa neblina.

—Recuerda tu sueño de niña —susurro, releendo el enunciado del sobre.

Ojalá pudiera...

Entonces un impulso primario me incita a rescatar el móvil de la mesita de noche. Coaccionada por la curiosidad, entro en YouTube y escribo Lilia Girard en el buscador para visionar alguno de mis ejercicios. ¿Qué puede haber de malo en rememorar mis inicios?

Descarto las publicaciones más recientes y me centro en aquellas composiciones creadas por Gianna, esas en las que mi peinado era una trenza enroscada con horquillas, mis maillots llevaban más lentejuelas que cristales y los aparatos parecían exageradamente grandes en proporción con el tamaño de mi cuerpo.

La diferencia entre trabajar en el equipo nacional y hacerlo con Gianna era que mi primera entrenadora me conocía a la perfección y escondía mis limitaciones. En Laurden había especialistas en crear montajes complicadísimos, con momentos estelares y finales que dejaban al espectador con el corazón en un puño. No obstante, el hecho de no haber crecido allí dificultaba el proceso. Apenas me conocían y a menudo me pedían que improvisara para anotar cada dificultad que podía realizar y

probaban distintos cortes musicales hasta dar con el estilo que más les agradaba, aunque no fuera con el que más cómoda me sentía.

Gianna les sacaba ventaja en eso; lo advierto antes de decantarme por uno de los ejercicios del Didier. Sus coreografías disimulaban mis carencias y acentuaban mi expresividad mediante músicas que me iban como anillo al dedo. Cada movimiento fluía, tenía sentido y significado. Sin embargo, al examinar la miniatura del segundo vídeo, algo se me revuelve en el estómago y doy marcha atrás, arrepentida, aunque mis dedos torpes tienen voluntad propia y pinchan sobre una competición en directo que sale recomendada.

Entro por error, porque no quiero verlo y sé que me destrozará. Pero es demasiado tarde, no consigo salir de la aplicación y el *livestream* se reproduce ante mis ojos como si fuese la escena de una película que yo debía protagonizar, hasta que me percaté de que puedes poner empeño en cada acción de tu vida, pero no siempre serás su director. Habrá detalles que se escapan: una caída, una lesión, ese tratamiento que no seguiste al pie de la letra porque el asistir a un torneo para que los jueces no se olvidasen de ti pesaba más que la paciencia para solventar cada problema a su debido tiempo.

No reacciono al instante y, durante los segundos en los que el vídeo está en marcha sin que mis manos atinen a apagarlo, siento que alguien desliza un cuchillo afilado por mi piel y vierte sal en cada corte. No estoy preparada para observar a otra gente hacer lo que yo más deseo y no puedo. Por eso lloro en silencio, aparto la mirada de la pantalla y me trago el nudo de angustia trenzado en mi garganta. Esas chicas siguen cumpliendo sus sueños —el mío—, pero yo solo puedo anhelarlo con todas mis fuerzas y destrozarme en el transcurso de un sendero que desemboca en precipicio.

TROYE

Pasado

Los estudios no eran mi fuerte o eso había creído en el pasado, cuando la inestabilidad de cambiar con frecuencia de centro escolar y de familia me impedía centrarme en temarios abstractos que no despertaban nada en mí. Quizá por eso no me extrañó que el profesor Doreght, de Artes Aplicadas, me hiciese señas al final de la clase para que me acercase a hablar con él.

—Barlow, me gustaría comentar el trabajo que entregaste en diciembre, antes de Navidad. —Cerró la puerta para que el alboroto del pasillo no entorpeciese la conversación.

—Claro. —Crucé los dedos para que la charla no terminase con una nota de advertencia a casa o una tutoría improvisada con los Adler.

Rebuscó entre los papeles de su maletín y se ajustó las gafas antes de releer los garabatos en rojo que había escrito en la portada.

—Concepto interesante, buen uso de la perspectiva y la profundidad... Sí, un merecido excelente. —Pasó las páginas adornadas con rostros de desconocidos que había plasmado una tarde escrutando a los vecinos pasear—. ¿Desde cuándo haces retratos?

—No lo recuerdo. —Me encogí de hombros—. Desde siempre.

—¿Te has formado en alguna academia?

—Soy autodidacta, me sale por instinto.

—Barlow, no lo dejes. Tienes algo especial, una manera muy interesante de ver las cosas.

—Gracias, profesor.

Me reuní con Declan, Elijah y Arlet en la cafetería después de guardar los manuales de la asignatura y las lecturas obligatorias en la taquilla. Los

alumnos ya habían rebañado sus raciones y se enfrascaban en acalorados debates. Sorteé varias mesas hasta llegar a la que ocupaban mis amigos al fondo.

—Llegas tarde, tío —incredó Declan—. Te he guardado un plato de macarrones y helado de stracciatella, pero la pasta ya debe de estar fría y el postre ha pasado de sólido a líquido.

—Gracias por la bandeja. —Le choqué la mano y ocupé el sitio libre frente al que aguardaba mi menú intacto.

—¿Malas noticias con Doreght? Te he visto por el cristal de la puerta.

—Al contrario. —Pinché cuatro macarrones con el tenedor y me los metí en la boca—. Me ha felicitado.

—¿Qué has hecho para caerle bien al profesor más estricto del planeta? —Arlet se quitó un auricular y pausó el videoclip de YouTube que estaba memorizando segundo a segundo.

—No lo sé, ¿entrar puntual al aula, no interrumpirle con preguntas sobre los exámenes finales y poner el móvil en silencio para que el tono de *Baby Shark* no provoque risas hasta en el aula contigua?

—Muy gracioso, se te está pegando el humor de Elijah —gruñó, volviéndose a poner el auricular derecho para centrar su atención en *What She Wants*, de Arizona.

—Si a Doreght le gusta algo de lo que has hecho, debes ser un *crack* —opinó Elijah.

—Solo eran unos dibujos...

—¡Este chaval nos sacará de la pobreza! —exclamó Declan—. No te ofendas, Elijah, pero a tus redes sociales les hace falta contenido más original para que podamos llamarte *influencer*.

—Traidor. —El mayor de los Rhodes hizo bolitas de una servilleta usada y se las tiró contando puntos. Dos si le daba en la frente, cuatro en un ojo y seis al hacer canasta en la boca.

Esa noche, después de acabar los deberes del día siguiente y desterrar a Declan al salón para estar a solas en la habitación, el «¿Puedo llamarte?»

que le envié a Lilia surtió efecto. Fue ella la que se animó a iniciar la videollamada.

—Ahí está la chica más bonita de Kinsale y Dublín —dije cuando su rostro apareció nítido en mi pantalla. Llevaba el pelo suelto para que se le secase al aire tras la ducha, y se había puesto el pijama—. ¿Eva nos escucha?

—No, sigue en el fisio.

—Genial, porque me apetece decirte que te quiero y sé que no respondes si hay alguien delante.

—Yo también te quiero.

Me quedé embelesado al contemplarla, con una sonrisa tonta en la cara. Lilia se tumbó recostando la tripa en el colchón para estar más cómoda.

—Troye, ¿te has quedado mudo?

—No, solo embobado. Cuéntame qué tal ha ido tu día.

Comenzó por lo mal que le sentaba madrugar, pasando por lo mucho que adoraba su ejercicio de pelota, y finalizó riéndose de las dos cajas de modelitos que su madre le había mandado para que no repitiese ropa cada semana. Solo por el tono que empleaba podía suponer que le había ido bien.

—Adelyn y sus problemas del primer mundo. —Se rio y las mejillas se le redondearon con el gesto—. Ah, espera, casi se me olvida... Hoy ha llegado un maillot nuevo para mazas.

—¿Otro?

—Usamos uno para cada ejercicio —me explicó—. Te he enviado una foto por WhatsApp.

—Te has cortado la cabeza. —Solo se veía su cuerpo enfundado en un diseño naranja y dorado con cada centímetro cubierto por cristales y plumas en los hombros.

—¿Qué más da? Solo quería enfocar el maillot. ¿Te gusta?

—Es increíble, y te sienta como un guante.

—Todavía no sé si Golkova me dejará estrenarlo en la próxima competición. Primero le gusta ver qué llevan las rivales. En Laurden hay un armario con una docena de mallas que no se usaron en su momento.

—¿Tan importante es el vestuario?

—Todo cuenta, Troye, y más ahora que las rusas innovan a cada segundo. Flecós, cuellos con flores descomunales, mangas abombadas, incluso tocados en el moño simulando coronas. Se trata de sorprender, de la impresión que causas al entrar en el tapiz, y eso se consigue con el peinado, el maquillaje, la expresión, el modo de caminar... Perdona, te estoy aburriendo.

—En absoluto. Me encanta escucharte, Lilia.

—Soy una monotemática. ¿Qué tal por Kinsale? —Se detuvo y oyó la puerta abrirse—. Espera, es Eva.

—Hola, Troye —me saludó su compañera desde una esquina—. Me voy a llenar la bañera hasta arriba, pégame un grito si me quedo dormida ahí dentro.

—Vale —contestó Lilia, incorporándose en la cama—. ¿Qué tal tu día? —me preguntó algo cohibida mientras su amiga se encerraba en el baño.

Quise mencionarle el excelente de Artes Aplicadas, ya que había sido lo más sobresaliente de mi lunes, pero me pareció una estupidez en comparación con su rutina de élite. No pretendía ser el centro, con acomodarme en mi litera y dejar que su voz me envolviese tenía más que suficiente.

—Bien, nada destacable —resumí—. ¿Por qué no me hablas más de ese cambio de coreografía que vais a hacer en el ejercicio de cinta?

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

La música tiene el poder de transportarnos. Conmigo lo hace y supongo que, pese a mi empeño por enterrar una etapa dorada que solo oscurece mi presente, siempre lo hará.

Humanity in Motion, de Nathan Lanier. Si cierro los ojos, esa melodía me conduce al pasado. A un minuto y medio en el que las notas de piano sonaban para mí. Y no las perseguía, tampoco luchaba contra ellas ni me resistía al vello erizado y al vuelco en el pecho. Me rendía a la música haciendo magia con la cinta, dibujando emociones en el público y los jueces a través de espirales y serpentinas, al incorporar el giro en dorsal que tanto me había costado dominar, manteniendo el *penché* de tres rotaciones y añadiendo un *attitude* con el *relevé* en alto para finalizar recorriendo el tapiz de punta a punta con varias zancadas sucesivas. Todo estaba medido al milímetro; no obstante, cada movimiento era más que una composición estudiada para alcanzar la máxima nota posible.

Golkova sabía equilibrar dificultad y expresión, camuflando riesgo y manejo del aparato con una historia que conquistaría a los espectadores. En esa rutina, vestida con un mono blanco de corte griego y pedrería dorada, yo era una estatua que cobraba vida tocando la varilla de la cinta al inicio del ejercicio, emulando el mito de Pigmalión y Galatea.

Podría repetir cada elemento incluso en sueños, porque mis músculos recuerdan exactamente la tensión, la fuerza necesaria y los reflejos precisos para ocultar los fallos. Una trayectoria inesperada, pasos de más para salvar una caída, el hormigueo en la punta de los pies y la extenuación durante los

últimos segundos. «Atenta hasta el final», solía decirme con una voz que no sonaba a mí, sino más madura.

«Tiene potencial, pero aún le falta rodaje», reiteraba la seleccionadora.

Esa temporada participé en Miss Valentine, el Grand Prix de Moscú y de Kiev, y las World Cups de Pesaro, Bakú, Minsk y Kazán. Sin embargo, las plazas del Europeo y del Mundial quedaron reservadas para Eva. No me ofusqué, era inusual que promocionasen tanto internacionalmente a una recién llegada a la selección y estaba más que agradecida por la dedicación y el esmero que ponían en que cada gesto y respiración de mis ejercicios encandilase a los expertos. Sé que sin el apoyo de Bethany y Golkova no habría conseguido quedar entre las ocho clasificadas para disputar las finales del Grand Prix de Moscú, reconocimiento que me sirvió como motor para encerrarme en el gimnasio de sol a sol.

Cada competición era distinta y, a su vez, guardaba ciertas similitudes, como el sonido del despertador a horas intempestivas para coger un avión, facturar los aros envueltos en cinta aislante y así evitar que se chafasen — algo que no siempre conseguíamos—, aprovechar el retraso en los vuelos para hacer alguna compra en las tiendas del aeropuerto o adaptarnos a la comida y el agua del país, teniendo en cuenta los efectos que generaba dicho cambio en nuestro cuerpo.

Aunque desde fuera parecieran unas vacaciones, en aquellas citas deportivas no había hueco para hacer turismo, y el único paisaje que veíamos era la estampa que nos ofrecía la ventana del hotel. Los minutos de desconexión eran escasos, y duraban un trayecto en autobús del aeropuerto al hotel y del hotel al pabellón para realizar los entrenamientos oficiales. La presión se incrementaba al compartir tapiz con los demás equipos y advertir que otra chica hacía una rotación más que yo en los giros, llevaba una maestría similar a la que había creado con mi entrenadora y habíamos mantenido en secreto para evitar copias, o al dejar que los destellos de las mallas rusas me cegasen.

«Mente fría», me instaba Golkova al percatarse de que flaqueaba.

La noche antes del inicio del evento, Eva y yo nos sumíamos en un silencio peculiar, batallando contra una mezcla entre fatiga y nervios al caer rendidas en la cama, sin conciliar el sueño debido a la adrenalina. Si las

cosas marchaban bien y mostrábamos el trabajo sobre el practicable, nos premiábamos con alguna barrita energética o chocolatina que sacábamos a escondidas de las máquinas expendedoras del pabellón.

Regresar a esa temporada con la memoria es tatuarse cada una de las letras que componen la palabra nostalgia. Es como si alguien respirase en mi nuca, las manos de Bethany sujetasen las mías y los brillos de mi maillot fuesen lo único que veo.

Mi ejercicio de cinta marcó un antes y un después. Me otorgó nombre y apellidos en la élite e hizo que, a día de hoy, los espectadores sigan recordando mi elemento más característico: agarrar la varilla con el pie izquierdo y crear un círculo completo, facilitando el equilibrio con las manos apoyadas en el tapiz hasta que la pierna superaba la cabeza, el gemelo me rozaba la frente y cogía el aparato con la derecha. Esa fue mi seña de identidad, el distintivo que otras reproducirían más tarde y acabaría protagonizando vídeos de YouTube, fragmentos en las noticias, fotografías con mi firma y pósteres que adornarían las gradas para animarme desde cualquier rincón del mundo.

Lilia Girard había llegado para quedarse.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

—¿Cuál es el menú de hoy? —inquirió Declan al atravesar la doble puerta de cristal del Adler's Place.

—Nada que vaya a gustarte —le tomó el pelo Dustin.

Era uno de esos domingos en los que la familia se reunía en el restaurante para disfrutar de la gastronomía casera más alabada de Kinsale. Ingrid, la camarera que sustituía a Jacqueline los fines de semana, nos acompañó hasta la mesa y dejó la carta sobre el mantel blanco.

El salón era espacioso y acogedor, decorado con tonos pastel como el rosa de las sillas a conjunto con las servilletas que descansaban sobre la vajilla. Del techo colgaban enredaderas para camuflar las lámparas de plafón, y las paredes eran grandes ventanales con vistas al patio interior en el que había columpios y una diminuta parcela de hierba.

—¿Qué tal el instituto? —rompió el hielo Dustin cuando nos sirvieron el primero: ensalada de langosta para los mayores, crema de marisco para los pequeños.

—Fatal, papá —admitió Declan—. A ningún adolescente le gusta madrugar para dormirse en clase mientras un profesor lee en voz alta. Pero por la expresión de tu cara intuyo que no es eso lo que quieres oír, así que mejor pasamos al siguiente tema. ¿Alguien me acerca la cesta de los panecillos?

—Hijo, tienes que esforzarte y ver el lado positivo de las cosas —rebatía él.

—Si vas a empezar con tu discurso sobre lo banales que son mis problemas del primer mundo, te doy toda la razón. Aunque eso no vaya a

cambiar el hecho de que me duerma en el instituto.

—El profesor Kocian tiene un tono muy pausado —le eché un cable.

—Si Arlet diera Literatura, sacaría excelentes solo oyéndola. Os juro que a veces voy a la cama y en mi mente sigue resonando lo que me ha dicho esa tarde.

—¿Arlet y tú sois solo amigos? —se interesó Jacqueline.

—Una palabra más y me largo. —Declan se estiró los cordones de la sudadera.

—Hay *brownie* con helado de vainilla —le informó Dustin.

—Le pediré a Ingrid que me lo prepare para llevar.

El mediodía transcurrió entre risas, comentarios sobre las noticias locales y un acalorado debate sobre *Suits* por encima del rumor de los comensales que llenaron el comedor en cuestión de minutos. Los Adler pidieron estofado de carne, Declan su tradicional *fish and chips* y yo me decanté por el puré de patatas con col y jamón cocido. En mitad del postre, mi móvil vibró y la pantalla se iluminó con una notificación emergente de Lilia.

Le cedí la mitad de mi tarta de manzana a Declan, que ya iba por el segundo *brownie*, y salí a los columpios para ponerme sus audios de WhatsApp en privado.

El domingo libraba y solía aprovechar la mañana para practicar lanzamientos en Laurden antes de darse una ducha, ponerse ropa de calle e ir al cine o al teatro a ver algún espectáculo junto a la seleccionadora. En el quinto audio me contaba que estaba lloviendo e iban a quedarse en la residencia, Eva y ella estaban echando a suertes la película de animación de esa tarde. Entre *Frozen*, *Coco* y *Shrek*, ganó la tercera.

—¿Te gusta el sitio? —Dustin pasó la mano por las cadenas del columpio libre antes de tomar asiento en él.

Me despedí de Lilia con un «Esta noche hablamos» y guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Es genial.

—¿Y Kinsale? —Escrutó de soslayo mi reacción.

—No está mal.

Clavó su mirada oscura en un punto aleatorio y una sonrisa melancólica se apoderó de sus labios, como si su memoria hubiera rescatado una época a la que quisiera regresar.

—Te lo habrás preguntado en más de una ocasión. Por qué un matrimonio con un hijo adolescente y una casa diminuta, sin habitaciones libres, se plantea adoptar.

—Reconozco que se me ha pasado por la cabeza —admití.

—Yo soy el culpable de que estés aquí. Mi mejor amigo, Carl, es adoptado. Pasó por muchas familias de acogida, pero, por desgracia, no llegó a encajar en ninguna. Se puso a trabajar a los dieciséis en una carnicería de Edenburn y fue ascendiendo poco a poco. Es un luchador, pese a que las adversidades le persigan. Su esposa falleció de cáncer hace unos meses y el negocio le da lo justo para tirar adelante. —Soltó una bocanada de aire y tardó en recuperar la compostura—. Hace cosa de un año, invitamos a Carl a pasar San Patricio con nosotros y estuvimos hablando de lo duro que había sido adaptarse. Esa fue la chispa que se quedó con Jacqueline y conmigo, lo que nos hizo reflexionar. No nos iba mal con el restaurante y podíamos permitirnos otro plato en la mesa, ¿por qué no atrevernos a dar el paso? Se lo mencioné a Jacqueline y la idea no le pareció descabellada. Aun así, necesité sopesar los pros y los contras. ¿Qué le voy a hacer? Soy cuadriculado, me gusta analizar las situaciones igual que hago en el Adler's Place, con listas de beneficios y pérdidas. Me ayuda a tenerlo todo bajo control, salirme del guion me asusta.

—Es típico de ti. —Sonreí.

Dustin no conducía sin el depósito medio lleno, decoraba la pizarra de la nevera con las tareas semanales y usaba alarmas para dividir su tiempo entre televisión y libros. Precisaba medir cada factor antes de enfrentarse a la aventura.

—La cuestión es, chico, que la columna de contras estaba llena de aspectos circunstanciales como tener menos espacio en casa, retrasar las vacaciones en caravana o pintar las paredes y el porche para que no salieses corriendo al llegar al pueblo. Y en la columna de ventajas solo había una frase: darle una oportunidad a alguien. La respuesta estaba clara, teníamos

que intentarlo. —Hizo una pausa antes de girarse hacia mí—. ¿Hicimos bien, Troye? ¿Estás a gusto con nosotros?

—Yo... —Medité—. Sí, estoy bien.

—Sé que te ha costado congeniar con Declan, debimos haberlo debatido más con él antes de comunicarle nuestra decisión. Y no es fácil adaptarse a las costumbres de unos extraños.

—Sois los mejores con diferencia. Sé que os preocupáis por mí y... si a veces no hablo, no es que no me caigáis bien. Es solo que no quiero molestaros.

—Chico, Kinsale es tu casa. Si tienes una opinión, siéntete libre de expresarla. Y si hay algún plato que no te guste o un color que detestes, dínoslo. Las familias se adaptan.

—Todo bien.

—Estupendo.

—Dustin... Gracias por escuchar a Carl.

—No hay de qué, chico. —Se rascó la barba entrecana, pensativo—. Si tuvieras que hacer una lista, ¿nos darías la oportunidad de que te adoptemos?

—¿Qué? ¿En serio?

—Respetaremos tu elección, sea cual sea. Consúltalo con la almohada, no hay prisa.

Se estaba levantando del columpio, dejándome a solas con mi nube de elucubraciones, cuando mi réplica sonó por encima de la brisa que movía los engranajes del columpio.

—Sí, Dustin —me apresuré a contestar—. Os daré una oportunidad cada día.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Era domingo, nuestro día libre, y los rayos matinales del sol se colaban en la estancia a través de la ventana. Estábamos sentadas en su cama, rodeadas de cintas adhesivas que cortábamos con cuidado para decorar los aparatos. Eva cubría sus mazas negras con forro blanco y celeste, añadiendo finas tiras que conformaban copos de nieve. Nunca antes se había esmerado tanto en adornarlas, pero el nuevo ejercicio inspirado en *El Invierno* de Vivaldi que Golkova le había montado, donde dinamismo y explosividad resaltaban su virtuosismo corporal y de manejos, lo merecía.

En mitad del caos de cintas adhesivas, mi teléfono comenzó a vibrar.

—¿Qué tal, Sawyer? —respondí a la videollamada.

—¿Te pillo en buen momento?

—Sí, claro. Estábamos forrando aparatos. —Enfoqué a la rubia para que se saludasen.

—No me lo puedo creer... —Los ojos de Sawyer se abrieron mucho y la imagen se volvió borrosa debido al temblor de su mano—. Eva, eres Eva... Joder, hola, Eva. Stella flipará cuando se lo cuente.

—Es más fan de ti que yo —le susurré para justificar el comportamiento de mi amigo—. ¿Cómo van las cosas por el Didier?

—Genial. ¿Y por Laurden?

—Estamos agotadas, probando novedades para sorprender en las siguientes competiciones —explicó Eva.

—Cuando acabe de decorar las mazas, te mando foto con un adelanto —le prometí.

—Sí, por favor. Instagram se entera antes de las primicias que yo. Por cierto, ¿qué tal con Troye? Eva, ¿te ha hablado de su chico?

—Algo —admitió ella—, pero Lilia suele ser bastante discreta cuando charlan por teléfono.

—¿Podemos centrarnos en la gimnasia? —rogué con un resoplido, pero mi tentativa hizo aguas.

La conversación se dilató quince minutos más con anécdotas sobre mi romance en el faro y varios tartamudeos de Sawyer, que ese día era un fan tembloroso cada vez que Eva pronunciaba su nombre. La historia de amor de verano que mi amigo contó fue suficiente para despertar la curiosidad de mi compañera de entrenamientos.

—¿Cómo es estar enamorada? —me preguntó—. De alguien, y no de un deporte.

—Pues... —rumié, vistiendo mi aro de plateado *glitter*—. Se parece al subidón que experimentas durante los últimos segundos del ejercicio, cuando todo está saliendo bien y adviertes las expresiones del público y tu corazón late a mil revoluciones por minuto. Sientes un vuelco al estar cerca de esa persona, como si vivieras en una montaña rusa. Pero no solo es explosión, también aporta paz al descubrir que alguien más vela por tus sueños y te espera, porque entiende que hay objetivos con fecha de caducidad y a vosotros os espera un «para siempre».

—¿Para siempre?

—Suená ingenuo, pero, si opinase distinto, no soportaría los kilómetros que nos separan.

Viajé. Viajé mucho gracias a la gimnasia, pero la distancia, de un modo retorcido, nos aproximó. Pensaba en Troye, en que su ausencia sonaba más alto que su presencia, en que jamás necesitó alzar la voz para hacerse notar y en que se había ganado un lugar privilegiado en mi rutina.

Mis semanas no se paralizaron ni me sentí perdida o incompleta y, sin embargo, ahí fue cuando me percaté de lo importante que sería —y ya era— él para mí. Al hacer las maletas y echar a volar. Porque no me asfixiaba ni me arrastraba a un remolino de tribulaciones que reducían mi mundo a algo

ínfimo y oscuro sin él. No me hacía sentir minúscula o disparatada. Me aceptaba sin juicios. Su recuerdo simplemente llenaba instantes. Al apagar el despertador, calculaba la diferencia horaria del continente en el que me encontraba. Imaginaba su sonrisa ganándole el pulso al ceño fruncido mientras escuchaba la lista de reproducción que creé en Spotify con sus recomendaciones. Leía los mensajes de ánimo que me enviaba con su voz y me estremecía...

Y eso es querer. No anularte por un eclipse que te hará desaparecer, sino hallar rescoldos para que otra persona los llene con su luz.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

A cada competición a la que acudía Lilia, yo la acompañaba en la distancia. Ponía el despertador para desearle un buen viaje antes de despegar y buscaba imágenes de la ciudad en Google, cruzando los dedos al otro lado de la pantalla mientras sufría al verla competir. Sentía que visitaba cada lugar del globo terráqueo porque, si ella era algo así como mi alma gemela, un pedacito mío siempre la acompañaría.

—¡Mierda! —exclamó Declan al escuchar el pitido de la alarma de madrugada—. ¿Ha empezado ya? Si todavía es de noche...

—En Kiev son dos horas más —puntalicé, bostezando.

—¿Seguro que no retransmiten en diferido? —refunfuñó él.

—Da gracias si llegamos a verlo en directo.

Con los ojos entrecerrados, encendí el portátil y nos acomodamos en mi litera para probar los enlaces de la competición que había recopilado la tarde anterior. Solía ser así, las televisiones europeas no podían permitirse los desorbitados derechos de la FIG y la comunidad de aficionados difundía portales a través de los cuales visionar los eventos.

Para ese Grand Prix nos tocó hacer una inmersión en la cultura ucraniana y detestar a las comentaristas que no respetaban la norma más sagrada de una retransmisión: guardar silencio durante los ejercicios y compartir anécdotas o fallos en las repeticiones.

—Joder, tío, nos van a convalidar la carrera de Ingeniería Informática por esto —presumió Declan, leyendo sobre proxys para usar una IP de otro país y que la web cargase.

—Si no nos meten antes en la cárcel.

La imagen se congeló, lo cual era un avance. Refresqué la página y *voilà*, en ella apareció una gimnasta japonesa abrazada a su entrenadora. Examiné el orden de salida que me había enviado Lilia y conté las participantes que faltaban hasta que compitiera ella. Quince, entre las cuales intercalaron publicidad y un reportaje de niñas bailando con coronas de flores. Pero, como era de esperar, la calma no duró demasiado. Dos minutos después, la imagen se congeló de nuevo.

—Espera, hay una cuenta de Twitter que ha publicado un enlace para el que no se necesita ninguna extensión —informó Declan, rastreando el *hashtag* de la competición en redes sociales—. Hay un chico que está haciendo un *livestream* en Instagram. Las gimnastas parecen hormiguitas, pero es mejor que vivir sin saber qué pasará en el próximo segundo.

—¿Y lo dices ahora? ¿Después de habernos tragado anuncios de barbacoas ucranianas y un baile regional?

—Eh, no me confundas con el enemigo que capta las emisiones para que no puedas ver a tu novia. ¿Quieres una tila? Te noto tenso.

Ese era el gran drama al que se enfrentaban los apasionados de la rítmica, el patinaje o cualquier deporte minoritario cuya emisión no resultase rentable. Había que armarse de grandes dosis de paciencia, una buena conexión a internet y rezarle a algún dios para que la competición no se cortase mientras actuaba nuestra gimnasta preferida. No obstante, merecía la pena. Mi pecho se hinchaba de orgullo con Lilia y correspondía a los besos que me tiraba sentada en el *kiss&cry*. Y leía los comentarios de los fans en Facebook y Twitter, visionaba sus ejercicios en YouTube para mandárselos con los momentos que más me habían impactado, grababa en mi retina cada elemento de sus coreografías para dibujarlos más tarde y se los fotografiaba junto a la bandera de Irlanda, a modo de pancarta.

Y así con cada competición, una y otra vez.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Abril se tiñó de rosa y morado debido a la decoración de la Copa del Mundo de Pesaro, la competición que más disfruté esa temporada.

La delegación de Irlanda se hospedó en un hotel con vistas a la playa, y me bastó con intercambiar una mirada de soslayo con Eva para prometernos que no nos marcharíamos de Italia sin que las olas acariciasen nuestros pies.

En aquel viaje sumé primeras veces a las que ya había experimentado meses antes, como la extraña sensación de que alguien anuncie tu nombre por megafonía y los espectadores vitoreen, que los *flashes* de la zona mixta de prensa te persigan o que la fotografía de tu acreditación se proyecte en la inmensa pantalla del pabellón mientras ejecutas tus ejercicios. No me importó que los fans me tendieran sus cámaras para que los retratase junto a Eva y no me pidieran que grabase mis iniciales en sus banderas o pósteres del evento. Mi pulso acelerado no perseguía la fama, sino un sueño a largo plazo: la clasificación olímpica que le da oxígeno a cualquier atleta para entregarse a algo más grande que sí mismo. Para algunos, acababa de materializarme en un escenario reservado a los privilegiados; para quienes me conocían, en cambio, la ilusión bombeaba frenética con la finalidad de renovar esas energías que creía agotadas antes de formar parte de la selección.

La grada se deshacía en aplausos para el equipo italiano, pero se encontraba semivacía cuando el grupo C, en el que competía yo, salió al tapiz. Esa ausencia de público fue mi gran aliada para mantener la mente fría y conservar intacta mi burbuja de concentración hasta la posición final

de mis rutinas. Mis expresiones faciales reforzaron la narrativa que mis movimientos contaban. Terminé cada giro sin flaquear. Y disfruté.

Tras las rotaciones de aro y pelota, Golkova me citó en el pasillo del hotel para hablar conmigo.

—Pasa. —Abrió la puerta de la habitación que compartía con Bethany, la cual se marchó para que la seleccionadora y yo pudiésemos charlar con calma.

—¿He hecho algo mal? —musité.

—¿Hay algo que quieras confesar? —Me sostuvo la mirada.

Tragué saliva y negué antes de contestar.

—No, Daria.

—Ya veo.

Me invitó a sentarme en el sillón frente al pequeño escritorio de la estancia y me dio la espalda para abrir su armario. De él sacó una percha con un maillot de encaje lila de manga larga, con el cuello y la cintura repletos de pedrería cosida a mano.

—Has competido muy centrada hoy, estoy orgullosa de ti —afirmó antes de tenderme el diseño para que palpase la tela—. Deberías ir a entrenar con él si quieres estrenarlo mañana.

—¿Es para mí? —demandé con los ojos vidriosos; mis manos bailaban de emoción.

—Solo si me prometes que te clasificarás para la final de mazas.

—Lo intentaré.

—Nada de intentarlo —rectificó, sujetando aún la percha—. Mañana harás tu mejor entrenamiento, así esas personas que dudaban de tus cualidades para estar en la selección se morirán de envidia al buscarte en YouTube y descubrir que luchas por los primeros puestos.

Su alegato sugestionó mi faceta agonística y no pude más que asentir.

—Está bien. Lo haré.

—¿Harás el qué? —Enarcó una ceja.

—Me clasificaré para la final de mazas.

Mi cerebro no retuvo la réplica de Golkova, pero memorizó cada milímetro de la curva que dibujaron sus labios al escuchar mi promesa.

Esa tarde, pese a haber competido hasta el mediodía, regresé al pabellón para entrenar con el maillot nuevo y así asegurarme de que estaba cómoda y nada interfería en la coreografía que debía ejecutar. Presa de los nervios, apenas dormí dos horas esa noche y me costó mantener la concentración durante el calentamiento de la segunda jornada. Contra todo pronóstico, dominé la situación y clavé el ejercicio. El 23.900, la tercera nota más alta de esa jornada, me valió el pase para la final del domingo, y cada bocanada de aire notando el pellizco de la presión en mis entrañas mereció la pena.

Daria volvió a sonreír. Por mí.

Tras las finales, con el moño y el maquillaje aún puesto, Eva y yo tuvimos permiso para mimetizarnos entre el público y gozar de los conjuntos. Festejamos sus tres bronces y mi octavo puesto en mazas realizando una gala a dúo en la ceremonia de clausura. Me serví dos trozos de tarta en el banquete que celebró la organización y, como una auténtica fan, pedí autógrafos a gimnastas internacionales que llevaba años admirando. Bailé con Eva hasta que me dolieron los pies y, al día siguiente, nos escapamos del hotel de madrugada para remojarnos en la playa antes de que Bethany y Golkova se presentasen en nuestra habitación para cargar las maletas al autobús, rumbo al aeropuerto.

—Ven, vamos a hacernos una foto. —Saqué el móvil del bolsillo y nos enfoqué con el amanecer de fondo.

Eva hurgó en su chaqueta de la selección hasta dar con los bombones que el servicio del hotel había colocado sobre las almohadas y que ella había escondido con éxito antes de que la seleccionadora los requisase.

—¿Sabes que recordaremos esto durante el resto de nuestra vida? —Le sonrió al objetivo.

La brisa marina invitaba a bailar a su melena suelta y el azul del agua se reflejaba en sus ojos. No le pregunté si se refería a aquella cita deportiva en concreto o si hablaba en general. Tampoco hizo falta. Hoy sé que cada segundo que la gimnasia me dio o yo le di a ella se quedó conmigo para siempre, bajo la piel. Aunque en ocasiones intuyo que el cóctel de emociones y enseñanzas que me brindó el deporte le restó intensidad a la etapa que llegaría después, la real.

Querida Lilia:

¿Recuerdas el primer podio al que subimos de la mano? Fue una competición menor, un torneo amistoso que propuso la Federación Francesa para rodar los ejercicios de sus jovencísimas séniors, y al que invitó solo a Irlanda y a Alemania a participar para aumentar la motivación de su selección.

En ese evento descubriste que se puede llorar con una medalla de oro al cuello. De rabia e impotencia, sintiéndote derrotada al ensuciar tu trabajo con errores tontos.

Quisiste contener el llanto, apretaste los puños y clavaste la vista en el techo del pabellón para reprimir el escozor que amenazaba con quebrarte en público, ante fotógrafos y espectadores. Pero no funcionó y una lágrima, solo una, se derramó por tu mejilla derecha. Entonces reparaste en el grupo de niñas que te observaba con admiración desde las gradas y optaste por ser heroína en lugar de mártir.

Fallar y escuchar el himno de tu país es un castigo, aunque muchos se quejen en redes sociales, nos acusen de comprar a los jueces o pongan en entredicho cada nota que nos han dado a lo largo de nuestra carrera. Resulta curioso cómo un ejercicio puede manchar meses de sacrificio e ilusión. Un lanzamiento mal calculado en el que el aro rueda por el practicable y tú corres tras él sin asimilar que semejante debacle esté siendo retransmitida por televisión. Minuto y medio. Noventa segundos. A eso se reduce nuestra reputación. Una mano temblorosa que no sujeta el aparato con precisión y todo se va al traste.

Esa noche, al llegar al hotel, te derrumbaste. Golkova no te permitió realizar tu exhibición en la gala de clausura y tú, a modo de protesta, te negaste a asistir a la cena que la organización había preparado para las gimnastas. «No quiero bailes ni pastel, solo deseo retroceder unas horas y salir al tapiz centrada para desempeñar un buen papel», confesaste entre lágrimas.

Sustituí el vestido de la cena por el pijama y te acompañé en tu luto hasta que la alarma del móvil sonó a las seis y, sin haber pegado ojo, bajamos al hall del hotel para reunirnos con la delegación antes de poner rumbo al aeropuerto, de regreso a casa.

Los interrogantes ofensivos de un periodista que nos esperaba a las puertas de Laurden provocaron que te rompieras de nuevo. Sabías que buscaba titulares escabrosos con los que conseguir visitas en su revista digital, pero, aun así, te dolió. Estabas de acuerdo con su dictamen, creías que era cierto que habías conseguido un metal en ese torneo gracias a mí, permitiste que sembrase el germen de la duda en tu interior y que redujera un éxito colectivo a unas reglas que jugaron a tu favor sin que lo merecieras.

Te lo dije en su momento y quiero reiterarlo por escrito: formas parte del equipo cuando las cosas van bien y cuando van mal. Nadie, solo nosotras, presencié las jornadas de entrenamiento que se alargaban, los domingos libres en los que renunciábamos a perdernos por el centro de Dublín para puntuarnos la una a la otra, repitiendo enteros hasta que las deducciones eran mínimas. Competir en la modalidad individual no significa que seamos rivales. Por eso te quité el teléfono de la mano cuando marcaste el número de tu hermana, dispuesta a pedirle que te reservase un vuelo directo a Kinsale.

Estabas harta, para ti no merecía la pena seguir esforzándote y una cascada de lágrimas te impedía

vislumbrar tu sueño con claridad.

Pero me hiciste caso, dejaste reposar la decisión y, a la mañana siguiente, cambiaste de parecer al verme entrenar en el tapiz de al lado. «¿Vas a rendirte tan pronto?», te reté, reproduciendo fragmentos de tus coreografías para que percibieses la complejidad de aquellas composiciones sin menospreciarlas por el hecho de ejecutarlas tú. Y te gustó mi idea porque corriste a por tus aparatos con fuego en la mirada y me mostraste que la llama de la rítmica no se había apagado. Todavía no.

Si superaste lo inimaginable, ¿por qué debería ser distinto ahora?

No te rindas tan pronto, Lilia. Lucha, en el deporte y en la vida. Te quiere,

Eva

TROYE

Pasado

—Ayúdame —le pedí a Declan al salir de la ducha, meciendo dos combinaciones de ropa.

Los buenos resultados durante la temporada le valieron a Lilia una semana de vacaciones en julio, y me preparaba para nuestro encuentro en carne y hueso.

—¿Cómo van esos nervios? —preguntó él, señalando la percha de la izquierda, la que sostenía un conjunto de camiseta mostaza y vaqueros desgastados.

—Bien, no insistas.

Guardé la opción descartada en el armario y me vestí antes de rociarme con colonia.

—Tío, ¿necesitas que te cubra esta noche? —Bajó el tono, pese a estar solos en la habitación.

—¿Para qué?

—Para ver a tu chica —matizó con una sonrisa pícara.

—Hemos quedado a las cuatro.

Sus padres la habían recogido del aeropuerto para invitarla a un *brunch* sofisticado en las afueras. Me moría por verla y me fastidió que mi tentativa de protagonizar una escena de película en mitad de la terminal se truncase debido a las exigencias de Adelyn Girard. «Llevamos mucho sin estar a solas con Lilia, puedes pasarte por casa por la tarde», me sugirió tras contarle mi plan de recibimiento y flores.

En consecuencia, había buscado distracciones. Después de comunicarle a Dustin que no iba a coger la mañana libre, eché una mano en el

restaurante hasta las dos.

—¿Y va a alargarse la cita?

—No sé de qué hablas. —Me encogí de hombros.

—Hablo de que hace meses que no pasas una velada romántica con tu novia. La distancia, las hormonas y el deseo son un cóctel explosivo.

—Declan, no va a ocurrir nada —aseveré, atándome las zapatillas.

—Te he metido unos condones en la cartera, por si no ocurre nada, pero de repente queréis que ocurra.

—Idiota.

—Intruso.

Me acompañó hasta el Adler's Place, donde cogí la furgoneta azul pastel y desgasté el acelerador hasta el número 13 de Na Húllóird.

Aparqué, pero no bajé del vehículo. Le escribí un mensaje a Lilia y me vi en la obligación de tocar el claxon cuando, pasados treinta minutos, no salió nadie de la entrada principal.

Adelyn se asomó por una ventana y me envió toneladas de odio a través de una mirada gélida. No me achanté, la saludé con un cordial gesto de mano y le dediqué una sonrisa a Violet, que escrutaba la escena con curiosidad desde la segunda planta.

Lilia desfiló por el jardín vistiendo un top de tirantes malva y una falda pantalón cruda. Su inmensa sonrisa le restó protagonismo al sol.

—¿A quién le has robado la furgoneta? —bromeó al abrir la puerta y acomodarse en el asiento del copiloto.

No negaré la evidencia, Lilia estaba preciosa, pero, además, radiante, triunfal. Sus ojos avellana centelleaban aquella tarde dorada, y el remolino de emociones que contenía cada vez que nos veíamos a través de una pantalla me desbordó, provocándome una descarga.

El aroma a coco me obligó a soltar el volante, desabrocharme el cinturón para gozar de mayor libertad y rodearla hasta atraerla contra mi torso. Hundí las manos en su cabello liso y la besé lento para disfrutar de las sensaciones que se amplificaban agitándonos el pecho. Ella se enroscó a mi nuca y me hizo tiritar con el primer «Troye» sacado de sus entrañas. Ronco, casi un suspiro que se escapa al no poder aguantar más la

respiración. Me tragué su aliento y devoré sus labios incrementando la urgencia, sosteniéndole el rostro con la palma de la mano.

—Bienvenida a casa. —Recosté su frente contra la mía—. Te quiero. —Volví a besarla y perdimos la noción del tiempo entre caricias y mordiscos en el cuello.

—Yo también te quiero —contestó Lilia.

—Me alegra tanto que estés aquí... —La fuerza de la gravedad me empujó hacia su labio inferior. Lo atrapé suave con los dientes y tiré de él antes de recorrer su boca.

Habríamos seguido de no ser por los nudillos que golpearon la ventanilla. Adelyn nos juzgaba con pliegues en el entrecejo y las facciones rígidas. Me disculpé y puse el motor en marcha para desaparecer de su vista. A mi lado, Lilia dejó escapar una risita nerviosa.

—Respecto a la furgoneta —retomé la conversación mientras examinaba la figura de la señora Girard hacerse diminuta en el espejo retrovisor—, es del Adler's Place. La utilizo para las entregas a domicilio los fines de semana.

Ese verano me tomaba un descanso del Vintage By Brooks, y los dos meses que el señor Randy estaría de crucero con sus hijos me servían como pretexto para explorar otras opciones laborales en el pueblo.

—¿No acabarías más rápido caminando? Kinsale no es muy grande.

—Señorita, hemos ampliado nuestra clientela. Tenemos pedidos de todo Cork. Por cierto, ¿adónde te llevo? No me apetece que tu madre llame a la policía y me acuse de secuestro.

—Ya sabes adónde. —Sonrió—. A nuestro sitio secreto, aunque antes debo hacer una parada en el Didier.

Lilia bajó la ventanilla y asomó la cabeza para que la brisa cálida le hiciera cosquillas en la cara; reprimí las ganas de estacionar y dibujar su semblante relajado en mi cuaderno. Coloqué la mano derecha sobre su rodilla y entrelazamos nuestros dedos mientras dejábamos atrás el estallido de colores de las fachadas del pueblo.

Llegamos en cuarenta minutos, y los monosílabos del trayecto me indicaron que ese reencuentro la tensaba. Insistió en que nos quedásemos en la furgoneta un poco más.

—Todos te adoran. —Me incliné para darle un beso con el que relajarla —. Vamos.

Salí del automóvil y le abrí la puerta haciendo una reverencia. Ella accedió con recelo, permitiendo que la guiase con un brazo en su cintura.

—¡Es Lilia! ¡Es Lilia! —exclamó una cría al reconocer a mi novia en el vestíbulo.

En menos de unos segundos estuvimos rodeados por un cerco de pequeñas gimnastas que coreaban su nombre. Lilia repartió abrazos y se hizo fotografías con cada una de ellas, además de firmar pelotas, cintas, mazas, brazos y frentes.

—Gianna... —gimoteó Lilia antes de fundirse en un emotivo abrazo con su entrenadora de toda la vida.

—Has crecido tanto, Lils... —enfaticó ella, besando el pelo de su pupila —. Y has venido acompañada.

Se separaron y todos los ojos se posaron en mí. Sentí el rubor extendiéndose por mejillas y orejas.

—Soy Troye —me presenté.

—Te conozco. En el Didier no tenemos secretos, Lilia me ha hablado mucho de ti.

—¿Del macizo de mirada celeste y pecas irresistibles con el que se fugaba al faro por las noches? Por supuesto —intervino un muchacho de rizos castaños vestido con ropa de entrenamiento—. Soy Sawyer.

—Encantado. —Le estreché la mano.

—Yo más. Eres agradable de ver. De hecho, creo que me has curado el 0,25 de miopía del ojo derecho.

—Lilia, ¿te gustaría improvisar algo sencillo para las niñas? —propuso Gianna—. Nunca se pierden tus actuaciones y, si coinciden con horas de entreno, paramos para verte desde el móvil.

Ella dudó al principio, pero no se atrevió a declinar la oferta y salió al tapiz veinte minutos después, con una camiseta y unos *shorts* del club. Stella, que había colgado las punteras meses atrás, apareció vestida de calle y ocupó una esquina del banco junto a Sawyer. No me pasaron inadvertidas las miradas de fascinación que le procesaban en la distancia.

—Es tan bonita... Siempre lo ha sido —murmuró Stella, limpiándose las lágrimas.

—Qué suerte tuvimos al coincidir con ella —aseguró Sawyer.

Acompañada por *Smile*, de Chaplin, Lilia se desplazó llenando el tapiz con equilibrios, giros y saltos cuyo valor desconocía, pero poco importaba. Su simple presencia resultaba hipnótica, la contemplábamos expectantes, con el corazón en vilo mientras ella cogía una pelota blanca y la hacía rodar sobre el índice, la deslizaba suavemente por la moqueta y danzaba a su alrededor como si le estuviese dedicando al aparato cada latido que mecía su sangre.

—Fijaos en cómo alarga una extremidad y prolonga el movimiento con todo el cuerpo —comentaba flojito Gianna.

Ajena al vello que erizaba y a las lágrimas de admiración que bañaban los rostros de cada integrante de su antiguo club, Lilia se entregó a los últimos acordes. A su juicio fue una exhibición correcta, sin momentos estelares; no obstante, se me antojaba más fácil simpatizar con el criterio de esas jovencitas de ojos imparciales que la alababan antes que secundar el veredicto severo y minucioso de alguien que dilucidaba más errores conforme aumentaba su afán de aproximarse a la perfección.

Cuando la música se extinguió y Lilia se quedó congelada en una pose poética con la mano extendida hacia las alturas, sus fans invadieron el tapiz para darle un abrazo colectivo y colmarla de besos y achuchones.

—¡Eres increíble, la mejor gimnasta de Irlanda! —expuso una cría dando saltitos.

—Eva Ilinykh lo es —la corrigió ella, sonriendo—. A mí aún me queda un largo camino.

Detecté su mueca escéptica al escuchar a Gianna animarla con un «En el deporte no se trata de ganar siempre, Lilia, sino de ser mejor gimnasta que el día anterior».

Declinamos la propuesta de *pizza* y helado en el Didier para poner rumbo a ese refugio fantasma en el que hallar un hogar solo nuestro. Había oscurecido cuando atravesamos el sendero de hierba y árboles, y la quietud nocturna amplificaba cada sonido transformándolo en eco. Me empapé de cada detalle: del cosquilleo de las briznas más altas contra mis gemelos, del

ulular de las aves, la humedad de la costa resbalando por mi espalda y la taquicardia de regresar al pasado. A nuestra derecha, el mar erosionaba las rocas con el reflejo de la luna llena en su superficie, pero yo solo la observaba a ella. Al fin allí. Al fin a mi lado.

—La furgoneta nos acorta un buen trecho, aunque no me quejaría si tuviera que agarrarme a ti como en el pasado —confesé subiendo los escalones del faro con la mochila cargada al hombro.

—Sí, la bicicleta otorgaba ciertas ventajas —coincidió ella.

Avistamos las olas por la ventana antes de acomodarnos en una esquina e iniciar el ritual de besarnos hasta que nos doliesen los labios, además de servirle a Lilia de almohada para que el cansancio del viaje se diluyese. Más tarde, al despertar y encontrarse con un retrato a lápiz de su perfil, rescaté la tradición de dividir barritas de chocolate.

—Toma. —Partí un Twix derretido por la mitad.

—No, gracias. —Lilia arrugó la nariz—. No tengo hambre.

—Eh, no hemos comido nada.

—Si me como eso, no entraré en los maillots.

—No te quedan más competiciones este año, y todavía faltan meses para que empieces la temporada.

—No me apetece, de verdad. Sigo llena del *brunch* con mis padres. —Le dio un sorbo largo a la botella de agua.

—Está bien —accedí un tanto decepcionado, pero sin darle la relevancia que merecía, porque el pretexto de la élite justificaba cualquier cosa y yo no era nadie para modificar las reglas establecidas en su universo.

No tuve el valor de decirle a Lilia que la valía de una persona no se mide por los kilos que pierde, o que los números de una báscula deberían ser solo cifras, no una obsesión. A mí me gustaba sana, radiante y con una sonrisa, no mustia, apagada y de mal humor. Pero no estaba seguro de su reacción si afirmaba que cada vez que se mataba de hambre también mataba sus sueños. Así que acallé mi fuero interno ese verano, aunque quizá lo hice desde una perspectiva egoísta, la de asentir estando en desacuerdo para no propiciar una discusión que me privaría de pasar junto a ella los pocos días que estaría en Kinsale.

Y yo deseaba verla con gotas de agua en las pestañas tras tirarse en bomba en la piscina de los hermanos Rhodes.

Y enseñarle a conducir la furgoneta en un polígono sin tráfico para que nadie se asustase de sus lamentos cada vez que pasaba de segunda a punto muerto y el motor se apagaba.

Y plantarme en su puerta de improviso para dar un paseo de la mano en lugar de mandarle un mensaje a través del dichoso teléfono.

Y presentársela a Declan para que mis dos personas preferidas se conocieran.

Y desgastar nuestro «un millón de veces» en directo.

Y apoyarla, aunque eso supusiera ser testigo sordo y ciego de los sacrificios que ninguna adolescente debería hacer.

De madrugada, Lilia me dijo que el deporte era su oportunidad de despertar emociones en otros y rozar la inmortalidad con sus ejercicios. Suspiró, bajó el mentón un poco para impedirme ver las lágrimas que se derramaban por sus pómulos y se aclaró la garganta antes de añadir con voz trémula pero convincente: «Las medallas y los primeros puestos son secundarios. Quiero salir al tapiz y mostrar mi trabajo, hacer cada entero como en los entrenamientos. Y si alguien me recuerda, que no sea por llevar los montajes más difíciles o por tener un palmarés envidiable. Yo solo sueño con inspirar a alguien. Transmitir vale más que cualquier metal».

La calma nos envolvió como meses atrás y volvimos a ser dos aliados que se camuflan entre las sombras, convirtiendo el faro en nuestra fortaleza de complicidad. Nos besamos hasta perder el sentido, hasta que el cielo se tiñó de intimidad y nuestro silencio cedió la palabra a dedos intrépidos que exploraban cada centímetro de piel.

Nos prometimos muchas cosas entre el roce de nuestros labios, risas y miradas brillantes, y, sin embargo, lo que se me clavó en el pecho fue su sonrisa, distinta a la que le regalaba al público de los pabellones. Natural, duradera, honesta, tan espontánea como los gritos de rendición en mitad de una guerra de cosquillas. Esa sonrisa que emergió por primera vez entre sollozos, cuando ni siquiera nos habíamos presentado. Esa sonrisa que esbozaban las estrellas y los escaparates de floristerías con sus margaritas.

La sonrisa que eclipsó cada indicio de lo que estaba por venir.

No hay nada más peligroso que sustituir el presente con un ayer que no existe. Y es que, por mucho que me empeñase en que varios amaneceres en Kinsale, desde aquel faro, nos brindasen una regresión para recuperar los instantes que la rítmica nos había usurpado, no resultó posible. El tiempo pasa, pero también nos pasa y nos cambia. Madurar acarrea consecuencias.

Allí, con Lilia entre mis brazos y el efecto placebo contaminando el oxígeno, aún no era consciente de que nada se reanuda desde el segundo exacto en el que lo interrumpes. La vida es un cronómetro imposible de pausar; no da tregua ni consuelo. Y nosotros ya no éramos los mismos.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

Mis abuelos maternos llegan de Westport para pasar el fin de semana con nosotros y Adelyn va a buscarlos al aeropuerto mientras papá, Violet y yo le damos un último repaso a la casa.

Fregamos los platos y cubiertos del desayuno, limpiamos con un trapo húmedo cada superficie de madera o mármol, instalamos las camas supletorias en las que dormiremos para que los invitados descansen en la planta de arriba y escondemos los barreños de ropa sucia.

—¿Qué hora es? —pregunta mi padre subido a una silla, sacándole brillo a la lámpara que cuelga del techo del salón.

—¡Las doce y trece! —grita mi hermana desde el pasillo, aspirando la alfombra mientras actualiza sus redes sociales.

—Mierda —replica él exasperado—. Lilia, ¿puedes planchar mi camisa?

Asiento y contengo la risa al constatar que sigue intentando agradar a la abuela poniéndose la camisa de retales que le regaló hace cuatro Navidades y que ella misma cosió.

Daviana Walsh tiene un carácter peculiar y se enorgullece de representar a una generación de mujeres de otra época. Cuando veinte minutos más tarde atraviesa el umbral y nos escanea con su mirada avellana, aguantamos la respiración. Con ella, dar la talla equivale a complacerla mediante halagos, no rechistar si su opinión es contraria a la nuestra y mantener cada rincón de la casa impoluto. En una ocasión escuché decir a mi padre que llamaría a Sanidad para que hicieran una inspección y recogieran muestras con las que persuadirla de que nada de lo que toca aquí está contaminado.

—Qué bien huele la casa —canturrea Adelyn al depositar las maletas en el vestíbulo.

El pecho de mi padre se ensancha; a juzgar por la sonrisa comedida de mamá, ha cumplido con nota la tarea de ocuparse del hogar y conseguir que la abuela no insista en coger la escoba para barrer las hojas de la entrada.

Ayudo al abuelo a colocar la gabardina en el colgador y su habitual silencio me resulta reconfortante. Me estrecha entre sus brazos, musita un «Te echaba de menos, Lilia», y mis labios responden con una sonrisa. Daviana avanza en dirección a Violet y la examina con detenimiento.

—Estás preciosa, pero ¿esa falda no es un poco corta? —sopesa al estirar del elástico para que la tela baje de la cintura y se asiente en las caderas de mi hermana.

—No tengo frío —arremete ella.

«Tampoco decoro», debe de pensar mi abuela mientras frunce los labios en una mueca poco favorecedora.

—Ivan... —Se encamina hacia su próxima víctima. Halaga el aroma a detergente que emanan las prendas de mi padre y lo saluda con una palmada en la espalda antes de dirigirse a mí—. Lilia, me alegra que estés aquí.

Sé que se refiere al hecho de verme, porque si la élite me alejó de algo, fue de reunirnos en estos encuentros esporádicos. Aun así, noto el dolor del pellizco que me provoca su saludo.

—Yo también me alegro de estar aquí —miento.

—¿Por qué no te pones algo más femenino? No tienes que ir siempre con chándal y zapatillas. Esa etapa ha terminado.

Suspiro, aprieto los puños y trato de mantener la compostura para no ofenderla. Su hija lo percibe y parlotea por encima de la tensión que crisa el ambiente.

Tras despojarse del gorro que cubría su cabello blanco y meter los guantes en el bolso, Daviana es la primera en elegir sitio en el sofá. El abuelo George se sienta en un extremo con la expresión serena y una postura ligeramente inclinada hacia delante, invitándonos a dialogar. Todo en él parece una antítesis de mi abuela; desde su traje azabache, discreto al lado del vestido de girasoles de Daviana, hasta las gafas rectangulares que empequeñecen sus ojos azules, dos puntos diminutos comparados con la

intensidad que irradia su esposa bajo esas cejas puntiagudas que te juzgan constantemente.

—¿Comemos en el Adler's Place? —sugiere Adelyn después de ofrecerles un vermú.

—Jasmine siempre dice que es imposible conseguir mesa sin reserva —interviene Violet al detectar mi semblante sombrío. Enciende la pantalla del móvil y añade—: La carta del Dino's Sea tiene buena pinta y el comedor tarda en llenarse.

—Está decidido —anuncia mi padre yendo a por los abrigo.

Paseamos por las calles de Kinsale hasta Crowleys Quay, donde la pasarela empedrada que bordea el río Brandon nos guía hasta la inconfundible fachada de ladrillos del restaurante. Nos acomodamos en una mesa del interior cercana a la enorme pecera con productos frescos, y disfrutamos de las vistas al jardín a través de los cristales circulares que simulan ser ventanas de un barco.

Pedimos un menú de grupo de los más económicos, compuesto por sopa de marisco, langostinos tigre, mejillones, rape y ostras para compartir. A juzgar por las miradas que intercambian mis padres, estoy segura de que llevan meses ahorrando para impresionar este fin de semana.

Yo me dedico a revolver las cáscaras de los langostinos en el plato y los abuelos acaparan la atención hablando de los limoneros que han plantado en su terreno, de las novelas policíacas a las que él se ha aficionado y de las recetas tradicionales que ella aprendió de su madre y ahora pretende inculcarnos a Violet y a mí. Al volver a casa la convencemos de que estamos cansadas para encender el fuego y tomamos el postre, tarta de manzana con canela y jengibre de Juliette's Bakery.

Daviana se empeña en rescatar los viejos álbumes de fotos para amenizar la sobremesa y mamá la complace con un repertorio variado de competiciones en las que mi hermana y yo éramos dos muñecas flaquísimas que apenas recordaban sus ejercicios completos. Las imágenes se han descolorido por el paso del tiempo, y sobre ellas hay una tira de papel que especifica el evento y la posición en la que quedamos. Ninguno es relevante; por aquel entonces, reír y cantar en el tapiz era nuestro único objetivo.

—Ahora estás mejor, Lilia, más mujer —opina mi abuela al pasar las páginas—. Tan delgada parecías enferma.

Y no se da cuenta, cree que me está piropeando, pero un segundo pellizco me retuerce la carne hasta que subo al baño, saco la báscula y suspiro aliviada al constatar que el vaso de agua y los tres langostinos de la comida no han variado la cifra que anoté ayer antes de acostarme.

Es así hasta que se marchan, y lo continúa siendo cuando me encuentro sola y la gimnasia quiere volver a mí de algún modo. Pero estoy demasiado rota y gorda para regresar al deporte.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

La segunda temporada de Lilia en la élite comenzó con su nombre inscrito en la gran mayoría de listas nominales de World Cups y Grand Prix. Los seguidores de sus redes sociales aumentaron estratosféricamente y sus ejercicios en YouTube se encontraban entre los más vistos de las competiciones a las que asistía. La grada se estremecía con las historias que explicaba a través de sus coreografías y el tapiz se colmaba de peluches con cartas de apoyo que le lanzaba el público para mostrarle su cariño.

Ese año me percaté de que Lilia Girard era el astro más brillante en mitad de una constelación a la que Troye Barlow jamás lograría acceder. Yo competía en otra liga; la de los muchachos que estudian módulos, dejan su trabajo en el Vintage By Brooks para echar una mano en el Adler's Place y no se preocupan por mejorar su currículum porque creen en la utilidad de las personas, no en potenciar su vanidad.

Contra todo pronóstico, no deseaba una vida trepidante. Lilia, en cambio, aspiraba a más. Logros, reconocimiento, notoriedad. Cualquier ambición se le quedaba pequeña.

A ratos lo asumía y a ratos lo negaba, deseoso de que la joven con la que coincidí en un faro tiempo atrás volviera a necesitarme. No obstante, sabía que para que eso ocurriese haría falta que su universo se partiese en dos, como sucedió ese verano en el que nos hicimos amigos. Y no deseaba que las cosas le fuesen mal porque la quería, conocía el esfuerzo que ponía en su carrera y vislumbraba su talento, su entrega, los sacrificios que hacía para volar en aquella galaxia de las elegidas.

La quería libre, dedicándose a su pasión, feliz. Aun así, me costaba soltar su mano poco a poco y sentía que no la recuperaría con el abismo de objetivos y kilómetros interponiéndose entre nosotros. Ambos estábamos creciendo, pero en ecosistemas diferentes. Yo echaba raíces en Kinsale y Lilia aleteaba de ciudad en ciudad sin pertenecer a ningún sitio. ¿No equivalía eso a alejarnos?

Nuestras interacciones pasaron de correos diarios y conversaciones de quince minutos antes de dormir a un mensaje de texto cada dos días. «Lo siento, Troye... Estoy teniendo una semana de locos», empezaba un discurso que me aprendí de memoria y decantaba en Lilia narrando las arduas jornadas de entrenamiento o sus discrepancias con la seleccionadora. Me amoldaba a la situación y comprendía que sus horarios estaban medidos al milímetro, pero eso no hacía que me resultase menos doloroso saborearla fraccionada, con el foco de su atención puesto siempre en la rítmica.

Llegué a la conclusión de que, cuanto mejor era su gimnasia, más se resentía nuestra relación. Y me embargaba la impotencia al no poder abrazarla, la echaba de menos y me odiaba por no alegrarme de que estuviese brillando a expensas de las fisuras que eso nos generaba.

No solo quería una relación seria con Lilia, sino un vínculo sano en el que el amor no estuviera dirigido a una profesión o una meta, y que nos arropase también a nosotros.

LILIA

Pasado

Se convirtió en mi momento preferido del día, cuando salía del gimnasio con la sensación de haber realizado mi trabajo, me deshacía de las gomas que apresaban mi trenza en un moño y dejaba que la melena me cayera ondulada por la espalda. Y suspiraba de alivio al pensar en todo lo bueno que llegaría si cada entrenamiento era así: agotador, extenuante, una carrera sin límites rumbo a la perfección.

Otros instantes, en cambio, me asfixiaba y quería tirar la toalla. Había horas en las que estaba exhausta y solo ansiaba parar, salir como cualquier adolescente y no pensar en nada. Gritar un adiós tajante a los horarios, las competiciones, cesar la repetición constante de cuatro ejercicios que jamás me saldrían clavados. Pero la gimnasia y yo éramos una, no podía separarme de ella sin mutilar una parte de mí.

¿Mereció la pena? A veces no, en general sí. Sin embargo, la necesitaba como respirar. Si echo la vista atrás, no tengo ni un solo recuerdo que no esté relacionado con la rítmica.

Esa tarde, por el contrario, había sido de las que te dibujan una sonrisa. Acababa pronto al haber realizado los enteros sin caídas que Bethany exigía antes de la cita más importante previa al verano. Estábamos a finales de mayo y a la mañana siguiente partiríamos hacia Barcelona para disputar el Campeonato de Europa. Mi teléfono vibraba a cada segundo con mensajes de ánimo de mi familia, un texto motivacional de Gianna y audios interminables en los que Stella y Sawyer me deseaban lo mejor. «Guardaremos cada foto tuya que suban a las redes sociales y te montaremos un vídeo cutre con InShot», prometieron.

Me adelanté a Eva para ducharme y empecé a preparar la maleta que ella ya había hecho la noche anterior.

—No puedo moverme —protestó al entrar en la habitación, arrastrando los pies. Se desplomó en la cama y suspiró—. Me duele tanto la cadera que ni siquiera noto los nervios.

—Dijo la chica perfecta.

—El cosquilleo nunca desaparece. —Se descalzó para poner las piernas en alto y recostó los pies en la pared—. Y tú, ¿estás nerviosa?

—Bastante.

Rescaté la Osinova de peluche del escritorio y acaricié su maillot de flores moradas, idéntico al de mi ejercicio de aro. Le hice un hueco a la osita entre calentadores y punteras, y continué doblando tops de la selección con mi apellido en la espalda.

—Lo disimulas bien.

—La procesión va por dentro —admití.

—Va a ser un buen Europeo —vaticinó Eva con una sonrisa perezosa colándose por sus labios—. Llevaremos a Irlanda a lo más alto.

—Juntas —recalqué, mostrándole la pulsera de hilo rojo de la suerte que un aficionado nos había regalado en una competición y ambas lucíamos anudada a la muñeca.

—Juntas siempre.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

No vimos nada de la ciudad condal. El avión aterrizó en el Prat y un taxi fue a buscarnos al aeropuerto para dejarnos en la puerta del hotel en pleno centro de Barcelona. Desde allí, subimos al autobús de la organización rumbo al pabellón.

Golkova había decidido que Eva compitiese con cuatro aparatos; yo con aro, pelota y mazas; Katerina Sloan, la gimnasta más joven del equipo nacional que explotaba su carisma y contorsionismo extremo en cada rutina, se presentaría al mundo con la cinta. También nos acompañaba el conjunto júnior, cinco diamantes de condiciones formidables. No había margen de error para mí, si quería subir al podio y sumar una medalla histórica para Irlanda en la competición por equipos —donde contaba la suma de las notas de cada gimnasta del país—, tenía que clavar los ejercicios. Perfectos, sin titubeos ni invenciones.

Y estaba preparada para ello.

El azar, caprichoso, le jugó un revés a Irlanda en el sorteo del orden de salida y nos concedió abrir la competición, algo que tradicionalmente repercutía a la baja en las notas. Los jueces no se atrevían a dar puntuaciones desorbitadas al inicio, pues esperaban a que salieran al practicable grandes potencias como Rusia, Bielorrusia, Ucrania o Italia para medirnos contra ellas.

La noche antes del debut no conseguí dormir más de dos horas. La adrenalina fue mi gasolina para afrontar la jornada de competición al día siguiente; inmersa en mi burbuja, visioné cada elemento mientras calentaba con los auriculares puestos para que nada me importunase. Me apliqué laca

para fijar el moño, me maquillé acentuando los párpados y labios, y nuestra delegación salió del hotel sumida en un silencio sepulcral que ni Golkova, ni Bethany, ni Eva ni Katerina hicieron además de romper.

Lesiones, eternas sesiones de entrenamiento, sacrificios económicos, kilómetros que te separan de tu familia. Todos ellos se marchitaron en aquel pabellón turquesa vestido con el clamor de los aficionados, un arcoíris de banderas, periodistas ávidos de titulares impactantes, vallas publicitarias, *flashes* apoteósicos y esa moqueta inmensa en la que, además de competir, pretendía esbozar un sueño. Eso fue lo único en lo que pensé al subir el volumen de la música que brotaba de mis cascos, el sedante que anulaba los vítores de los asistentes antes de salir al lugar en el que mi vida se detenía mientras otros contaban los segundos.

Añoro el ritual de los minutos previos a mis actuaciones junto a Bethany. Sus manos me rodeaban la cintura en un abrazo cálido, yo cerraba los ojos para repetir una última vez el ejercicio mentalmente y expulsaba una bocanada de aire al finalizar. Sin errores, segura de que lo haría bien, ansiosa por iluminar el tapiz con la ilusión que vibraba en mí. Entonces Golkova me daba un beso en la nuca, ajustaba mi moño y me murmuraba: «Enseña lo que llevamos trabajando durante meses». Nunca se lo confesé, pero que hablase en plural me insuflaba confianza. Pertenecer a un equipo, lejos de parecerme una responsabilidad, se me antojaba el salvavidas que precisaba cuando las inseguridades gritaban que no era suficiente.

La expectación del público amortiguó la presentación del *speaker*. «Te toca, Lilia», confirmó Bethany. Respiré hondo, los nudos se desbarataron y mi sangre se tornó un elixir invencible con el que arañar corazones, crear magia con cada aparato y pulverizar los miedos. Podía escribir mi siguiente capítulo, uno en el que el nombre de Lilia Girard quedase arropado por las leyendas de quienes ya saborearon la gloria.

La grada temblaba, o quizá el seísmo provenía de mi interior, de ese trueno que se expandía activando músculos y reflejos conforme caminaba por la alfombra que conducía a un extremo del tapiz. Elevé la mirada al panel de jueces, les dediqué mi mejor cara de póquer y confié en que la rutina diaria estremecería a aquel polideportivo de Barcelona.

Empecé con el aro, un tango que destilaba garra, dramático y de acentos musicales secos, en el que la expresión facial era la clave para contar la trágica historia del ejercicio. Al ser el montaje con el que abría mi Europeo, Bethany me permitió estrenar el maillot rojo de cuello alto que habíamos reservado para el Mundial.

Con la pelota mostré mi versatilidad al ponerme en la piel de una bailarina de danza clásica enfundada en un diseño blanco con falda de tul transparente y cientos de cristales y perlas. Golkova había seleccionado un clásico: *El lago de los cisnes*. Pese a ser una de las interpretaciones más explotadas en la gimnasia, era el registro que más se asemejaba a mí, con movimientos delicados, gestos sutiles y un despliegue de elegancia.

Por último estaban las mazas, una composición épica empleando la banda sonora de *Gladiator* y un maillot plateado sobrio que simulaba una armadura de Swarovski en el torso. Todas ellas eran coreografías maduras y artísticas con las que resaltar mis virtudes; quedaba en mi mano demostrar mi progresión y agradecer la confianza que depositaban los técnicos otorgándome el puesto de segunda gimnasta del país.

Iba a conseguirlo, me había clasificado para ambas finales, me faltaba tan poco... Hasta que los coros de los espectadores me impidieron escuchar el pitido inicial del último ejercicio. Lo que debía ser un combate en el que me alzaría victoriosa con las mazas se transformó en una trinchera tras la que esconderme de la debacle que me alcanzó con ese giro en *penché* que protagonizaría mis pesadillas. Mi error fue mezclar ingredientes explosivos: una mala colocación, exceso de energía y la intención de completar cinco rotaciones que se quedaron en dos y media.

Estaba fuera de eje, consciente de que iba unos segundos por detrás de la música. Quise acelerar, ganarle la carrera al cronómetro para finalizar a tiempo e, inevitablemente, me caí. Tiré por tierra la posición de Irlanda en el *ranking* de los tres primeros puestos y me marché del pabellón cabizbaja, sin sonreír a la grada ni detenerme a firmar un autógrafo o hacerme una foto junto a las niñas que se agolpaban a la salida del complejo deportivo. Nada podía consolar mi pena, así que le escribí un mensaje a Eva para que no se preocupara y me permití ser humana en el autobús, de vuelta al centro.

Ocupé un asiento del fondo y, con la chaqueta de la selección cubriéndome el rostro, lloré durante todo el trayecto.

«Jamás pierdas la humildad, Lilia. Tu calidad como gimnasta es efímera, dura lo mismo que una ceremonia de medallas. Ocurre algo similar con los fallos, no definen quién eres ni lo que conseguirás en el futuro», me había dicho Gianna a los trece, tras ganar cuatro oros en un torneo de clubes y sentir que tocaba el cielo. Y en Barcelona, cuando mi pecho se contaminaba con ansiedad y mis pulmones no se oxigenaban, quise que esa humildad se aplicase tanto para el éxito como para el fracaso. Quise que la angustia se extinguiese, que fuera momentánea, que un instante de caos no desordenase mi plan de asistir a unos Juegos Olímpicos.

A mi llegada al hotel, pasadas las nueve de la noche, la seleccionadora me abordó en el pasillo.

—Si no sale en los entrenamientos, no saldrá en pista —clamó.

—Yo... Lo siento —me disculpé avergonzada, al borde del llanto.

—Oh, nada de lágrimas. —Golkova se tapó los ojos con teatralidad y resopló indignada—. Los errores no sirven si no aprendemos nada de ellos, y espero que saques una gran lección del día de hoy. ¿Qué te advertía en Laurden una y otra vez? «Lilia, no comiences el ejercicio desde el principio si fallas, lúchalo hasta el final para que en competición puedas seguirlo sin que se note, sin improvisar o quedarte parada mientras reaccionas». Y ¿qué hacías tú? Ignorar mis consejos. Rebelarte. Cuestionar mis métodos. ¿A cuántas estrellas has creado tú, Lilia? Dímelo, ¿a cuántas?

—A ninguna.

—¿A cuántas he creado yo?

—A muchas.

—Bien, espero que retengas esta obviedad en la cabeza y la recuerdes la próxima vez que se te ocurra contradecirme.

—Claro, Daria. —Bajé la vista al suelo y mi tono disminuyó hasta convertirse en un susurro—. Sé que es tarde, pero ¿podría examinarme la rodilla un médico? Empieza a dolerme, aunque no está inflamada.

—Lilia, a veces hay que sobreponerse al dolor. Forma parte de la carrera de todo deportista, ¿o acaso crees que existe una varita mágica que elimina el sobreesfuerzo de ocho horas diarias? Si duele, es que estás

haciendo las cosas bien. Trabajas y tu cuerpo lo nota. Los campeones se hacen a base de golpes.

Asentí, tragándome la impotencia con sus discursos sádicos.

—¿Qué vas a hacer para solucionar el desastre de hoy? —insistió, socavando en una herida que escocía—. Nos has avergonzado, Lilia, a mí, a Bethany, a los coreógrafos y a los fisios. A cada empleado de Laurden que os cuida para que solo tengáis una única preocupación: hacerlo bien en el tapiz.

—Prometo que competiré mejor en las finales por aparatos.

—No será necesario. Este ha sido tu último ejercicio en el Europeo.

—Si me das otra oportunidad...

—Te duele la rodilla, prefiero reservarte para el Mundial. Sería una pena que una contusión insignificante se agravase por no reposar unas horas.

Como si le importase mi salud, como si privarme de ganar una sola medalla no fuese un castigo. Me silenció con la amenaza implícita de no contar conmigo para el Mundial de Belfast, y supe que no estaba en condiciones de librar una batalla sin perder la guerra.

—No hemos acabado —agregó al verme avanzar hacia mi habitación—. Volvemos al pabellón, quiero ver diez repeticiones del ejercicio de mazas sin caídas. Ni tuyas ni del aparato —añadió con una sonrisa maliciosa—. Date prisa, hay un taxi esperándonos en la entrada del hotel.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

—Tu novia tiene suerte de tenerte. —Arlet se unió a nosotros en aquella tarde de viernes, a mediados de julio.

Estábamos en la cancha, yo tumbado en el suelo pintando una pancarta que iba a regalarle a Lilia en el Mundial de Belfast, Declan y Elijah turnándose para lanzar unas canastas y saltar del banco con el *skate*. Las temperaturas superaban los veintiocho grados y habíamos quedado allí para merendar polos de lima antes de remojarnos en la piscina de los Rhodes.

—Yo tengo suerte de tenerla a ella —repuse.

—¿De qué manera? ¿Una llamada de cinco minutos compensa? ¿Sirve para que le cuentes lo que te ocurre y cómo te sientes?

—Arlet, su vida es más interesante que la mía.

—Eso no es justo, Troye. No mereces estar con alguien que te haga sentir insignificante.

—Es una de mis especialidades. Lilia no tiene nada que ver con mi autoestima.

—Pues debería. Debería recordarte cada día lo increíble que eres.

—¿Cómo haces tú con Declan?

Suspiró y clavó la vista en el cielo despejado. Las nubes se desplazaban con lentitud creando la ilusoria sensación de movimiento.

—Es... complicado. —Se recogió el pelo en un moño.

—Tan complicado como abrir la boca y soltarle uno de tus discursos. Decirle que te encantan sus camisetas frikis y que solo te has tragado cada capítulo de *The Walking Dead* porque te gusta debatirlos con él.

—Rompería nuestra amistad.

—Quizá sí. U os daría una oportunidad de algo más.

—No te ofendas, Troye, pero eres un consejero amoroso bastante inexperto.

—Ya —coincidí, riendo—. Pásame otro pincel de la mochila, creo que he terminado las sombras.

Hurgó en mi mochila hasta dar con un estuche y me lo lanzó para que eligiera. Yo me puse de rodillas y alisé las esquinas del papel antes de aplicar los tonos de la bandera de Irlanda.

—Troye, las relaciones son un campo de minas. Puedes ligar con un desconocido, con un chico con el que no volverás a cruzarte o que no forme parte de tu círculo. Si la cosa sale mal, el ridículo y el rencor son breves. Pero con Declan... Es uno de mis pilares. —Se estiró de la camiseta de estampado étnico con dedos temblorosos—. Estaba con él cuando vaciamos la botella de vodka de mis padres y la mezclamos con zumo de naranja. Cuando se quedó a dormir en casa y lo grabé teniendo un sueño erótico con mi vecina Harriet. Una tarde incluso nos hicimos la cera juntos porque tenía curiosidad por saber su umbral del dolor. Y me fastidiaría muchísimo perderme el relato de su primera vez, no recibir una invitación a su boda y no llegar a ser la tía guay que malcría a sus hijos estirados y delgaduchos.

—¿Y si él siente lo mismo?

—Soy demasiado... todo para gustarle a alguien. Tajante, altiva, sincera y aguafiestas.

—La sinceridad no es mala —rebatí.

—Hay quienes no la soportan.

—Tu honestidad fue lo que más me gustó de ti, Arlet. El apoyo de Declan y los consejos de Elijah me consolaban unos segundos, pero lo que me obligaba a reflexionar y dar un paso al frente eran tus comentarios envueltos en guantes de boxeo.

—Soy una sargento sin remedio.

—Y has dirigido a este pelotón. Ahora te toca ceder las riendas y coger fuerzas.

—Lo haré si haces una cosita por mí —prometió con un mohín travieso.

—Me das miedo.

—Escucha, Troye, sé que quieres a Lilia y todo ese rollo empalagoso que os traéis, pero no puedes pausar tu vida para observar la de otra persona. Aunque estés pilladísimo hasta las trancas y la hayas subido a un pedestal. Ella tiene sus virtudes y tú las tuyas. Estoy cansada de que vagues de un lado a otro sin ponerte en el maldito centro del universo. Dibujas jodidamente bien, da rienda suelta a tu talento.

—Dibujar es un *hobby*.

—Y el baile también lo era antes de transformarse en mi terapia. Cuando estoy de mal humor, me encierro en mi cuarto y pongo la música a tope para evadirme brincando sobre la alfombra y el colchón. Sé que a ti te ocurre algo similar con un pincel entre los dedos. —Hizo una pausa—. No sé, no te estoy sugiriendo que alquiles una galería para exponer las intimidades que pintas, pero han abierto una escuela en el centro. Podrías apuntarte a alguna clase suelta para probar. Lo peor que puede pasar es que te aburras y pierdas una tarde que no iba a ser mucho más interesante encerrado en un faro.

—¿Vas a perseguirme con un alegato sobre las expectativas que tienes puestas en mí hasta que me inscriba en esa escuela?

—Mejor todavía, voy a ahorrarte el trámite. Tienes dos horas pagadas, considéralo tu regalo de cumpleaños o un préstamo que me cobraré con intereses por ser tu mecenas. —Sacó el móvil del bolso y puso una canción de R&B en el altavoz, las puntas de sus pies hicieron un ademán de moverse siguiendo la cadencia calmada de las notas—. Es una pancarta preciosa, a Lilia le encantará.

—Está pasando por unos meses complicados, quiero animarla, hacer algo especial.

—¿Acaso ir a verla al Mundial no es suficiente?

—No lo sé, a veces creo que nada de lo que hago lo es. —Me alejé del dibujo para examinarlo con mayor claridad.

—¿Y si le preparas una sorpresa romántica para celebrar el final de la temporada?

—Dame ideas.

—Pues reservas una habitación de hotel para estar los dos solos y vas a por ella al acabar la competición. Le dices que su familia la espera allí para

que no sospeche nada y cuando entre... ¡Sorpresa! Se encuentra las paredes empapeladas con diez, veinte, treinta pancartas como esta. No le regales flores, he visto las entregas de medallas de esos eventos y siempre les dan un ramo. Mejor pide que os suban la comida, una buena hamburguesa con patatas o un *coulant* de chocolate que se deshaga al hincarle la cuchara... Pones vuestras canciones de fondo y puedes imaginarte lo que sucederá después.

«Volvería a verla feliz, volvería a ser la Lilia de antes».

—Tendré que entregar muchos encargos a domicilio en el Adler's Place para que me alcancen las propinas.

—¿Eso significa que vas a hacerme caso? —preguntó Arlet, entusiasmada.

—Me temo que sí.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

«Las gimnastas estamos hechas de hierro».

«El dolor es psicológico».

«Sonríe, nadie quiere saber lo que cuesta subir a lo más alto, solo desean verte volar. Finge que al aterrizar tras los saltos no sientes un calambre que se extiende por la pierna hasta la punta de tus dedos».

«Sé fuerte, Lilia, la élite es para los campeones que se sobreponen a cada lesión».

Eso fue lo que me repetí en las siguientes citas deportivas, al competir vendada e infiltrada, rota por dentro. Bloqueé cualquier distracción, así que me prometí no responder a los comentarios en redes sociales y silencié el chat de WhatsApp del Didier, ese al que apenas entraba últimamente porque de nada servía leer consejos o mensajes de ánimo de quienes no me comprendían.

Reduje las horas en sala, pero traté de implicarme más, sacarle el máximo partido a cada segundo y entender que las ambiciones de mi cabeza y las limitaciones del cuerpo eran una balanza que debía equilibrar.

Necesité ayuda psicológica para controlar la ansiedad y asumir que no era invencible, que la edad de un deportista de élite equivale al doble de la de cualquier persona corriente.

Quería entregarme por completo, prolongar mi mejor pico de forma durante toda la temporada y no parar de entrenar hasta haber demostrado que merecía ese puesto que algunos aficionados empezaban a cuestionar. Pero mis articulaciones y huesos no entendían de resultados inmediatos ni autoestima, tampoco de reputación. Ellos solo mandaban señales para que

dosificase mi energía en una carrera de largo recorrido. Supongo que, en esa etapa oscura, Lilia Girard fue su peor enemiga.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Aquel verano antes del Mundial supuso una mancha en mi carrera deportiva.

Era capaz de sobreponerme a los obstáculos físicos y competir con una pierna maltrecha, pero el aspecto psicológico me superaba. El mínimo fallo me hacía sentir insegura, y mi carácter perfeccionista me condenaba justo a lo opuesto.

Durante los entrenamientos lo tenía todo bajo control y, en un pestañeo, anunciaban mi nombre, escuchaba los vítores del público y mi alrededor se nublaba. Llegué a experimentar ataques de pánico mientras ejecutaba los ejercicios. «Tu cerebro trata de bloquear experiencias traumáticas para evitar situaciones de estrés», dijeron los psicólogos. Yo no lo asimilaba, tampoco me importaba, lo más alarmante era que salía al practicable e improvisaba.

Representar a un país conlleva una responsabilidad inmensa. Un gran número de personas se fijan en ti y optan por formar parte de ese ejército de fans acérrimos que te defenderá a capa y espada o, por el contrario, deciden que tu técnica, manejos, el estilo de tus ejercicios o incluso tu maquillaje no les convence. Los gustos son subjetivos y no hay nada que puedas hacer. Aun así, lo quieras o no, lucir una bandera cosida al maillot te sitúa en el ojo del huracán.

Era injusto, o así lo veía yo en su momento. Todos tenían la libertad de opinar; que si estaba descentrada, que si no merecía mi plaza en la selección... Hubo especulaciones acerca de cómo había entrado y algunos se aventuraron a teorizar con la cifra que mi madre había pagado para que

Golkova me admitiera en Laurden. Otros buscaron imágenes de Troye y achacaron mis fallos a la falta de motivación, tildándome de niña indecisa y malcriada que solo perseguía una fama efímera con la que vivir eternamente. «No tardará en retirarse, los contratos con marcas y el dinero fácil de los patrocinadores atraen más que entrenar tantas horas diarias».

Al principio no comprendía el porqué de tal ensañamiento conmigo. Quizá se debía a que procedía de un seno humilde, a que no poseía contactos ni el Didier era un club puntero. Más tarde, me atribuí toda la culpa. Seguramente no era tan buena como Gianna me había reiterado a lo largo de los años, no era buena en absoluto y Golkova solo me invitó a Dublín porque no había ninguna otra gimnasta disponible por aquel entonces. Mi cabeza albergaba más sombras que luces y cada hilo de confianza se rompía hasta dejarme indefensa y desbaratada.

«Los cargos vienen con sus cargas», solía decir papá. No obstante, aquel acoso y derribo me desestabilizaba todavía más. Comencé a fijarme en el número de *likes* de cada foto que subía a Instagram, escrutaba la sección de comentarios aguantando la respiración y mi pulso estallaba si detectaba el más mínimo ápice de acritud.

¿Qué podía hacer al respecto? Nada. Nada en absoluto, excepto callar. Morderme las uñas cuando leía mentiras, respirar hondo para sosegarme antes de que la curiosidad me empujase a la siguiente página de un foro en el que usuarios anónimos se creían con el derecho de vender una historia que no conocían, mezclando datos verídicos con tintes de ficción, transformándome en una caricatura de la cual mofarse. «El dinero de su beca sale de mis impuestos, tengo derecho a quejarme si su rendimiento no es el adecuado», era el discurso en el que se amparaba la mayoría. Y si alguien me defendía apelando a la falta de humanidad en publicaciones que solo pretendían generar debate sin una pizca de sensibilidad, los más avisados contestaban: «Si Lilia no quiere ver esto, que no entre en internet».

Pero lo hacía; no porque quisiera, sino porque una parte de mí se guiaba por la necesidad de reafirmar mi valía con el criterio de alguien externo que no fueran mis entrenadoras o mi familia. Y no lo conseguía. Las críticas me destrozaban hasta tal punto que asumía las palabras de la pantalla y mi

cerebro me sugestionaba para que sonasen reales. Por la noche, acostada en la cama sin poder conciliar el sueño, mis ecos mentales las repetían.

No merecía estar en Laurden.

Iba a pasar a la historia como la gimnasta individual que más había fallado representando a Irlanda.

Si no competía bien en la siguiente cita, era probable que no volviesen a sacarme internacionalmente.

Perdería mi oportunidad de luchar por unos Juegos.

Defraudaría a las generaciones que me tenían como ejemplo.

Regresaría a Kinsale como una perdedora.

Estaba volviéndome loca.

A menudo sentía que mi deber era dejar de disfrutar de lo que más amaba para convertirme en lo que la gente exigía. Una máquina sin sentimientos programada para ganar. A cualquier precio. Lilia Girard había desaparecido; de ella solo quedaban su palmarés y ese corazón pisoteado que debía arrancarse si deseaba perseguir la estela del olimpismo.

Supongo que, debido a las críticas, en ese momento de mi carrera comprendí la diferencia entre devoción y obligación. Los eventos sacaban lo peor de mí y de nada servían las horas extras entrenando de sol a sol; al entrar en el practicable de cualquier competición, creía desfallecer. Eso se traducía en extremidades agarrotadas, un puño estrujándome el estómago y ataques de ansiedad que me envolvían en una neblina opaca. Cada aplauso iniciaba un terremoto bajo mis pies hasta provocarme un zumbido en los oídos. Los focos me ocasionaban fatiga. Y el escrutinio de los aficionados se me antojaba aterrador. Sus ojos pasaron de admirarme a juzgarme, diseccionando cada nimiedad que justificaba mis notas discretas o el hecho de que, aunque aumentara la dificultad o innovase con las coreografías, jamás alcanzaría a rozar un metal con la punta de los dedos.

Mirar a la grada me causaba verdadero pavor, más que clavar la vista en los jueces para transmitirles entereza o expresar las emociones de mis ejercicios. El público era soez, obstinado y bramaba una y otra vez la retahíla de improperios que los anónimos habían escrito sobre mí. Ya no distinguía mi silueta en el espejo, tampoco mi sonrisa ingenua o el brillo de la ambición en mis pupilas.

Me buscaba rumbo a la perfección, pero solo hallaba hilos de humo
donde tiempo atrás brillaban constelaciones de sueños.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Sospechábamos que aquel Mundial sería una cita especial, sin precedentes, pero ni Eva ni yo auguramos su magnitud.

Competir en tu casa es una sensación inigualable, y Belfast nos acogió vistiendo las paradas de autobús con pósteres de la selección, emitiendo anuncios promocionales del evento en *prime time* y alojándonos en la *suite* más selecta del Royal Walfrad Hotel. De la noche a la mañana nos convertimos en las estrellas del país, unas heroínas que disfrazaban la exigencia y la presión mediática con entereza y coraje.

De entre las jóvenes promesas y las veteranas que realizarían exhibiciones en la gala de clausura, Eva y yo despuntábamos como las protagonistas indiscutibles. La rubia era el rostro visible del equipo, la gimnasta que había conseguido un oro y tres platas en las finales por aparatos del Europeo de Barcelona. Yo pretendía redimirme disputando la final individual de las veinticuatro mejores, y para ello había trabajado optimizando las horas, compaginando las sesiones en el tapiz con ayuda del psicólogo de Laurden.

La cercanía del evento propició que mi familia y Troye viajasen en coche desde Kinsale para verme en directo, aunque no podría hablar con ellos hasta concluir mi participación en Belfast. «No te distraigas, el objetivo es ser regular y no bajar la guardia», me había advertido Bethany. Pronto deduje que sería una tarea ardua.

—Este público está más eufórico que el de los Juegos —remarcó Eva después de que en el entrenamiento de esa tarde nos hubieran hecho la ola, colmado de regalos y forrado las barandillas con carteles de ánimo.

—No sé cómo escucharemos la música.

—Ni lo pienses, Lilia. Focalízate en lo positivo.

—Para ti es fácil, reina de oro. Yo soy una endeble.

—Llevo repitiéndotelo desde que llegaste a Laurden, las emociones son tu punto fuerte.

En esa ocasión sí competiría con los cuatro aparatos, por lo que debía concentrarme al máximo para que los muros mentales que me aislaban del exterior no se desmoronasen durante la semana en la que se prolongaría la cita. Era preciso que me despojase de las dudas, los celos y juicios de valor para entrar al tapiz pisando fuerte, con mentalidad optimista, convencida de que el destello de excelencia que perseguía constantemente en Dublín me abrigaría también en Belfast.

El lunes salí al practicable con el afán de clasificarme para la final individual de las veinticuatro mejores. Realicé un aro impecable, completando cinco giros en *penché* limpios y personificando ese tango pasional e hipnótico. El martes, tras la rotación de pelota, ocupaba el vigésimo segundo puesto y las redes ardían alabando el dramatismo que Golkova le había añadido a *El lago de los cisnes*, el cual dejó sin aliento a los presentes con un cambio de blanco a negro de mi falda en el momento más álgido de la música.

Mi debut en el Mundial fue un sueño en el que el calor de los asistentes anestesió las molestias de la rodilla y el insomnio producido por la ansiedad, y adormeció esa espalda que no soportaba las constantes torsiones a las que la sometía.

Me clasifiqué con la octava nota para la final de aro del martes por la tarde, donde superé mi puntuación con una décima y acabé en un meritorio séptimo puesto. Eva, que bordó cada elemento y se creció ante la presencia de sus padres, brillaría en todas las finales y se colaría en el top cinco de la élite internacional, ese grupo de privilegiadas con mejor cómputo general que optaría al podio el viernes. El orden de salida me impidió ver sus ejercicios, pero no me privó de correr a abrazarla y susurrarle nuestro «juntas siempre» antes de que el *speaker* anunciase su nombre.

El rugido de los espectadores me arropaba desde que salía al tapiz hasta que esperaba mi nota en el *kiss&cry*. Yo, en agradecimiento, le dedicaba

una reverencia a la masa verde, blanca y naranja que ondeaba en las gradas, aunque mis besos se los llevase un chico de ojos celestes que agitaba una pancarta pintada con óleos en la que se escenificaba mi pose final de cinta.

Al concluir la segunda jornada, el deseo fue más fuerte que la voluntad y me salté las estrictas órdenes de Golkova de no hablar con nadie hasta que la competición terminase. Quedé con mi familia y con Troye en un pasillo desierto de la última planta del hotel.

—Eres una pasada. —Violet me dio un abrazo—. Gianna te manda saludos, pone tus vídeos en el Didier como ejemplo. ¿Te lo puedes creer?

—Estamos muy orgullosos de ti, pequeña —me felicitó papá.

—Cariño, nos enamoras —opinó mi madre—. Las notas de Eva son un chiste, tú deberías ser la primera gimnasta... Llenas el tapiz con carácter y arriesgas más, los jueces están ciegos.

—Eva es impresionante, mamá, y trabaja durísimo. Se merece cada cosa buena que le suceda —objeté.

—Pero tú...

—Yo también me esfuerzo, y eso no le resta mérito a Eva —zanjé la cuestión.

—Me muero de hambre, ¿y si vamos a por algo a la cafetería? —propuso Violet en una tentativa poco disimulada de darnos privacidad a Troye y a mí.

—Hay tortitas de arroz en la maleta —contestó mi madre.

—Te acompaño, hija. —Mi padre apoyó la propuesta de Violet—. Adelyn, los chicos quieren estar solos.

El primer «Te quiero» salió de los labios de Troye cuando mi familia doblaba la esquina. Mi «Y yo a ti» quedó ahogado por la urgencia de sus besos.

—Te echo de menos, Lilia. Llevo tanto echándote de menos que no recuerdo lo que es estar juntos. No me creo que seas real.

—Lo soy —reí. Su boca se perdió en la mía hasta que la alarma del móvil nos interrumpió—. Tengo que irme, Troye.

—Suerte mañana —musitó con los labios hinchados, casi sin aliento—, aunque no la necesites.

—Gracias. Hay una sorpresa que te gustará. —Le guiñé un ojo y desaparecí sin desvelar el enigma.

El miércoles sumé la nota de mazas a la clasificación general y, pese a ser discreta y quedar como primera reserva en esa final, no perdí la esperanza de remontar en el *all around* con la cinta. Solo estrené un maillot en ese Mundial, mi favorito, el celeste con margaritas que me hacían pensar en el color de los ojos de Troye y en sus besos. Fue con el último ejercicio, al son de ese vals dulce que me otorgaría el pase a la final de las veinticuatro mejores gimnastas.

Y en un minuto y medio, lo torcí todo.

Me situé en el centro del tapiz, cubriéndome los ojos con el antebrazo. El tumulto de la grada vibraba en mi interior. Primer giro con la pierna flexionada, rodamientos de la varilla por el brazo, dorsal, coger aire para expresar durante los pasos de danza, cuidando la amplitud y los hombros para que la cinta no se me pegase al cuerpo, lanzamiento en paloma ayudándome del empeine para elevar la tela, un riesgo, la secuencia de *jeté en tournant*... Estaba realizando la mejor cinta de la temporada, hasta que detecté un nudo en la cola y me detuve para deshacerlo. Mis dedos temblaban, la escena se difuminó y solo oí un «ohhh» que se me clavó en el alma. No erizaba el vello con mis maestrías ni congelaba el tiempo con mi elegancia. Solo causaba pena. Bloqueada ante el inesperado fallo, lancé el aparato fuera de la línea roja y cogí el de reemplazo.

Luché los saltos.

Mantuve la sonrisa.

La pierna a noventa grados en el *attitude*.

Aunque mis ilusiones se fragmentaban.

Esperé sola la nota, bañada por el cariño de niñas con la bandera de Irlanda en sus mejillas, la mirada acuosa y la garganta desgarrada de tanto corear mi apellido. Ni Bethany ni Golkova se acercaron a mí cuando fui al vestuario a ponerme el chándal sobre el maillot. Sus gestos de indiferencia me dolieron, pero los comprendí; yo no había hecho un buen trabajo y Eva

sí, así que ella era la merecedora de abrazos, besos y consejos para afrontar los siguientes días.

Para mí, todo había acabado.

—Lilia —me llamó Troye desde una esquina tras colarse en la zona reservada para atletas y delegaciones.

El azul de sus ojos resaltaba con la camiseta de algodón del mismo color, pero, lejos de hundirme en ellos, quise esquivarlos. Me recordaban a la tela que escondía bajo mi sudadera, a la humillación que habían atestiguado los aficionados en el polideportivo o desde las televisiones de sus casas. Troye, por el contrario, parecía estar preso en una realidad paralela. Llevaba la pancarta en las manos y lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola —respondí con desgana, me apetecía estar sola.

—Felicidades, has hecho una competición increíble.

Mi corazón se aceleró.

—He fallado —mascullé.

—Solo un pequeño error, pero tus ejercicios son una pasada. ¿Has oído cómo gritaban tus padres y Violet? Nos has puesto en pie, ha sido tan emocionante...

—¿Solo un pequeño error? He fastidiado el ejercicio entero, he perdido el pase a la final individual por ese nudo.

—Lo has solucionado rápido y has seguido como si nada.

—Me he desplazado, he interrumpido el ritmo de la coreografía, he cogido la cinta de reemplazo y he terminado tres segundos tarde, ¿sabes lo que eso penaliza?

Negó. Por supuesto que no, él no sabía nada de mi mundo. Y aquella tarde tampoco de mí.

—Lilia, habrá más Mundiales. Te has abierto camino, la FIG ha subido una entrevista tuya a internet y te ha etiquetado en varios *stories*. Los fans te adoran, hay un grupo de crías esperándote a la salida para hacerse fotos contigo. Tu hermana ha llorado de emoción y tus padres han grabado todos tus ejercicios, seguro que los estarán viendo por enésima vez en la habitación del hotel. Y yo... Yo he cruzado los dedos por ti y no he respirado durante cada minuto y medio. Incluso he deseado que alguna de

tus rivales la liase lo justo para que tus notas fueran más altas. —Rio—. Te queremos incondicionalmente. Un fallo no anula lo que despiertas en nosotros.

—No lo entiendes, ya fallé en el Europeo. ¡No podía permitirme más errores! —chillé, despojándome de la frustración.

—Escucha, Lilia, tienes que tranquilizarte. —Me puso las manos en los hombros y yo me zafé de su contacto.

—¿Tranquilizarme? —Lloriqueé—. La he cagado, he avergonzado al equipo.

—Estás exagerando, la gente es consciente de lo que te esfuerzas, comprenden que los fallos son humanos.

—Yo no soy humana, soy gimnasta. Solo debía hacer una cosa bien, mostrar el trabajo diario, y lo he ensuciado todo.

—Lilia, vamos a cenar, tus padres nos esperan en el hotel.

Pero la inquietud que palpitaba en mí era superior y solo conocía una manera de sosegarla. Quedándome en el pabellón, repitiendo el ejercicio hasta que saliera perfecto y ya no me sintiera mal.

—Tengo que entrenar —rebatí con sequedad.

—¿Ahora? —Troye me miró, pero en esa ocasión no vio a la chica del faro o a la chica de sus pancartas. Vio al monstruo de la ambición, al temor a no clasificarme para unos Juegos, el «cada elección que tome será en beneficio de mi carrera».

—Ahora —confirmé.

—Lilia, has tenido una preparación muy bestia para este Mundial y has acudido a cada competición en verano. Mereces un descanso, tu rodilla se lo merece.

Una de las cosas que antes me había atraído de Troye —que no formase parte del ámbito de la gimnasia— se me antojó un defecto ineludible.

—No lo entiendes, cada fallo es una cerilla que prende, y si no la extingo entrenando, ardo. Tengo que solucionar lo que he hecho hoy en el tapiz.

Hablaba como una adicta, ebria de las enseñanzas extremas de Golkova, maniática del control. Él lo advirtió, yo no.

—Estás obsesionada —cuchicheó, y solo bastaron esas dos palabras para que las llamas se propagasen por mis entrañas. Troye no merecía tenerme a su lado, mi tiempo valía oro y no podía desperdiciarlo con alguien que desprestigiase así mis sueños, que los degradase a trastorno y demencia—. Ven, cenar con nosotros te ayudará a desconectar.

Pero ni había un nosotros ni anhelaba superar lo sucedido ese día. El único modo de resarcirme era la perfección. Ya no lo necesitaba; ni a él ni a Stella, Sawyer o Violet. Solo a una versión mejor de mí misma.

—Esto no funciona —solté—. La distancia, que cada uno tenga visiones distintas...

—¿Qué quieres decir con visiones distintas?

—Yo estoy dispuesta a sacrificarme por algo en lo que creo, pero tú... ¿Qué planes tienes? ¿Qué te gusta? ¿Qué vas a hacer el año que viene? Vives anclado en el pasado, no compartimos la misma filosofía.

—¿La de anularnos para conseguir un objetivo? ¿La de renegar de quienes somos y permitir que nos moldeen porque de otra forma no nos aceptarían? No, Lilia, no comparto nada de eso.

El silencio nos envolvió, pero ya no era esa ausencia de sonido en calma que nos unía años atrás. Era ruido, un grito desgarrador que clamaba que no merecía la pena caer en una red de reproches.

—¿No vas a contestar? —insistió con el semblante crispado.

—Prefiero callar, Troye. Soltar una retahíla de verdades solo nos hará más daño.

—Intercambiar opiniones nos servirá para solucionarlo —arremetió, arrugando la pancarta hasta que no reconocí mi silueta sobre el papel.

—No hay nada que solucionar —atajé—. Hemos terminado. Lo hicimos cuando me marché de Kinsale.

—¿Hemos terminado? —preguntó, incrédulo.

—La gimnasia y tú sois polos opuestos. Si tengo que elegir, siempre será a ella, mi primer amor.

Querida Lilia:

Lo más difícil de todo no es continuar el ejercicio tras un error, temprar los nervios y tragarte cada latido acelerado para reconectar con la música y luchar los elementos que te quedan.

No, lo más complicado llega después, cuando la música finaliza y quieres tirar el aparato con rabia contra el tapiz, llorar de impotencia y esquivar la mirada de quienes te apoyan desde la grada. Te sientes mal por ellos, por las horas de repeticiones junto a tu entrenadora, por cada persona que te ha ayudado a llegar donde estás y a la que has fallado. Fisios, psicólogos, coreógrafos, nutricionistas, modistas, tu familia, tus compañeras de entrenamiento...

Eso es lo más difícil, cargar con tanto peso y obligarte a sonreír. Lanzar un beso al aire, recoger el aparato y despedirte de los jueces. Cuesta perdonarte, Lilia, pero debes hacerlo. Somos humanas, aunque tendamos a olvidarlo. Recuerda a esa niña que se enamoró de la gimnasia sin pretensiones, cierra los ojos y piensa en qué le dirías.

«Cada pequeño paso te conducirá a ese lugar con el que, ahora, ni siquiera sueñas».

«Aprenderás más de los fallos que de aquello que no te supone esfuerzo».

«No te conformes; nadie crece sin ambiciones y nadie gana sin desear lo imposible».

Sigue adelante, Lilia. Quedarte en el mismo sitio sin modificar el presente es peor que caminar hacia atrás. Perdonarse es avanzar.

Te quiere,

Eva

OceanofPDF.com

62

TROYE

Pasado

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: Lilia, por favor, respóndeme

Lilia, sé que estás enfadada, y tienes todo el derecho del mundo, pero han pasado dos semanas y no tengo noticias tuyas. Joder, solo quería ayudarte. Quiero ayudarte, en presente. Por favor, cógeme el teléfono, vamos a hablarlo, solucionaremos las cosas.

Te quiero y te echo de menos,

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Intuyo que vas a seguir ignorando mis llamadas... Será mejor que me explique por aquí, por si me lees y sirve de algo.

No tienes que elegir entre la gimnasia y yo, Lilia, puedes tenernos a ambos. Pero para eso, deberíamos mantener una conversación seria y no evadir los problemas como llevamos haciendo desde que te marchaste a Dublín, por miedo a que

una discusión nos haga más mal que bien. Creo que lo principal para alcanzar un entendimiento es ponernos en el lugar del otro, por injusta que nos parezca una actitud contraria a la nuestra.

Sé que estás sometida a una presión muy grande, lo sé porque me lo has contado y lo he visto en redes sociales y foros, pero no porque lo haya experimentado, así que comprende que mis consejos sobre despejarte, salir y dedicarnos tiempo a tu familia y a mí me resulten razonables. Es lo que trato de hacer cuando, por ejemplo, suspendo un examen. Me distraigo con mis amigos y desconecto para que una sola cosa no anule todo lo bueno que pueda pasarme. No me sirve el «Soy gimnasta las veinticuatro horas», supongo que algún día te darás cuenta de que detenerte a reponer fuerzas ayuda.

También sé que menospreciar a tu entorno por no pertenecer a ese universo de élite en el que te mueves es egoísta. En ocasiones me da la impresión de que no estoy a la altura. Puede que sea una apreciación personal, pero ya no soy yo estando contigo. Mido mis palabras, trato de sonar maduro, de darte el consejo apropiado para que no resoples, te hundas más o me cuelgues enfadada. Tus cambios de humor me afectan y marco tu número con pánico a que me conteste una desconocida que solo se parece físicamente a ti y tiene tu voz. Hay noches en las que no consigo dormir y medito sobre ello, me odio por no ser un novio con la respuesta idónea para cada situación y llego a la conclusión de que he fracasado persiguiendo una estrella en el cielo.

Me asusta, lo reconozco, y estoy dispuesto a averiguar cómo solucionarlo, aunque tu silencio me cause impotencia. Nunca te he confesado que hay anécdotas sin relevancia que me guardo para dejarte hablar, porque tú siempre estás unos escalones más arriba. ¿Cómo voy a comparar una tarde repartiendo comida a domicilio con entrenamientos de ocho o nueve horas? Es absurdo. Y sí, son decisiones que tomo yo,

aunque quizá, si hablásemos con mayor frecuencia, podría permitirme el lujo de «perder algo de tiempo» compartiendo estupideces.

Necesito que entiendas que mi intención diciéndote esto no es culparte de nada ni atacarte, pero, si te soy sincero, me he sentido «abandonado» durante los últimos meses. Ahora que ya estás al corriente de lo que resuena en mi cabeza, aquí va lo que percibo sobre ti: tienes pavor a los fallos hasta el límite de la obsesión, en tu verano en Kinsale comiste poquísimos e interiorizas cada crítica de Golkova como si su opinión fuese la verdad absoluta. ¿Me equivoco?

Y de nuevo, no te explico mi punto de vista para iniciar otra pelea, sino para que dispongas de las piezas que te faltan y comprendas mi perspectiva. Lo quiero todo contigo, Lilia, lo bueno y lo malo. Las subidas y las bajadas. Recuérдалo.

Te quiero y te echo de menos,

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

¿En serio, Lilia? Ni un «Recibido», un audio o un maldito «Continúo enfadada, púdrete». ¿Sigues molesta por la discusión que tuvimos en Belfast o mi correo te ha cabreado todavía más?

Me iría genial tener alguna respuesta...

Te quiero y te echo de menos,

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Lilia, no podemos continuar así. O yo, al menos, no puedo. Llevo tres semanas pegado al móvil, actualizando Gmail, metiéndome en WhatsApp para ver si estás en línea, llamándote por si en un descuido contestas... ¿Cuánto más vamos a seguir de esta manera?

No me concentro en clase, me equivoco de direcciones entregando paquetes del Adler's Place y solo me apetece salir para visitar nuestro muro y sentirte más cerca. Es extraño que una pared me diga más que tú.

Te quiero y te echo de menos,

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Te lo prometo, Lilia, este va a ser mi último mensaje. Si no me coges el puto teléfono hoy, no volverás a tener noticias mías.

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: RE: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Soy un imbécil y no puedo despedirme así. ¿Por qué me lo pones tan difícil?

The 1975 ha sacado una canción nueva y la escucho a todas horas pensando en ti. Ojalá la hayas escuchado tú también y te acuerdes a mí.

Te quiero y te echo de menos,

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Sé que estás atravesando una etapa complicada y he decidido tomarme tu silencio como una respuesta negativa. Supongo que vas a centrarte en tu carrera y yo soy un estorbo. Solo quería decirte que continúo poniendo la alarma para no perderme tus competiciones, tu nombre sigue el primero en mi historial de búsquedas de YouTube y no he parado de dibujarte porque eres lo único que veo al cerrar los ojos.

Te quiero y te echo de menos. Y lo seguiré haciendo...

T

DE: Troye

PARA: Lilia

ASUNTO: RE: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Lilia, por favor, respóndeme

Hacía mucho que no te escribía. No le encontraba el sentido a seguir insistiendo si no ibas a leerme. Hasta hoy.

Estaba en la cancha con Elijah, Declan y Arlet, charlando sobre planes pendientes, y he caído en la cuenta de la cantidad

de actividades a las que nos hemos apuntado recientemente. Submarinismo, cursos de *cupcakes* y tarta de queso, una convención superfriki sobre *anime*, algunos conciertos... He salido, he leído libros de los que no te he hablado, he creado listas de reproducción nuevas y he gastado dos cuadernos practicando bodegones con diferentes técnicas.

Cuando pienso que nos estamos perdiendo tanto de la vida del otro, casi me quedo sin aire.

Feliz Navidad por todos esos años en los que no estaré a tu lado. Y feliz cumpleaños. Ponte crema solar en verano para que no vuelvas a quemarte la espalda y los hombros como la última vez. Sé mandona e insiste hasta que te dejen usar una de tus canciones preferidas para los ejercicios de la próxima temporada. Y no te pases de dura contigo misma, lo estás haciendo genial. Demuéstrales a los aficionados que eres especial, pero no te olvides de disfrutar. Este sueño es tuyo, de nadie más.

T

P.D.: Lo sigo haciendo, quererte y echarte de menos... Todo contigo.

TROYE

Pasado

Intenté luchar por los dos y no pude, Lilia libraba batallas más importantes por aquel entonces. Ese fue nuestro final, el que había anticipado en tantas ocasiones. Ella se dio cuenta de que le habían crecido alas y yo retrocedí por miedo a las alturas.

La discusión que tuvimos tras la clasificación individual puso el punto final que ninguno de los dos había tenido agallas de trazar. Las mariposas se marchitaban en mi tripa, los *e-mails* acababan en un borrador sin destinatario y mis ganas de apoyarla le echaban un pulso al cómo me iría a mí siendo testigo de que su vida avanzaba sin mi presencia.

Quise suprimir cada recuerdo suyo, por lo que guardé las pancartas en una caja y la desterré al garaje. Pero hay algo de lo que no puedes despojarte: de aquello que la persona a la que amaste te hizo sentir.

A veces cargar con los diálogos que jamás llegarás a decirle a ese alguien especial resulta complicado, imprudente, antinatural. Y deseaba contarle tantas cosas a Lilia, mostrarle mi dolor, pero también mis alegrías, compartir música, bocetos, reflexiones absurdas o un simple emoji. Porque quizá lo que añoraba, además de nuestras conversaciones, era saber que estaríamos el uno para el otro.

Sin embargo, me hallaba en una posición difícil. La de quien anhela hablar y se encuentra bajo el agua. Por eso creé un grupo de WhatsApp con Declan y le pedí que lo abandonase para quedarme solo y disponer de un sitio en el que volcar cavilaciones, pensamientos de noches en vela y frases mordaces, de esas que te arrepientes y deseas eliminar. Pero no lo hice, no borré ni una coma de lo que tecleé y envié durante meses.

Cuando quería mandarle ánimos antes de una competición, cuando quería consolarla tras un fallo, cuando la cólera me gobernaba y solo podía emplear las mayúsculas, o cuando el paso del tiempo me asustaba porque estaba perdiéndome cada experiencia que cambiaría a la chica que conocí en el faro... Siempre, abría el chat titulado «Un millón de veces» y me vaciaba.

No me atrevía a pronunciar su nombre, así que le puse sus vocales a las canciones que escuchamos juntos y sus consonantes fueron suspiros. Y a ella, a Lilia, la recordé a través de dibujos, lágrimas y silencios. Desde ese momento, mis latidos sonaron a nostalgia.

OceanofPDF.com

PARTE III

DESPEDIRSE DE UN SUEÑO

Cuando estás en el podio, eres una reina; pero cuando bajas de él, no eres nadie.

YANA KUDRYAVTSEVA,
plata en la final individual de gimnasia rítmica
de los Juegos Olímpicos de Río 2016.

TROYE

Presente

Salgo de la escuela de pintura con la mochila repleta de tubos vacíos y los dedos teñidos de colores resecos. No he parado ni un segundo, pero eso no apacigua el hormigueo en mis yemas al alzar la vista de mis pies y observar el arcoíris de las fachadas de Kinsale yéndose a dormir para cederle el protagonismo al firmamento. Las estrellas titilan con sigilo y una ráfaga fresca se arremolina silbando mientras me pregunto si está mal sentirse satisfecho con solo otear el cielo. ¿Admirar lo cotidiano equivale a estar conforme con el presente o significa que has renunciado a tener ambiciones mucho mayores?

No fui consciente años atrás, durante esa etapa en la que todos buscamos un propósito en la vida, una cualidad que nos haga diferentes y únicos. Sin embargo, en la actualidad estoy convencido de que hay quienes discernimos luz en lo sencillo, que algunos hallamos gratificación en el proceso, jugando a ensayo y error, ilusionándonos por pequeños detalles, haciendo especial lo ordinario.

En mitad de la quietud, unas ruedas chirrían sobre los adoquines. Antes de distinguirla entre la oscuridad, oigo a Lilia cortar el viento montada en su vieja bicicleta amarilla, cruzando la calle Guardwell a toda velocidad. Sonrío por inercia al recordar que ambos cupimos en ese sillín y que recorrer la madrugada sujetándome a su cintura, inmerso en su perfume de coco, fue mi ritual favorito.

Me asalta la duda, ¿adónde irá?

«A vuestro faro fantasma», contesta mi cerebro.

Al lugar en el que las margaritas saben a beso y las canciones de The 1975 se bailan sentados.

A ese rincón en el que llorar con un desconocido alivia la acidez.

Imposible, solo yo viajo al verano de hace tres años.

Me meto pulgar e índice en la boca y silbo. Ella frena y gira la cabeza hacia ambos lados hasta que se percata de mi presencia a su espalda. Dobla la rodilla para bajar de la bici y su gesto se tuerce, pero lo camufla con una coraza de fortaleza. La misma armadura que me enfundo yo al discernir una bolsa colgada de su brazo. Vuelve de hacer la compra. No pedalea hacia el faro. Continuamos en invierno.

—¿Por qué me sigues? —Alza una ceja y yo camino hacia el punto en el que se encuentra.

La calle está desierta.

—No lo hago. Solo paseo.

Siempre supe que Lilia sería un latido desordenado, esa arritmia con la que aprendes a convivir porque no tiene remedio ni cura. Lo entiendo al vibrar por enésima vez con ese cosquilleo tan característico que domina mis dedos cuando hay algo del mundo que ansío retratar. Esta noche, aquí y ahora, sacaría mi cuaderno y grabaría en él el movimiento oscilante de su media melena al viento, los ojos avellana entrecerrados por el escepticismo, los nervios acumulándose en cada arruga del vestido de mariquitas que sus manos fruncen. Y le pintaría ilusión a su mirada, diálogos a sus labios y un mañana degustando los sueños que las lesiones le han robado.

Hay amores que te enseñan a discernir lo que quieres de lo que no. Otros te hacen madurar, ser tolerante, respetarte o voltear el mapa en busca de un nuevo planteamiento. Pero ella no, ella fue una flecha en el pecho, inocencia, dulzura, vislumbrar las alturas a la caza de anhelos. Lilia fue una emoción de la que no deseas ni quieres escapar. Por eso continuó preocupándome por ella, por eso sigue ahí, dándole cuerda a un corazón solitario.

—¿Te apetece dar una vuelta? —propongo.

—Tengo prisa.

—Vaya, esperaba una excusa más elaborada.

—No esperes nada de mí.

—Porque estás apagada, ¿no? Esa es tu defensa.

—Es lo que ocurre cuando te arrebatan una parte de ti —apunta con sequedad—. Cuando te quitan tu identidad..., ¿qué te queda entonces? —Aprieta los nudillos alrededor del manillar—. No sé por qué estoy explicándote esto.

—Porque sabes que te comprendo.

—¿Tú, comprenderme? —Su respuesta destila sarcasmo.

—Por si nadie ha tenido las agallas de decírtelo, no es justo que juzgues así a la gente. Lo creas o no, el universo no es una competición de problemas. Cada uno tiene los suyos. —Me doy toquecitos en la frente, frustrado—. Joder, Lilia... No todos tenemos que aspirar a ir a unos Juegos Olímpicos para sentirnos fracasados.

Su carrera no ha terminado bien, pero ¿qué relevancia tiene eso? Definir a una persona por lo que ha conseguido implica quedarse a medias. Tan importante como el presente es el camino que te ha conducido hasta aquí y el destino que guardas en el pecho, por muchas paradas obligadas que debas hacer en tu ruta. Sé que Lilia no opina igual, quizá por eso me empeño en mostrarle mi punto de vista. Nuestra valía no se mide con hazañas heroicas.

—¿Quieres hablar de aspiraciones, Troye? ¿Es eso? Necesitaba un descanso, lo necesitaba desde hacía mucho porque el deporte de élite te desgasta, te consume. Pero no ahora y, desde luego, no así. —Sus hombros se balancean acompasados a su respiración agitada—. Siento que me han arrancado el corazón, que sigo aquí, pero nada me hace palpar ni emocionarme. He dejado de vivir y solo tengo diecinueve años. La única emoción que no se marcha jamás es un tipo de melancolía horrible que me recuerda lo que ocurrió y lo que no llegó a suceder. Todos esos planes que imaginé, los sueños que me propuse convertir en realidad... se han transformado en humo.

—¿No piensas hacer nada al respecto?

—La razón por la que me levanto cada mañana vacía es porque no voy a poder recuperar lo que experimentaba sobre los tapices. ¿Qué sabrás tú de eso para mirarme así, como si fueras consciente del error que cometo al dejar pasar los días sin disfrutarlos? ¿Quién eres para darme consejos o reprocharme cómo me adapto?

—Alguien que tachaba un día más en lugar de sumar experiencias a su rutina. Comencé a hacerlo cuando te fuiste, Lilia. No me emocionaba, solo pasaba hojas del calendario como quienes cuentan las semanas que faltan para Navidades, Pascua o verano. La vida no debería ser eso, pisar de puntillas sin sentir absolutamente nada.

—Nunca me lo contaste.

—Hay muchas cosas que me guardé, pero no creo que este sea el sitio adecuado para debatirlo. —Doy dos pasos al frente, ella queda detrás y sé que es el momento de la despedida—. Algún día nos encontraremos y removeremos el pasado, Lilia.

—No avanzamos en la misma dirección.

—Puede que demos vueltas negando lo evidente, pero ambos acabaremos regresando al faro.

—Lo dudo.

—Llevaré provisiones para compartir, por si acaso.

—No te molestes.

—Lilia, a veces volver al lugar en el que empezó todo no significa retroceder.

—¿Ah, no? Y ¿cómo lo llamas, perder el tiempo?

—Aceptar que algunos sitios, como el faro, forman parte de quiénes somos. Y que no está mal llamarles refugio.

La oigo colocar los pies en los pedales con celeridad y quiero seguirla, perseguirla, alcanzarla y prometerle que podemos desenredar los tres años que hemos estado separados, aunque sea mentira. Una parte de mí lo sabe y me obliga a permanecer donde estoy, lejos de Lilia y de aquello que fuimos mientras su presencia se torna una caricia del viento y su silueta se oculta entre la negrura.

Abatido, me pregunto cuánto tiempo se necesita para olvidar el primer amor.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

No sé cómo Eva y yo gestionamos la rivalidad que alimentaron entre nosotras en Laurden. Golkova opinaba que el estímulo más poderoso para hacer mejorar a una gimnasta era mostrarle los logros de su competencia, pero no creo que ese método funcionase conmigo. En mi tercer año en la élite, empezaba a ser consciente de lo cuestionables que resultaban ciertas tácticas.

La rubia destacaba por su manejo de aparato y su técnica. La apodaban «mariposa de hielo» después de que en la World Cup de Sofía se le cortase la música en mitad del ejercicio y siguiera impasible desplegando sus líneas infinitas, su *relevé* perfecto y una concentración inquebrantable. Y pese a la gran ventaja que tenía gracias a sus cualidades innatas, su gran baza era una mente privilegiada para aislarse de su entorno y focalizar la energía en el objetivo primordial: ganar.

Yo, sin embargo, brillaba gracias a mi capacidad para contar historias. Me guiaba por las emociones y mi carácter temperamental. Mientras que Eva podía soportar gritos sin inmutarse, a mí solo me sacaban del agujero de la negatividad unas palabras de ánimo o un abrazo.

Nunca entendí por qué en Laurden comparaban la noche con el día. Estábamos acostumbradas a entrenar en tapices contiguos, a dejarnos la piel para que los ojos de Bethany o Golkova se posasen en nosotras y nos corrigieran cualquier nimiedad. En ocasiones resultaba duro, pero no existía otro sistema.

Las temperaturas en julio superaban los treinta grados y, puesto que el aire acondicionado estaba prohibido porque afectaba en la trayectoria de la cinta al lanzarla, el modo más efectivo de sobrevivir a las largas jornadas de entrenamiento era empleando un pulverizador con agua.

Tras pasar varios minutos escrutando la pantalla del móvil, Golkova detuvo la música y se levantó de su asiento.

—Chicas, acabo de recibir un correo del comité organizador de Stars Elite Challenge, una competición en Dubái. Me gustaría enviaros a ambas, pero el presupuesto de la temporada ya está cubierto con el calendario que cerramos en septiembre, solo podemos permitirnos que una de vosotras asista.

Así comenzó la batalla. La seleccionadora organizó un control interno con jueces nacionales para la semana siguiente y prometió que la que ejecutara los ejercicios sin fallos y obtuviera mejor puntuación sería la elegida.

—A sabiendas de que te darán la plaza a ti, pienso esforzarme —le confesé a Eva, convencida de que mi amiga no tenía rival—. Para que vean que quizá no soy la gimnasta con la tipología más imponente o empeines de goma, pero que mi compromiso con la Federación es serio.

—No eres consciente del poder que tienes —reprendió Eva—. Huyes de él, escondes esa garra que podría cautivar al público y marcar la diferencia. Eres correcta y expresiva, pero en la sala veo algo más... Arte. Traslada eso a cada competición.

—Me da miedo que la burbuja explote y todo se termine. Que un día esto me supere y vuelva a casa —admití. Las tres temporadas en la selección no me garantizaban nada.

—No lo hagas. No te cortes las alas antes de alcanzar las estrellas. Cree en ti, es solo el principio.

Me vendé la rodilla y apreté los dientes. La lesión del Europeo de Barcelona requería de una recuperación lenta, pero yo no podía permitirme un descanso de meses. Había cientos de niñas a la espera de la oportunidad que yo había tenido, aguardando la llamada de la selección. Nadie me reservaría el sitio si me ausentaba, y quejarse se consideraba sinónimo de pereza y debilidad.

Debía ser fuerte, tenía dos horas de entrenamiento por delante. Y siete días más en los que perfeccionar las rutinas.

«Las gimnastas solo sonríen, aunque por dentro no logren detener el llanto», me dije antes de ponerme en pie y hacer varios rodamientos con la pelota.

El sábado tuvo lugar el control a puerta cerrada. Mientras Eva y yo calentábamos en el segundo tapiz, el personal de mantenimiento instalaba varias mesas y sillas frente al espejo para el panel de jueces.

—Lilia —me llamó Bethany agitando la mano—. Golkova quiere que uses estos maillots hoy.

Me dio cuatro perchas con diseños de la selección de años anteriores, más discretos, con menos brillo, los que solían reciclar para que llevase alguna gimnasta de club que esporádicamente se costeaba el viaje para competir en torneos menores representando a Irlanda.

—Si te pesa menos la pedrería, quizá saltes más alto —argumentó la seleccionadora, y una parte de mí la creyó.

Ahora sé que era un intento de desestabilizarme, que aquella pantomima solo suponía un aliciente más para que la leyenda de la «mariposa de hielo» adquiriese un nuevo nivel. Más entrevistas, combustible para una gimnasta que ya había saboreado la medalla olímpica y perdía la motivación por momentos.

—Eva, has nacido para pisar un tapiz. No cabe ninguna duda de que la plaza es tuya —recitó Golkova, halagando la estabilidad del giro cosaco de cuatro rotaciones, la recogida de aro fuera del campo visual que realizaba con las piernas y el rebote de una maza en el practicable en mitad de una zancada.

Para mis cuatro ejercicios perfectos solo tuvo un escueto «Al fin dominamos ese *penché*».

Más tarde me enteraría de que poco importaba ese control; el nombre de mi amiga estaba inscrito en el registro nominal de Stars Elite Challenge desde el mismo día en el que los organizadores contactaron con la

seleccionadora. Pero aquel sábado no lo sabía, así que competí como si fuera mi última actuación y forcé la rodilla, sobrepasé el límite.

Hoy, al echar la vista atrás, duele y siento lástima de la joven ingenua que creía que su valía se demostraba en el tapiz y no en los despachos, al contrario de lo que mi madre siempre aseguró.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Cada tarde, al salir del instituto, acudía a la escuela de pintura, donde transformaba mis tribulaciones en bocetos. Por recomendación de la directora, que me trataba con especial cariño por ser el alumno más joven, alternaba clases de pintura al óleo, acuarela, carboncillo e ilustración para poder mezclar técnicas y obtener composiciones más ricas.

—Llegarás donde te propongas —vaticinaba ella, acomodándose tras el escritorio de recepción.

—Con volcar lo que me despierta algo tengo suficiente —respondía yo.

Cuando hube experimentado los distintos elementos técnicos, me atreví a jugar con los soportes y temáticas, adentrándome en la naturaleza muerta a través de los bodegones para retratar paisajes y figuras humanas o saltar del realismo al abstracto.

Le regalé un cómic a Declan por su cumpleaños, y los Adler se enamoraron de cuatro cuadros puntillistas inspirados en el mar, los cuales colocaron en su dormitorio. Me percaté de que, además de evadirme, mi creatividad servía para conectar con los que me rodeaban.

Dispuesto a explorar diferentes modalidades y a salir de mi zona de confort, me adentré en el universo del grafiti customizando el *skate* de Elijah con espray. «Si te lo cargas, lo cubrimos con pintura negra y vuelves a comenzar de cero», dijo, y eso me tranquilizó. Quise plasmar su personalidad y dibujé una mirada verde intenso emergiendo de un gorro oscuro, su seña identificativa.

Arlet me lo puso más fácil; me prestó varias camisetas de temporadas anteriores y me dio total libertad para cortarlas, esbozar lo que se me

ocurriese o pisotearlas y simular que las huellas de mis zapatos eran una crítica al capitalismo. Cerré los ojos e imaginé un color para ella. Amarillo azufre. Verde jade. Escarlata, rubí, púrpura. Naranja, caqui. Azul eléctrico. Blanco. Hasta que lo supe: Arlet no era un arcoíris ordenado, sino una explosión anárquica e inesperada que te empapa con optimismo y ese tipo de sabiduría que no se aprende en los colegios, ese que se basa en tu propia intuición. Sumergí las telas en botes de pintura para teñirlas de manera irregular, casi por accidente, y obtuve un mosaico caótico que le encantó.

Después pensé en mí. ¿Cómo podría definirme?

El interrogante me persiguió durante varias semanas antes de que la evidencia se manifestase de un modo orgánico, como si hubiera estado junto a mí desde el principio. Dos elementos, lápiz y papel, mi vía de escape cuando carecía de vínculos afectivos, aceptación y raíces. Así, imaginando, había viajado con cada trazo.

En algún momento me di cuenta de que los dibujos de mis cuadernos eran más que figuras e instantes que debía replicar por si más tarde los perdía. Los sentía muy dentro, arañándome para que me mantuviera hambriento de atesorar tonalidades, perspectivas y claroscuros, así que decidí ser lienzo y grabármelos en la piel. A todos ellos.

Empecé ideando un esquema con el apellido Adler en el antebrazo, aunque jamás renuncié al Barlow de mi partida de nacimiento. Y fui añadiendo detalles a su alrededor, desde la muñeca hasta los hombros. La fecha de mi llegada a Kinsale en números romanos. Un faro y una margarita. El título de la primera serie que vi junto a Declan. Una niebla espesa que representaba mis inicios, cada sitio en el que estuve y que no me hizo ser quien soy, cada extraño al que deseé denominar «hogar» y no encarnó más que humo. Las iniciales «D» y «J». El apodo «intruso». Una canasta. Notas musicales de R&B saliéndose del pentagrama. La cifra un millón. La silueta de una gimnasta saltando con el pelo al viento.

Piezas de un puzzle que para mí lo significaba todo. Mi mapa de coordenadas hacia la felicidad.

—Vas a ser el Michael Scofield de Cork —rio Arlet la tarde en la que me acompañaron a que me grabasen para la posteridad las líneas a lápiz.

—Yo me tatuaría la cara si tuviera tu talento —cercioró Elijah—. Vas a ser una obra de arte viva.

—Cuando quieras te diseño algo. —Le guiñé un ojo.

—No te entiendo, tío, ¿por qué vas a tatuarte también la silueta de una gimnasta? —preguntó Declan tras ojear las láminas de cada ilustración.

—Porque soy el presente, pero también ese pasado del que vengo. Y ella formó parte de él.

—Te pasas de masoquista.

—Yo diría que está madurando —objetó Arlet—. Escucha mis consejos y no parece tan estresado. Os lo juro, cuando nos lo presentaste, Declan, creí que se le pondría el pelo blanco. O peor aún, que se le caería... ¿Habéis visto a alguien con alopecia antes de los veinte?

—Mira, sis, esa llave va dedicada a ti —se mofó Elijah, señalando un folio—. Para que aprendas a cerrar la boca.

Al entrar al estudio, el dueño nos invitó a pasar a la sala de la derecha. Me tumbé en la camilla mientras el chico preparaba el material y ponía música. Declan se disculpó escenificando una llamada ficticia y salió de la sala cuando el tatuador empuñó la aguja. Yo contuve la risa y anuncié que estaba preparado para comenzar, en paz con el presente. Y solo pensé en el ahora cuando la tinta acarició mi piel.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

«A veces volver al lugar en el que empezó todo no significa retroceder».

Las palabras de Troye se repiten en mi cabeza y deseo que sean ciertas, que estar en Kinsale no me esté destrozando. Pero ya no sé discernir lo que es real de lo que no lo es.

Me encierro en mi habitación para recordar el pasado. No hablo con nadie, apenas salgo para hacer una compra rápida o tratar de correr hasta que la pierna se queja... Y solo me apetece llorar, pensar en lo que he perdido, lo que no como y lo que jamás seré. Pero nunca hallo una respuesta coherente al interrogante que más miedo me da: ¿en quién me convertiré si continúo así, a la deriva?

Algunos días creo que no hay un futuro aguardándome. Que estoy demasiado cansada, rota y perdida para seguir adelante.

No me siento bien con mi cuerpo.

No me siento bien en casa, junto a mi familia.

No me siento bien sin una meta que alcanzar.

No me siento bien aislada, viviendo a través de un cristal que me separa del resto del mundo.

Y de entre todas las dudas que me asaltan, solo tengo la convicción de que no puedo continuar de esta forma. Si no pido ayuda, jamás volveré a estar en paz conmigo misma.

«¿Cuándo fuiste feliz por última vez?», me pregunto. Cuando leí mi nombre en la lista de seleccionadas para representar a Irlanda en el Mundial. En Dublín, junto a Eva. Guardándome los aplausos del público al finalizar mis ejercicios. Pisando un tapiz, ya fuera entrenando o

compitiendo. Al llegar a Laurden. Cuando Golkova me llamó para ofrecerme una plaza en el equipo nacional. Comiendo *pizza* con Violet antes de marcharme de Kinsale. Besando a Troye en el faro. Escapándome por las noches para eludir mi compromiso con la rítmica. Soñando en el Didier junto Gianna, Sawyer y Stella...

Siempre, cada instante, tuvo a la gimnasia como testigo. Quizá por eso no encuentro un modo de avanzar sin ella. Quizá por eso haya llegado el momento de pedir ayuda a profesionales.

Con voz trémula, expongo la situación a mi familia y esa semana buscamos referencias de nutricionistas y psicólogos.

Lloro mucho y, tras creer que lo peor era pronunciar mis temores en alto, me percató de que lo difícil comienza ahora. Mi hermana me vigila día y noche para asegurarse de que como, pero, lejos de provocarme gratificación, cada bocado me hace sentir culpable, débil, a años luz de esa perfección esbelta que nos inculca el deporte.

«No quieres estar enferma», me susurro en un intento desesperado por recuperar la cordura. Y los especialistas lo reafirman en cada sesión. Y Violet en esas horas muertas en las que me acompaña en el sofá cogiendo mi mano, sin decir nada. Y mis padres a su manera, asimilando en la distancia que no son verdugos en mi descenso hacia la oscuridad.

Seguir adelante es la única opción. Mirarte al espejo y sustituir tu visión distorsionada por la realidad supone el acto más valiente que existe.

LILIA

Presente

Adelyn ya está en la cocina, enfundada en una sudadera cereza y unas mallas marfil, cuando me dejo caer en mi silla. Coloca en un plato dos rebanadas de pan de molde recién salidas de la tostadora y me las ofrece.

—No puedo desayunar contigo, cariño. —Se bebe el café recostada en la encimera—. Tengo clase de yoga.

Es cierto, pero también lo es que se ha apuntado por mi culpa. Le causo estrés, desde que volví está más irascible, ha cambiado de maquillaje debido a unas erupciones en las mejillas y dedica las tardes a buscar balnearios por internet. Me detesta hasta tal punto que no soporta estar en la misma estancia que yo. «Todo eso de la terapia no es más que una pérdida de tiempo», reitera entre suspiros. Para ella, admitir tus defectos equivale a debilidad. Lo que necesito es una pierna nueva para volver a saltar, girar y acumular medallas.

—Genial —murmuro con desgana.

—Que pases una buena mañana —me desea al salir por la puerta.

—Igualmente.

Cuando me quedo sola, aparto el plato con el índice para que el olor a pan no me incite a devorar la tostada cual animal hambriento. Intento aplicar los consejos de mi nutricionista y me hago la promesa mental de que no subiré a pesarme más tarde. «Es solo comida», pienso. Energía, vitalidad, un trámite preciso para moverte, razonar y no pasar todo el día con un humor de perros.

—¿Cuántas comidas al día puedes hacer sin sentirte culpable? —demandó la nutricionista hace un par de semanas.

—Tres. Un desayuno ligero y un plato de algo hervido a mediodía y para cenar —contesté yo.

—Bien. Subiremos a cuatro, sin trampas. Y quiero que dejes de anotar calorías.

—Eso va a ser... un problema —admití cabizbaja.

—Lilia, poco a poco. Cualquier extremo es malo, avanzaremos progresivamente.

Tras quitarle los bordes y dividir una rebanada por la mitad, le doy un mordisco diminuto a una de las esquinas. Mastico con parsimonia mientras Violet entra en la cocina. Juraría que me observa como si fuera un espectáculo. Se sirve un zumo de naranja y prepara un bocadillo con mantequilla de cacahuete que se termina antes de que yo haya ingerido un tercio de la media tostada.

—No tengo hambre —le rebato a su mirada inquisitiva.

—Tienes que comer —insiste mi hermana.

—Te he dicho que no tengo hambre.

—Te he oído. Y no me lo creo. Así que no me pienso levantar de esta silla hasta que te acabes las dos rebanadas.

—Media.

—Dos.

—Una.

—No es negociable —masculla.

—Llegarás tarde a clase.

—Me gusta pasar tiempo contigo. —Esboza una sonrisa y apoya los codos sobre la mesa—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No obligándome a comer.

—Ya lo sé, voy a distraerte —propone con entusiasmo—. ¿Hablamos de Troye?

—No, gracias.

—Está saliendo con una chica...

—¿Qué chica? —Le doy un bocado enorme al pan para disimular mi repentino interés.

Violet se hace de rogar antes de responder.

—Ninguna, tonta. —Se burla con una mueca—. Está solterísimo, aunque por elección propia.

—Ah, ¿sí? —Mastico despacio, apenas noto cómo la miga se deshace en mi boca.

—Digamos que no pasa desapercibido y se gana buenas propinas en el Adler's Place. Trabaja allí cada semana.

Menciona su horario, las veces en las que coincidieron en el cine de verano y una tarde de tormenta en la que ella volvía de la universidad y se ofreció a acercarle en coche hasta casa para que no se le mojasen los lienzos que sobresalían de su mochila.

—¿Lo ves? No era tan difícil —ríe Violet treinta minutos después, señalando mi plato vacío—. El truco está en no prestar demasiada atención a lo que no te gusta y centrarte en lo realmente interesante, como hacía yo con las correcciones de Gianna.

De mi garganta nace una carcajada que llena la cocina y doy gracias por tener la hermana más paciente del universo.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

Voy a terapia con Henderson cuatro veces por semana.

Hablamos de mi carrera, de los pensamientos destructivos que acuden a mi mente, la crueldad con la que me trato, mi adicción a hacer ejercicio, aunque eso agrave mis lesiones, o lo inútil y pérdida que me siento sin un propósito. Recito comentarios que Golkova me gritaba durante los entrenamientos, le resumo mis progresos con la nutricionista y él achaca el uso de diuréticos y la dieta restrictiva a mi ansia de control.

—Exigente, perfeccionista y autocrítica —declara a inicios de marzo, revisando sus anotaciones—. Así te defines.

—Sí.

—¿Qué dirías que es lo que más te cuesta hacer?

—¿En el deporte?

—En general, algo que te suponga un gran esfuerzo.

Me tomo unos minutos para meditarlo.

—No soy demasiado resolutiva. Creía que lo era, pero me ha ido bastante mal.

—¿Cuál es tu primer instinto si las cosas no te salen bien? ¿Qué se te ocurre para mejorarlas?

—Intentarlo hasta la saciedad... Repetir y no rendirme.

—¿No crees que te daría unos resultados más óptimos pedir ayuda?

—La pedí para venir aquí.

—Y está bien, Lilia, pero la vida es una carrera de obstáculos en la que nos necesitamos los unos a los otros constantemente. No te avergüences de pedir ayuda en más de una ocasión.

—Cuando se me cae el mundo encima —expongo a media voz—, no pienso con claridad. Estoy acostumbrada a trabajar para alcanzar metas, no a asumir que no puedo cumplir mis objetivos. —Expulso una bocanada—. Es duro.

—Tu cerebro puede ser aliado o un arma que utilices contra ti.

Así es como empezamos a trabajar el *reset button*, una técnica para poner la mente en blanco ante un bloqueo generado por el exceso de presión o la acumulación de pensamientos negativos.

—Bien, esto te servirá para recuperar la calma, focalizar tu atención en algo positivo y trasladarte a un punto neutro —explica Henderson—. Consiste en tres pasos: tomas aire, pronuncias una cita verbal y la acompañas de una acción no verbal. Vamos a ponerlo en práctica.

Cierro los ojos, me inflo el pecho con oxígeno, recito una frase con un mensaje significativo para mí —«Mantén la cabeza donde tienes los pies» es la seleccionada, una oda a estar presente en este instante—, y doy una palmada con fuerza.

Esa noche y las siguientes, practico hasta que la familiaridad de dicha secuencia me brinda cierta serenidad.

OceanofPDF.com

Querida Lilia:

Estás pasando por una transición, esa época de cambios de humor, de sentirnos desubicadas, no conocernos y culpar al resto por no poder dedicarnos eternamente a aquello que nos hacía felices.

Cuesta poco escribirlo y muchísimo ponerlo en práctica, pero no te quedes quieta. Da un paso al frente, despliega las alas, rema contra la corriente y nunca te detengas. No dejes que los «y si...» te atrapen en su telaraña de nostalgia. El pasado es confort y ahora te hallas en un puente rodeado de bruma, aterrorizada, sin saber qué te espera al otro lado. Una vez que cruces ese puente, descubrirás que hay cosas maravillosas esperándote. Algunas nos las perdimos en la infancia, otras no llamaron nuestra atención porque éramos adultas dentro de un cuerpo de niña. De cualquier manera, hay un millón de posibilidades ahí fuera, solo tienes que armarte de valor y centrar en otra tarea la energía que ponías en el tapiz.

Reinventarse es duro, se necesita valor para derribar los cimientos que ya no sustentan nada, pero a los que te acostumbraste a lo largo de los años. Sin embargo, ya no precisamos de pabellones, maillots, coreografías ni ocho horas de entrenamiento para brillar. Podemos hacerlo de una forma diferente, aunque no lo creas. Confía en ti, Lilia, date un respiro y aprende a no planificar cada segundo del día. Dejarse arrastrar por la corriente no está mal después de años programados al milímetro.

Sé que es duro, que solo quieres rebobinar la película y quedarte a vivir en un tapiz para siempre. Yo también tiemblo al escribirlo, al imaginar que fuera posible. No obstante, nada es eterno y justamente que sea así, efímero y volátil, es lo que otorga un significado más profundo a cada instante de nuestras vidas.

Te quiere,

Eva

LILIA

Presente

No sé qué me empuja a montarme en la bicicleta y dirigirme al rincón en el que el chico de ojos celestes y yo nos dimos nuestro primer beso. Quizá la inercia. Quizá el corazón sea el órgano con más memoria de todos y sepa lo que es necesario para curar. O quizá se deba a que el nombre de Troye Barlow ha salido a colación con frecuencia en las últimas sesiones con el psicólogo.

A la cuestión «¿Qué lugar te aporta seguridad?», mi instinto contesta: «Los tapices y el faro de Kinsale».

La quietud nocturna me envuelve y recuesto la bicicleta en la fachada antes de entrar. Este faro es eso, volver a casa cuando creías que tu hogar se hallaba en otra parte. Y sentirte bien, en paz, protegida pese a la tormenta en la que estás aprendiendo a navegar.

Aquí, en este sitio abandonado en el que ya no se guía a los barcos, siempre habrá un bálsamo de sosiego, además de estrellas a las que pedir imposibles desde esa ventana que nos daba acceso al firmamento. En este pedacito de universo, Troye y yo somos dos críos que no ven oscuridad, sino la posibilidad de iluminar la penumbra con anhelos.

No obstante, mientras subo uno a uno los escalones hacia el punto más alto, titubeo y los bombeos de mi pecho se aturullan. ¿Estará él allí? ¿Me habrá esperado como dijo aquella noche en la que coincidimos en las calles del centro? ¿Conseguiremos regresar a ese verano de ingenuidad?

TROYE

Presente

Miles de puntos titilan en el cielo como si arropasen al faro en esta noche tibia de primavera. El rumor de las olas rompiendo contra las rocas de la costa es todo lo que oigo por encima de mis pensamientos hasta que la respiración agitada de Lilia me saluda desde el otro extremo de la estancia.

Nuestras miradas se enredan y reconozco cada tonalidad avellana de sus ojos, su color se me antoja tan familiar que se me escapa una risa leve. Ella traga saliva y me fijo en que sus manos tiemblan.

—Lilia. —Rompo el silencio con los brazos apoyados en el alféizar.

Sus facciones se crispan al escuchar mi voz y retrocede, vacilante, hundiendo los dedos en los bolsillos de la chaqueta.

—No debería haber venido —balbucea, arrepentida.

La comprendo, yo he pensado lo mismo en muchas ocasiones, pero el magnetismo del faro parece atraernos. Aquí creamos esperanza, pirotecnia y un pellizco en el pecho. Para ambos. Este es nuestro sitio; ni suyo ni mío, nuestro.

—¿Te apetece charlar o prefieres el silencio? —pregunto en tono sosegado.

—Soy más de lloriquear en un rincón. —Dibuja una sonrisa forzada. Y como si los hilos invisibles que tiran de sus comisuras dejasen de aplicar fuerza, su rostro palidece y un mohín triste se apodera de cada rasgo. Se me antoja tan diminuta y desorientada que deseo abrazarla—. No sé por qué he venido, así que no esperes nada.

—No lo hago —le aseguro.

La quietud del ambiente degenera en un mutismo ineludible. Vuelvo a clavar la vista en el cielo y cuento los latidos hasta girarme hacia ella para ofrecerle una tradición del pasado.

—¿Twix o Nestea? —Saco los *snacks* de la mochila.

—Agua.

—Pues tendrás que esperar a que llueva o tirarte al mar. En este faro solo hay guarrerías hipercalóricas.

Me agacho para rescatar la barrita de caramelo y rasgar el envoltorio, notando el escrutinio de Lilia en mi nuca. Me llevo a la boca una mitad de la chokolatina y acorto la distancia que nos separa para entregarle la otra.

—Lo siento, yo... —Lilia da media vuelta y permanece de espaldas a mí—. Tengo que irme.

Antes de que pueda disuadirla, corre escaleras abajo y no se detiene hasta salir del faro. Huye de él. De mí. De los recuerdos.

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

Una semana después de nuestro breve encuentro en el faro, recibo una nota de audio de Lilia citándome en el muro que antaño teñimos con espray.

Sin mayor dilación, al salir de la clase de pintura me monto en la furgoneta del Adler's Place y conduzco rumbo a la azotea, parándome para ajustar el espejo retrovisor y así arreglarme el remolino rebelde del flequillo. «Te he metido condones en la guantera», me comunica Declan mediante un mensaje de WhatsApp. Le envío emojis de peces aleatorios y me olfateo por encima de la cazadora, lamentando no haber pasado por casa para ponerme una camiseta limpia y empapada en colonia.

Al saltar la valla, me percató de que la escalera de incendios está decorada con pósts de color turquesa, escritos por Lilia. Emocionado y jodidamente nervioso, me agacho y los rescato para leerlos de cerca.

«Cuanto más fuerte crees que eres, más cuesta pedir ayuda».

«Y yo, durante mucho tiempo, he jugado a ser invencible».

«He querido ser fuerte, perfecta, inquebrantable... Una heroína a la que se le han truncado los sueños».

«Supongo que te suena eso de intentar cumplir las expectativas de otros hasta que anulas tu propia personalidad y te quedas vacío».

«La gimnasia me hacía sentir viva y, en algún momento, se lo entregué todo sin ser consciente de lo que hacía».

«Cuesta pedir ayuda».

«Pero allá va».

«Ayúdame, Troye».

«Por favor».

Río ante su tentativa de suavizar un imperativo que suena tanto a ella, a la versión que conocí en este sitio.

—¿Qué hacemos aquí? —inquiero al subir a la azotea. Lilia viste un abrigo de mezclilla y unos pantalones elásticos negros, lleva el pelo suelto y está arrodillada ante el boceto de su silueta. La tonalidad del espray ha palidecido con el paso del tiempo, pero su salto sigue acaparando la atención del lugar.

—No lo sé —reconoce—. Hace años me dijiste observando este muro que iba a quedarme aquí. Si quiero encontrarme, creo que este es un buen punto de partida.

Camino hasta ella y me siento a su derecha con las piernas flexionadas, recostando la espalda en el muro. Coloco la mochila entre los dos para mantener las distancias y dejo que sea Lilia la que hable.

—Gracias por venir, Troye.

—¿A que no resulta tan horrible regresar al pasado?

—Depende —matiza prudente—. Tener recuerdos es...

—Una jodida suerte —la corto antes de que diga un disparate. Porque yo, que no tuve memorias significativas a las que aferrarme antes de Kinsale, estoy demasiado familiarizado con ese escalofrío que hiela al respirar. De pequeño, no echaba de menos aprender las tablas de multiplicar junto a un padre al que no llegué a conocer o que la voz de mi madre me arrojase con un cuento antes de dormir. Ni me lamentaba por no tener veranos en la playa, vacaciones en zonas cálidas o hacer cola para comprar un cubo enorme de palomitas y ver una comedia con mi familia. No añoraba nada porque nunca lo había tenido y a veces, aunque duela, es mejor conservar el recuerdo de algo que convivir con el deseo de aquello que no llega a cumplirse.

—Lo siento —se disculpa—. Sé que lo dices por...

—Mi infancia. No soy de cristal, Lilia, podemos hablar de lo que sea. De mí o de ti. De hecho, aunque no lo recuerdes, ya lo hicimos. Y se nos daba bien.

—Directo al grano.

—¿No es por eso por lo que has venido?

—No me apetece hablar, salir, probar cosas o empezar de nuevo. Solo quiero regresar al principio, reescribir mi historia y recuperar las ilusiones que me han quitado. Porque lo han hecho, me han robado lo que más disfrutaba haciendo, mi combustible, mi corazón. Sin eso, deambulo sin rumbo, no avanzo, resto días en lugar de sumarlos. Como tú hace tiempo.

—Y quieres saber cómo cambié.

—No, Troye, porque tu solución de salir por ahí, quedar con amigos que ya no me conocen o construir una vida distinta no me atrae. Yo tenía un sueño y se ha evaporado, es normal que sea infeliz, ¿por qué nadie lo entiende?

—Puede que tengas amnesia selectiva, pero también quisiste cosas antes que la gimnasia. O paralelamente. Adorar algo no te impide repartir ese amor entre varias pasiones. —Suspiro antes de aclararme la garganta—. Lilia, has sido una gimnasta increíble, lo seguirías siendo, pero eres muchas otras cosas más. Indulgente, tenaz, creativa... Está bien que apliques a tu día a día las enseñanzas que te dio el deporte, pero no hagas de ellas una carga. Enamórate de la persona que eres hoy y no mires atrás.

—¿Vas a darme consejos, Troye? ¿Precisamente tú vas a decirme cómo debo afrontar las cosas? —me reta.

—Sí, Lilia, yo. —Tomo aire y lo suelto despacio, con suavidad, ordenando el discurso que hace cola en mi lengua antes de salir disparado como un dardo letal—. ¿Quieres saber lo que me hace infeliz? Que gente que cree conocerme me juzgue sin tener ni idea de lo que me llena. No me molesta que el despertador suene a las seis y media para ir a trabajar o llegar tarde a casa porque me he entretenido esbozando algo en la escuela de pintura. Hubo una temporada en la que no soportaba quedarme en la cama sin pensar en nada porque a mi mente acudían más cosas negativas que positivas. No veía lo que me ofrecían, sino lo que podía perder. Mi nuevo hogar, amistades que me mantenían a flote, a ti. Desperdicié tanto por no valorar el presente que una parte de mí se niega a cometer los mismos errores. —Me inflo el pecho de coraje—. Aunque te parezca que no he conseguido nada y siga en el sitio en el que me dejaste, no necesito recorrer mundo o escuchar a alguien corear mi nombre. Mi único fracaso es cerrar los ojos y recordar cómo conseguí que volvieras a sonreír, abrirlos y

saber que ya no soy capaz de proporcionarte la felicidad de la que te han privado. Hay una diferencia abismal entre nosotros. Yo deseo cosas que no me corresponden, pero lucho por ellas, trato de modificar lo que está en mi mano y no me conformo. Tú, Lilia, eras un océano, y ahora no veo más que la presa contenida tras una tempestad que amenazaba con arrasarlo todo. Te has caído, sí, pero ¿acaso intentas cambiar las circunstancias? ¿Te levantas con un plan para que el día siguiente sea distinto, o solo esperas que el destino haga el esfuerzo por ti?

—No eres justo —cuchichea entre dientes.

—Lo soy, y lo sabes. Acomodarse, tanto en lo bueno como en lo malo, es asesinar sueños.

Si necesita viento soplando a su favor, lo seré. Si necesita una patada en el estómago, me convertiré en fuerza. Lo que haga falta para que reaccione.

—Las cosas mejoran cuando hacemos algo, lo que sea, para cambiarlas. Creía que ya lo sabías —expongo con amargura—. Madurar es más que combatir los golpes; es afrontar la situación con entereza, construir los cimientos de tu presente en ruinas y no esconderse en el pasado, sino aprender de los errores y evitar repetirlos. Madurar es caminar cuando quieres correr.

El rostro de Lilia se ilumina bajo el manto estrellado que se despliega sobre nuestras cabezas. Discierno dos lágrimas humedeciendo sus mejillas antes de que el labio inferior le tiemble y yo reprima el impulso de delinearlos con los dedos.

Esta noche le permito ver una parte de mí que escondía, la inconformista y torturada a causa de los planes que no salieron bien. Ella, a modo de trueque, me otorga unos minutos de sinceridad. Llorando, de la misma manera en la que nos conocimos, baja la barrera y me da acceso a la chica asustada que no solía pasear sin su protección de hierro. Vuelve a ser valiente y honesta, musita un «Ojalá pudiera salir de esta», y yo le cercioro lo equivocada que está.

—No tienes que salir, solo deja que alguien o algo que te apasione entre ahí —señalo su sien con el índice— o te acaricie el corazón. Tengo infinidad de razones por las que gritarle al mundo, pero decido ser feliz,

Lilia, y espero que tú llegues a ese punto en el que respondas a la adversidad con una sonrisa.

Saco un Twix de la mochila y le ofrezco la mitad. Lilia lo huele, pero no se atreve a lamer el caramelo con la lengua.

—Iba a retirarme... de forma diferente. Cuando hubiera alcanzado mis objetivos o no tuviera ilusión —confiesa la joven que solo deseaba despedirse de su profesión con mariposas en el estómago, y no hecha añicos. Ya no veo a Lilia la gimnasta competitiva y cegada por la perfección. La muchacha que me acompaña no vive por el reconocimiento ni ansía que la recuerden poderosa e imbatible—. A veces creo que la vida son instantes. Muy pocos y muy intensos. Y si no sabes aprovecharlos, si no les sacas el máximo partido cuando están sucediendo, te pierdes oportunidades maravillosas. Yo lo hice, dejé lo que más quería y ahora no sé continuar. Es como si se hubieran llevado la pieza central de mi rompecabezas.

Yo, al contrario que Lilia, opino que en la vida no solo se trata de estar preparado, sino de encontrarte en el lugar y el momento precisos para que algo suceda. Como que a tu madre le quiten tu custodia, vagues de familia en familia y tus esperanzas sobrevivan hasta que los Adler te ofrezcan una oportunidad que le otorgará sentido a cada rasguño.

—¿Qué hay de las casualidades? —pregunto—. De que tú y yo huyéramos al mismo sitio y hayamos acabado aquí, en Kinsale, por enésima vez.

—Soy una ferviente defensora de la relación causa y efecto, aunque el destino o la probabilidad tuvieron algo que ver en que coincidiéramos. —Nuestras miradas se cruzan y advierto un ápice de complicidad, los rescoldos de aquello que fuimos—. ¿Puedo sentir nostalgia de algo que nunca sucedió, pero soñé durante tantos años?

—Puedes —contesto.

—¿No es de locos?

—Sí. De esos locos valientes que viven de deseos.

Lo medita y sonríe.

—Se hace tarde... —comenta sin hacer ademán de ponerse en pie.

—¿Tienes algo que hacer mañana?

—Violet me ha contado que trabajas en el restaurante.

—Así que has hablado de mí con tu hermana. —Enarco una ceja y la miro fijamente hasta que se ruboriza.

—Imbécil. —Adorna ese antiguo apelativo con su risa. Se abraza las rodillas y casi oigo su cerebro pensar—. He contactado con varios especialistas para tratar temas más serios, como la alimentación o esas náuseas que siento al no hallarme en ninguna parte. Pero me gustaría que tú me ayudaras a volver a hacer cosas normales.

—¿Incluye eso parques, estanques y citas nocturnas? —le resto importancia bañando mi réplica con picardía.

—Nada romántico.

—Jamás se me ocurriría.

—Solo somos amigos. Viejos amigos.

—Como amigos.

—En ese caso, puede ser.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Tras World Cups, Grand Prix, Europeos o Mundiales, siempre era la única entrenando en Laurden. No me tomaba más de una tarde libre y, mientras el resto disfrutaba de unos días de descanso junto a sus familias, yo montaba los ejercicios de la temporada siguiente. Según Bethany, dominarlos en noviembre me aportaría la confianza que las sesiones dobles con el psicólogo no lograban. Por consiguiente, a pocos días de terminar el año, estaba exhausta.

—¡Una gimnasta que no gira lo tiene complicado con el código actual!
—gritó Golkova desde el otro extremo de la sala al observar que no completaba siquiera dos rotaciones.

—Yo... —Tiré las mazas al tapiz y me senté hecha un ovillo.

Esa tarde estaba viviendo un infierno.

—¿Qué excusa tienes ahora? —bramó.

—Me duele la pierna —contuve las lágrimas al notar calambres en la rodilla—, me duele mucho.

—Los médicos te controlan cada semana. Ya sabes lo que hay, infiltraciones o una intervención que no te asegura mejoría.

—Ha empeorado, Daria.

—¿Quieres que te mandemos a Kinsale hasta que te recuperes?

—No, claro que no. —Me aterroricé.

—Ya no eres una niña. Tus hombros, caderas y muslos se han ensanchado. Fuerzas a tu cuerpo a soportar un peso adicional, Lilia, y eso da problemas. Con cinco kilos menos podrías saltar y girar como años atrás, sin perjudicar a tu salud.

Sabía que no era cierto, que el deporte de élite desgasta y tiene consecuencias. El cuerpo humano no está preparado para entrenar tantas horas diarias, seis o incluso siete días a la semana. Aun así, la sombra de la culpa me persiguió desde ese momento. Cada vez que una nueva molestia aparecía, pensaba en mi dieta, subía a la báscula y suspiraba.

Supongo que esa es la historia de cómo empecé a acostarme sin cenar. De cómo cogí unas tijeras y me corté la coleta en el baño de la habitación, creyendo que veinte centímetros de cabello reducirían los números que me atormentaban.

Asumí que siendo menos llegaría a convertirme en más.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

Las enfermedades mentales y los trastornos alimenticios no desaparecen de la noche a la mañana. Sin embargo, a finales de abril hago pequeños progresos, como no saltarme desayuno, comida ni cena, solo anoto el menú en mi libreta —sin calorías al lado—, y apenas sucumbo a la tentación de pesarme dos veces. Mantengo mi media de salir a caminar treinta minutos diarios durante cinco días a la semana, limitando los sobreesfuerzos para no cargar las articulaciones.

Ese martes, la nutricionista me ofrece un folio en blanco y bolígrafo.

—Quiero que anotes tu comida preferida y algún que otro capricho —me pide.

Yo dudo, me remuevo en el asiento con inquietud y le frunzo el ceño al papel que espera que le confiese mis pecados.

—Algo por lo que valdría la pena engordar —especifica la nutricionista—. Comida rápida, chocolate, cereales, gominolas... Mis hijos se vuelven locos con los Rainbow Nerds.

Sonrío por su comentario. Quizá esa mujer no tenga hijos ni esté casada y solo utilice las dosis de datos personales para acercarse a mí y ganarse mi confianza. Quizá esa sea su estrategia. La cuestión es que decido creerla porque la necesito.

Con la mano temblorosa, cojo el bolígrafo y escribo «*Pizza*, helado de *stracciatella*, Twix».

—Ya está —anuncio un tanto avergonzada.

—Me gustaría introducir un día a la semana en el que te permitas alguno de estos caprichos sin sentirte culpable.

—No creo que pueda. —Cierro las manos y me clavo las uñas en la palma. Noto cómo mi alrededor se mueve a un ritmo acelerado y tomo aire. «Mantén la cabeza donde tienes los pies», recito mentalmente. Sustituyo la habitual palmada por un golpecito del zapato contra el suelo y espero a que las inseguridades se disipen.

—Despacio, no hay prisa. Es solo una idea —expone con cautela—. Cuando estés preparada, ese será el siguiente paso, volver a disfrutar sin remordimientos de aquello que te gustaba.

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

La terapia con Henderson me sirve para ordenar los pensamientos y percatarme de que las pequeñas cosas tienen mayor importancia de la que les damos *a priori*. Por ejemplo, poner el despertador a la misma hora, vestir con ropa deportiva, no llevar tacones para proteger los pies de cara al entrenamiento... Eran acciones que había interiorizado, y todas ellas danzaban alrededor de la gimnasia.

La capacidad de adaptación a una nueva rutina es una de las claves que trabajamos. «Nuestro estado de ánimo decae considerablemente si nos pasamos el día en pijama. En cambio, si nos damos una ducha y nos arreglamos, aunque no vayamos a salir de casa, nos sentimos más productivos», opina Henderson.

—No le veo relación conmigo... —farfullo, confusa.

—Lilia, tu armario está lleno de ropa deportiva, y te genera frustración ver esos uniformes sabiendo que no vas a pisar un gimnasio. Algo tan sencillo como añadir vestidos, vaqueros o un bolso en vez de una mochila te ayudaría.

—¿Me está aconsejando que vaya de compras?

—Notarás la diferencia —cerciora, sin inmutarse ante mi escepticismo.

Pese a mi reticencia inicial, le hago caso. Le pido a Violet que me acompañe al centro comercial y elijo un par de petos, una *blazer* turquesa y un pantalón militar ajustado con el que resulta imposible abrirme de piernas. Y noto la diferencia. Sigo añorando la rítmica, pero mi atuendo no me lo recuerda, solo mi cabeza.

Opto por guardar los chándales en la habitación de mi hermana durante una temporada y le propongo más tardes de tiendas para sustituir los calcetines Nike por unos de muñecos, fresas y globos. Y cuando los miro, no se me hace un nudo en la garganta. Tomo aire y me repito: «Solo es un pequeño cambio».

OceanofPDF.com

LILIA

Presente

—Alegra esa cara —comenta Troye sin apartar la vista de la carretera—. Vamos a un concierto, no al fin del mundo.

El viento que se cuela por las ventanillas bajadas me revuelve la melena y sonrío cuando Troye tararea fragmentos de canciones pop de la radio que no le pegan en absoluto. Está relajado, con las manos en el volante y la misma expresión divertida que grabé en mi memoria la noche en la que se le ocurrió bañarse en un estanque. Lleva puesta una camiseta negra de manga larga con el logotipo de The 1975 en blanco y, a juzgar por el aroma a menta y cítricos que emana al hacer el más mínimo movimiento, juraría que se ha echado colonia incluso en los calcetines. Yo, en honor a Henderson, me he decantado por un vestido de flores color vainilla y he cogido prestadas las Converse pistacho de mi hermana, la cual ha insistido en que guardase chicles de hierbabuena en el bolso por si al final de la cita había beso. «No lo habrá y esto no es una cita, solo una salida de dos amigos», he contestado tajante.

Troye y yo nos hemos visto con mayor frecuencia en las últimas semanas. En una tetería recién inaugurada en Kinsale, durante mis paseos matinales coincidiendo con su hora de entrar a trabajar y alguna velada perdida en la que visitamos ese muro en el que las palabras se transforman en suspiros y no necesitamos más para sentirnos en casa.

—Galway está en el fin del mundo —replico.

—Solo a tres horas. —Cambia de carril para adelantar a un turismo—. A dos y media si desgasto el acelerador.

—Es mucho.

Un cielo azul adornado por nubes de algodón ilumina el trayecto, y yo le dedico un puchero al paisaje de árboles difuminados que dejamos atrás.

—Cuando veas a Healy en directo, pararás de poner morritos —declara Troye. El sol de mayo acentúa las pecas que bañan su rostro.

—No pongo morritos, solo digo que podríamos haber esperado a que vinieran a Kinsale.

—Lo miré —apoya un brazo en la ventanilla—, y solo van a Galway.

No confiesa que también tocarán en Dublín, pero que, por razones evidentes, no se le antojó la mejor opción a la hora de comprar las entradas por internet y organizar un viaje en furgoneta.

Subo la música y estiro las piernas de manera que mis pies quedan apoyados sobre la guantera, algo que a Troye no parece importarle. No me molesto en disimular la carcajada que se me escapa al escucharle entonar un «*far away*» desafinado sobre *Starlight*, de Muse, a lo que responde con un maratón de *singles* silbados varios tonos por encima de la versión original y repletos de gallos intencionados.

Llegamos a Galway antes de lo previsto, así que nos da tiempo a aparcar a unas calles de la sala donde tendrá lugar el concierto e immortalizamos nuestra excitación con fotografías mal encuadradas.

—Me muero de hambre —anuncia Troye, olfateando las salchichas de un puesto ambulante cercano—, ¿prefieres una cena sofisticada o te vale con un antro nada glamuroso en el que sirvan los mejores bocadillos de la zona?

—Me da igual.

—Lilia, elige —me presiona, enarcando una ceja—. ¿Hamburguesa grasienta con queso fundido y beicon o un plato de diseño con dos tallarines salpicados por una miserable gota de pesto?

—Hamburguesa pequeña y agua —dictamino, a estas alturas hemos hablado largo y tendido de mis límites, de aquello con lo que me siento cómoda o no comiendo. Y Troye lo acepta sin tratar de acelerar mi recuperación, él entiende que hay procesos que requieren de más empeño que velocidad.

—Hecho, pero compartimos patatas.

Enfilamos la calle hasta un local de aspecto dudoso, con paredes negras y taburetes altísimos. Pese a que el camarero tarda en anotar nuestro pedido, la hamburguesa de ternera es la mejor que he probado en mucho tiempo y no me opongo cuando Troye la abre para echarle ketchup y una pizca de mostaza.

—Nunca te fíes de las puntuaciones de Google —sugiere Troye, piropeando la carne en su punto—, este sitio solo tiene una estrella y es increíble.

—¿Habías venido aquí antes?

—Con Declan —asiente antes de narrarme algunas de sus escapadas en furgoneta. Me centro en sus palabras para ir digiriendo despacio la comida—. Pero nada es comparable a Kinsale —resume.

—Porque es tu casa. —No se imagina lo feliz que me hace que sea así.

—Volverá a ser también tu casa, Lilia.

El comedor va llenándose y nos envuelve el sonido de conversaciones de otros comensales, el siseo de los bistecs que se hacen a la plancha y el tintineo de la bandeja con vasos que traslada el camarero hasta la cocina. En la mesa de la derecha, varios muchachos de nuestra edad empapan el lugar de risotadas y opto por contagiarme de su jovialidad.

—Te gusta, ¿eh? —pregunta Troye al observarme rebañar una esquina de queso derretido que se ha pegado al plato.

Se remanga la camiseta hasta los codos y le da un sorbo a su Coca-Cola. Mi atención se centra en los tatuajes de sus brazos.

—¿Qué tienes ahí? —Intrigada, le agarro la muñeca para examinar los dibujos que cubren su piel—. Son...

El apellido Adler en el antebrazo, números romanos, el título de una serie. Niebla. Las iniciales «D» y «J». Un «intruso» en letra manuscrita. Una canasta. Notas musicales. El faro y una margarita. La cifra un millón junto a la silueta de una gimnasta.

—Mis recuerdos —replica ante la evidencia.

Me llevo la copa a los labios y asimilo el valor de los trazos de tinta que se ha grabado para siempre.

—¿El chico que cargaba con el pasado a sus espaldas decidió tatuárselo en los brazos? —susurro, aún afectada.

—No quiero avergonzarme de dónde vengo; los recuerdos, incluso los más oscuros, nos enseñan algo. Pero no soy el ayer, soy el aquí y el ahora; cada decisión que tomo con libertad y no porque solo exista una dirección posible.

Permanezco callada varios minutos, reflexionando.

—¿Qué ocurre? —inquire Troye con pliegues en la frente.

—Estaba pensando en eso que has dicho... Me gusta.

—¿Qué parte.

—La de no ser tu pasado.

—Es algo que me repetiste hace años, Lilia.

—Y sigue siendo un consejo que no me consigo aplicar —admito—. Me gustaría salir de este limbo, ¿sabes? Hacer cosas y volver a sentirme útil.

—¿Qué te lo impide?

—Mi bloqueo. En terapia no logro visualizar el futuro... Y no me extraña, me mantengo en el presente a duras penas.

—Eh, no te preocupes por eso. Esta noche no. Hoy es tu día libre de problemas y maneras de solucionarlos. Solo eres una chica que va a un concierto con un chico indiscutiblemente atractivo.

—Discrepo. —Le dedico un mohín.

—Vaya, creo que alguien quiere volver a Kinsale haciendo autostop.

—¿Es una amenaza?

—Más bien una declaración de intenciones.

Troye ameniza la sobremesa con más bromas que me invitan a saborear ese pasado al que ninguno puede regresar. Una parte de mí lo haría, se perdería en cualquier pretérito imperfecto para regodearse en una época sencilla en la que no había cuevas, sino bajadas con el viento a favor. Sin embargo, hay otra parte, la que está rescatando enseñanzas de lo vivido, que prefiere enfrentarse a lo que venga a partir de aquí.

Tan importante como aprender a volar es practicar el aterrizaje. Yo arañé el firmamento con los dedos, es el momento de guardar a buen recaudo las estrellas que le arranqué al cielo y controlar mi deseo de vislumbrar los astros.

El reloj marca las nueve cuando pagamos la cuenta y ponemos rumbo al concierto.

—Es aquí. —Troye señala la entrada con puertas de aluminio, custodiadas por dos encargados de seguridad de la estatura de jugadores de baloncesto.

Sin prisa, nos dirigimos hacia el final de la cola y esperamos a que retiren la cinta roja para darnos paso al recinto.

Avanzamos con lentitud hasta el interior de la sala; es inmensa, con las paredes oscuras, la escalera de caracol que da acceso a la zona vip de la planta superior y una barra en la que sirven vasos generosos y venden *merchandising*. Troye pide una cerveza y yo me conformo con una botella de agua mineral fría, aunque le doy un sorbo a su bebida.

No queda ni un centímetro de suelo a la vista, nos repartimos por el espacio y los *flashes* de los teléfonos se suman a la decoración minimalista de ráfagas deslumbrantes de tonos escarlata y cian. Los fans más entregados dan palmas al borde del escenario y corean el nombre del grupo hasta que la neblina artificial colma cada metro. La banda se materializa entre vítores cuando proyectan la carátula del último disco, *Notes On A Conditional Form*, y la excitación y el olor a alcohol palpitan en el aire.

Los aplausos no se hacen de rogar con los primeros acordes de *Give Yourself A Try*, canción en la que Matty Healy baila entusiasmado y agita el pelo sin contención durante el estribillo. El tatuaje de su pecho emerge a través de los cuatro botones desabrochados de la camisa, se aproxima a cada extremo para guiñar un ojo con descaro y volver al centro para colocar ambas manos sobre el micrófono y cantar con ímpetu. En *Chocolate* se queda sin aire, desafina y pide participación a las primeras filas para que los asistentes coreen algunos versos mientras él le da un trago a una botella de agua que esconde tras la batería.

Nadie se queja por los fallos en la letra o las notas más cortas que en la versión de estudio, el *show* en directo supera las expectativas por las emociones que transmite. El virtuosismo de la eléctrica de Adam Hann encandila tanto como el ritmo vertiginoso que marca George Daniel desde un discreto segundo plano, o la potencia del bajo de Ross MacDonald, el cual se refugia bajo una capucha.

Durante *TOOTIMETOOTIMETOOTIME*, el vocalista se agacha para interactuar con el público e incluso se hace un selfi con dos chicos que manifiestan su satisfacción saltando. *Be My Mistake* pone el toque intimista y Matty pide silencio para hacer una breve introducción, se cuelga una guitarra acústica e improvisa el inicio hasta dar con el tono, sujetando un cigarrillo encendido entre los labios.

—Esta canción es para quienes luchan mientras descubren lo que quieren, cometen errores en el camino y alejan a personas —recita, despertando los aullidos de aquellos que han perdido la cuenta de cuántas consumiciones chispean por sus venas—. Va dedicada a los jóvenes que aprenden algo nuevo de sí mismos y se sienten culpables en la batalla por admitir lo que realmente anhelan.

Ajusta las clavijas del instrumento, musita «Voy a ponerme en evidencia con esto», y baja el pie de micro hasta una altura intermedia entre su boca y la de la guitarra. Un suave «*Be my mistake, then turn out the light*» ahoga el más leve sonido de la pista y nos invita a ese pedacito de melancolía con la sala iluminada por pantallas de móviles. Troye me rodea la cintura con sus brazos y yo reclino el peso de mi cuerpo en su torso; mi respiración se acelera cada vez que susurra parte de las letras y su aliento roza mi oreja. Sin meditarlo, me giro para depositar un beso en su mejilla y me pierdo en el centelleo de sus pupilas mientras se muerde el labio inferior con una mueca indescifrable.

El espectáculo no cesa y nos balanceamos al son de *Change of Heart*, *Love It If We Made It*, *Robbers*, *It's Not Living (If It's Not With You)* y *Sex*. El grupo al completo finaliza el concierto con teclados en el escenario para elevar los ánimos mediante *Somebody Else*. El último sorbo que le doy a la cerveza de Troye se añade a la euforia volátil que transmite el evento. A escasos centímetros de su boca, le canto con descaro «*I hate to think about you with somebody else*». Él delinea mis labios con la mirada y yo pienso en margaritas.

TROYE

Presente

Ya ha oscurecido cuando salimos del concierto y una brisa cálida anida en mis poros antes de que Lilia tire de mi brazo, instándome a modificar el rumbo que han tomado mis pasos.

—El coche está por allí. —Señala en dirección opuesta, hacia una plaza que no recuerdo haber cruzado antes.

—No puedes dejar de ser tozuda ni siquiera cuando sabes que no llevas la razón —objeto en un tono más alto del habitual, debido a que en mis oídos sigue vibrando el eco de la música.

—Sé —enfatisa con el mentón elevado— que la llevo. Por mucho que le duela a tu ego, te has perdido.

—Lo único que me va a doler será la mandíbula de repetirte lo equivocada que estás en las tres horas de trayecto que nos esperan. Cuatro si te sigo la corriente.

Lilia desvela al firmamento con una carcajada irónica.

—No puedes conducir en este estado —me reprende.

—¿En qué estado?

—Caminas en zigzag.

—Eso es mentira. —Y si no lo es, no se debe al alcohol—. No acostumbro a beber demasiado, pero te aseguro que un vaso de cerveza no me sube nada.

Aun así, tras veinte minutos dando tumbos, nos metemos en la furgoneta y permanecemos allí un rato charlando, fingiendo que es el alcohol, y no las ganas que tenemos de que la noche no acabe, lo que nos retiene en Galway.

—El concierto ha sido una pasada. —Lilia sonríe de oreja a oreja. Tiene la cara brillante por el sudor y algunos mechones pegados a la frente. Est  despeinada, alegre y más viva que nunca—. La cabeza me da vueltas de felicidad.

Se contenta con tan poco... Y yo no puedo dejar de buscarla, de memorizarla con los ojos y permitir que mis pupilas resbalen por cada milímetro de su rostro de un modo adictivo. No obstante, cuando mi mirada se ancla en su boca, s  que prefiero escucharla hablar antes que sellar sus labios con los míos. Por eso, mi réplica es...

—Y a mí. Un millón de vueltas —murmuro.

Mis cuatro últimas palabras agitan el pecho de Lilia. Inquieta, se gira hacia la ventanilla para escrutar el exterior, pero su reflejo proyectado en el cristal se lo impide. No distingue los edificios y los árboles, tampoco las farolas que bordean la acera ni cada individuo que sigue celebrando la noche de sábado. Conecto el móvil al salpicadero y canto bajito *Inside Your Mind* hasta colarme en su mente y dibujarle una sonrisa burlona que cuestiona mi habilidad entonando. Me declaro vencedor cuando Lilia se suma a reproducir la discografía de The 1975 con la voz rasgada. Bailamos sentados, me crezco con un solo de batería contra el volante y ella agita la melena en todas direcciones. La escena más genuina de la velada es ser testigo de su desinhibición. Hasta que, de repente, el ayer nos alcanza.

— Alguna vez te has arrepentido de que termin semos? —Su interrogante me pilla con la guardia baja.

Suspiro mientras la acidez de la ruptura me pellizca las entrañas. No quiero volver all , a ese final apoteósico que hizo algo peor que demoler un faro: lo dej  desierto. A tientas, recorro mis tatuajes como si fueran de relieve y pudiera peregrinar por ese mapa de coordenadas para otorgarle una respuesta justa a Lilia.

— Por qué preguntas eso?

—No lo sé. —Enmudece y clava los ojos en sus rodillas. Después niega y rectifica—: No era yo. O era más yo que nunca, pero una versión mezquina que solo valoraba aquello que la ayudaba a rozar la perfección.

—Me arrepiento de cómo terminamos, Lilia, pero no creo que ese fuera nuestro momento.  ramos dos críos, una muy centrada y otro muy perdido.

Ambos extremos son igual de malos.

—No sirve de mucho, pero lo siento. Por cómo te traté.

—Yo también lo siento. —Clavo la mirada en los limpiaparabrisas—. Te escribí muchos *e-mails* y te llamé, y te juro que por aquel entonces me parecía que estaba haciendo todo lo posible por salvar la relación. Me equivocaba. Pude haber hecho más, subirme a un avión, por ejemplo, o llevarte la contraria para que reaccionases mucho antes, cuando aún me escuchabas. —Si pudiera regresar a mi último verano junto a ella en Kinsale, hablaría claro, aunque eso supusiera nuestra ruptura. Quizá sería mejor arriesgarse antes que permitir que se rompiera persiguiendo esquirlas en un mar de depredadores—. Una parte de mí siempre pensó que no te merecía, Lilia. Tú estabas encima de un pedestal, con medallas al cuello, los medios ensalzando tus logros y unos Juegos Olímpicos aguardándote a la vuelta de la esquina. Y yo solo era un chico que buscaba un hogar, sin talento ni vocación.

—Tenías la pintura —se apiada de mí—. Todavía la tienes.

—Nada es comparable a lo que hacías tú.

—¿Te ha hecho emocionarte? ¿Has sentido un cosquilleo en el estómago al dibujar o has perdido la noción del tiempo con un lápiz entre los dedos? Sé que sí, Troye, estuve allí. —Frunce el ceño—. No vuelvas a decir que no tienes talento.

—No tanto como tú.

—El talento no se mide por las personas a las que llegas, sino por las sensaciones que le despiertas a alguien haciendo lo que más disfrutas. ¿Quieres que te cuente un secreto? Me enamoré de ti cuando me vi a través de tus ojos, plasmada en un folio. En aquella época estaba tan obsesionada con formar parte de la selección nacional que obvié muchos detalles por el camino. A mí misma, para empezar. Mientras yo era incapaz de oír a la adolescente y no a la gimnasta profesional, tú lo hacías. Me veías en lo cotidiano, y siempre me pintabas con el pelo suelto, ropa de calle y una sonrisa sincera, nada de la coraza con la que me cubría al pisar el tapiz. —Sus dedos trepan por mi muñeca hasta trenzarse con los míos y una ráfaga agradable viaja por mis extremidades—. Supongo que por eso discutí contigo tras el Mundial de Belfast, tú me recordabas la parte humana, la que

podía desmoronarse y fallar. Troye, yo no estaba preparada para ser de carne y hueso. Quería metales dorados, hacer historia y batir récords.

—Yo no era suficiente para ti y tú no eras suficiente para el deporte. Estábamos condenados.

—Ocurrimos en el momento equivocado —coincide con una expresión triste.

—¿Existe uno idóneo?

—Existe desear que algo suceda con todas tus fuerzas —afirma, contemplando su mano y la mía entrelazadas—. Y no dejar de desearlo ocurra lo que ocurra.

Asiento en silencio.

A veces nuestra fe ciega en algo nos empuja a entregarnos pese al ridículo porcentaje de éxito que ampara nuestras acciones. Y, a veces, al echar la vista atrás y analizar fríamente lo acontecido, lo más inteligente es elegir no tratarnos con dureza ni recriminarnos lo estúpidos, inmaduros o románticos que fuimos. Sustituir la palabra fracaso por equivocación supone un acto de benevolencia difícil de llevar a cabo, pero indispensable para perdonarnos y avanzar.

Ajena a mis cavilaciones, navegando en su propia tormenta, Lilia recuesta su mejilla en el hueco de mi hombro y permanece ahí hasta que las estrellas palidecen entre las pinceladas de la madrugada.

OceanofPDF.com

LILIA

Pasado

Eva cambió. Después de los dos días de vacaciones con los que la habían premiado por Navidad, mi amiga se comportaba diferente, y siguió haciéndolo hasta principios de enero.

No era la primera en presentarse a las clases de *ballet* ni la última en abandonar la sala, no buscaba vestidos de alta costura para bocetar sus maillots de la próxima temporada y había dejado de anotar el plan de trabajo diario en su libreta de entrenamientos. Así que no me sorprendió que depositase sobre mi cama una cajita morada con sus cartas —mis cartas—, las que comenzó a escribir a mi llegada a Laurden.

—¿Por qué me las das? —inquirí confusa al salir de la ducha.

—Vas a necesitarlas, Lilia, porque si me echas de menos una milésima de lo que voy a hacerlo yo... —Se detuvo para secarse el rabillo de los ojos. Expulsó una bocanada y me dedicó una sonrisa, la más triste que le vi—. Hay una para cada momento. Para cuando falles, para cuando no recuerdes quién eres o por qué empezaste...

—No pienso abrirlas, sé que volverás y me las dirás de palabra. —Me acerqué a ella, exigiéndole con la mirada que me diese la razón.

—Lilia, no voy a volver.

—No digas eso.

—Me ha costado asumirlo, pero en breve anunciaré públicamente mi retirada. Eres la primera a la que se lo cuento.

—Eva...

La abracé muy fuerte, como si pretendiera retenerla a mi lado para siempre, como si al soltarla no fuese a volver a verla.

—¿Es por la cadera? —pregunté con el rostro hundido en su pelo suelto.

Eva había resistido con un cartílago roto durante meses, y a lo largo de su carrera se sobrepuso a problemas en dos vértebras, una luxación de hombro y dolores crónicos en ambos pies.

—Estoy agotada. He perdido la ilusión. Lo que antes me parecía un sueño se ha transformado en rutina, en una obligación que no me llena. Quiero pasar por quirófano y sentirme sana, pero las lesiones no tienen nada que ver con mi decisión. Cuelgo las punteras por falta de motivación; he participado en Europeos, Mundiales, Juegos Olímpicos... He saboreado la adrenalina y ahora me apetece una dosis de calma. Quedarme en la cama hasta las nueve, acostarme tarde con un maratón de series, ponerme tacones, ir a clase y no solo enviar trabajos por *e-mail*...

—¿Hace mucho que planeas retirarte?

—Se me pasó por la mente a finales de mayo. En el Europeo de Barcelona noté algo distinto. Estaba allí, recibiendo la felicitación de fans y periodistas, pero envidiaba a las niñas de la grada. Tan inocentes y ajenas a los sacrificios que requiere este deporte. Así éramos nosotras, Lilia, ingenuas, entregadas a un sueño. Pero cuando lo vives desde dentro, desgasta. Los metales pierden su brillo y viajar de tapiz en tapiz desorienta. Estos días de vacaciones me han abierto los ojos. Hay un mundo ahí fuera esperándome.

Nos sentamos en el borde de mi cama, con las manos unidas.

—A Golkova le dará un ataque de histeria cuando le digas que te marchas.

—Lo sé, pero le dejo una digna sucesora. —Recosté la cabeza en su hombro y Eva me regaló un último consejo. El más valioso, el que no supe aplicar—: No permitas que te haga pequeña. Es una gran seleccionadora, pero Lilia Girard es una gimnasta excelente. Trabaja con inteligencia, aplica las correcciones que te hagan y confía en ti. Llegarás donde te propongas, el límite lo pones tú.

—Ojalá siguieras un poco más para retirarnos a la vez —lamenté.

—Quiero que estés feliz por mí, porque es lo que deseo. Experimentar algo diferente, descubrir quién soy fuera de esta residencia. Esto no es un adiós definitivo, volveremos a encontrarnos y estaremos...

—Juntas.

—Juntas siempre.

OceanofPDF.com

TROYE

Pasado

Ese miércoles de abril iba a ser como cualquier otro. Quejarnos del madrugón al advertir un cielo gris por la ventana, desayunar un cuenco de cereales en silencio y despedirnos de Dustin y Jacqueline con un «hasta luego» desgastado, sin echar la vista atrás al coger las chaquetas para asistir a las soporíferas clases del instituto, dando por hecho que todo seguiría igual a nuestra vuelta.

Los Adler fregaron y recogieron los platos acumulados sobre el mármol antes de marcharse al restaurante. Era miércoles, el día más flojo de clientes, por lo que Dustin aprovechaba para hacer llamadas a los proveedores y limpiar la cocina mientras Jacqueline le daba un repaso a las mesas y sillas del salón de grupos.

—A Carl se le ha estropeado el camión de reparto —anunció Dustin cerca de las diez—, voy a por el coche.

—Cariño, hay suficiente pavo para hoy —puntualizó Jacqueline, haciendo un cálculo estimado—. Podemos cambiar el menú del viernes y sustituir la milanesa de ternera por lubina.

—Los Frances han reservado, y no les gustan las improvisaciones.

—¿Por qué no esperas a que Carl encuentre una solución? Edenburn está muy lejos.

—No me arriesgo a esperar más y tener que alternar pasta y pescado lo que queda de semana —dijo su marido, al que le gustaba ser previsor—. Estaré de vuelta a las doce y media.

—¿Esperas que sirvamos la comida sin ti? A Ingrid no le hará ninguna gracia emplatar sin tu supervisión.

—¿Eso es lo que te preocupa, enfrentarte al mediodía sola? —Rio entre dientes y le acarició la mejilla a Jacqueline para aliviar su expresión de hastío—. No me retrasaré, lo prometo.

Le dio un beso a su esposa y salió por la puerta buscando las llaves del Ford plateado en los bolsillos del abrigo. Un trueno anunció tormenta y Jacqueline resopló indignada, ajena a que esa sería la primera promesa que Dustin rompería.

Nerviosa e irritada, la matriarca de los Adler se peleó con Ingrid cuando le tocó limpiar cada uno de los platos con el borde manchado de aceite o salsa antes de servirlos a los comensales. Blasfemó. Las palmas le sudaron. Se tomó un descanso de cinco minutos para llamar a su marido y la tentativa fue directa al buzón de voz. Al cerrar la cocina a las tres, ya había urdido varias versiones de un sermón implacable con el que culpar a Dustin del temporal, la ridícula propina que dejaban los Meller, el cerco de salsa napolitana que saludaba desde el cuello de su uniforme o esa generosa porción de tarta de fresa que había ingerido para paliar el estrés de cerrar sola el restaurante.

La ira navegaba en su interior cuando el teléfono sonó, ella soltó las oraciones destinadas a Dustin con desdén, y el policía que se hallaba al otro lado de la línea tuvo que cortarla para comunicarle la peor noticia de su vida.

Su esposo había sufrido un accidente. El golpe frontal que un kamikaze ebrio le había dado al Ford resultó ser fatal. El coche dio cinco vueltas de campana e impactó contra la arboleda que bordeaba la carretera. Dustin murió atrapado en el vehículo antes de que llegase la ambulancia.

El joven de veintisiete trató de excusarse tras ser detenido a varios kilómetros del siniestro, alegando no haber visto a nadie al invadir el carril contrario, respaldándose en la cortina de lluvia que mermaba la visibilidad o inventando un vago «No llevaba las luces encendidas». No asistimos al juicio y no quisimos leer los periódicos; fuera cual fuese la sentencia, nada nos devolvería a Dustin.

El funeral tuvo lugar dos días después, pero el luto nos acompañó cada mañana al salir de casa y pronunciar un «hasta luego», al tomar aire con la angustia arañándonos el pecho, cada tarde al encajar la llave en la cerradura

y cruzar los dedos para que ningún suceso sacudiese la realidad, privándonos de algo que dábamos por sentado.

La ausencia de Dustin ralentizó el tiempo y estancó cada reloj en ese miércoles gris que nos atrapó con su niebla de agua. Jacqueline no lograba levantarse de la cama, Declan perdió la sonrisa y yo... Yo quise desempeñar el rol de salvador en mitad de la hecatombe, porque aquella familia me lo había dado todo y no soportaba presenciar cómo los cimientos de ese hogar que consideraba ya mío se desmoronaban.

Pese a que mi contribución para propiciar que cada jornada resultase más llevadera consistía en cuidar pequeños detalles como hacer la compra, encargarme de la limpieza de la casa o preparar tortitas los domingos, Jacqueline lo agradeció y empezó a acompañarnos durante la comida y la cena. Me seguía la conversación si mencionaba cualquier nimiedad sobre el instituto, y me ofreció cincuenta euros para que los gastase en mi traje de graduación.

—Iría contigo, Troye, pero... —No concluyó la oración. Cogí su mano y la retuve entre las mías para que se mantuviera en el presente, a mi lado.

—Lo entiendo, Jacqueline —susurré, y no lo soporté más. Me puse en pie y le di un abrazo emotivo que me recordó al que ella me había ofrecido a mi llegada a Kinsale.

Declan, sin embargo, se aisló. Solo Arlet conseguía sacarle más de dos monosílabos, y tuve que asumir que algunas personas nacen con mayor predisposición que otras para dar consejos y transmitir paz. Lo comprendía y conocía bien su angustia, el vacío de perder un anhelo, pero eso no me convertía en la compañía idónea para rescatarlo del pozo oscuro y profundo en el que se hallaba.

—Arlet es un grano en el culo, pero sabe arrancarte el corazón y reanimarlo para que vuelva a latir —admitió Elijah una tarde de junio de camino a la tienda de ropa para eventos más popular del pueblo. Él iba sobre el *skate* y yo daba pasos el doble de largos para no quedarme atrás—. Tú y yo valemos para escuchar, Troye. Ella te zarandea hasta que lloras, gritas y te quedas tan exhausto que no guardas nada dentro. Ni bueno ni malo. Y eso es lo que necesita Declan, *resetear*.

—Ojalá volviera a ser él...

—Mi hermana te diría que te equivocas, que el Declan del pasado ya no existe.

—Lo sé.

—Y, aun así, te empeñas en vivir mirando por el retrovisor.

—Suerte que os tengo a vosotros para que... —Mis palabras quedaron suspendidas en el aire al elevar la vista y toparme de bruces con Violet Girard.

Iba acompañada de su grupo de amigas y ojeaba el díptico de la cartelera mientras echaban a suertes el estreno por el que se decantarían esa tarde.

—Troye, hola —dijo al pasar por su lado. Las facciones alegres que retenía de ella del Mundial de Belfast se esfumaron y en su rostro apareció una mueca similar a la de cada vecino al darnos el pésame—. Siento lo de Dustin.

—Gracias, Violet —contesté con un abrazo fugaz y un tanto incómodo.

Mis pies se preparaban para seguir a Elijah cuando Violet abrió la boca y de ella salieron dardos directos a una herida que nunca llegaría a cerrarse.

—Lilia me lo contó... Vuestra discusión.

—Nuestra ruptura.

—Me caes bien, Troye, y creo que te preocupaste por mi hermana, que la apoyaste y lo hiciste lo mejor que pudiste... Lamento que Lilia no te haya correspondido igual. Cuídate, ¿vale?

—Igualmente.

No le pregunté si se refería al hecho de que su hermana no me hubiera mandado ni un miserable mensaje tras el funeral, o si había realizado un cálculo general sobre el porcentaje de esfuerzo que cada uno había puesto en la relación y Lilia se quedó en números negativos. Tampoco precisaba ahondar en el asunto.

—Eh, Troye. ¿Estás bien? —Elijah me dio una palmada en la espalda.

—Genial —ironicé.

—¿Dejamos lo del traje para otra tarde?

—De eso nada, no voy a permitir que los recuerdos ensucien el ahora.

—Así se habla, Troye. Seremos los tíos con más *swag* de esa graduación de la cárcel.

—No pienso ir de rapero como tú y Declan...

—O te alías con nosotros o ya sabes lo que te espera... Camisa de leopardo, mallas fucsias y las zapatillas más cantosas de Aliexpress para ser el escolta de Arlet.

—¿En serio?

—Nuestra secta tiene un código de vestimenta específico. —Sonrió y ahí estaba su luz proyectándose sobre cada resquemor y trazo de melancolía.

En un descuido, le quité el *skate* a Elijah y le obligué a perseguirme calle abajo durante una carrera en la que el júbilo se sobrepuso a la añoranza.

El día de la graduación, Kinsale recuperó su color. Jacqueline decidió rescatar un vestido coral del armario y colgarse al cuello la vieja Nikon de Dustin para inmortalizar cada instante. Retrató cómo Declan se ajustaba la pajarita de marcianitos, mi expresión de espanto al descubrir que sacaba de la cómoda una a juego para mí y nuestros semblantes de emoción al abrir dos regalos inesperados: relojes a juego con las iniciales grabadas.

—Para mis chicos mayores —musitó Jacqueline con la mirada acuosa antes de salir hacia el instituto.

La explanada de hierba estaba cubierta por un escenario y sillas plegables con cojines camel. Los docentes se congregaban en las escaleras de la entrada para recibir a cada familia e invitar a los estudiantes a sentarse por orden alfabético.

—Adler y Barlow, seguidos —comunicó el director, que había accedido a que asistiera a la ceremonia de bachillerato para que Jacqueline no tuviera que soportar dos eventos.

—Y Rhodes también. —Elijah soltó una carcajada cuando estuvimos solos y se puso a la cola, adoptando su cara de circunstancias al garantizarle al conserje que su apellido era «Bhodes».

La elegancia clásica del atuendo de Elijah —un traje de pingüino negro con una flor blanca en la solapa, cuyos pétalos manchados por gotas carmín

homenajeaban su película favorita, *Entrevista con el vampiro*— contrastaba con el palabra de honor de lentejuelas magenta de su hermana.

—Estás deslumbrante —apuntó Declan, y ella optó por tomárselo como un piropo.

—Literalmente —coincidí al percatarme de que había añadido purpurina a la plataforma de sus deportivas.

—Un chaleco reflectante hubiera sido más discreto —apuntó Elijah frunciendo el ceño.

—No habéis sido nada arriesgados —rechistó Arlet, examinando el esmoquin gris perla de Declan y mi apuesta de camisa y pantalones azabaches.

—Nadie osaría hacerte sombra, sis.

Ninguno de nosotros subió a la tarima a dar un discurso alentador, tampoco se graduó con honores ni manifestó su deseo de estudiar Medicina, Física o Ingeniería. Elijah seguiría adelante con su plan de licenciarse en Dirección y Administración de Empresas, y Arlet había rellenado la solicitud para varios centros de Arte Dramático. Declan y yo éramos una incógnita en el aire, pero eso no nos impidió beber de aquella paz al lanzar el birrete al aire, posar para las fotografías que adornarían los muebles del salón o fugarnos del instituto y seguir la fiesta en la cancha, descalzos sobre las líneas desgastadas.

—¿Qué hacemos ahora? —Declan nos pasó una bolsa de Doritos que nos pintaba la lengua de naranja.

—Coger aire, soltarlo, disfrutar... —respondió Arlet, cerrando los ojos.

—¿No se supone que este momento es uno de los que marcan tu vida? —pregunté, atesorando el fulgor del cielo para imitarlo más tarde en un lienzo.

—Solo si tú quieres —aseguró ella.

Elegí que aquellas horas fueran risas, una disección del último capítulo de *Parks and Recreation*, los cinco tiros que no hicieron canasta, las pizzas grasientas que compartimos en el jardín de los Rhodes y la idea de lanzarnos a la piscina con la ropa puesta. Sin cavilaciones trascendentales ni miedos.

No me había propuesto llegar a ninguna parte porque para mí el día a día suponía un regalo en sí mismo. Allí, iniciando una guerra de agua junto a mis mejores amigos, traté de arrinconar lo que echaba de menos y no estaba en mi mano recuperar. Y lo supe, que no necesitaba grandes planes, ir a la universidad ni colgar mis lienzos de una pared para que los críticos les pusieran un valor monetario y no emocional. Era feliz con la cotidianidad de un café matutino, reproduciendo la sonrisa de los hermanos Rhodes en mi cuaderno, sumando segundos junto a Declan frente a una pantalla o multiplicando mi afecto por Jacqueline con cada abrazo.

Kinsale era mi hogar y esas personas, mi pulso. No se me ocurría un plan mejor que el de invertir mis horas al lado de quienes me hacían perder la noción del tiempo, agradecido de cada segunda oportunidad que me brindaba ese nuevo comienzo.

Aquella noche, tras debatirlo en profundidad con Declan, nos reunimos en el sofá para tenderle una emboscada a Jacqueline.

—Queremos reabrir el restaurante —anunció Declan—. Lo hemos hablado y...

—No quiero escuchar una palabra más —zanjó ella. El Adler's Place había permanecido cerrado una larga temporada y evitar mencionarlo incrementaba la congoja que le producía el último lugar que había visto con vida a Dustin, por mucho que se obcecara en que evadirlo era la solución para combatir los fantasmas—. Lo perdimos por culpa de ese sitio...

—No, mamá. Lo perdimos por culpa de un subnormal borracho. Papá no tuvo la culpa y el restaurante tampoco. Es su legado, él hubiera querido que siguiéramos.

—Vamos a hacerlo —intervine—, vamos a honrar su memoria y la de cada generación Adler. No voy a estudiar una carrera, y no se me ocurre una manera mejor de contribuir y agradecerlos lo que hacéis por mí que sacando adelante vuestro negocio.

—Nuestro negocio —corrigió Declan.

—Chicos, valoro ese espíritu, pero no tengo fuerzas para...

—Nosotros lo haremos por ahora —remarqué—. Tú tómate un tiempo.

—¿Cómo pensáis cocinar?

—A Ingrid le gustaría volver, mamá. Y Troye y yo estamos familiarizados con la carta, hemos repartido a domicilio y conocemos a los clientes habituales.

—Sois jóvenes, tenéis que centraros en vuestro futuro haciendo algo que realmente os llene.

—Seguiré con las clases de pintura —cercioré—. Y obligaré a Declan a ojear algún módulo de grado superior.

—Déjanos hacerlo, mamá. Te demostraremos que merece la pena.

Asintió y, por primera vez desde el fallecimiento de Dustin, un amago de sonrisa bailó en sus labios.

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

—¿Adónde vamos? —pregunta Arlet, saliendo del bloque de pisos de Clondrohid donde reside junto a dos amigas que estudian Arte Dramático.

Lleva el pelo tan alborotado como en el instituto y sigue atreviéndose a combinar estampados de cebra, leopardo y figuras geométricas de tonos estridentes. Y me encanta que sea así: más, contradicciones con sentido, osadía y singularidad.

—A comprar óleos.

—¿Ese era el plan urgente que no podía esperar?

—El mismo.

—Troye, estás siendo críptico y muy irritante.

—He recorrido cincuenta kilómetros hasta aquí con la furgoneta, no quiero quejas —bromeo.

Buscamos una tienda de pintura en el GPS del móvil y lleno dos bolsas con acuarelas y pinceles. El rostro de Arlet se arruga en una mueca de confusión, pero no se opone cuando la invito a pasear por los alrededores con un café helado en la mano.

—Hace años me hablaste del paso del tiempo, de cómo cambia a las personas. Y yo no quise aceptarlo —recuerdo con nostalgia en esta mañana de junio—. Supongo que he tardado en averiguarlo o necesitaba experimentarlo para comprender que cambiar está bien, es positivo porque implica que has vivido. Pero todo eso tú ya lo sabías.

—En efecto, intruso.

—Nunca os lo he dicho porque no soy un cursi que disfrute con los sentimentalismos, pero antes de que los Adler me acogieran, soñaba con

encontrar una familia que me quisiera por cómo era, sin tratar de moldearme a su antojo. Pensaba que la hallaría a través de un papel que formalizase la adopción, en un plato de comida o en un regalo de cumpleaños. Y lo hice, Dustin se portó genial conmigo y Jacqueline es una madre ejemplar. Pero hubo dos hermanos que me avasallaron en la cafetería y me enseñaron que hay familias sin lazos de sangre ni el mismo color de piel. De ellos aprendí que existen hogares que ya están completos antes de que aparezcas y, aun así, deciden hacerte un sitio.

—Troye...

—Sé que lo pasaste mal queriendo a Declan en la distancia; a mí me ocurrió algo similar con Lilia. Y no sé, me has pillado sensible, pero eres la «todo» más superlativa y estupenda que conoceré jamás, Arlet. Gracias por recordarme que debía quererme, por obligarme a ir a la escuela de pintura, por pincharme para que reaccionase en esas épocas en las que no vivía, solo respiraba.

—Vas a hacerme llorar —musita ella, tratando de no parpadear.

—Te pegan más la risa y los discursos, así que, ¿por qué no me ayudas con algo?

—Qué necesitas. —Su mirada verde se ilumina con determinación.

—Que me acompañes como has hecho desde que te conozco. —Recuesta la cabeza en mi hombro y le doy un beso en el pelo. Avanzamos hasta la furgoneta y guardamos las bolsas en la parte trasera—. Me queda un último recado. ¿Te apetece una vuelta hasta el Didier? Te dejo elegir la música del viaje.

OceanofPDF.com

No hay mucho peso que puedas bajar si entrenas ocho horas diarias y tu dieta se compone de verduras hervidas y carne a la plancha. Sin salsas, bebidas gaseosas, pan ni dulces. Guardaba la manzana del postre para comérmela esas tardes en las que Golkova no venía a vernos entrenar o la subía a la habitación para tomar una mitad por la noche y la otra en el desayuno.

A sabiendas de que mi cita con la báscula era siempre a las doce, dejé de beber agua hasta pasada esa hora, un pequeño truco que había oído a las gimnastas del Este en los vestuarios de eventos internacionales. Una vez que Golkova lo descubrió y optó por arrastrarme al despacho de la nutricionista por sorpresa —en mitad de la clase de *ballet*, en mi tiempo de descanso o entrada la tarde—, desterré la cantimplora al fondo del armario y no volví a llevarla conmigo para ahorrarme la tentación.

En enero no solo había perdido cuatro kilos, sino las fuerzas, el carisma que me diferenciaba de otras compañeras y mi carácter sobre el tapiz.

Bethany modificó la estrategia para esa temporada. Nos decantamos por un calentamiento específico más intenso y redujimos las repeticiones de enteros para no empeorar mis dolores. Entrenaba con trajes de sauna que favorecían la sudoración. Cada tarde, al concluir la sesión de sala, pasaba por los fisios y trataba de relajarme repasando los ejercicios con los ojos cerrados antes de ir a dormir.

Sin embargo, aquel martes las piernas me temblaban en exceso después de los *fouettés* y ni el hielo ni los masajes me aliviaron. Me quité las rodilleras y los calentadores para desenrollar la venda que cubría rodilla,

tobillo y pie. No tenía buena pinta; la piel se había oscurecido y apenas notaba un hormigueo al pasar las yemas por encima.

Me asusté y quise quejarme, pero sabía que Golkova ignoraría mi llanto y lo achacaría todo a mi falta de espíritu competitivo, por lo que cogí aire para serenarme, coloqué las vendas en su sitio y me levanté del practicable con intención de seguir.

Las náuseas se arremolinaron en mi tripa y mi visión se volvió borrosa, impidiendo que coordinase los movimientos. Antes de dar un paso, caí de bruces contra la moqueta y solté un aullido grave, visceral.

Hecha un ovillo, lloré fuerte, tanto que alguien pausó la música de la sala y varias personas acudieron al tapiz en el que me encontraba.

—Dejadla respirar —pidió Bethany—. Necesita espacio.

—Necesito morfina —imploré con las mejillas empapadas, retorciéndome de dolor—. Por favor...

Avisaron a Golkova y al equipo médico de la residencia. Me ofrecieron unas muletas y volví a sollozar mientras trataban —en balde— de que apoyase la planta del pie.

—No puedo andar. ¿Qué me pasa? —demandé con pavor.

El semblante serio de la seleccionadora y los cuchicheos asustados de las chicas fueron lo último que percibí antes de desvanecerme entre los brazos de Bethany.

Golkova llamó a una ambulancia y me llevaron a Urgencias para hacerme un escáner, radiografías y análisis de sangre. Al pisar un tapiz me sentía al volante, confiada en que las repeticiones me aproximaban a la perfección, segura de que el sacrificio valdría la pena. En cambio, en la cama del hospital, a la espera de lo desconocido, me convertí en fragilidad.

Los resultados llegaron a la mañana siguiente de la mano de dos traumatólogos y una enfermera que me acarició el brazo de las vías y permitió que apretase su mano mientras escuchaba lo peor que alguien podría decirme: «Estás destrozada por dentro, retírate ahora que todavía puedes caminar».

Golkova se centró en los tecnicismos, debatió largo y tendido las opciones de tratamientos, se acercó a examinar las placas y enmudeció

cuando los doctores la acusaron de haber fracturado la pierna de una adolescente en tres puntos distintos.

—Dé gracias si la chica recupera toda la movilidad.

—¿Cómo? —Noté la acidez trepando por mi esófago.

—Lilia, es imprescindible que ceses tu actividad deportiva para que las lesiones se curen sin secuelas graves —dictaminó el residente.

—Pertenezco a la selección nacional, quiero ir a los Juegos Olímpicos...

—Las gimnastas están hechas de una pasta diferente a la de los pacientes de este hospital, señores —opinó Golkova—. Se recuperará. Solo ha sido una bajada de azúcar.

—Tiene anemia, falta de hierro, las defensas por los suelos... —puntualizó la enfermera con desdén.

—Si sigue a este ritmo —auguró el médico más mayor—, en dos semanas volverá a Urgencias. Y entonces no podremos salvarle la pierna.

—No ocurrirá nada —prometí cegada por mi pasión—. Estaré bien.

—El deporte de élite no es una opción para ti —zanjó él.

Acababa de cumplir diecinueve años, pero vivía presa en un cuerpo anciano y deteriorado.

Cerré los puños, arrugando las sábanas entre los dedos cuando las emociones me atizaron. Todas eran feas, horribles, arraigadas en lo más profundo de mí, y me pregunté dónde estaba la niña que alguna vez fui, la que no fantaseaba con medallas, sino con las tardes en el Didier junto a Gianna, Violet, Stella y Sawyer, después del colegio.

Lloré sin tregua ni consuelo. Porque nadie me había advertido que una parte de mí iba a morir el día en que dejase la gimnasia. Porque quería seguir siendo experta en algo. Porque no contemplaba alejarme del éxito para retroceder hacia la casilla de inicio desde la que comenzar un juego en el que era principiante.

Mis latidos se dispararon y vociferé que anhelaba continuar y no me lo permitían. Pataleé, recurrí a los insultos y traté de arrancarme las agujas del suero y la medicación. Me sedaron, mi alrededor se tornó difuso y perdí la conciencia.

«Ojalá no despierte nunca», fue mi último pensamiento.

Me dieron el alta una semana después y sonreí al oír que Golkova le indicaba al taxista que nos llevase a Laurden. Me encontraba mucho mejor y con los analgésicos podía caminar tolerando las chispas de dolor. Era una buena señal.

Seguí a la seleccionadora hasta un despacho administrativo, donde tomamos asiento separadas por una mesa circular en el centro de la cual había una carpeta con papeles.

—Aquí tienes los informes hospitalarios de Urgencias y tu historia clínica con los médicos de la selección desde que llegaste al Centro de Alto Rendimiento. —Me aproximó los folios—. Lo he consultado con otro equipo de especialistas y todos coinciden en el diagnóstico. No es seguro que continúes practicando gimnasia. Me temo que no podemos hacer más por ti.

—¿Qué?

—Lilia, estas cosas suceden con frecuencia en la élite.

—No voy a tirar la toalla. Quiero seguir.

—No está en tu mano tomar esa decisión.

—Hace unos meses me gritabas que me sobrepusiera a las molestias, que los campeones se hacen a base de golpes. Lidiaré con ello, no protestaré.

—La situación ha cambiado, nos enfrentamos a un trauma más grave de lo que pensábamos. Nadie de Laurden te pondrá en peligro para conseguir medallas. —Se levantó del sillón de piel y avanzó hacia la puerta—. Recoge tus cosas, reservaré un billete de avión para ti.

—Daria...

—Has sido una gimnasta maravillosa, Lilia, pero es hora de dar paso a las próximas generaciones.

Abrió la puerta para que saliera y, pese a nuestras asperezas, deseé abrazarla, suplicarle que me concediera una última oportunidad. Empecé a hacerlo, pero no sirvió de nada. Al darme la vuelta, la seleccionadora se había marchado.

Subí a mi habitación con el corazón reducido a fragmentos minúsculos e hice las maletas mientras pensaba en que no había podido despedirme en el tapiz lanzando un beso a las gradas, en que nadie vería mis coreografías nuevas, en que otra gimnasta más joven y más sana heredaría los maillots que no llegué a estrenar... Laurden no volvería a ser mi hogar.

En mitad de un ataque de ansiedad, cogí el teléfono y llamé a mi hermana.

—Lilia, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Dejo la selección —susurré con la voz rota.

—¿Sigues en el hospital?

—Me han dado el alta. La lesión del Europeo... es peor de lo que parecía. Me mandan a casa.

—Espera, ¿no hay tratamiento? ¿Cuánto tiempo vas a estar en Kinsale?

—Mucho. Es definitivo, Golkova lo hará oficial en unas horas.

—Joder... Lilia, cuánto lo siento.

Me deshice en lágrimas con mi hermana al otro lado de la línea.

—Sé positiva —quiso animarme ella—. Buscaremos un tratamiento y todo irá bien. No te frustres.

—Claro que lo hago, Violet. Los deportistas llegamos a la élite en buenas condiciones y queremos retirarnos de la misma manera. En un buen pico de forma, sobre el cajón más alto del podio, sanos. —Tragué saliva e intenté detener la tormenta; mi aflicción se derramaba mojándome los pómulos—. Quería elegir el momento adecuado, y la lesión me ha retirado. Mi cuento de hadas no acababa así.

—No me hables como si no te comprendiera. Yo también estuve contigo en el Didier, ¿lo recuerdas? Antes de que fallases en el Nacional, antes de que te negases a entrenar cuando no te convocaron para la selección, antes de que te llamasen de Laurden...

—Perdóname, Violet... Estoy nerviosa y...

—Eh, saldremos adelante.

—¿Puedes venir a recogerme al aeropuerto? Llegaré mañana al mediodía.

—Allí estaré, enana.

—Un último favor... Ven sola, sin mamá.

—¿Vas a contárselo tú o se lo digo cuando cuelgue?

—Ahora la llamo —resoplé, pero mi pesadilla no se desvaneció.

Es curioso cómo algunas pérdidas arrastran el recuerdo de otras y, cuanto más desorientados nos sentimos, más truculentas son las trampas mentales que urde nuestro cerebro. Al día siguiente, en el autobús rumbo al aeropuerto, me quebré en tantos pedazos que no me esforcé por recomponerme.

Mi cabeza albergó cada crítica que los aficionados me habían dedicado en foros y redes sociales, cada imprecisión en competencias, cada victoria que sabía a lejanía. Y el corazón me dolió más que la pierna. Entendí que existe cierta angustia que no desaparecería ni con el paso del tiempo, una carga con la que se aprende a convivir y que solo consigues camuflar unos segundos, arrojándola con la chispa de aquello que te causó felicidad.

Me percaté de lo que había perdido.

Oportunidades.

Instantes.

Personas.

Y el impulso ganó la partida.

Sin ser plenamente consciente de mis actos, entré en Gmail y activé la cuenta que solía usar para comunicarme con Troye. Vi varios mensajes sin abrir en la bandeja de entrada, pero no me detuve a leer correos de años atrás. Me centré en lo que precisaba decirle, así que escribí su contacto y redacté varios párrafos desordenados.

DE: Lilia

PARA: Troye

ASUNTO: El final

Sé que solía enviarte mensajes de audio y tú eras el de los correos, pero no me creo capaz de pronunciar esto en voz alta, Troye.

Mi carrera ha terminado. Vuelvo a Kinsale del peor modo posible: con los sueños rotos, el cuerpo destrozado y sin nadie esperándome en casa. Cork ya no es mi casa, al igual que tú ya no eres el chico de las pancartas que me quería un millón de veces. Y, aun así, te escribo. Por inercia, porque mi egoísmo ha hecho que me quede sola o porque pensar en ti me recuerda a esa época en que las cosas resultaban mucho más sencillas. Y realmente necesito algo así ahora, la simplicidad de montarme en una bicicleta, refugiarme en un faro y dormir recostada en tu hombro.

Perdóname por haberte apartado, por sacarte a la fuerza de mi vida y elegir en nombre de los dos. Perdóname, yo quizá no pueda hacerlo. Lo he fastidiado todo y me siento responsable por ello, tanto que no consigo respirar sin que me escuezan la garganta y el pecho.

No sé si sigo queriéndote, ¿es posible después de tanto tiempo? ¿Es posible si ni siquiera me quiero a mí misma? Lo que sí puedo asegurarte es que te echo de menos; no dejé de hacerlo entre viajes de avión, entrenamientos, victorias artificiales que escondían lágrimas y la irritación que arrastro desde que me di cuenta de que la perfección es un espejismo. Como los Juegos Olímpicos.

Ojalá pudiera regresar al pasado y cambiarlo.

Lilia

Lo releí varias veces con el corazón en un puño, pero no pulsé la tecla de enviar.

OceanofPDF.com

Querida Lilia:

Sé que te haces miles de preguntas.

¿Por qué tú?

¿Por qué ahora?

¿Qué habría ocurrido si ese día no hubieras ido a entrenar?

¿Dónde habrías llegado de no ser por la retirada?

¿Cuántas medallas, competiciones y sonrisas habrías coleccionado una temporada más?

¿Por qué te repiten que inicies una vida paralela al deporte si tú eras gimnasta y sacarte de un tapiz es impedirte respirar?

Sé que te acuestas con estos interrogantes y que son lo primero que meditas al despertar. Y te hundes, ¿cómo es posible salir de la cama con más incertidumbre que certezas?

Cierra los ojos, coge aire despacio y exhala hasta que los latidos de tu corazón se ralenticen. Recupera el control, aprieta los puños y libera la tensión. Llorar, grita, corre, haz lo que necesites hasta dejar la mente en blanco.

¿Estás lista? Bien. Entonces, grábate esto: hacerte daño no va a mejorar la situación. No eres culpable de nada, fuiste una gimnasta increíble, la élite es una carrera de velocidad condenada a terminar tarde o temprano. No hay más.

Lilia, las cosas no pasan por algo. Las cosas suceden, nos golpean, nos hacen pedazos y deciden en qué convertirnos durante algún tiempo. Tras ese lapso, somos nosotros quienes tomamos el control.

Podemos optar por compadecernos en un bucle autodestructivo que no conduce a ninguna parte. Podemos quedarnos quietos esperando la siguiente sorpresa a la vuelta de la esquina. O podemos vivir. Arriesgarnos, levantarnos del suelo y vagar sin rumbo hasta que nuestros pasos se tornen más seguros. Hasta que sintamos el pellizco de algo que vuelve a calentarnos la tripa. Hasta que, sin ser conscientes, empecemos a crear nuestro propio fuerte con cada bache que no nos permitía avanzar.

Recuérdalo: cada día hallarás motivos suficientes para seguir estancada o para aventurarte hacia lo desconocido. Las cosas no pasan por algo, las cosas nos pasan, nos cambian, y está en nosotros mismos el aprender de lo ocurrido y emplearlo como una enseñanza que nos ayude a crecer.

Sé valiente, Lilia, elige cualquier dirección y recórrela sin miedo. Lucha, no te conformes, reta a las circunstancias para que nada temporal ni accidental te defina. Ojalá alcances ese futuro en el que las cicatrices conforman las coordenadas de la persona que elegiste ser.

Te quiere,

Eva

LILIA

Presente

Sawyer y Stella ya están sentados en el interior de la cafetería cuando llego, tarde, escandalosamente tarde, por culpa de la rueda que se le ha pinchado a Violet en el trayecto hasta aquí.

—Perdón —me disculpo apurada, sentándome frente a ellos—. He tenido que coger el autobús.

—¿Troye no tenía una furgoneta? —Sawyer me guiña un ojo.

Va enfundado en un conjunto deportivo bermellón y se ha engominado las puntas del pelo. A su derecha, la pelirroja presume de bronceado con un vestido blanco de lazos anudados en la espalda.

—Me sorprende tu capacidad para recordar datos irrelevantes —contraataco, sonriendo—. Y sí, la tiene, pero también tiene un trabajo en el que la utiliza.

Me abanico con la mano y espero a que se me pase la combustión ocasionada por la carrera que he echado desde la parada hasta el local.

—Punto número uno —masculla mi amigo elevando el índice—: cualquier información referente al dios de las pecas es superrelevante. Punto número dos —le suma un dedo a su enumeración—: la próxima vez quedamos en su restaurante.

—¿Para que añadas su nombre a la carta y lo incomodes como hiciste con aquel camarero de Erasmus que trabajó aquí hace dos veranos? —se burla Stella.

—Los franceses ejercen un magnetismo muy fuerte sobre mí —admite él sin ruborizarse.

Me inclino en la mesa apoyando los codos y me muerdo el labio, inquieta.

—Chicos, me gustaría hablaros de algo —interrumpo, incapaz de templar los nervios. Que les haya citado aquí tiene que ver con el hecho de que Henderson me hiciera hablar de ellos en las últimas sesiones y me convenciese de la necesidad de reconciliarme con aquellas partes de mi pasado que anhelo conservar. Así pues, me enfrento a sus facciones preocupadas—. Os debo una disculpa gigante por lo mal que me porté cuando me marché a Laurden. Sé que solo queríais apoyarme y yo... os aparté de mi lado.

—Si te sirve de consuelo —manifiesta la pelirroja—, nunca dejamos de estar contigo, aunque fuera desde lejos. Nos tragamos cada competición en directo, incluso te hicimos una cuenta de fans en Instagram.

—Aún la tenemos y seguimos publicando fotos de vez en cuando —confiesa Sawyer—. ¿De verdad no lo sabías? Que usáramos el *hashtag* #YoEscuchéRoncarALilia lo hacía ultraevidente.

—Sois los mejores. —Trato de no parpadear para contener las lágrimas que amenazan con derramarse.

—Baja la intensidad. —Stella alarga los brazos a través de la mesa para atrapar mis manos entre las suyas—. Lils, imaginamos que debió ser complicado. Nosotros tampoco sabíamos muy bien cómo actuar, si hablarte te haría sentirnos más cerca o si te molestaría. La élite parece dura...

—Lo es —constato—. Pero no sirve como excusa, erais mis mejores amigos y os fallé.

—Eh, rectifica eso. Lo somos si todavía nos quieres en tu vida —opina Sawyer.

—Claro que os quiero en mi vida.

—En ese caso, nos tendrás, Lils —afirma Stella—. Aunque nos veamos con menor frecuencia o las videollamadas duren menos que hace años.

—Todos tenemos responsabilidades, pero eso no quita que os quiera con locura.

—No tanto como al guaperas de tu foto de perfil de WhatsApp, pero lo aceptamos —bromea Sawyer, sacando la lengua.

La complicidad me anima a dar un paso más. Les hablo de mis problemas con la alimentación, mi obsesión por el peso, el maltrato psicológico al que me sometió la seleccionadora sin que yo fuese consciente de sus tácticas y de cada mecanismo de defensa que me alienó de mi entorno, cuando lo que intentaba hacer era crear una burbuja segura en la que cobijarme.

—La mayoría de gente se avergüenza de ello —sentencio—, pero estoy yendo a terapia desde hace unos meses y noto la diferencia. No quiero transformarlo en un tabú, así que prefiero ser honesta. El psicólogo y la nutricionista me están ayudando muchísimo.

Más tarde, cuando mis amigos formulan la pregunta «¿Qué tomamos?», observándome con cautela, respondo: «Lo de siempre». Y me acerco al mostrador para pedir un yogur helado coronado por trocitos de Chips Ahoy y el tradicional batido de mango con tres cañitas. Un brindis por el trío del Didier inaugura el festín y, pese a que aparte los fragmentos de galleta y me centre en la cremosidad del yogur, sé reconocer que se trata de conductas propias de la enfermedad, y esa simple reflexión —la de admitir lo que está mal y poner de mi parte para modificar dicho comportamiento— me otorga esperanza.

—¿Sigues en contacto con Eva? —Stella le da el primer sorbo al batido.

—No. —Pienso en sus cartas, en que mi única respuesta ha sido el silencio, y la culpabilidad se derrama sobre mí como un jarro de agua helada.

—Eva, joder... Cuánto tiempo... —El rostro de Sawyer palidece.

—Tu íntima amiga Eva, Saw —ríe la pelirroja.

—Aún recuerdo lo mal que lo pasé en aquella videollamada —contesta él.

—Y yo aún recuerdo las tres horas de reloj que me tuviste con la oreja pegada al móvil hablando del incidente —replica Stella.

—Traidora despiadada... —arremete él.

—No seas así.

—Creo que voy a comerme un *cupcake* con doble de glaseado mientras vosotras os reís a mi costa —gruñe Sawyer.

—¿Qué tal va todo por el Didier? —cambio de tema.

—Vivo tan estresado ayudando a Gianna con las inscripciones para el campus de agosto que me han salido tres canas y se me está secando la piel. Duermo fatal y tengo pesadillas con madres gritonas que piden más protagonismo para sus hijas, todas ellas futuras estrellas olímpicas, por supuesto.

Ningún camino es fácil, así lo corroboran mis amigos al explicarme cómo sobreviven al verano: Stella hace de canguro para pagar el alquiler de un piso compartido que se le queda minúsculo y estudia para la recuperación de tres asignaturas en septiembre; Sawyer ve cómo el sueño de montar su propio club se aleja sin una economía estable. La etapa adulta se nos resiste y nada tiene que ver con haber fijado objetivos muy altos o conformarnos con lo asequible.

Los obstáculos son símbolo de progreso y decidimos afrontarlos con humor, juntos. Prometemos que solventaremos cada dilema por FaceTime como solíamos hacer a los dieciséis, apuramos el batido hasta que Stella se atraganta y lo llena de babas, y no nos despedimos hasta marcar en el calendario la próxima cita de batido y yogur.

—Eh, Lils, te llamaremos —avisa Sawyer antes de girar la esquina—. Ojalá respondas.

Y me digo a mí misma que descolgaré el teléfono.

OceanofPDF.com

TROYE

Presente

—¿Qué haces todavía aquí? —Declan entra en la cocina del restaurante como un torbellino, se anuda el delantal y le echa un vistazo a los hojaldres con pimienta y atún que van dorándose en el horno.

Son las tres y media pasadas y sigo llenando bandejas con canapés, he perdido la cuenta de cuántas van ya.

—Eso me pregunto yo, flacucho —farfullo con desidia—. Le prometí a tu madre que doblaría del 9 al 12.

A principios de julio tiene lugar la Semana de las Artes en Kinsale, un compendio de actividades relacionadas con la literatura, la música, el teatro y el cine donde, como cada año, el Adler's Place participa a modo de patrocinador ofreciendo aperitivos y refrigerios a los asistentes. En consecuencia, el trabajo se multiplica y cuatro manos son insuficientes para cargar la furgoneta con bebidas, bocadillos y las cajas de pastelitos de merengue coronados con una chocolatina con el número de la edición del festival.

—Troye, no puedes trabajar tanto —dictamina Declan, muy serio—. No es justo.

—¿Que tú te pases las mañanas de verano con Dallas desgastando los muelles de la cama mientras yo hago tartaletas de manzana? No, no es justo.

—Lo siento, tío, aunque esa falta de sexo que te tiene de un humor de perros sea culpa de tu escasa iniciativa.

—No termines ese razonamiento sin sentido, por favor —le ruego, colocando una blonda nueva sobre la bandeja plateada en la que irán las

quiches de queso y jamón.

—Mira, has quedado unas mil tardes con Lilia en estos meses. Habéis ido a un concierto, al cine, a un baile de mimos...

—¡Era un espectáculo que mezclaba danza contemporánea y mímica! —corrijo entre risas.

—Eso mismo. Y a cada cafetería del pueblo; a la biblioteca a leer juntos, lo cual me parece rarísimo; al faro, al muro y a la playa. —Cuenta con los dedos por si se ha dejado alguna cita relevante—. Ah, y a esa feria de atracciones de no sé dónde. ¿Sabes qué hacen las parejas en la ficción? Se besan en los conciertos, se meten mano antes de que comience la peli y se lían a lo grande en la noria. ¿Tan mal te he instruido en las artes amatorias?

—No te ofendas, pero ver series en la *tablet* no implica instruir en nada. —Abro el horno y, con la ayuda de una manopla, saco los hojaldres—. Además, las relaciones son de dos. Lilia se está recuperando y respeto eso por encima de cualquier otra pretensión personal y egoísta.

—No malinterpretes mis palabras. Me refería a progresar, declararte con un acto físico o cantándole sonetos como un trovador... Tú la quieres.

—Mi concepto de querer a alguien no se basa en meterle la lengua hasta la campanilla.

—Troye el romántico ha vuelto. Espera —me pide, escabulléndose al comedor. Regresa cinco minutos después con expresión triunfal—. Mi madre te da la tarde libre.

—¿Por qué?

—No te necesitamos.

—Declan, ¿qué le has dicho?

—Lo que tú no te atreves a decir, con algún toque de ficción para añadirle dramatismo y conseguir que te diese fiesta.

—Sé más concreto, por favor.

—Algo así como que estás saliendo con una chica de Dublín que viene de camino.

—¿Y se lo ha creído?

—Ha intuido que se trata de Lilia. Pero ¿acaso importa? Eres libre. —Coge un paño y empieza a golpear me con él en el pecho—. Vete de aquí,

joder.

—Pienso preguntarle a Jacqueline antes de salir.

—Pásalo bien, intruso.

En efecto, gracias al descaro de Declan, consigo disponer de una tarde de fiesta y, sin clases de pintura en julio, puedo destinar el resto de la jornada a estar con Lilia. Nada de horas sueltas o fragmentos de la madrugada.

Tras pasar por casa para darme una ducha y sustituir el uniforme por una camiseta de algodón color calabaza y unos vaqueros, le envío un mensaje a Lilia. Su «Estoy con mi hermana en una charla aburridísima sobre la iglesia de Saint Multose» me invita a encontrarme con ella en el número 9 de The Glen.

Violet se ha marchado cuando esquivo el tumulto y capto su atención mediante un silbido. Ella gira la cabeza en varias direcciones hasta dar con mis brazos en alto, meciéndose por encima de la congregación de familias que acompaña a los pequeños de la casa en talleres de dibujos, manualidades con barro y lecturas conjuntas de Harry Potter.

—Menuda locura, ¿eh? —me saluda en mitad del bullicio, dándome un beso en la mejilla.

Se ha recogido el pelo en una trenza que le cae por el lateral izquierdo de la cara, y viste una blusa frambuesa de tirantes y pantalones cortos deshilachados.

—He tardado treinta minutos en cruzar cuatro calles —farfallo—. ¿Adónde te apetece ir? —Me ofrece la revista del festival donde se detalla cada evento del domingo: actuaciones de cantautores locales en el Trident Hotel, una clase magistral de escritura creativa en Prim's Bookshop, conferencias con activistas medioambientales que proponen un estilo de vida sostenible, venta de piezas de punto confeccionadas por el Cork Textile Network y recitales clásicos de cuerda—. ¿Karaoke, yoga o competición de máscaras?

—Ninguna —contesta Lilia con una sonrisa maliciosa—. Violet me ha contado que hay algunos cuadros tuyos en la exposición de lienzos.

—Sí, bueno, aunque también hay muchas otras opciones interesantes.

—No seas modesto, el Instagram de Kinsale decía algo así como «Troye Barlow, joven promesa de la pintura, exhibirá tres de sus obras en las ventanas del Bastion». Esa es una ubicación privilegiada.

—Me da igual exponer en un sitio con estrellas Michelin o guardar mis cuadernos en una mochila.

—Ya, pero no voy a privarme de ver tu arte expuesto, así que sígueme.

Nos lanzamos a la aventura desde Guardwell hasta Main Street y observamos la exposición saboreando una tarrina de helado de limón. El aire arrastra las notas de una actuación de Pier Road y Lilia avanza a un ritmo pausado, atesorando cada detalle de una tradición que no ha presenciado desde que se marchó a Laurden.

Para proteger las obras y facilitar el tránsito de los viandantes, los escaparates de los comercios se convierten en una galería improvisada que acoge desde láminas hasta cerámicas o esculturas. Los espectadores más curiosos tiñen los cristales con sus huellas dactilares, apreciando las creaciones sin riesgo a estropearlas. La temática general se centra en los edificios emblemáticos de Cork, a excepción de mis pinturas, que reproducen lugares comunes como el instituto en el que estudié, la cancha que desgasté junto a mis amigos y un retrato realista, mi composición más especial.

—Dustin —murmura Lilia con pesar.

—Desde que murió... —Lucho contra el nudo en la garganta—. Cada año le dedico un óleo.

—Lo siento mucho. —Se detiene para mirarme a los ojos—. Debería haber estado ahí.

—Lo sé, y habrías sido un salvavidas al que sujetarme, pero lo comprendo. Hoy sí. Te enfrentabas a tus propios demonios.

Cada persona es, además de sus inseguridades, sus deseos y lo que hace para cumplirlos, las batallas que libra a diario. Por eso, porque hay tragedias que permanecen sepultadas por temor a que darles voz les otorgue un mayor poder, juzgar en la distancia resulta absurdo, quizá incluso peligroso.

—Gracias por entenderlo —musita Lilia.

Después de la exposición, nos apartamos de la marabunta para ojear más alternativas en la revista de Kinsale. Descartamos el recital de poesía y

nos unimos a la procesión que recorre el centro halagando la exhibición de fotografías náuticas de la Escuela Maximilien. Tras saludar al señor Randy desde la acera de enfrente y charlar brevemente con Elijah, que choca contra nosotros por ir mirando el móvil —«Busco a mi *match* de Tinder», confiesa, enseñándonos la foto de perfil de un rubio con barba y aspecto desaliñado—, compruebo la hora en mi teléfono. Son las nueve y media, el momento de hacer que el pasado viaje al presente para Lilia.

—¿Te apuntas a un trayecto en coche? —propongo—. Jacqueline me ha prestado las llaves, hoy iban a usar la furgoneta.

—¿No podemos ir en bici?

—Está demasiado lejos.

—Troye...

—Vale, pero yo voy delante esta vez —afirmo.

—¿Por qué?

—Porque la siguiente actividad de la noche es una sorpresa. —Saco un pañuelo del bolsillo y se lo ofrezco.

Echamos una carrera hasta su casa con la luna llena sirviéndonos de estrella polar en el cielo, sacamos la bicicleta del garaje y una pieza del ayer vuelve a encajar en el presente.

—Lilia, ¿puedo pedirte que te tapes los ojos con el pañuelo para mantener el misterio o vas a mandarme a la mierda?

—Eso significa que sé adónde vamos —cavila triunfal, y se coloca la tela sobre los párpados sin rechistar.

—No seas ansiosa. —Me acomodo con los pies sobre los pedales.

El viaje no resulta tan accidentado como había vaticinado y las horas examinando la ruta en Google Maps me sirven para que pueda concentrarme en el abrazo de las manos de Lilia enroscadas a mi cintura, su mejilla apoyada en mi hombro y una risa tímida tiritando contra mi espalda cuando el aire le acaricia la piel.

—Espera, con cuidado —informo al frenar frente a nuestro destino—. Déjame que te ayude.

Le quito el pañuelo a Lilia antes de recostar el manillar de la bicicleta en la fachada del Didier.

—¿Qué hacemos aquí? —Ella parpadea hasta acostumbrarse al fulgor tenue de las farolas.

—Vamos a entrar. —Me aproximo hacia la puerta.

—Suerte con tu propósito, yo me quedo esperándote aquí —se planta.

—¿No te apetece pisar un tapiz?

—Puede. —El anhelo enciende su rostro—. Pero no me apetece colarme, que suene la alarma y la policía nos meta en el calabozo.

—Por suerte, me he anticipado a ese hándicap.

Saco las llaves del pabellón del bolsillo y pruebo hasta que, al tercer intento, una de ellas encaja en la cerradura y las puertas del polideportivo se abren para nosotros con un chasquido que nos sobresalta.

—Esta noche no vamos a enfrentarnos a los recuerdos ni a lamentarnos por no poder modificar el pasado. Esta velada es la oportunidad de volver a coger aire en un lugar que te dio tanto y ahora solo te susurra lo que no puedes tener.

El crepitar de nuestras zapatillas se amplifica con eco debido a la quietud nocturna. Con cautela, notando el pulso acelerado debido a la percepción de estar allanando una propiedad privada, empleamos la linterna del móvil para alumbrarnos hasta llegar a las gradas y bajar las escaleras que dan acceso a la zona de los atletas. El espacio entre las canastas que delimitan la pista está cubierto por un inmenso tapiz de gimnasia. Lilia entrelaza su mano con la mía mientras lo atravesamos y me aprieta con fuerza, pidiéndome en silencio que sea su sujeción si el pánico la visita.

—¿Puedes encender la luz? Me da mal rollo estar a oscuras —refunfuño.

—Claro —contesta ella, y añade entre dientes—: Como si esperase otro panorama a las once.

Los fluorescentes bañan el pabellón y las pancartas pintadas a mano que decoran las paredes, los cristales y los metros de espejo quedan al descubierto. Lilia es la protagonista de cada una de ellas, enfundada en un maillot distinto, con la pierna cogida atrás y la pelota entre el muslo y la espalda, saludando a las gradas, sonriéndole a un peluche en el *kiss&cry*, rozando las alturas en cinco saltos diferentes, con el *relevé* bien arriba en un giro, en su inicio de aro, en su pose final de mazas... Réplicas de

fotografías que hallé en internet, realicé yo mismo en directo o mediante capturas de pantalla a través del ordenador. Imágenes que conforman su carrera deportiva desde que era una cría. Instantes trazados con acuarela sobre cartulinas blancas. Mi forma de decirle que las situaciones amargas quizá empañen los puntos álgidos, pero no los eliminan.

Lilia las sigue con la mirada y una risita nerviosa emerge de sus labios para extinguirse más tarde al girarse hacia mí.

—Troye, ¿cómo lo has hecho? —Traga saliva para controlar la exaltación—. ¿Cómo has conseguido las llaves? Y ¿cuándo has colgado todo esto sin que te vieran?

—Sawyer es buen cómplice cuando se trata de ayudar a una vieja amiga.

—Es... —enmudece eligiendo un adjetivo— increíble. No, tú eres increíble.

—Solo he seleccionado pedacitos de tu pasado que merece la pena tener presentes. —Me aparto para que deambule a su voluntad y acaricie las pancartas—. Tu objetivo no era ganar, sino emocionar. Los recuerdos de Dublín han ensuciado los anteriores, esas memorias que creaste junto a tus amigos y tu hermana en este polideportivo. Te vi entrenar aquí, y apartar la vista de ti resultaba jodidamente imposible, no por los elementos complicadísimos que hacías, sino por la felicidad que transmitías. Supongo que la sonrisa que te provocaba la rítmica significaba lo enamorada que estabas de ella. Aquí puedes volver a amarla, Lilia. No de una manera competitiva, pero siempre lograrás regresar a los tapices para ti. Sustituye el sufrimiento por la sensación de volar que te brindaba el deporte. Transforma los golpes que te han dado en el impulso para iniciar una nueva etapa en la que tú tienes las riendas.

LILIA

Presente

—Eh, no fuerces la rodilla —ruega Troye cuando me descalzo y me abro en espagat en una esquina del practicable—. No fuerces nada en general, tómatelo con calma.

—Voy con cuidado, de verdad. —Sonrío y añado un «Gracias, Troye» que me sale de las entrañas.

—No es nada.

—Lo es todo —enfático—. Que hayas hecho esto por mí, que todavía sigas a mi lado, dispuesto a ayudarme después de lo que ocurrió... Soy afortunada por tener a una persona que entiende mi caos y lo acepta.

Cojo un rodillo de espuma para masajear los músculos de las piernas y estiro unos minutos más usando unas gomas elásticas. Río ante los comentarios de Troye, que compara mi flexibilidad a la de un animal invertebrado.

—Estoy lista —anuncio, poniéndome en pie con determinación.

Puede que te duela el cuerpo y se te parta el alma pisando un tapiz tras la retirada, pero nadie te robará nunca las sensaciones que te pertenecen. El cosquilleo en la punta de los dedos, ese latido frenético que martillea en tu interior, el vello erizado, las mariposas despegando en la tripa y ganas de reír y llorar por igual.

Y sabes que esto es para ti, solo para ti. Sin correcciones ni notas porque las emociones que nacen de una pasión no se retocan ni se puntúan, simplemente se sienten.

Permanezco frente a la línea roja del tapiz, inmóvil, con un nudo atascado en la garganta, como si acabase de ver sobre la moqueta los pasos

que no llegué a dar. Los que podrían haberme conducido hacia nuevos triunfos. Los que podrían haber sido firmes, seguros, un itinerario de éxitos en vez de lesiones y lágrimas.

En este preciso instante comprendo que el pasado no me desgarró, sino que hilvanó retales para que, con el transcurso del tiempo, pudiera aceptar a la chica en la que me he convertido. Y aunque haya sido a base de caídas y cicatrices, me quiero por conducirme hasta aquí. A rastras. A duras penas. Contra el viento. Al borde del abismo. Pese a desear rendirme.

Por eso estoy orgullosa de Lilia Girard. Me quiero.

Tomo aire y piso la moqueta por primera vez en meses. Noto la aspereza en la planta de los pies y bajo los párpados para impregnarme de las percepciones con las que te familiarizas año tras año. Cada centímetro de tapiz que recorro es un recuerdo. Olor a laca para fijar el moño. El centelleo de los Swarovski del maillot. Los aplausos del público. El efecto efervescente de escuchar las primeras notas del corte de tu ejercicio. Un minuto y medio de movimientos, exhalaciones, corrección y libertad. El viaje más bonito que jamás haré. Ser gimnasta.

La fantasía deja de existir en mi mente y el agarrotamiento de mis extremidades mengua, como si cada músculo estuviera desengrasándose para funcionar por enésima vez. Le pido a Troye que busque en YouTube *Smile*, de Chaplin, para improvisar, y él coloca su móvil con el volumen al máximo en una esquina del practicable. Sin aparatos, como un alevín, expreso con el cuerpo y doto de significado a cada gesto hasta palpar según la cadencia de las notas que danzan en el aire.

Sus ojos celestes siguen mi trayectoria, pero los ignoro. Continúo ajena, resguardada en mi burbuja, desplazándome de un lado a otro, permitiéndome dar forma a la rítmica. Y lo disfruto. Recupero parte de mi ADN. Logro levitar.

La música se extingue y me perco de que llenar los pulmones de oxígeno se me antoja fácil. No hay aflicción. El vaivén de mi pecho solo me susurra que he sobrevivido. Atrás quedaron las pesadillas; mi cabeza y mis pies se encuentran en el mismo lugar, congelados en un mar de resiliencia.

Le regalo una sonrisa a Troye y él me la devuelve secándose las lágrimas que se derraman por su rostro. El universo queda suspendido a

nuestro alrededor. Pienso en que ya no somos unos adolescentes asustados. En que hemos crecido a marchas forzadas. Pienso en que, en ocasiones, confundimos debilidad con abatimiento. Pienso tantas cosas... que me resulta inevitable permitir que un impulso derribe el castillo de naipes construido por la razón.

Sin ser consciente de ello, he avanzado hacia el chico de mirada del color del firmamento. Me pongo de puntillas y acomodo mis manos en los hombros de Troye hasta que su aliento y el mío se confunden. No permito que el vuelco que serpentea por mi vientre me paralice, las experiencias más gratificantes son aquellas que requieren de coraje y yo anhele ser valiente. Cierro los ojos, rozo sus labios con dulzura y me derrito ante su respuesta, comedida pero firme. Él inclina la cara ligeramente hacia la derecha hasta que encajamos en el ángulo ideal y, aunque me sujeta por las caderas, un vértigo placentero similar a volar se apodera de mí.

Con la respiración entrecortada, nos separamos unos centímetros y los dedos de Troye se deslizan entre los mechones que se desprenden de mi cabello trenzado.

—¿Estás segura de esto? —musita, descansando su frente en el nacimiento de mi pelo—. ¿De nosotros?

—Estoy segura de que me ves humana, frágil e imperfecta y, aun así, me aportas estabilidad. Estoy segura de que me ayudarás a mantener el equilibrio y de que yo seré tus alas.

Querida Lilia:

No frenes las emociones. Tú, de entre todas las gimnastas que he conocido, eras eso, puro sentimiento. Nada de una coreografía de dificultades encadenadas sin sentido, una carrera persiguiendo la música o frialdad. El público se enamoró de tu manera de sentir, de la capacidad que tenías expresando con el movimiento de una mano, la mirada o unos pasos de danza improvisados. Sé que para ti nunca se trató de sumar puntos, sino de acariciar corazones a través de tus ejercicios.

Querrás encerrarte en ti misma, protegerte en una urna de cristal por temor a que el mínimo roce te rompa en pedazos, pero no lo hagas. Por favor, sé fuerte y dale una oportunidad a tu nueva rutina. Deja la puerta abierta para que la luz de otros ilumine ese presente sumido en la oscuridad. Mirar atrás sin avanzar solo significa hacerse daño; permítete dar un paso al frente y confía en que algo despertará tu curiosidad otra vez.

Solo recorriendo un sendero desconocido lograrás verlo todo con perspectiva.

Te quiere,

Eva

LILIA

Presente

Las pinceladas rosáceas del atardecer se desplazan con lentitud por el cielo mientras los labios del chico de ojos celestes vagan por mi cuello. Olemos a cloro tras la tarde de risas en el jardín de los Rhodes, junto a Declan. Es un viernes cualquiera de finales de julio, pero a mí me sabe especial. A júbilo, a pecho desbocado y a una nueva oportunidad de ser feliz.

La boca de Troye asciende para delinear mi mandíbula y se me escapa un suspiro que va directo a su boca cuando tira con suavidad de mi labio inferior.

—Me pasaría la vida haciendo esto —murmura en mi oído, acelerando mi pulso y causando que se me olvide respirar.

—Se hace tarde —puntualizo con poca convicción.

La respuesta de Troye es poner *Driftwood*, de Travis, en su móvil.

—No te vayas tan pronto. —Roza la punta de su nariz con la mía.

Me coge de la mano y me invita a sentarme con él en su porche. Acurrucados entre flores, volvemos a besarnos, paramos para rescatar alguna anécdota de las horas anteriores —en las que hemos jugado a balón prisionero en la piscina y compartido *pizza*—, y sucumbimos a la tentación de unir nuestras bocas por enésima vez hasta que Jacqueline llega con bolsas del supermercado.

—Espera, te ayudamos. —Me pongo en pie al discernir el interior del maletero con varias bolsas más. Troye me imita.

—Gracias, chicos —replica ella antes de darnos un beso en la mejilla a cada uno—. ¿Dónde está Declan? Como lo pille usando el salón a modo de motel, le requiso las llaves de la moto a esa jovencita. —Deja la compra en

la alfombra de la entrada y abre la puerta—. ¡Declan! ¡Dallas! ¡Más os vale llevar la ropa puesta, no quiero pillar a nadie saliendo por la ventana como la semana pasada! —advierte Jacqueline, y atraviesa el umbral cubriéndose los ojos con el antebrazo.

Troye y yo estallamos en carcajadas, pese a que una parte de mí piensa en Arlet y en esa conversación que hemos mantenido antes de despedirnos.

—Aparecerá alguien —le he dicho mientras intercambiábamos teléfonos.

—¿Tan evidente resulta que sigo coladita por ese idiota de pantalones anchos y una sonrisa que detiene el mundo? Casi no lo he mirado...

—No por la manera en la que lo miras, sino por cómo apartas la vista de él, como si fueran a pillarte haciendo algo muy malo.

—Tiene novia. —Arlet se ha encogido de hombros con resignación—. Y, aunque estuviera soltero, lo nuestro no funcionaría. Solo espero que algún día, cuando vuelva de vacaciones y coincidamos, mi corazón no se vuelva loco.

—Pasarás página. Yo encontré a Troye y he vuelto a hacerlo años más tarde.

—Eso no me consuela, ¿es que nadie supera su primer amor?

—La gimnasia fue mi primer amor. Arlet, date tiempo. El cosquilleo no llega a disiparse, pero se vuelve soportable.

Cargamos dos bolsas cada uno y el palique superficial de Troye me ancla al presente. Rechazo su propuesta de cenar en familia y alego que va siendo hora de que se enfrente él solo a la peculiar dinámica de que Declan esconda a Dallas por el mobiliario de la casa mientras Jacqueline hace de perro policía con un plato de lasaña en la mano.

—Suerte con el numerito de hoy —me despido.

Cojo la bicicleta y Troye esboza una mueca que me provoca un ataque de risa incontrolable.

—¿Te acompaño? —pregunta con una sonrisa ladeada que augura más besos.

—Mejor que no. Quiero volver a casa a una hora decente y, si vienes conmigo, haremos alguna parada improvisada.

—Me gusta improvisar. —Me da un pico rápido en los labios—. Y a ti también.

—Esta noche no —me mantengo firme.

Recorro las calles de Kinsale con el viento templado acariciándome la cara y meciendo la coleta húmeda que descansa en mis hombros. Pedaleo rápido, casi con urgencia, a sabiendas de lo que me aguarda en casa, y no me entretengo en meter la bicicleta en el garaje o en ordenar el discurso que late en mi interior. Me froto las palmas sudorosas contra el vestido playero y entro en la cocina para hablar con Adelyn.

—Cariño, ¿por qué no te das una ducha antes de cenar? —recomienda, añadiendo fideos a una olla de agua caliente.

Se ha puesto el delantal encima del mono étnico y su cabellera está recogida en un moño alto. Me aproximo a la ventana y la abro para sofocar el vaho condensado en la estancia.

—¿Podemos sentarnos? —sugiero—. Tengo algo que decirte.

Adelyn examina mi rostro en busca de una pista para resolver el enigma. Tras varios segundos en los que parece no descifrar el misterio, asiente y se acomoda en una silla a mi lado.

—He tomado una decisión, y esta vez es por mí —anuncio firme—. Quiero ser entrenadora en el Didier o, por lo menos, probarlo una temporada, ver si sirvo para ello.

Hay llamadas que rompen tus esquemas, sumando una pieza inesperada al rompecabezas del presente. La de Golkova, tiempo atrás, fue una de ellas, pero también la de Sawyer hace unos días, proponiéndome regresar a mi hogar para transmitir mi legado a la siguiente generación.

—Por supuesto que sirves, cariño, eres una campeona. —Su sonrisa, enfatizada por el pintalabios borgoña, se me antoja implacable.

—Las medallas no definen a una buena entrenadora —contradigo—. Gianna lo es, la mejor, y jamás se ha centrado en el palmarés de sus gimnastas ni nos ha comparado con nadie.

Una buena entrenadora no ve en ti metales, sino crecimiento y superación. Debe saber cuánto puede tensar la cuerda antes de romperla y apoyarte incondicionalmente, aunque las cosas se tuerzan. En especial cuando el universo se desmorona. Una buena entrenadora es exigente, pero

no estricta, desempeña el papel de amiga, confidente y segunda madre, te ayuda a vendarte las lesiones, a apretar los dientes antes de salir a competir y te tatúa bajo la piel valores como el esfuerzo, la constancia o el compañerismo. Entrenar no es explotarte hasta que tu cuerpo deja de funcionar; es visualizar sueños para alguien con potencial y proporcionarle las herramientas adecuadas para que los haga realidad.

—Lilia, no tengas miedo —me anima mi madre—. Vas a ser una mentora estupenda.

—No quiero repetir los errores que cometieron conmigo —aclaró—. Mi medida de tiempo eran enteros, lanzamientos, chistes en el vestuario, nervios burbujeando en mi vientre la noche antes de la competición. Y ahora son solo días. Al principio vacíos, como mis latidos, sin culpables ni alicientes, solo bombeos... Necesito más. Y si descubro que soy una entrenadora pésima, demasiado dura o un témpano de hielo que no siente nada en absoluto al enseñar a las niñas, entonces buscaré otra cosa.

—Lo harás bien. Eres buena y justa, las gimnastas te adorarán.

—Y los gimnastas. Sawyer me ha comentado que hay más chicos que se animan a practicar rítmica desde que él trabaja en el Didier.

—Es estupendo que nuestro deporte sea inclusivo. La rítmica masculina puede ofrecer un estilo acrobático y especial. Ojalá la Federación Internacional tome nota y permita que la rítmica se enriquezca sin importar el sexo.

Río con amargura debido a su «nuestro deporte», y mi madre me dedica una mirada de reprobación.

—Siempre he odiado que uses el plural.

—Estoy orgullosa de ti, hija. No voy a apropiarme de tus logros, pero me gusta creer que he contribuido en algo a que hayas tenido a tu alcance lo necesario para entrenar y competir sin preocupaciones. —Me acaricia los pómulos y me coloca con suavidad un mechón suelto detrás de la oreja—. Has rebasado mis expectativas con creces. En mis años en activo, jamás llegué a imaginarme viajando por el mundo ni representando a Irlanda.

—Nunca me contaste que hacías gimnasia.

—¿Para qué, Lilia? No quería que tu hermana o tú pensarais que iba a pasaros lo mismo que a mí. Deseaba que pudierais soñar sin límite. La

rítmica es una cerilla que se consume rápido, pero deja huella para toda la vida.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué te retiraste?

—Tus abuelos y yo vivimos tiempos complicados. Nuestra economía no era boyante y las mensualidades, los trayectos, los aparatos y cada maillot costaban una fortuna. No podíamos permitirnos demasiado, así que, después de tres temporadas, colgué las punteras.

—¿Qué edad tenías?

—Diez, y se me partió el corazón. Empecé a los siete con mis amigas del colegio. Recuerdo que pasábamos los recreos dibujando espirales con una cinta no homologada que una de ellas compró. —Su mirada se ilumina como si estuviera junto al resto de chicas, persiguiendo la tela de una cinta que danza con el aire—. De ahí pasamos a las tardes en la Escuela Deportiva Gallagher, un gimnasio minúsculo, contiguo al colegio. —Sus comisuras se curvan en una sonrisa taciturna y entierra el atisbo de emoción que se enreda en su garganta para proseguir—. Yo elegí seguir vinculada a la rítmica tanto como podía. Grababa las competiciones televisadas en cintas VHS, empapelaba las paredes de mi habitación con pósteres de gimnastas de la URSS e iba a aplaudir a mis amigas a exhibiciones y torneos en Cork. Me llevé alguna que otra decepción al constatar que ya no me consideraban parte del grupo tras mi retirada, pero decidí quedarme con lo bueno y me prometí que mi historia de amor con la rítmica no iba a acabar de aquel modo tan horrible. Volvería, y lo hice, con Violet y contigo.

—¿Fuiste feliz?

—Muchísimo —admite con la voz trémula. Esa es la primera vez que sus ojos, idénticos a los míos, me contemplan de igual forma en la que yo lo hago. Sin estrategias, sombras ni otra pretensión que la de ser sincera con su misma sangre—. Lamento que esa emoción me haya cegado a la hora de exigirte que terminases algo que yo no pude. Perdóname, cariño, perdóname por respirar un sueño a través de ti —ruega antes de abrazarme.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

LILIA

Presente

Querida Eva:

¿Recuerdas cuando, en mi primer año en Laurden, te pregunté cómo era ir a unos Juegos Olímpicos? Me hablaste de la presión, de la adrenalina y la intensidad, de lo visible que te volvías para los medios ese año y de la repercusión que tiene hacerse con una medalla en un evento de semejante calibre. Y, sin embargo, cuando me narraste lo que más te marcó de esas Olimpiadas, describiste a tus padres en la grada saltando abrazados y ondeando una bandera con tu nombre. No mencionaste las entrevistas, el foco mediático ni los patrocinadores. Y es que los atletas no abandonan sus vidas para perseguir la fama, sino para cumplir sus sueños.

Creo que me he equivocado todo este tiempo respecto a mi modo de ver las cosas. Unos Juegos pueden ser que te llamen de la selección cuando ya lo dabas por perdido o participar en torneos internacionales recorriendo el globo terráqueo junto a tu mejor amiga. Así que no me siento una fracasada porque, durante el periodo en el que estuve en la élite, di el máximo de mí. Aproveché cada segundo. Aprendí. Y de lo negativo, hoy sé discernir una lección que me invita a ser más fuerte.

El trabajo hasta llegar a este punto de reconciliación con el pasado es fruto de la terapia con los especialistas a los que he confiado las partes más feas de nuestro deporte, sin

edulcorarlo como hacía aquellas noches en las que no podía más y llamaba a mis padres llorando, jurando que me retiraría. «Puedes volver a Kinsale, pero no hoy», me sugerías tú. Ya habías pasado por algo similar con anterioridad y comprendías que solo necesitaba descansar, enfriar los comentarios mordaces de Golkova o esperar a que me acostumbrase al dolor de las lesiones. A la mañana siguiente, un entrenamiento bueno borraría las lamentaciones y mi amor por la rítmica seguiría intacto. En definitiva, eras consciente de que jamás debes rendirte en un mal día y no me permitiste tirar la toalla en mitad de un arrebato.

Sin ti, Eva, no lo hubiera soportado. No llegué a agradecerte lo suficiente que fueras empática, generosa y buena conmigo. ¿Cómo tuve tanta suerte?

Tu caja de cartas me ha salvado en muchos momentos, aunque no haya podido contestarte porque ni yo misma he comprendido hasta hace muy poco qué estaba sucediendo. Sentía que debía alejarme de la gimnasia para cerrar la herida y, quizá sea tarde, pero darte cabida en mi presente a través de un papel ha sido la única manera viable que se me ha ocurrido para curarme.

Mi vida no ha cambiado radicalmente, pero sí la forma en la que afronto los problemas. Por ejemplo, trato de encontrar el equilibrio entre la persona que quiero ser y la que soy en la actualidad. Es un ejercicio que me propuso mi psicólogo: volcar mi ansia de control haciendo listas. En ellas escribo rasgos de mí que me gustaría mejorar, aficiones, bailes o comidas que me llaman la atención y no he probado aún, lugares que anhelo visitar, gente que me inspira, amigos con los que debería quedar más, temas que me interesan y de los que no hablo por miedo a que me juzguen... Una mezcla entre aquellos errores que puedo enmendar, particularidades que podría moldear para ser mi mejor versión y deseos que está en mi poder cumplir. Sienta genial ver que algo tan

insignificante como redactar palabras sea el primer paso hacia ese premio que todos merecemos: valorarnos y alcanzar la felicidad.

Lo más importante ahora es no agobiarme por el futuro, no planificar más allá de dos semanas y respirar, aunque mi alrededor gire muy deprisa. La libreta que utilizaba en Laurden se ha convertido en un diario en el que cada noche anoto algo positivo que me ha ocurrido durante esa jornada. Y funciona, irse a la cama rescatando pensamientos agradables resulta alentador.

¿Te cuento un secreto? Regresar a los tapices para entrenar a niñas ha sido de las decisiones más arriesgadas y gratificantes que he experimentado. A veces dudo, una voz dentro de mi cabeza repite que no estoy preparada para guiar a nadie. Pero otras veces, por el contrario, le devuelvo la sonrisa al reflejo de los espejos del pabellón y soy consciente de que los interrogantes sin respuesta no van conmigo. Tenía que probarlo, lanzarme al vacío, descubrir si valgo. Odiaría echar la vista atrás en diez o veinte años y preguntarme si hubiera sido feliz puliendo a las nuevas generaciones. Deseo motivar, transmitir los conocimientos que absorbí, reconciliarme con el amor de mi vida y resolver el enigma de quién es Lilia Girard hoy. Gimnasta, siempre, pero además una chica que no teme comenzar de cero.

Me apetece muchísimo verte, Eva. Por tus redes sociales parece que te va genial en la universidad. ¿Ese macizo de mirada esmeralda que te acompaña en las imágenes de Instagram es tu novio? Yo he retomado mi relación con Troye. Continuaba en Kinsale cuando volví y me ha demostrado que ni mis pesadillas más macabras son capaces de aniquilar las mariposas que aletean en su vientre cuando estamos juntos. Él, al igual que tú, ha sido el ancla que me ha mantenido a flote durante el temporal.

Gracias de nuevo, Eva. Gracias por ser el mejor ejemplo de deportividad, altruismo y amistad. Gracias por conocerme tan bien, por comprenderme, por regalarme un mapa de coordenadas con tus cartas.

Te quiere hasta el infinito,

Lilia

Sentada en el bordillo de la acera, releo mi caligrafía irregular con detenimiento bajo los rayos de sol del mediodía e ignoro las notificaciones emergentes de Sawyer, cuyos audios de cinco minutos me hacen sospechar que se halla al borde del colapso. Es un domingo tranquilo de septiembre y el viento agita las copas de los árboles a un ritmo pausado.

Apenas hay tráfico, por lo que estiro las piernas hasta tocar una línea blanca de la carretera con las zapatillas y me centro en la calma que transmite el canto de los pájaros, en la verdad que rezuma la tinta que he plasmado sobre el folio, en lo fácil y difícil que resulta dirigirte a alguien que ha sufrido lo mismo que tú.

Sin mayor dilación, arrugo la hoja hasta reducirla a una bola presa en mi puño derecho y me levanto para desechar mi confesión en la papelera más cercana.

No voy a enviarle estas reflexiones a Eva. Prefiero relatarle cada coma con los ojos vidriosos, una sonrisa genuina bailando en mis labios y los bombeos frenéticos retumbando en mis oídos. En persona, como antes, y solo preciso de unos segundos para ello. Al clavar la vista en la puerta de entrada del Didier, distingo a la rubia de ojos árticos y corazón cálido observándome con ternura en la distancia.

—¡Eva Ilinykh! —exclama un corrillo de gimnastas que golpea los cristales desde el interior.

—¡Eva! —grito yo, corriendo hacia ella con los brazos extendidos y las emociones a flor de piel.

—Te prometí que no era un adiós, que nos volveríamos a encontrar —murmura mi amiga mientras nos fundimos en un abrazo de los que te acarician las entrañas.

En menos de una hora, el polideportivo en el que crecí dará la bienvenida a la leyenda de sangre irlandesa y rusa para impartir una *masterclass*, pese a que yo solo advierta a la muchacha de carne y hueso. A la que nunca celebró la envidia, el rencor o el egoísmo. A la joven promesa que batió récords, lideró el equipo nacional durante años y, aun así, me tendió su mano sin recelos para ser hermanas de pasión.

—Siento haber tardado tanto en responderte, Eva —gimoteo entre sollozos.

—No es verdad. Lo has hecho leyéndome, sobreponiéndote a la retirada —declara con una sonrisa. Seca la humedad de mis mejillas con su camiseta; ella, que fue mi pañuelo en Dublín, regresa para mostrarme que las lágrimas tienen un matiz peculiar cuando celebran triunfos.

—Al fin juntas —musito.

—Juntas siempre.

Y sé que mi hogar, ese tapiz sobre el que paseo al cerrar los ojos, estará donde esté Eva. Y Troye, Gianna, Sawyer, Stella, Violet o mi familia. Porque, gracias a cada uno de ellos, he comprendido que puedes recomponerte tras un amor de los que arrasa con tu universo y te hace cuestionar lo que diste por sentado. La gimnasia rítmica hizo eso, me enseñó lo que es desvivirse por algo, y ahora estoy dispuesta a aplicar en mi rutina cada una de las moralejas que me ha brindado este camino de sombras y luces.

Hoy, más valiente y entera, continúo avanzando a través del sendero de la recuperación. Con paso firme, despacio, pero segura. Y sé que podré, que lo conseguiré y el término «rendirse» jamás formará parte de mi diccionario.

Retirarse no es el fin del mundo, solo te empuja hacia una etapa desconocida tras ese sueño de brillos, dedicación y objetivos que se transforman en realidad cuando te esfuerzas. Colgar las punteras no supone más que una transición hacia tu siguiente aventura. Porque por mucho tiempo que transcurra y aunque cambies de rumbo o pierdas la motivación y te desvíes de la meta, serás gimnasta. Y lo seguirás siendo siempre.

En ocasiones creerás que le entregaste un pedacito de tu alma al deporte, y lo hiciste. Querrás volver a él. Viajar al pasado. Reescribir tu

historia. Alargarla, saborearla, aferrarte a cada momento con uñas y dientes. Pero solo te quedará la nostalgia; no la sensación de haber perdido algo, sino un álbum de recuerdos que te susurran lo alto que saltaste y lo mucho que adoras la adrenalina de volar.

Ese tipo de nostalgia.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

No hubiera terminado esta novela sin el apoyo de mi familia, así que mi primer GRACIAS en mayúsculas va para ellos. Por todo y por siempre. Charlas sobre pasado, presente y futuro. Llamadas de desconexión. Risas, lágrimas, dudas. Fiestas en las que celebrar es una excusa para reunirnos. Meriendas dulces. Consejos. Palabras de aliento. Maquillajes. Fotografías. Vacaciones. Manos que no van a soltarme nunca... Sois el motor y motivo principal que me impulsa a escribir; sin vosotros, hace demasiado que este sueño se habría reducido a una utopía inalcanzable.

Gracias a Rocío por leerme desde el principio, cuando mis manuscritos eran palabras a través de una pantalla y nada importaba salvo la ilusión de haber acabado un nuevo capítulo. Espero que disfrutes de *Nostalgia* tanto como yo al compartir fragmentos de mis historias contigo. Tu amistad es una de las cosas más valiosas que me ha regalado la gimnasia.

Gracias a Rosa, Luis y Anna, que me apoyaron en mis inicios y llenaron los días de trabajo con risas, cariño y aprendizajes que guardo conmigo.

Gracias a L por aparecer y no marcharse nunca. Sin él no existiría ningún personaje al que dar vida. Sabes que echo de menos escucharte, rubio.

Olivia, Sophie, Gala, no me olvido de vosotras y de lo mucho que crecimos juntas. Alisa, pienso en ti a diario y nada me haría más feliz que subirme a un coche contigo y pisar el acelerador, sin rumbo ni un propósito. Quizá necesite algún tiempo, pero sé que me vas a esperar y tendremos ese viaje que merecemos. Hasta entonces, te ofrezco una tregua.

En esta ocasión, emprendo una nueva aventura literaria de la mano de un equipo que apuesta por mis letras y les da un hogar. Gracias a Pablo Álvarez, a David de Alba y a todo el equipo de Editabundo por acogerme en la agencia y darle alas a este proyecto con su confianza e ilusión. Gracias

a Miryam, mi editora, por arropar esta novela y adentrarse junto a Lilia en el universo gimnástico.

Escribir es un camino solitario que cobra significado al final. Gracias a cada lector que sigue confiando en mis novelas, que habla de ellas, las recomienda y me hace llegar su cariño en forma de mensajes o fotografías.

Por último, no puedo concluir estos agradecimientos sin dedicarles las últimas líneas a ellos, los tres culpables de que exista una novela que habla de anhelos frustrados, un faro en mitad de la noche y el eco del primer amor. Gracias a Troye por recordarme que la felicidad se esconde en pequeños gestos y que el hogar más valioso es aquel que llevas contigo, vayas donde vayas. Gracias a Eva por ejemplificar que, en los ámbitos competitivos, los grandes jamás se sienten amenazados ante sus rivales y los tratan como a iguales, eligiendo discernir compañerismo en lugar de amenaza, celos o envidia. Y gracias a mi vulnerable, persistente y luchadora Lilia por enseñarme que siendo menos nunca se puede aspirar a convertirte en más.

OceanofPDF.com



ESTER ISEL nació en Barcelona en 1990, es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas y está ligada al ámbito del *marketing*, la creatividad y el *community management*.

Su pasión por el deporte minoritario femenino la impulsó a crear el proyecto @esteruss en internet, a través del cual da visibilidad a la gimnasia y al patinaje artístico desde 2011.

Acompañada de bandas sonoras que la inspiran, escribir se ha convertido para ella en un modo de viajar sobre papel.

OceanofPDF.com